

| Índice ▶ 1 ◀



Índice

Preámbulo

2

PRIMERA PARTE

HISTORIA Y SOCIOLOGÍA

Capítulo I	El mundo de Rusell	3
Capítulo II	La Torre y el Heraldo	8
Capítulo III	Cenizas y llamas	12
Capítulo IV	El gran imperio de Brooklyn	16
Capítulo V	La sociedad de la esclavitud	20
Capítulo VI	Por qué crecen los Testigos	27

SEGUNDA PARTE

APOLOGÉTICA

Capítulo I	Una Biblia truncada	34
Capítulo II	La cristología de los Testigos de Jehová	38
Capítulo III	Jehová y Cristo	43
Capítulo IV	La Trinidad que los Testigos niegan	48
Capítulo V	Divinidad del Espíritu Santo	52
Capítulo VI	El alma y su destino	56
Capítulo VII	Más allá de la muerte	61
Capítulo VIII	Infierno en llamas	65
Capítulo IX	Celos sin fronteras	69

Capítulo I	Carta amiga a un Testigo de Jehová	92
Capítulo II	El Espíritu Santo de la Biblia	100
Capítulo III	El alma en la Biblia	105

CUARTA PARTE EPISTOLA

Capítulo I	Carta amiga a un Testigo de Jehová	113
Capítulo II	Carta amiga a uno que quiere hacerse Testigo de Jehová	116
Apéndice	Las falsas predicciones del señor Rutherford	118

Capítulo X	Epidemia de resurrecciones	73
Capítulo XI	La segunda venida de Cristo	78
Capítulo XII	Transfusiones de sangre	82
Capítulo XIII	Patria, bandera, gobierno	87

| Preámbulo

Preámbulo

Leí por alguna parte que lo más difícil de un libro es el preámbulo. Esto, que ya preocupó a Cervantes con la historia de su ilustre Caballero de la Triste Figura, continúa siendo un tormento para los escritores. Los prólogos no deberían existir. Nada de entremeses variados, como en las comidas caras. El consumé suave y ligero y de inmediato el plato único, al igual que en aquellos tiempos de la postguerra civil española. Que para eso vivimos en una sociedad de consumo, donde se dice que el tiempo es oro y lo bueno, si breve, doblemente bueno.

Si todavía se tratara de escribir prólogos para otros, bien; de los demás siempre puede hallarse algo bueno que decir. Si no de sus escritos, sí de ellos. Pero esto de tener que explicar lo que uno mismo ha escrito, por qué y para qué lo ha escrito, empieza ya a ser un suplicio contra el que, el día menos pensado, nos sublevamos todos los escritores.

Mientras ese día llega hay que seguir escribiendo prólogos, hay que regresar a la primera página del libro cuando uno ha escrito ya la última. Como el niño castigado que ha de volver a borrar la pizarra y a escribir otras cien veces la frase “No hablaré más en clase...”.

TERCERA PARTE EXPOSICIÓN BÍBLICA

▶ 2 ◀

Si usted, lector, nunca se ha tropezado, en la calle o en el trabajo con un “Testigo de Jehová”; si no le han visitado en su casa; si de verdad no los conoce, leyendo este libro sabrá quiénes son. Desde que en septiembre de 1968 completé una serie de artículos analizando sus doctrinas, he venido pensando en este libro con la intención de ofrecer una visión más amplia de los “Testigos”, de sus creencias, de su estrategia, de su culto, de su cerrada organización. Hasta ahora no he podido dar cima a mis deseos. En los tres últimos años entregué a la imprenta otros tres libros, realicé numerosos viajes por el extranjero, hice otras muchas cosas; pero el libro sobre los “Testigos” no se completaba.

Este último invierno me decidí. Suspéndí algunos viajes que tenía pendientes, me encerré durante muchas horas en mi cuarto de trabajo, pasé largas noches con el bolígrafo en la mano, adivinando el frío al otro lado de las paredes y escuchando pegar la lluvia en los cristales de mi ventana. Con los primeros brotes de la primavera redacté las últimas páginas del libro que tiene usted en sus manos.

No estoy arrepentido de haber dejado pasar tres años desde mis primeros propósitos. Durante ese tiempo he podido completar mi colección de libros publicados por los “Testigos”.

He viajado a Nueva York y visitado sus fabulosas oficinas centrales, los he estudiado más de cerca, con mayor detenimiento, y mi pensamiento ha madurado más. Creo que el libro sale cuando tenía que salir.

Si usted tropieza en el curso de las páginas que siguen con algunas frases que le puedan parecer duras, o irónicas, o demasiado risueñas para la seriedad del tema, no me juzgue usted mal. Para los “Testigos de Jehová”, como personas, no tengo más que respeto. Es más, ni siquiera creo que signifiquen peligro alguno para la fe de otros, como se teme en algunos círculos cristianos. En esto yo pienso como David cuando era niño. En tanto que los ejércitos de Saúl veían en Goliat un peligro y una amenaza para el pueblo, David presentía una oportunidad para poner de manifiesto el poder de Dios. Yo creo que los “Testigos” constituyen un desafío que Dios mismo nos está lanzando para despertar un poco nuestra fe dormida, para sacudir la apatía espiritual que nos está invadiendo y para que dejemos de hablar tanto del poder del Evangelio, y lo creamos, y pasemos a demostrarlo.

Para los “Testigos”, como seres iguales a mí, no sólo mis respetos, también mi cariño. Pero para la maquiavélica organización que les tiene tendidos sus potentes tentáculos, estrangulando su dignidad y su libertad, mi repulsa y mi enfado, que aquí dejo correr con la natural pasión del carácter que Dios me dio.

Otra advertencia más: Me niego a colocar al final de libro una lista de obras consultadas. No pretendo con este libro que el lector me considere mejor o peor leído. No escribo para la vanidad de mi carne, sino para procurar alguna ayuda a mis semejantes. Poseo todos los libros que los Testigos han publicado en castellano y algunos en inglés. Todos los he estudiado.

Casi todos estos libros aparecen citados en el curso de esta obra, como también menciono a otros autores que me han ayudado con sus aportaciones literarias a completar las ideas que ofrezco en estas páginas. Mi agradecimiento a ellos y a usted, lector, por haber elegido este libro mío como parte de sus lecturas.

PRIMERA PARTE

Historia y Sociología

Capítulo I

El mundo de Russell

Charles T. Russell, fundador del movimiento religioso que hoy se conoce como “Testigos de Jehová”, nació en 1852 y murió en 1916. Le tocó vivir el período de mayor avivamiento religioso que registra la Historia de América. Esta circunstancia tiene mucho que ver con el origen y desarrollo de su obra. El hombre crea las circunstancias a su alrededor. Pero el hombre es también, de forma inevitable, producto y reflejo de esas mismas circunstancias. De haber vivido en época distinta, en un país diferente, le habría sido muy difícil a Russell hacer lo que hizo. Si en lugar de haber nacido en Norteamérica hubiese nacido en Angola, en Portugal o en Malasia, los “Testigos de Jehová” no existirían hoy. El ambiente contribuyó a hacerle. Y a su vez halló en ese mismo ambiente el clima ideal para hacer cuanto hizo. Antes de estudiar al hombre se impone un ligero conocimiento de su mundo.

DECADENCIA Y RESURRECCIÓN ESPIRITUAL EN AMÉRICA

Hacia finales del siglo XVII y principios del XVIII se produjo en los Estados Unidos de Norteamérica un terrible colapso religioso. Las iglesias quedaron vacías y la fe completamente desacreditada. Dorchester ha descrito esta época como “el período de más oscuridad moral y espiritual en la historia del cristianismo americano”.

El trágico declive religioso tuvo varias causas, entre ellas la inestabilidad política, una economía muy fluctuante y la introducción en el país del racionalismo francés. Los libros de Voltaire

» 3 «

eran leídos con avidez por los norteamericanos de cultura media y por las élites intelectuales. También se leía y discutía a Volney, Paine, Rousseau y otros. Las famosas biografías de Jesucristo de Renan y de Rousseau, prácticamente desconocidas en el país e introducidas por los militares franceses, hicieron estragos entre la juventud estudiantil.

Por otro lado, las guerras con los indios, con los franceses, con los ingleses y la revolución americana crearon un clima de inmoralidad y de vicio, especialmente fomentado por los soldados franceses e ingleses. Se formaron numerosos clubes en todo el país para estudiar la literatura atea, y muchas ciudades tomaron nombres de ateos famosos. Libros como *El Sistema de la Naturaleza*, *El Diccionario Filosófico*, *La justicia política*, *La edad de la razón* y otros semejantes sustituyeron a la lectura de la Biblia.

“Las Iglesias —escribe James di Forest— eran impotentes. La Biblia llegó a ser virtualmente un libro cerrado para las masas. Amargos debates se sucedían por todas partes, acentuando las divisiones y el sectarismo. En tres años, de 1793 a 1795, los metodistas sufrieron un gran descenso, perdiendo cuatro mil miembros por año. Las demás denominaciones experimentaron también una gran pérdida de miembros. Los ministros religiosos abandonaron sus ocupaciones habituales y buscaron empleos seculares. La situación de la Iglesia Episcopal llegó a ser tan desesperada que el obispo de Nueva York presentó su dimisión por entender que el fin de la Iglesia estaba próximo. El obispo Madison, de Virginia, compartía la opinión del ministro de justicia, Marshall, en el sentido de que el decaimiento de la Iglesia era demasiado profundo para esperar un avivamiento”.

Dios, sin embargo, no pensaba igual; lo que parecía imposible se produjo. El despertar de las conciencias sacudió el país.

El gran avivamiento religioso que conoció América durante el siglo XIX se prolongó hasta los años inmediatos a la Primera Guerra Mundial, pasado ya el 1920. Burns, en su libro

Avivamiento, sus leyes y líderes, describe el período trágico que la precedió. Dice que, no obstante la corrupción moral y la infidelidad religiosa del pueblo americano, existía una minoría fiel, la que nunca dobló sus rodillas ante Baal, que oraba a Dios y le pedía por un cambio de situación en las Iglesias, y en la vida del país. Un grupo de veintitrés líderes religiosos de Nueva Inglaterra publicó una carta circular, que fue ampliamente distribuida, en la que se pedían oraciones a favor de un avivamiento.

El doctor Edward O. Griffin, presidente del Williams College y gran autoridad en materia religiosa, fija la fecha del histórico despertar espiritual en 1792. El avivamiento empezó en Nueva

Inglaterra y se extendió como un gigantesco incendio por todo el país, alcanzando tanto las Iglesias como los centros educativos. Timothy Dwight, presidente de la Universidad de Yale, se cita como principal líder del avivamiento religioso entre los estudiantes. En 1796, Dwight, tomando como texto Colosenses 2:8, habló a los estudiantes de su Universidad sobre *La naturaleza y el peligro de una filosofía infiel*. El resultado de aquel discurso fue una consagración casi masiva de todos los estudiantes a Cristo.

Muchos son los nombres que se citan como principales responsables del avivamiento religioso en América. La lista se haría interminable. Entre los más conocidos figuran Jonathan Edward, uno de los precursores; Barton W. Stone; James McGready; William McGree; William Hodge; Robert Marshall; John Rankin, etc.

Describiendo los efectos del avivamiento, McGready dice: “En el Estado de Kentucky, las multitudes se reunían al aire libre en el verano y en los locales cerrados en invierno y permanecían durante días y noches orando y escuchando la Palabra de Dios. Los hombres se arrodillaban durante horas interminables o caían al suelo confesando sus pecados e implorando el perdón de Dios”.

Stone, en su autobiografía, añade: “He visto a muchos creyentes caer al suelo en intensa agonía espiritual, pidiendo misericordia para sus hijos, incrédulos; para sus hermanos, padres o simplemente conocidos. Los he visto llorando y gritando pidiendo a Dios que los salvara de la condenación del mundo”.

Para 1850, las Iglesias de todas las denominaciones habían multiplicado extraordinariamente el número de sus miembros. En 1800 existía en el país una iglesia por cada 1.751 habitantes y un ministro por cada 2.001. Cincuenta años después la proporción era de una iglesia por cada 538 habitantes y un ministro por cada 900.

MILLER Y EL ADVENTISMO

Entre los millones de pródigos que volvieron a la Biblia como consecuencia del despertar religioso ya descrito, figuraba William Miller. Campesino, de madre muy piadosa, Miller había nacido en Pittsfield, Estado de Massachusetts, el 15 de febrero de 1782. Cuando estalló la guerra angloamericana, en junio de 1812, Miller tenía ya treinta años. Por aquella época vivía

totalmente apartado de la religión. Hasta tal extremo que, en el Ejército, donde llegó a alcanzar el grado de capitán, figuraba inscrito como no creyente.

▶ 4 ◀

En la Navidad de 1814 terminó esta guerra que había durado año y medio. Ingleses y americanos cenaron juntos, cantaron el *God save the King* y el *Yankee Doodle*, los himnos nacionales de Inglaterra y de América, y se liquidó aquel conflicto que André Maurois califica de “absurdo y vano”, como son todas las guerras.

La conversión o reconversión de Miller se produjo poco después, en 1816, en pleno despertar religioso de América. La señora Helen Gould de White, que llegaría a jugar un papel de líder indiscutible en las filas del Adventismo, dedica tres capítulos a Miller en su voluminosa obra *El conflicto de los siglos*, que volveremos a citar cuando tratemos el tema de la segunda venida de Cristo. “A la edad de treinta y cuatro años —dice la señora White— el Espíritu Santo despertó en su ánimo el sentimiento de su condición de pecador... Miller hizo entonces pública confesión en la fe que antes despreciara...”

Como toda su familia pertenecía a la denominación bautista, Miller se hizo miembro de esta Iglesia. Pero los sermones que escuchaba no le satisfacían enteramente. Solo primero, y acompañado por un grupo de amigos después, se dedicó a estudiar intensamente la Biblia. El grupo se sintió especialmente atraído por la profecía bíblica. Sus dos libros preferidos fueron “Daniel” y “Apocalipsis”. El estudio del capítulo ocho de Daniel llevó al grupo a la conclusión de que la venida de Cristo y el fin del mundo tendrían lugar en 1843. Como este año transcurrió sin ningún acontecimiento especial, el grupo habló de errores de cálculo y fijó una nueva fecha: 22 de octubre de 1844. Tampoco esta vez acertaron; pero el movimiento adventista estaba ya lanzado, tras años de intensas campañas de predicación por todo el territorio de los Estados Unidos.

La señora White, máxima autoridad en esta materia, dice que Miller llegó a la convicción de que Cristo vendría de nuevo a la tierra en 1843 a los dos años de su conversión e ingreso en la Iglesia Bautista, es decir, en 1818. Pero nada dijo en público hasta 1831, cuando

rondaba ya la cincuentena. “Miller —escribe la señora White— no se determinó a predicar en público hasta que a ello le instaron sus hermanos, en cuyas palabras creyó oír el llamamiento de Dios. Tenía entonces cincuenta años de edad, no estaba acostumbrado a hablar en público y se sentía oprimido al reconocer su incapacidad para la obra que le aguardaba.”

Esta incapacidad no le impidió desplegar una grandísima actividad en pro de la idea que le animaba. Miller estaba convencido que el fin del mundo se produciría en 1843, y tanto él como sus amigos se dedicaron a esparcir esta noticia por todo el inmenso territorio de los Estados Unidos. En 1833 publicó un libro al que puso un largo título: *Evidencias sacadas de la escritura y de la historia en torno a la venida de Cristo hacia 1843*.

Conforme se acercaba la fecha señalada aumentaba la actividad misionera del grupo. El sacerdote francés Cyrille de Dinan, en su libro *Por qué no soy Adventista del Séptimo Día*, dice que durante los veranos de 1842–1843 Miller predicó 120 discursos en los campos ante medio millón de oyentes. Recordemos que por aquellos años América estaba plagada de predicadores de todas las denominaciones que recorrían el país anunciando castigos divinos, llamando al arrepentimiento y señalando la segunda venida de Cristo en fechas concretas, como era el caso de Miller y sus amigos. La expectación era enorme. Las gentes, que creían en lo que escuchaban, vendían propiedades, deshacían sus hogares y se encaminaban hacia las montañas, en espera del gran acontecimiento. Un acontecimiento que nunca llegó. Que sembró de desilusión sus corazones, pero que no bastó para apartarlas de la fe.

Maurice Colinon, en la versión castellana de *Falsos profetas y sectas de hoy*, cuenta el tremendo desengaño de aquellos seres con las siguientes palabras: “La desilusión de los adventistas en la mañana del 23 de octubre daba lástima. Eran entonces unos 50.000; la mayoría expulsados de sus propias Iglesias, como el mismo William Miller. Aunque dudaron de la exactitud de los cálculos en que habían fundado su fe, casi todos permanecieron fieles a William Miller en el infortunio, igual que lo habían sido en la esperanza. El profeta se vio obligado, a pesar de sí mismo, a fundar (una secta de su cosecha) (son sus palabras propias). La primera Iglesia adventista data, pues, de 1845”.

RUSSELL ENTRA EN ESCENA

A raíz del desengaño sufrido en octubre de 1844, los adventistas se dividieron en dos grupos principales. Unos permanecieron fieles a Miller y otros formaron congregaciones aparte. La propia señora White, en el capítulo XXIII de su obra citada, admite que el fanatismo y la división aparecieron ya en el verano de 1844, “cuando los adventistas se hallaban dudosos y perplejos respecto de su verdadera situación”.

En los libros producidos por los Testigos de Jehová se llama a los que se separaron de Miller “segundos adventistas”. Como el estudio del Adventismo en el capítulo no tiene otra intención que la de encuadrar a los “Testigos de Jehová” en su marco histórico, aceptaremos esta definición. Tanto más cuanto que Russell llegó a formar parte del grupo compuesto por los adventistas separados de Miller o “segundos adventistas”. La unión de Russell a estos “segundos adventistas” se produjo en 1870. Pero aquí no podemos continuar sin antes trazar la biografía

» 5 «

del personaje que más nos interesa en este capítulo. Demos, pues, unos pasos hacia atrás en la historia del tiempo.

Capacitados para ser ministros y Los Testigos de Jehová en el propósito divino son, entre los libros escritos por los líderes de la organización, los dos que más datos nos suministran para componer la historia de los Testigos de Jehová, según ellos mismos la cuentan. Estas obras serán nuestra guía principal en la primera parte de este libro.

Por el contenido de los mismos sabemos que el fundador del movimiento, Charles Taze Russell, nació en Old Allegheny, que ahora forma parte de la ciudad de Pittsburg, en el Estado americano de Pensilvania, el 16 de febrero de 1852. Sus ascendientes fueron escoceses e irlandeses. Además de Charles, el matrimonio tuvo otros dos hijos. La madre murió cuando Charles tenía nueve años. El padre, hábil comerciante, tenía una cadena de tiendas de tejidos. Al propio Charles no se le daban mal los negocios, ya que a los quince años era socio en el negocio del padre. Habría llegado a ser un gran comerciante de no haberse inclinado por la

religión. Con todo, su inteligencia para los negocios fue de gran importancia en el desarrollo del movimiento.

La familia entera de Russell pertenecía a la Iglesia presbiteriana. No convenían mucho al joven Charles las doctrinas de esta Iglesia y con frecuencia se le veía estudiando la Biblia por sí mismo y sembrando inquietudes religiosas a su alrededor.

Consecuencia de estas inquietudes fue su relación con los llamados “segundos adventistas”, que tuvo lugar cuando Charles T. Russell contaba tan sólo dieciocho años, en 1870, como ha quedado escrito. Este encuentro, relatado por el propio Russell, tuvo lugar en el sótano de una casa, muy cerca de una de sus tiendas de tejidos. Era un sótano oscuro, con mucho polvo. Russell había descubierto que allí se reunía un grupo de adventistas para estudiar la Biblia. Entró, según cuenta, “para ver si el puñado de personas que se reunía allí tenía algo más inteligente que ofrecer que los credos de las Iglesias prominentes. Allí –continúa Russell–, por vez primera, oí algo de los puntos de vista de los segundos adventistas, siendo el orador el señor Jonás Wendell. Aunque su exposición bíblica no era del todo clara, y aunque le faltaba mucho en comparación con la información que ahora disfrutamos, fue suficiente, bajo Dios, para restablecer mi fe vacilante en la inspiración divina de la Biblia y para demostrar que los registros de los apóstoles y los profetas están indisolublemente enlazados”.

Dos puntos de doctrina cautivaron principalmente la atención de Russell: la negación del infierno por parte de los adventistas, tema éste que siempre le había traído de cabeza, y la segunda venida de Cristo, acontecimiento en torno al cual giraban todas las predicaciones del grupo que se reunía en el sótano de la calle Federal.

Cinco años permaneció Russell con aquel grupo, de 1870 a 1875. Durante esos años se convirtió en un ferviente adventista, estudiante asiduo de la Biblia. Pero los principales del grupo volvieron a cometer dos nuevos errores en relación con la segunda venida de Cristo. Anunciaron que el Señor volvería en 1873. Luego, que en 1874. El ridículo fue notable en ambos casos. Como lo fue en 1843, en 1844 y como lo será siempre que el hombre pretenda vaticinar sobre acontecimientos que sólo a Dios corresponde decidir.

Para calmar los ánimos, Russell, que ya figuraba en plan de dirigente del grupo, escribió un folleto, del que hizo 5.000 ejemplares, dando su explicación del fracaso y atribuyendo éste,

como se ha hecho siempre, a un error de cálculo en las profecías. El título del folleto era *El objeto y manera de la vuelta de nuestro Señor*.

Meses después de publicado este folleto, en enero de 1876, Russell entró en contacto con otro grupo adventista de la ciudad de Rochester, en el Estado de Nueva York, que encabezaba un tal N.H. Barbour. Este publicaba una pequeña revista llamada *The Herald of the Morning* (“El Heraldo de la Mañana”), dedicada principalmente a anunciar la segunda venida de Cristo, el tema predilecto de Russell. La revista, aunque de escaso valor técnico y literario, le entusiasmó. Mantuvo una entrevista personal con Barbour, que resultó en la unión de ambos líderes y de sus respectivos grupos. Fortalecidos en número y con una mayor capacidad económica, el nuevo grupo que surgió adquirió una imprenta, que fue montada en Rochester. Russell fue nombrado co-redactor de la revista. Ambos líderes adventistas emprendieron la redacción de un libro, que fue terminado y publicado en 1877. El libro llevó por título *Tres mundos o plan de redención*. Constaba de 194 páginas. El tema central del libro era el mismo que vivía en el corazón de sus autores y de todos sus seguidores y que les había expuesto a la vergüenza pública en numerosas ocasiones: la machacona segunda venida de Cristo. Sus dos autores, Russell y Barbour, no escarmentados con los anteriores desengaños, volvieron a fijar nueva fecha, esta vez a más largo plazo. Jugando de nuevo con las profecías llegaron a la conclusión de que Cristo volvería en 1914. Los discípulos de estos dos atrevidos líderes tenían, por tanto, treinta y siete años para preparar debidamente el recibimiento que pensaban tributar al Maestro en su regreso. Infantil y absurdo.

LOS PRIMEROS TESTIGOS DE JEHOVÁ

Las relaciones entre Russell y Barbour duraron poco tiempo. Russell, que sólo estaba de acuerdo consigo mismo, que discrepaba en muchos puntos de la doctrina adventista, que pretendía revelaciones especiales de parte de Dios, se separó definitivamente de Barbour y del adventismo en 1878.

Con Russell se fueron todos los que formaban el grupo de Pittsburg y muchos discípulos de Barbour.

Así fue como empezó el movimiento religioso cuyos miembros se hacen llamar hoy “Testigos de Jehová”.

Un año después de esta separación, en 1879, Russell tomó tres importantes decisiones, que habrían de influir notablemente en su vida. La primera fue desentenderse completamente de los negocios que hasta entonces había estado llevando juntamente con su padre. En la liquidación correspondieron a Russell hijo 300.000 dólares, que en aquella época era una suma considerable. La segunda decisión consistió en dedicar todo su tiempo a predicar y a escribir, anunciando por todo el país los “descubrimientos” que él y su grupo realizaban en la Biblia. Y la tercera y trascendental decisión de aquel año 1879 fue la de contraer matrimonio. Russell tenía veintisiete años cuando se casó con la señorita María Francisca Ackley, fervorosa seguidora de su doctrina.

Muy graves son estas acusaciones, obtenidas del propio expediente de divorcio por quien las hizo públicas por vez primera. Un carácter como el que describe la mujer que vivió con él durante diecisiete años no merece confianza alguna cuando pretende erigirse en caudillo religioso. Otro autor que ha estudiado en detalle la vida de Russell, Walter R. Martin, dedica un capítulo casi entero de su libro *Jehová of the Watch Tower* a probar que el fundador del movimiento russellista, a quien acusa de perjuo, practicaba una moral bastante dudosa en sus relaciones con los demás y en la forma con que trataba la palabra de Dios. Pero por cuanto nuestra intención no es atacar al hombre, sino denunciar el carácter antibíblico del movimiento por él fundado, pasamos las páginas de su historia personal y seguimos contando en otro capítulo la marcha ascendente de la organización.

El matrimonio terminó mal. Los Testigos de Jehová, en el capítulo III de *Los Testigos de Jehová en el propósito divino*, hacen una muy breve referencia a este matrimonio. Dicen que “no fue bendecida con hijos esta unión. Diecisiete años más tarde tuvieron un disgusto acerca del manejo de su revista, y hubo una separación”.

Wilton M. Nelson, uno de los primeros escritores evangélicos en América Latina que denunció los errores doctrinales de los Testigos de Jehová, aporta más datos acerca de este matrimonio. En su libro *Los Testigos de Jehová, quiénes son y lo que creen*, dice que la separación entre Russell y su esposa tuvo lugar en 1897. Trece años antes de la muerte del líder, en 1913, la esposa obtuvo el divorcio legal, que le fue concedido tras acusar a su marido “de que su amor propio, egoísmo y tiranía eran tales que harían intolerable la vida para cualquier mujer sensible; que su conducta en relación con otras mujeres fue impropia; que en una ocasión guardó silencio para con su esposa durante cuatro semanas y se comunicó con ella únicamente mediante cartas de carácter represivo, y que procuró por los medios más despreciables aislar a su esposa de la Sociedad e intentó conseguir un dictamen que la pronunciara demente a fin de poder repudiarla.



Capítulo II *La Torre y el Heraldo*

La casualidad no tiene fundamento científico ni filosófico. Los acontecimientos imprevistos que nos suelen impresionar ocurren sin que sepamos exactamente por qué, pero en ocasiones nos dejan huellas. Según los mismos Testigos de Jehová, en el pasaje citado en el capítulo anterior, la separación matrimonial de Russell se debió a problemas con su mujer a causa de una revista. Aunque si nos atenemos a otras opiniones, ésta debió ser una de las causas. Pues bien; esa revista fue fundada por Russell el mismo año de su matrimonio. En 1879 estrenó esposa y revista.

Al romper sus relaciones con Barbour, la revista que publicaban entre ambos, *El Heraldo de la Mañana* quedó suspendida. El 1 de julio de 1879 apareció el primer número de la nueva revista de la organización dirigida por Russell. Su título: *La Torre del Vigía de Sión y Heraldo de la Presencia de Cristo*. De este primer número se tiraron 6.000 ejemplares. El movimiento russellista se iba consolidando. En la primera parte del título, *La Torre del Vigía*, se perfilaba ya el futuro nombre de la organización y el cometido que se había atribuido. *El Heraldo de la Presencia de Cristo* era el título que el propio Russell se daba. Estos fueron los comienzos de una gigantesca producción literaria que al correr de los años llevaría el mensaje impreso de Russell por todos los rincones del mundo.

LOS PRIMEROS NOMBRES DE LA ORGANIZACIÓN

El russellismo fue creciendo y ganando adeptos por el territorio de los Estados Unidos. Los lectores de la revista recibían también ejemplares de los numerosos folletos que distribuía el grupo, escritos todos ellos por el propio Russell. Ante el volumen que iba tomando el movimiento se decidió darle un nombre oficial. En el número de abril de 1881, Russell escribió

en la revista de la organización estas palabras: “La inmensa magnitud que parece estar asumiendo

» 8 «

la obra de los tratados hizo surgir la idea de una combinación de esfuerzo con este fin, y el resultado es la formación de esta Sociedad”.

El primer nombre puesto oficialmente al movimiento russellista fue el de *Watch Tower Tract Society* (“Sociedad de Tratados Torre del Vigía”). Cuando la Sociedad fue legalmente inscrita ante las autoridades de Pensilvania, el nombre fue alargado con una palabra más: *Sions’s Watch Tower Tract Society* (“Sociedad de Tratados Torre del Vigía de Sión”). Esta inscripción se llevó a cabo el 13 de diciembre de 1884. Parece que los dirigentes, en la incertidumbre y el nerviosismo de los primeros años, no acababan de acertar con el nombre definitivo. Dos años después del último cambio de nombre, en 1896, se sustituye la palabra “Sión” por la de “Biblia”, y la Sociedad adoptó este otro nombre: *Watch Tower Bible and Tract Society* (“Sociedad Bíblica de Tratados Torre del Vigía”). Todavía habría de sufrir un nuevo cambio el título de la Sociedad, que fue ampliado con el nombre del Estado donde se originó, quedando constituido así: *Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania* (“Sociedad Bíblica de Tratados Torre del Vigía de Pensilvania”).

Estos continuos cambios de nombres, y los que vendrían más tarde, motivó el que autores antirussellistas, entre ellos Walter R. Martin, denominaran a la Sociedad como “el camaleón de la Torre del Vigía”. “Como todo el mundo sabe —escribe Martin—, el camaleón tiene una extraordinaria facilidad para cambiar de color, adaptándose rápidamente al ambiente donde se encuentra. ¡Esta ha sido la situación de la “Torre del Vigía” desde los primeros momentos de su fundación!”

PRIMERAS OFICINAS

La primera oficina que tuvo la organización russellista estuvo en el número 44 de la calle Federal, en Allegheny (Pensilvania). La junta Directiva de la Organización se componía por aquel entonces de siete personas, presididas por Russell. El genio comercial de éste, su amplia visión y su extraordinaria capacidad de trabajo mantenían a la Sociedad en aumento continuo. Para 1889 no había forma de desenvolverse en el reducido espacio de la calle Federal, y la Sociedad se trasladó a un elegante edificio de cuatro pisos, situado cerca de la oficina primitiva. Este edificio costó 34.000 dólares. Cinco años más tarde el edificio y el material que contenía se valoraban en 164.000 dólares. Se le puso por nombre Casa Bíblica. Los cuatro pisos fueron divididos en dependencias “para alojar una pequeña familia de la Casa Bíblica, imprenta, departamento de envíos, un salón de asamblea para unas 200 personas, una oficina, un departamento editorial y un frente de tienda dando a la calle”.

La historia interna del russellismo dice que por esta época, 1890, el crecimiento de la organización había sido espectacular. Entre 1886 y 1891 se habían distribuido 841.095 folletos, 395.000 ejemplares de la revista *Torre del Vigía* y 85.000 libros. La Sociedad contaba ya con 400 personas trabajando a pleno tiempo.

La actividad literaria de Russell era incansable. Al primer libro, escrito en colaboración con Barbour, siguieron otros de su propia pluma. *Food for Thinking Christians* (“Alimento para cristianos pensadores”) apareció en 1881 y en cuatro años se distribuyeron un millón de ejemplares. Entre 1886 y 1904 Russell publicó seis gruesos tomos de lo que llegaría a ser su obra cumbre. La serie completa fue llamada *El plan de las edades*. Más tarde se cambió este título por el de *Plan divino de las edades*. La edición que nosotros poseemos, en idioma inglés, data de 1913 y se titula *Studies in the Scriptures* (“Estudios en las Escrituras”). Son unos estudios a la manera de Russell, atropellando el texto de la Biblia, manejando a su antojo las profecías, sin un orden lógico de temas, confundiendo Antiguo y Nuevo Testamento, sin diferenciar entre Ley y Gracia, hablando unas veces como judío; otras, como gentil y, muy pocas, como cristiano. De esta manera, buscando en la Biblia lo que le conviene, confundiendo al lector con citas bíblicas que no vienen a cuento del tema que se trata, amontonando pensamientos confusos,

en los dieciocho años que empleó Russell en esta obra pueden escribirse no seis tomos, sino la Biblioteca de Alejandría completa.

DE PENNSILVANIA A NUEVA YORK

El Estado de Pensilvania, que tiene límites al Norte y al Este con el de Nueva York, posee una dimensión territorial de 116.871 kilómetros cuadrados. El de Nueva York es ligeramente superior, con 127.434 kilómetros cuadrados. El censo de 1910, época en la que nos estamos moviendo, daba a Pensilvania 7.665.111 habitantes y 9.113.614 a Nueva York. El cambio de Estado, pues, se imponía. Pensilvania se quedaba pequeño para los russellistas; Nueva York era de más categoría, tenía fama en el mundo entero. Además, sus puertos eran visitados por barcos de todas las naciones y la Sociedad, que ya empezaba a enviar su mercancía de sermones impresos al extranjero, ahorraría dinero y tiempo instalándose junto a los grandes muelles neoyorquinos.

▶ 9 ◀

El mundo, en opinión de Russell, debía conocer sus famosos descubrimientos en la Biblia. América no era suficiente para sus ambiciones expansionistas. Su primera salida al extranjero la realizó en 1891. Acompañado por varios dirigentes de la Sociedad, el grupo visitó durante dos meses Escocia, Irlanda, Inglaterra, Rusia, Turquía y Egipto. En 1900 la Sociedad abrió su primera oficina en el extranjero. El honor, o la desgracia, según se mire, le cupo a Londres. En 1903 fue Alemania, y Austria en 1904, las naciones europeas donde se abrieron sucursales para distribuir la literatura que publicaba la *Torre del Vigía*.

La compra del primer edificio en Brooklyn se llevó a cabo en 1908. La Sociedad, que por aquel entonces disponía ya de bastante dinero, adquirió en propiedad un inmueble de cuatro pisos situado en el número 124 de la calle Columbia Hights. Russell se instaló allí con un grupo de 30 colaboradores, reservándose para sí la más amplia y lujosa oficina del inmueble. Tan sólo un año después, la Sociedad contaba ya con dinero suficiente para la adquisición de otro

inmueble, adquiriendo el que había sido propiedad de la Iglesia de los Hermanos Plymouth, situado muy cerca del anterior.

Este segundo inmueble fue inaugurado el 31 de enero de 1909. Para decorar los distintos departamentos de este edificio se invirtió una elevada suma de dinero. Esto no era problema para la Sociedad, pues los donativos aflúan ya de muchas partes del mundo, merced a una publicidad organizada inteligentemente por el propio Russell. Además de los espacios dedicados a oficinas y talleres, el nuevo edificio contaba con una sala destinada a reuniones públicas, con capacidad para 800 personas.

Dos años más tarde, en 1911, se agregó a este segundo edificio un nuevo local, amplio, estratégicamente situado a espaldas del mismo, con entrada por la calle Eurman, mirando hacia los muelles de Brooklyn. Los dirigentes de la Torre eran consumados organizadores. Desde allí era mucho más fácil el embarque de los libros, de folletos y de revistas con destino a los grandes puertos americanos y a las naciones de otros continentes. Se habían propuesto invadir el mundo con su literatura, extraña y confusa al mismo tiempo; querían turbar los espíritus con su arbitraria manera de interpretar la Biblia; estaban empeñados en una lucha a muerte contra los Gobiernos del mundo y contra el mismo mundo, que se dejaba gobernar, según sus teorías, por infieles. Para el logro de estos propósitos, aquel nuevo edificio frente al mar era ideal.

Con el traslado de Pensilvania a Brooklyn, la Sociedad russellista cambió de nombre. ¡Cambió de nombre una vez más! Ni los propios “Testigos de Jehová” saben el número exacto de veces que su organización ha cambiado de nombre. Leamos las explicaciones que ellos mismos nos dan: “Para ejercer título a esta propiedad en el Estado de Nueva York los ‘Testigos’ decidieron formar una nueva corporación. La *Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania* estaba sujeta a ciertas restricciones legales. Por eso, después de hacer solicitud apropiada, el 23 de febrero de 1909, la People’s Pulpit Association (Asociación del Púlpito de la Gente) recibió identidad jurídica en el Estado de Nueva York”.

Si desgraciados fueron los nombres anteriores éste lo fue más. Ni en español, pero tampoco en inglés, se le ve sentido alguno a ese largo título. Parece querer significar que la entidad pretendía asociar todos los púlpitos de la gente; como si cada ser humano, además de nombre y apellidos, dispusiera también de un púlpito para sus predicaciones particulares. Estos absurdos abundan y superabundan en la “Torre del Vigía”.

EL GRAN FRACASO DE 1914

A medida que se iba acercando el año 1914, fecha indicada por Russell para el regreso de Cristo a la Tierra, la expectación y el trabajo aumentaban en las oficinas centrales de la Sociedad y en las delegaciones existentes en diversas partes del mundo. Un informe de aquellos años publicado por los Testigos dice que “durante los años de 1909 a 1914 la producción de tratados, folletos y libros encuadernados aumentó de continuo, alcanzando a publicarse muchos millones de ejemplares. La obra de amonestación acerca de 1914 fue acelerada por la organización de un servicio a través de organizaciones internacionales de periódicos, servicio mediante el cual se enviaba el sermón semanal de Russell a aproximadamente tres mil periódicos de los Estados Unidos, Canadá y Europa. Se calcula que de esta manera se lograba alcanzar a diez millones de personas cada semana”.

“La obra de hablar ante el público –prosigue el informe–, también fue organizada para dar testimonio creciente acerca del año de 1914 que se acercaba. Solamente en el año 1911, se informa, 12.113 disertaciones públicas y semipúblicas se pronunciaron a través del mundo. Finalmente, para el año 1914, había en los Estados Unidos y el extranjero 1.200 congregaciones funcionando en conexión con la Sociedad.”

El fracaso de Russell no pudo ser más humillante. Él y los suyos habían estado proclamando, con la energía ya dicha, que Cristo volvería a la Tierra el 1 de octubre de 1914 para dar fin a lo que ellos llaman “reinos del mundo” e inaugurar una era de paz. Pero en lugar de paz, ese año empezó la más sangrienta lucha que ha conocido el mundo. Como si Dios hubiese sen-

tido una especial complacencia en hacer todo lo contrario de lo que Russell predicaba. Las palabras de la Biblia se cumplieron literalmente, pero en sentido completamente opuesto al que quería Russell. “Que cuando digan paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina” (1ª Tesalonicenses 5:3).

En efecto: en lugar de Cristo pareció como si el mismo diablo se hubiera encarnado en seres humanos con la intención de destruir la tierra. En vez de la paz anunciada por los Testigos de Jehová, aquel año llegaron la destrucción, el hambre, las enfermedades. ¡Llegó la guerra!

Los Testigos no esperaron para desengañarse a que llegara el 1 de octubre. Para esa fecha Europa ardía ya en llamas y el espectáculo que el mundo ofrecía no era precisamente de paz. El 1 de agosto, Austria declaraba la guerra a Serbia, y Alemania a Rusia. El 3 de agosto, Alemania declaraba la guerra a Francia y a Bélgica. Al día siguiente, Bélgica e Inglaterra declaraban la guerra a Alemania. El 5 de agosto, Austria declaraba la guerra a Rusia, y el 11 de agosto Francia e Inglaterra declaraban la guerra a Rusia. Italia entraría en el conflicto en mayo de 1915, y el 6 de abril de 1917, cuando no quedaba ya un solo rincón en el mundo que no participara más o menos directamente en el conflicto, el Presidente Wilson firmaba la declaración de guerra contra Alemania y contra Austria-Hungría lanzando a los Estados Unidos al conflicto porque, según rezaba la declaración de guerra, “con la ayuda de Dios, América no puede hacer nada más que esto”.

la literatura de la Sociedad. Pero él no se desanimó y volvió al ataque, justificándose mediante el socorrido procedimiento del error de cálculo. Dijo que si Cristo no había venido a la tierra en la fecha indicada, en cambio había pasado de un lugar a otro en el cielo. Y que vendría en 1918. Así disponía de cuatro años para reorganizar el movimiento, que se había disgregado tras el fracaso de 1914.

La muerte le evitó una nueva vergüenza. El 16 de octubre de 1916 salió de Nueva York en viaje hacia el oeste del país. Sintiendo enfermo decidió regresar a las oficinas centrales. No logró sus deseos. Murió a bordo de un tren que recorría el Estado de Texas, en la ciudad de Pampa. El fallecimiento se produjo el 31 del mismo mes y año. Su cadáver fue trasladado a Brooklyn, pero fue sepultado en la ciudad de su nacimiento, en Allegheny, Pensilvania.

A su muerte, los Testigos de Jehová sumaban ya 19.000 miembros en todo el mundo. Bajo su impulso se habían distribuido 300 millones de folletos y tratados. Los historiadores de

MUERTE DE RUSSELL

El descalabro sufrido por Russell y sus seguidores fue total. Russell, tan dado al estudio de la Biblia, nunca llegó en realidad a comprenderla. De haber asimilado el auténtico espíritu de la Biblia no hubiese creado tanta confusión a su alrededor, hablando donde la Biblia guarda silencio. En su opinión, Cristo debía venir el 1 de octubre de 1914, pero olvidó que la opinión del hombre no es la misma de Dios. Un abismo de eternidades separa a la criatura del Creador. “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

La tozudez de Russell no conocía límites. Su fracaso profético le creó infinidad de problemas, muchísimos más enemigos que los que ya tenía. Fue ridiculizado desde los púlpitos de las iglesias, en la prensa y en las calles y plazas por donde iban sus mensajeros vendiendo

la Sociedad dan el siguiente balance de sus actividades: “C.T. Russell sirvió a los Testigos de Jehová por treinta y dos años. Se dice que él viajó más de un millón y medio de kilómetros como conferenciante, que pronunció 30.000 sermones y escribió libros hasta un total de 50.000 páginas, llegando a dictar, a menudo, mil cartas al mes”.

Extraordinaria actividad, sin duda, pero toda ella barrida y quemada como paja por el fuego de la divina prueba, que permite el crecimiento de la cizaña junto al trigo hasta el día de la siega final.



Capítulo III *Cenizas y llamas*

Cuando un movimiento religioso experimenta en sus años iniciales el desarrollo que conoció la “Torre del Vigía”, difícilmente perece a la muerte de su fundador. Puede entrar en crisis, puede quedar paralizado durante años, pueden darse divisiones en su seno, pero seguirá su rumbo. Siempre surge la figura precisa en el momento necesario. Los intereses y los compromisos adquiridos son ya demasiado grandes para que todo termine en ruinas. Quienes creen de buena fe resisten la prueba que supone la muerte del jefe. Y quienes creen porque así interesa a sus cálculos tampoco abandonan, en espera del botín correspondiente a la hora de repartir dinero, mando y fama.

Nada tiene de extraño, pues, que la Sociedad fundada por Russell se mantuviera e incluso progresara más allá de lo soñado por su fundador, cuando éste dijo adiós a la tierra. Todo era cuestión de encontrar el sucesor ideal para el momento que vivía la Sociedad. Y éste apareció.

EL SUCESOR DE RUSSELL

El sucesor de Russell en la jefatura del movimiento fue José Franklin Rutherford. Los biógrafos ajenos al movimiento le han descrito como autoritario, intolerante, engreído en la vanidad del poder, amante de la vida burguesa, etc. Walter Martin, en el ya citado libro *Jehova of the Watch Tower*, que ha tenido una amplísima circulación, traza un cuadro bastante negro del señor Rutherford. Con el fin de mantener el equilibrio informativo, conservándolo hasta donde nos permitan nuestras propias convicciones, damos la versión que los mismos Testigos ofrecen de la biografía de Rutherford.

► 12 ◀

“Nació –dicen– el 8 de noviembre de 1869 en Boonville, Missouri, de padres cuya religión era la bautista. Tenía dieciséis años cuando su padre le dio permiso para matricularse en un

colegio para estudiar jurisprudencia, con tal que él mismo proveyera materialmente para su educación, puesto que su padre era un agricultor y no podía ayudarle. A la edad de veintidós años se le dio entrada a los tribunales y comenzó a practicar como jurisperito en Boonville; más tarde sirvió por cuatro años como fiscal público de Boonville y aún más tarde sirvió como juez especial en el mismo Distrito Judicial Decimocuarto de Missouri. En 1894 conoció por primera vez a los representantes de la Sociedad Watch Tower y doce años más tarde, en 1906, dedicó su vida a Dios en esta forma, llegando a ser ordenado para el ministerio cristiano. En 1907 llegó a ser el consejero de la Sociedad sobre asuntos jurídicos.”

Esta es la versión de los Testigos de Jehová. Otras fuentes dicen que Rutherford jamás llegó a ejercer como juez, ni siquiera logró el título de abogado. Pero esto poco importa. Lo que nadie puede negar es que Rutherford superó con mucho a su antecesor en habilidad administrativa. Como organizador resultó un genio. Y también aventajó a Russell en capacidad de trabajo, desarrollando una actividad que asombraba a amigos y a enemigos. Rutherford fue el clásico hombre de empresa americano, el incansable promotor, el cerebro que calcula, planea, ejecuta, manda. De haber dedicado a otros negocios las mismas energías que consagró al movimiento religioso fundado por Russell, Rutherford habría triunfado, sin discusión.

Su capacidad de mando fue puesta de manifiesto desde los días inmediatos a la muerte de Russell. La desaparición de éste, su fracaso profético, el drama de la guerra y las ambiciones personales que empezaron a darse dentro de la Sociedad, crearon un clima de profundo malestar interno. La Sociedad se dividió. En América y en Europa surgieron grupos rivales que se excomulgaban mutuamente. Los líderes de este grupo ambicionaban el puesto dejado vacante por Russell. Otros se oponían a la elección de un nuevo jefe, abogando por la creación de un comité directivo, con igualdad entre todos sus miembros.

VOTOS A DIEZ DÓLARES

Por fin, el 6 de enero de 1917, Rutherford fue elegido presidente en el curso de una asamblea extraordinaria a la que concurrieron 600 personas, representando un total de 150.000 votos. Estos votos eran adquiridos. Cada contribución de diez dólares hecha a la Sociedad daba derecho a un voto. De modo que cuanto más rico se era, cuanto más dinero se

daba, más votos se poseían a la hora de decidir problemas internos. El propio Russell tenía derecho, él sólo, a 125.000 votos porque había aportado a la Sociedad 250.000 dólares al liquidar los negocios que tenía con el padre.

Este sistema tan material, tan a ras de suelo que tenían los Testigos de Jehová de resolver sus problemas internos es, ya de por sí, una prueba de su falta de espiritualidad. Los problemas de la Sociedad no se resolvían orando a Dios ni pidiendo iluminación al Espíritu Santo, sino votando con votos adquiridos a diez dólares cada uno. Y como esto es tan pobre, tan bajo, que puede parecer una calumnia, quien desee comprobar la exactitud de lo escrito puede consultar el capítulo once, primeros párrafos, en el libro *Los Testigos de Jehová en el propósito divino*, escrito y publicado por la Sociedad. La versión española que estamos citando corresponde a 1965. Con este sistema, la elección de Rutherford, que por entonces ya era rico, estaba asegurada. Pero no satisfizo a todos. Un grupo considerable de sus oponentes, entre quienes se encontraban destacados líderes de la época de Russell, dieron principio a una intensa campaña de descrédito contra Rutherford. Este grupo empezó a recoger votos con la intención de arrebatar el puesto a Rutherford en el curso de la siguiente asamblea anual de la Sociedad, que habría de celebrarse en enero de 1918. Pero pudo más la habilidad de Rutherford, a quien le bastó un año como presidente para consolidar su cargo.

Es curiosa la manera que tienen los Testigos de Jehová de presentar la superación de aquella crisis. Sus explicaciones suponen un insulto a la inteligencia de los lectores, a quienes tratan como si fuesen seres anormales, sin discernimiento propio. Leamos lo que nos dicen en el estudio 76 de *Capacitados para ser ministros*, página 315: “La crisis interna culminó con el acaecimiento de un evento bíblico sobresaliente, a saber, la venida de Jehová y su mensajero, Jesucristo, al templo para juicio en la primavera de 1918, para separar la clase del ‘esclavo fiel y discreto’ del grupo del ‘esclavo malo’ (Mal. 3:1-3, N. C. Mt. 24:43-55 N. M.). La división entre los dos grupos se hizo más grande, y el grupo del esclavo malo sufrió más desacuerdos internos y se subdividió. Con el tiempo, muchos otros grupos pequeños disconformes se constituyeron y existieron brevemente y luego desaparecieron”.

Pero, ¿puede haber un solo ser humano en la tierra, uno sólo, medianamente inteligente, capaz de creer semejante disparate? ¿Quieren los Testigos, con esta barbaridad, tratarnos a todos de mongólicos? ¿Creen ellos mismos estas palabras?

Interpretando caprichosamente Malaquías 3 en la versión católica de Nácar Colunga, porque este texto les viene bien aquí, y Mateo 24 en la versión del Nuevo Mundo hecha por ellos a imagen y semejanza de su pensamiento, llaman al grupo de Rutherford “esclavo fiel y discreto”

▶ 13 ◀

y al grupo de los que se le oponían, “esclavo malo”. Y llegan al colmo de lo absurdo diciendo que las diferencias existentes entre ambos grupos fueron resueltas a favor del primero por intervención especial de Jehová y de Cristo en la primavera de 1918. ¡Todo un delicioso argumento para una película del Oeste, con malos, buenos y hasta sheriff que interviene con su ayudante para resolver la contienda! ¡Esto es demasiado!

La verdad fue otra. Rutherford había sido durante muchos años hombre de confianza de Russell y su asesor jurídico. Formó parte de un triunvirato que dirigió los destinos de la Sociedad desde octubre de 1916, fecha en que murió Russell hasta enero de 1917, cuando fue elegido su sucesor. Además tenía el control de las imprentas, dirigía el departamento de publicaciones y mandaba en la tesorería. Rutherford tenía a la Sociedad prácticamente en sus manos y era más poderoso que sus enemigos. Por esto fue elegido y por esto se mantuvo. Lo demás es querer que comulguemos no con ruedas de molinos, sino con molinos enteros.

ENCARCELAMIENTO DE RUTHERFORD

Los años inmediatos a la elección de Rutherford fueron los más calamitosos para el movimiento. El clima de la guerra no era propicio para la propaganda russellista. Por todas partes eran despreciados, acusados de antipatriotas por negarse a cumplir sus deberes militares en una guerra que todo el país americano había aceptado, considerando que Alemania había herido una y otra vez su dignidad nacional.

El 21 de junio de 1918, Rutherford y otros seis destacados líderes russellistas fueron encarcelados. El periódico *Tribune* de Nueva York decía al día siguiente: “José F. Rutherford y

seis de los otros ‘russellistas’, condenados por violación de la ley de espionaje, fueron sentenciados ayer a veinte años en la penitenciaría de Atlanta, por el juez Howe”.

El desánimo cundió en las filas del russellismo, hasta el extremo de creerse que el movimiento no se recuperaría jamás. Durante el encarcelamiento de Rutherford se hizo cargo de la dirección de la Sociedad un comité ejecutivo compuesto por cinco hombres. La Sociedad sufría ataques por todas partes. El comité, falto de un cerebro organizador, se desmoronó. Uno de los dos grandes edificios que la Sociedad poseía en Brooklyn fue vendido. El otro, Betel, fue desalojado y cerrado en los días que siguieron al encarcelamiento de Rutherford. Las oficinas de la Sociedad fueron trasladadas nuevamente a Pensilvania. “Figurativamente, por lo menos –dicen los Testigos–, la obra había muerto.”

Por fortuna para unos y por desgracia para otros, la muerte de la obra fue tan sólo “figurativa”. El 11 de noviembre de 1918 terminó la Primera Guerra Mundial. Aquél fue un otoño triste, pero el sol reflejó su luz entre la espesa niebla del dolor. Los países beligerantes emprendieron la guerra de la paz. Y se acordaron de sus presos. El 25 de marzo de 1919, cuando tan sólo habían cumplido nueve meses de los veinte años a que fueron sentenciados, Rutherford y sus amigos fueron puestos en libertad. Al día siguiente llegaron a Brooklyn. Aunque la libertad era condicional, bajo fianza de 10.000 dólares cada uno, los presos tenían libertad de movimientos. El 5 de mayo de 1920 fueron definitivamente libres. Esta libertad significaría la resurrección de la Sociedad, que se levantaría de sus cenizas para volver a abrasar con sus poderosas llamas la penitenciaría de Atlanta, por el juez Howe.”

SE ADOPTA EL NOMBRE “TESTIGOS DE JEHOVÁ”

Como un nuevo Nehemías, Rutherford se dedicó febrilmente a reconstruir los derrumbados muros del movimiento. Regresó las oficinas centrales a Brooklyn, amplió los departamentos de la Sociedad en Nueva York, adquirió nueva maquinaria de imprenta, compró una emisora de radio, imprimió sermones en discos, viajó sin fatiga por todo el territorio de los Estados Unidos, saltó a Europa, a Asia, a África. Reorganizó el disperso movimiento de punta a rabo. Y aún tuvo tiempo para escribir. Publicó libros, fundó nuevas revistas, escribió tratados. Doctrinalmente corrigió muchas ideas de su antecesor, pero cometió el mismo error que

Russell al señalar diferentes fechas para la venida de Cristo. Tan corrientes eran los fracasos, que ya ni rectificaban ni daban explicaciones. Si nada ocurría en las fechas por ellos señaladas, los Testigos de Jehová anunciaban otra y se quedaban más frescos que una lechuga en un río. Nunca pasaba nada.

La actividad incansable de Rutherford dio frutos. Como tenía que ser. Del 24 al 30 de julio de 1931 se reunieron en Columbus, Ohio, 15.000 russellistas. El tema principal que se trató en aquella asamblea fue el cambio de nombre a la organización. Un cambio más. “En nuestras propias publicaciones –dicen los Testigos de Jehová– nos habíamos identificado por designaciones como “la Iglesia”, “los ungidos del Señor”, “miembros del Cuerpo de Cristo”, “los hermanos”, o sencillamente como “cristianos”, “seguidores en las pisadas de Jesús”, “Estudiantes de la Biblia”, “Estudiantes Internacionales de la Biblia” y cosas parecidas. Por supuesto –agregan los Testigos–, tales expresiones son bíblicas. Pero personas de afuera

▶ 14 ◀

generalmente nos conocían como “gente de la aurora del Milenio” y nos daban nombres de vituperio, tales como “russellistas”.

El cambio de nombre fue idea de Rutherford. Al principio no convenció a todos, pero el líder máximo de la organización hizo callar todas las protestas alegando que el nombre le había sido revelado por el mismo Dios. De forma que toda discusión resultó inútil. Y desde entonces, los miembros de esta Sociedad, que tuvo sus inicios en un sótano frío y destartado de Pensilvania, vienen llamándose por el ostentoso nombre de “Testigos de Jehová”, cuando en realidad, a poco que se profundice en sus ideas, se advierte que creen, dicen y hacen todo lo contrario a las enseñanzas del Jehová bíblico. Pero no hay forma de bajarles del burro. Viven contentos en la mentira religiosa que les han metido en el cerebro. Porque, además, tienen explicaciones para todo.

Véase una muestra en el párrafo siguiente.

INTERPRETACIONES CONVENCIONALES

Para razonar el origen bíblico de su nombre proceden, como hace notar Colinon, “por afirmaciones masivas”, apoyando estas afirmaciones en una serie de “silogismos acrobáticos” que dejan frío por su descaro. Así se explican los “Testigos”: En 1931, sus representantes de muchos países se congregaron en convención en Columbus, Ohio (EEUU, y resolvieron que “deseaban ser conocidos y llamados por el nombre que la boca del Señor Dios ha nombrado, a saber, ‘Testigos de Jehová’: ‘Vosotros sois mis testigos, dice Jehová’ (Isaías 43:10; 44:8). Después de eso, todas las congregaciones o compañías locales de esos cristianos diseminados por toda la tierra, declararon que reconocían este nombre dado por Dios”.

XIX, hombres tales como C.T. Russell y T.F. Rutherford han participado prominentemente como Testigos de Jehová en esta tarea mundial, así como en tiempos antiguos Cristo Jesús, Pablo, Pedro, Juan el Bautista, Moisés, Abraham, Noé, Abel y muchos otros participaron prominentemente en la obra como Testigos de Jehová.”

La relación de hombres hasta parar en Abel no es pura forma. Los Testigos de Jehová afirman en todos sus libros que los primeros Testigos fueron Abel y Noé, así remontan su origen hasta los albores de la Humanidad. Tontos, desde luego, no son. Pero con este procedimiento también los carniceros pueden llamarse seguidores de Abel, puesto que el segundo hijo de Adán y Eva fue el primero, que sepamos, en sacrificar un cordero; y los constructores de barcos pueden declararse imitadores de Noé, quien fabricó el Arca por mandato de Dios. ¡Cuántas tonterías!

En la mente de los Testigos, sin embargo, estos absurdos tienen su sentido. Al proclamarse descendientes de Abel, Noé, Cristo, Pablo, etc., están queriendo justificar su origen divino y al mismo tiempo estableciendo una especial separación entre ellos y el resto del mundo. ¡Ellos son los únicos que adoran de acuerdo a la Escritura! ¡Ellos son los verdaderos y nadie más! ¡Ellos son los más grandes! ¡Ellos son los privilegiados de Dios! ¡Ellos son los escogidos de entre la humanidad! ¡Ellos solos se salvarán! ¡Al resto de la creación humana lo

A ver qué otro remedio quedaba a esas congregaciones de Testigos diseminadas “por toda la tierra”; si el presidente decía que el nuevo nombre se lo había revelado Dios mismo, no tenían otra alternativa más que decir sí y amén. De esta manera tan fácil, tan cómoda, no un nombre, sino todos los problemas de la tierra quedan resueltos en cuestión de minutos. Todo lo que hace falta es encontrar quienes bajen la cabeza y amordacen su pensamiento. ¡Así, cualquiera!

La explicación de los Testigos al cambio de nombre se enreda más a medida que intentan aclararlo. El pasaje último citado corresponde al libro *Sea Dios veraz*, publicado originalmente en 1946. Este libro cuenta ya muy poco para los propios Testigos, pero lo escrito, escrito está. Al párrafo anterior, de afirmación, sigue este otro, de explicación: “En verdad, desde el siglo

partirá un rayo! No son opiniones propias, ellos mismos lo dicen así. Y hay que leerlo dos veces para poder creerlo. Aquí está este pasaje, tomado del tantas veces citado libro *Los Testigos de Jehová en el propósito divino*: “Los Testigos de Jehová ahora decían oficialmente que eran los verdaderos siervos de Dios, dedicados a dar testimonio de su nombre y reino. Esto los separaba de todas las personas del mundo, porque nadie más reconocía al Rey entronizado del cielo colocado allí por el poder de Jehová con el propósito de subyugar a todas las naciones.” ¿Hay quien aumente estos disparates?



Capítulo III

El gran imperio de Brooklyn

Que las más extravagantes ideas religiosas prendan en los corazones humanos y se desarrollen, no es de extrañar. Siempre ha sido así y siempre será. Sería difícil explicar por qué hombres y mujeres jóvenes y adinerados de América y de Europa vuelan hasta la India para buscar consuelo espiritual en los santones que meditan junto a las aguas del Ganges, teniendo, como tienen, el secreto de la verdad cristiana al otro lado de la acera.

Pascal decía que el incrédulo es el que más cree. Y es cierto. Los que reniegan de Dios, los que se proclaman ateos, más por cansancio religioso que por convencimiento intelectual, están dispuestos a aceptar cualquier idea que signifique novedad y emociones distintas.

Los Testigos de Jehová surgieron de las filas del cristianismo con un mensaje diferente, agresivo, atacando la guerra entre las dos guerras más crueles que registra la historia del hombre. Esto y la nada despreciable habilidad organizadora de sus líderes ha hecho que el grano de mostaza lleve camino de convertirse en árbol, extendiendo sus ramas por todos los rincones del mundo. Pero pongamos punto final a las reflexiones y continuemos en este capítulo el curso de la historia que los Testigos protagonizan.

MUERTE DE RUTHERFORD

Ya ha quedado dicho que tampoco Rutherford pudo sustraerse a la manía –no sabemos de qué otra forma llamarla– que caracterizó a su antecesor de señalar fechas para el fin del mundo y la segunda venida de Cristo. Fracasado el anuncio de 1914, Rutherford se lanzó a una nueva campaña, afirmando que el fin del mundo tendría lugar en 1925. Un ex Testigo de

Jehová, William J. Schnell, dice en el tercer capítulo de su libro *Esclavo por treinta años en la Torre del*

▶ 16 ◀

Vigía: “Mantuvieron ante nosotros esa fecha de un modo vívido, asegurándonos que en ese año veríamos reaparecer sobre la tierra a los héroes del Antiguo Testamento. En el otoño de 1924 mi padre trató de comprarme un traje nuevo; pero yo me opuse diciéndole que ya faltaban unos pocos meses para el 1925 y que podría pasármelo bien con la ropa que tenía”.

A este grado llegaba la credulidad y la ingenuidad de los seguidores de Rutherford. Para la gigantesca campaña que se preparó anunciando el fin del mundo Rutherford escribió un libro de 128 páginas al que puso por título el mismo de un discurso que había pronunciado en California en febrero de 1918: *Millones que ahora viven no morirán jamás*. Este libro se tradujo inmediatamente a los principales idiomas y se distribuyeron varios millones de ejemplares. Cuando pasó el año 1925 y ni apareció por la tierra Cristo ni tampoco los personajes del Viejo Testamento anunciados en el libro, éste fue retirado inmediatamente de la circulación. Hasta el punto de no aparecer mencionado en la moderna literatura de los Testigos. Tan sólo se hace una breve referencia al mismo en *Los Testigos de Jehová en el propósito divino*.

Los Testigos son maestros en el arte de hacer desaparecer u ocultar lo que no les interesa que se conozca. Muchos de sus libros antiguos, que contradicen las ideas actuales, están fuera de circulación.

La misma muerte de Rutherford la rodean de misterio. Conocemos el fallecimiento de Russell con todos sus detalles. Pero sabemos mucho menos de su sucesor. El motivo de la muerte no lo han dicho jamás. Cronistas de aquella época, ajenos al movimiento, nos dicen que murió de cáncer.

También acostumbran a silenciar el lugar de su muerte. Y esto tiene una explicación: Rutherford había anunciado que en 1925 volverían a la Tierra Cristo y los patriarcas del Viejo Testamento. Con el pretexto de ofrecerles un lugar adecuado, mandó construir un suntuoso palacio en San Diego (California). En aquella época el palacio costó a la Sociedad 75.000 dólares, unos 50 millones de pesetas al cambio de hoy, que en la primera mitad de los años 20 suponía

una fortuna. Al palacio se le puso por nombre “Casa de los Príncipes”. Como buen nacionalista, a pesar de su oposición a los gobiernos de su propio país, Rutherford quería que los personajes bíblicos cuyo regreso anunciaba vivieran tranquilamente en la soleada California. Pensaba el hombre que Norteamérica podía ofrecer a estos personajes más comodidad y seguridad que los habitantes de Palestina.

O somos más tontos que los demás o algo no funciona en nuestro intelecto; pero no podemos comprender cómo el fanatismo religioso sea capaz de cegar el entendimiento de una persona hasta el punto de edificar una casa en California para que en ella vivan Abraham, Isaac, Jacob, Noé, David, Cristo y otros seres cuyas moradas están en los cielos de Dios. Y mucho menos podemos entender que estos extravagantes líderes religiosos tengan personas sensatas que les sigan. ¿Tanto poder cegador hay en una idea religiosa?

Ni Abraham, ni David, ni Cristo llegaron a vivir en el palacio de California. El único príncipe que lo ocupó fue el propio Rutherford. Más que príncipe se había convertido en un rey solitario, amargado, dictador. Durante los últimos años de su vida se le vio pocas veces en público, y el que había escrito miles de páginas anunciando la paz, murió entre el tronar de los cañones y el silbido de las bombas. Rutherford murió en su palacio de San Diego el 8 de enero de 1942, en plena guerra mundial, a los setenta y dos años de edad.

Fue mejor organizador que Russell. Más cerebro, menos espiritual. Durante los veinticinco años que permaneció al frente de la Sociedad ejerció una dictadura férrea. Pero fue un gran trabajador, viajero incansable, predicador, autor de numerosos libros y folletos, y sobre todo fue un auténtico hombre de negocios. A su muerte dejó fundado un verdadero imperio económico. De 21.274 miembros que tenía la Sociedad en 1918 llegó a 141.606 en el período de 1940–1945. La distribución de literatura subió de cerca de 10 millones en 1918 a unos 158 millones y medio en 1940–1945.

La sorpresa sería de Rutherford al comprobar que en el más allá no sería Jehová quien le pediría cuentas, sino Cristo el Hijo, según la misma declaración de la Escritura: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22).

TERCER PRESIDENTE DE LA TORRE

El nombramiento del tercer presidente no se hizo esperar. Cinco días después de la muerte de Rutherford, Natan H. Knorr fue elegido para sucederle al frente de la Sociedad. Los Testigos ofrecen los siguientes datos biográficos de su tercer presidente:

“Natan Homer Knorr vino al mundo en Bethlehem (Pensilvania), en 1905, de padres nacidos en los Estados Unidos. Se graduó en la Escuela Superior de Allentown (Pensilvania), en junio de 1923. Cuando tenía dieciséis años de edad, comenzó su asociación con la congregación de los Testigos de Jehová de Allentown, habiendo renunciado como miembro de la Iglesia Reformada. En 1923, a los dieciocho años de edad, llegó a ser predicador de tiempo cabal, habiendo sido invitado por ese tiempo a ser miembro del personal del centro administrativo de

▶ 17 ◀

la Sociedad en el Betel de Brooklyn. En ese lugar progresó rápidamente en su entrenamiento ministerial y más tarde viajaba los fines de semana pronunciando discursos bíblicos a congregaciones que estaban dentro de un área de doscientas millas desde Brooklyn. Al debido tiempo se le asignó como coordinador de todas las actividades de imprenta en la fábrica de la Sociedad, llegando a ser gerente general de la oficina y fábrica de publicación en 1932. Fue elegido en 1934 como uno de los directores de la corporación en Nueva York de la Sociedad. En 1940 llegó a ser director y se le eligió vicepresidente de la corporación de Pensilvania, *Watch Tower Bible and Tract Society*. Su elección a la presidencia de las dos sociedades americanas y de la corporación británica, *International Bible Students Association*, se realizó en enero de 1942.”

Knorr, que hasta hoy sigue presidiendo la Sociedad, acometió varias empresas importantes. Entre ellas se cuenta la reorganización completa de todos los cuadros administrativos y eclesiásticos. El trabajo que la Sociedad lleva a cabo en diferentes partes del mundo es dirigido desde la central de Brooklyn, si bien el poder personal es ahora menor que

en tiempos de Rutherford y de Russell. Junto al presidente trabaja un equipo de dirigentes escrupulosamente seleccionados. Son los cerebros de la Sociedad.

A Knorr se debe igualmente la fundación de una Escuela Bíblica para la capacitación de misioneras de la Sociedad. Fue inaugurada el 1 de febrero de 1943 con el nombre de Colegio Bíblico de la Watchtower de Galaad. El propósito declarado era “educar a hombres y mujeres para ser siervos más eficientes como ministros del Señor en ciertos campos”. Los edificios del Colegio Galaad se levantaron en terrenos de la finca de 320 hectáreas que la Sociedad posee desde 1935 en Finger Lakes, cerca de la ciudad de Ithaca, en el Estado de Nueva York, a unos 400 kilómetros al noroeste de la capital.

En doce años de funcionamiento, de 1943 a 1955, el Colegio Galaad había graduado a 2.631 estudiantes de 59 países, entre ellos 1.495 norteamericanos. Un total de 1.136 salieron como misioneros a 58 países fuera de los Estados Unidos. Es así como la Torre inunda los campos del mundo con la semilla de su evangelio truncado. En lugar de “buenas nuevas de salvación”, estos mensajeros andan proclamando las tristes nuevas de confusión... y también de perdición.

Más importante aún que la reorganización de la Sociedad y la fundación del Colegio Bíblico Galaad ha sido la publicación de una versión de la Biblia llevada a cabo, también bajo el mandato de Knorr, por los Testigos de Jehová. La caprichosa y deslucida traducción de la Biblia hecha con mentalidad russellista se llevó a cabo por un comité de destacados Testigos de Jehová nombrados por el propio Knorr. El 29 de septiembre de 1949 el presidente de la Sociedad, tras haber leído personalmente el texto de la nueva Biblia, lo entregó a la imprenta de la Torre. Meses más tarde, en agosto de 1950, se pusieron a la venta los primeros ejemplares en inglés. Posteriormente el texto inglés fue traducido a otros idiomas, con lo que, en lugar de Biblia, la llamada *Versión del Nuevo Mundo* es una amalgama de textos en desorden y de frases que poco o ningún parecido tienen con el original. Entre los pecados cometidos por los líderes de los Testigos figuran éstos, imperdonables, de quitar a la Palabra de Dios lo que no les gusta, añadir lo que les conviene y corregir lo que les parece que debe ser corregido. Este abuso ya no es contra el hombre. Esto atenta contra la Suprema Divinidad, a quien habrán de dar cuenta de tamaño sacrilegio.

EL IMPERIO DE BROOKLYN

Para redactar este párrafo de *Apuntando a la Torre* hemos visitado personalmente el inmenso complejo administrativo e industrial que la Sociedad posee en Brooklyn (Nueva York). Sin ver con los propios ojos el imperio que los Testigos de Jehová han levantado en Brooklyn es imposible describirlo. Incluso tras haberlo visto se hace difícil dar una idea exacta de lo que esta poderosa organización encierra en esos austeros edificios de ladrillos rojos que se alzan desafiantes entre los puentes de Brooklyn y de Manhattan.

La imprenta que poseen ya ocupa, por sí sola, cuatro edificios con un total de 22 grandes plantas dedicadas íntegramente a la producción de literatura. Estas plantas están equipadas con las maquinarias más modernas que salen al mercado. En su mayor parte son importadas de Alemania. Hay máquinas que se han construido especialmente para ellos.

Treinta y seis grandes linotipias van convirtiendo en plomo los textos originales. Gigantescas rotativas que producen revistas a un ritmo de 24.000 ejemplares a la hora cada una de ellas. Toda la tinta que gastan estas máquinas es producida en fábrica propia. Pisos enteros dedicados al corte del papel, la composición, la impresión, la tirada, el doblaje, la encuadernación. Hombres y mujeres por todas partes, instalados tras sus máquinas, haciendo cada cual su trabajo, empleando para ello los más modernos instrumentos. Sin necesidad de otros datos adicionales, el lector podrá darse una idea de lo que esta imprenta es y significa en la expansión del movimiento con sólo saber que en el curso de un año, 1969, los Testigos de Jehová distribuyeron por el mundo 14.474.862 libros encuadernados; 11.111.743 folletos y 186.257.878 revistas de *La Atalaya* y ¡*Despertad!* Los datos figuran en el *Anuario de los Testigos de Jehová para 1970*.

En total, muy cerca de los doscientos doce millones de ejemplares de libros, Biblias, revistas y folletos en un año. ¡Así es como se gana el mundo! El poder de la página impresa es incalculable. No conocemos ningún otro movimiento religioso que dedique tanto énfasis a la

literatura como éste de los Testigos de Jehová. Las máquinas que poseen en sus imprentas valen millones de dólares, pero sacan buen partido a este dinero.

Además de los edificios dedicados al manejo de la literatura, el fabuloso complejo de Brooklyn incluye otros destinados a oficinas administrativas y oficios diversos. Los primeros están situados en el número 117 de la calle Adams. Estos últimos se levantan en el 107 y 124 de la Columbia Heights. Aquí están las oficinas del presidente, vicepresidente y secretario-tesorero; también las oficinas desde las que se dirige el trabajo en los demás países. Cada país donde hay Testigos de Jehová tiene su oficina, su archivo, su ordenador electrónico y su dirigente norteamericano en estos edificios. En ellos están igualmente instalados el departamento de redacción, una lavandería equipada con los más modernos mecanismos, un salón para reparación del calzado, la biblioteca, una sala de reuniones con capacidad para 462 personas, un departamento de la Escuela Bíblica Galaad, un inmenso comedor y una gran cocina, toda ella automática.

Por vía de anécdota diremos que una de las ocasiones en que comimos allí, haciendo un alto en nuestra visita a los edificios, habían matado 45 cerdos tan sólo para aquella comida. Estos cerdos, como ocurre con el 90 % de los alimentos que consumen, proceden de las extensísimas granjas que los Testigos poseen en las afueras de Nueva York. No deja de extrañar el hecho de que los Testigos de Jehová, tan aferrados al Viejo Testamento, consideren comestible la carne del cerdo, cuando la Ley de Jehová se manifiesta contraria a su uso. Como siempre, toman de la Biblia lo que más les conviene y lo que no les gusta lo tachan y siguen adelante.

Actualmente hay 1.600 personas trabajando en las oficinas, talleres y fábricas de la Sociedad de Brooklyn. Entre ellas predomina el elemento joven. La mayoría son de los Estados Unidos, aunque las hay también de otros países. La disciplina que se mantiene es férrea. Ingresar no es fácil. Los candidatos son cuidadosamente seleccionados. Deben llevar un mínimo de doce meses bautizados; siempre tienen preferencia los más maduros en la fe. Al ingresar se les exige firmar por un período de cuatro años como mínimo.

Se calcula que el 80 % de los residentes de Brooklyn son solteros. En este aspecto, las leyes de la Sociedad son inhumanas. A los casados se les prohíbe tener hijos durante el tiempo que permanecen al servicio de la Sociedad. Y puesto que han de firmar un mínimo de cuatro

años, quiere decir que han de pasar todo ese tiempo en abstinencia sexual o impidiendo la concepción por medios artificiales. Esto es, a todas luces, contrario a la naturaleza y contrario también a las leyes de Jehová en quien dicen creer.

Pero más brutal resulta todavía la manera que tienen de cortar todos los brotes de amor estos modernos inquisidores del pensamiento humano. Si una pareja de jóvenes se enamora en el curso de su estancia allí, debe disimularlo o exponerse a ser expulsada. Si quieren contraer matrimonio se les exige un tiempo mínimo de quince años de servicio a la Sociedad entre ambos. Es decir, que él lleve ocho años trabajando para la organización y ella siete, o ella diez y él cinco, etc. Si entre los dos suman quince años de trabajo, pueden casarse. Pero siempre a condición de no tener hijos. Y si los tienen son expulsados.

Así de inhumanos y de bárbaros son los dirigentes de esta macabra organización, que luego se permite atacar violentamente el celibato católico y a organizaciones religiosas a las que acusan de intolerantes. Cuando ellos mismos llevan la dictadura hasta lo más sagrado de la naturaleza humana: el corazón, donde radican la fuerza, la libertad y la dignidad del hombre.

El capital invertido en ese gran imperio neoyorquino sólo ellos lo saben. Nosotros, mediante una sencilla operación matemática, podemos conocer lo que cuesta mensualmente el mantenimiento de las 1.600 personas que allí trabajan. Si creemos lo que dicen los Testigos, que cada uno de los 1.600 residentes cobra tan sólo catorce dólares mensuales, tendremos 22.400 dólares al mes, o sea, millón y medio de pesetas en sueldos. Admitiendo que el consumo mínimo diario de cada residente es de dos dólares, la suma de 3.200 dólares por día se convierte en 96.000 dólares cada mes de treinta días, lo que hace un total de 6.720.000 pesetas españolas, o lo que es lo mismo, unos ocho millones largos de pesetas todos los meses nada más que en sueldos y comidas, calculando la cifra mínima para ambos capítulos.

Si nos dedicamos a echar números sobre lo que cuesta mantener la totalidad de las actividades que allí se desarrollan, las cifras sumarían muchos miles de millones de pesetas al año. ¿De dónde sale este dinero? La respuesta no ofrece misterios: de ese ejército de incautos seguidores que la organización tiene por el mundo. Estos son los que dan su dinero y su tiempo a la Sociedad. Piensan que así hacen un bien a Dios. Y no advierten que Dios es bastante menos complicado de como lo presentan los Testigos. Lo que sí hacen, y esto sin advertirlo, es

enriquecer cada día más a esa poderosa organización financiera, que tiene el 90 % de su capital invertido en los Estados Unidos de Norteamérica.

▶ 19 ◀

Entretanto, el movimiento sigue adelante. Los potentes tentáculos del gran pulpo neoyorquino se extienden por toda la tierra atrapando a los inocentes y envolviendo a los incautos. Si bien, como afirmamos en otro lugar de este libro, es más el ruido que las nueces. Progresan, cierto, mucho; pero mucho menos de lo que se cree. Más de lo deseado por nosotros y menos de lo querido por los cerebros de Brooklyn.

Las últimas estadísticas que poseemos sobre la marcha del movimiento corresponden al año 1970 y fueron dadas a conocer en *La Atalaya* del 1 de marzo de 1971. De acuerdo con estos datos, los Testigos de Jehová bautizados sumaban 1.483.430 al terminar el año 1970. Este millón y medio corto de Testigos se distribuye de la siguiente manera:

África	250.915
Asia	30.693
Europa	442.707
Islas del Atlántico, el Mediterráneo y el Caribe	49.337
Islas del Pacífico	91.782
América del Norte	498.736
América del Sur	119.260
TOTALES	1.483.430

Millón y medio de miembros en cien años de existencia que tiene la Sociedad de los Testigos de Jehová no es para preocupar a nadie. No olvidemos que somos más de tres mil quinientos millones de seres en el mundo. Y si los Testigos hablaran tanto de sus fracasos como hablan de sus éxitos, si además de decirnos cada año el número de los que ingresan nos dijeran también los que abandonan, la imagen que tenemos del movimiento cambiaría.

Como el tonto del cuento que sólo sumaba las monedas que recibía, sin contar las que gastaba, los dirigentes de Brooklyn añaden cada año a sus libros las triunfalistas cantidades de los convertidos; pero no se les ocurre rebajar a los que han abandonado la organización ese

mismo año. Así da gusto. Llegará el día en que nos apunten a todos en sus “Anuarios”, para descubrir en la hora verdadera que su triunfalismo ha quedado reducido a números fríos, a paja, a barro amasado con las falsedades de unas ideas sin alma, de vida muerta, sin calor humano.

Capítulo IV *La*

sociedad de la esclavitud

“Tiranía” y “totalitarismo” son dos palabras que abundan en la literatura de los Testigos de Jehová. Las emplean con mucha frecuencia para atacar a todos los sistemas religiosos del pasado y del presente. Particularmente agresivo, en este aspecto, es el libro publicado por ellos con el título *¿Qué ha hecho la religión para la humanidad?*

La respuesta es nada. Según los Testigos, ninguna religión ha hecho cosa que valga la pena por el ser humano. Tan sólo, claro, la religión de la esclavitud que ellos proclaman. El descaro con que escriben no puede ser mayor. En el libro citado atacan a todas las religiones, acusándolas de querer dominar al hombre. Al catolicismo lo definen como el “sistema totalitario religioso del Papa”. Y la verdad es que no hay religión alguna que ejerza sobre sus miembros una tiranía mayor que esta Sociedad llamada Testigos de Jehová.

El control que ejercen sobre todos sus seguidores es absoluto. El Testigo de Jehová simplón, que no investiga, que no lee ni piensa, jamás llega a advertir que es un autómata, controlado, gobernado y dirigido por los jefes de Brooklyn. Éstos han conseguido implantar una auténtica tiranía sobre el espíritu de cada uno de sus fieles, hasta el extremo de convertirlos en seres sin iniciativa propia y sin creencia personal.

Esta tiranía, que inmediatamente vamos a pasar a demostrar, se ejerce sobre el individuo como tal, controlando todos sus movimientos y contando cada uno de sus pasos; es la tiranía de los números. También en su escala jerárquica; ni un solo cargo puede ser nombrado sin el acuerdo de la jefatura central. Y se lleva la tiranía hasta ese acto íntimo del culto, diciendo desde las oficinas de Brooklyn a los Testigos de Jehová en todos los demás lugares de la tierra cómo tienen que adorar, qué han de leer y hasta qué han de decir en cada reunión que celebren.

Los Testigos de Jehová son los grandes mudos de la religión. No tienen más bocas para dirigirse a Dios que las de los jefes norteamericanos que hablan desde Nueva York. Todos los demás han de callar y obedecer. Obedecer y callar.

Las citas que voy a reproducir en este capítulo están tomadas, sin excepción, del libro *Tu palabra es una lámpara para mi pie*. Este libro no es popular entre los Testigos, pero es lo mejor que han publicado para conocerles por dentro. La versión original inglesa apareció en 1967. Un año después se hizo la traducción al español, que es la que yo poseo. Si después de leer este libro los Testigos no son capaces de percibir la dictadura espiritual que pesa sobre ellos, no queda más que compadecerles y pedir a Dios como lo hizo el ciego del Evangelio a Jesucristo: “Señor, que vean”.

LA TIRANÍA DE LOS NÚMEROS

Todo el trabajo que llevan a cabo los Testigos de Jehová está centralizado en las oficinas de Brooklyn. Las llamadas sucursales nacionales son, en realidad, menos independientes que las de cualquier otro grupo religioso de similares características. “La Sociedad *Watch Tower Bible and Tract* también tiene oficinas sucursales en varios países —dice el libro citado—. Todas éstas —añade— están sujetas al cuerpo gobernante visible” (páginas 40-41).

Por este “cuerpo gobernante visible” entienden ellos a los directivos de Brooklyn. El control se lleva a rajatabla. Con el fin de conocer en detalle lo que ocurre en las sucursales diseminadas por el mundo, las congregaciones locales llevan un minucioso registro de las actividades desarrolladas por cada uno de sus miembros. Para facilitar esta labor de estadística tienen en sus lugares de reunión, que ellos llaman “salones del reino”, hojas de informe en las que se anota diariamente el trabajo que se lleva a cabo. Para mejor control, los dirigentes de los Testigos dan las órdenes que copio a continuación:

“Al llevar sus informes, tenga en cuenta los siguientes puntos” (pág. 101).

“Libros: En esta columna de la hoja de informe muestre el número total que usted les haya colocado personalmente a cualquier persona (respeto su propia gramática) que no sean testigos bautizados de Jehová” (pág. 101).

“Folletos: El número total que se haya colocado a personas que no sean testigos bautizados de Jehová” (pág. 101).

“Horas de servicio en el campo: El tiempo que se haya pasado predicando la Palabra de Dios a personas que no sean testigos bautizados de Jehová, contando desde cuando usted personalmente hace su primera visita en el territorio hasta que sale de su última visita” (pág. 102).

“Nuevas suscripciones de *La Atalaya* y *¡Despertad!*”: El número total que se haya obtenido como nuevas suscripciones de personas que no sean testigos bautizados de Jehová” (pág. 102).

“Revistas sueltas: El número total de revistas que se haya colocado con personas que no sean testigos bautizados de Jehová” (pág. 103).

“Revisitas: El número total de revisitas que se hayan hecho a personas que no sean testigos bautizados de Jehová, pero que previamente hayan mostrado algún interés en el mensaje del Reino que usted les haya dado” (pág. 103).

Además de los datos anteriores, que deben anotarse cada día, existe otro informe mensual de carácter igualmente obligatorio en el que cada “testigo” debe consignar el número exacto de veces que haya estudiado la Biblia en grupo o con individuos. A éste se le llama: “Informe de Estudio Bíblico”.

Mandan los jefes de la Sociedad: “Al fin de cada mes sírvase llenar un Informe de Estudio Bíblico por cada estudio conducido, sea que haya sido con un individuo o con un grupo de familia” (pág. 104).

Los informes que se facilitan mediante las tarjetas de estadísticas están divididos en tres categorías, de acuerdo al grado que posee el informador. Los jefes de la Sociedad están en todo. No se les puede negar su capacidad para la organización. Sigamos leyendo sus instrucciones y comprendiendo hasta dónde llegan sus voces de mando. Dicen: “El archivo de tarjetas está dividido en tres secciones. Una contiene las tarjetas de los publicadores de la congregación que se han dedicado y han simbolizado esa dedicación por bautismo en agua, y,

por lo tanto, son reconocidos por la congregación como ministros ordenados. La segunda sección la componen las tarjetas de publicadores que todavía no se han bautizado, pero que llenan los requisitos para informar como publicadores y que están siendo entrenados para llegar a ser ministros de Dios. La tercera sección contiene las tarjetas de los que son precursores regulares o especiales en la congregación” (pág. 108).

Puntualidad. Precisión. Orden. Números. Obediencia. Estas son las exigencias de la Sociedad de los Testigos, que tan inocente parece vista por fuera. Los jefes de Norteamérica exigen hasta el día en que se les han de enviar los informes. Armémonos de la paciencia que haga falta y sigamos leyéndoles:

▶ 21 ◀

“Cada mes se compilan todos los informes de servicio en el campo, también se cuentan los informes de estudios bíblicos de casa que han entregado los publicadores de congregación, y se envía a la Sociedad un informe total de la actividad de la congregación. Este informe se pone en el correo a más tardar el quinto día del mes” (pág. 110).

Ya lo sabe usted, lector. Si usted ha sido visitado durante ese mes por los Testigos, en el informe que mandan por correo irá el nombre de su calle, el número de su casa, el día que le visitaron, la hora, cuál fue su reacción, si les compró usted o no algún libro o revista, y muchos etcéteras.

Para los archivos centrales de Brooklyn, usted será un número más en sus ficheros. Como número son también, a veces sin saberlo ellos mismos, quienes le han visitado. Para los jefes de los Testigos no es el espíritu el que cuenta, ni el hombre en sí; tan sólo el número. Ellos lo burocratizan todo. Es la religión de las computadoras electrónicas, de las grandes oficinas, de los ficheros a granel. Usted no es el fin de sus actividades. Aunque digan que sí, le engañan. Usted no es más que el instrumento para hacer crecer la organización, usted es el número que el día quinto de cada mes volará dentro de un sobre con destino a las oficinas centrales de Nueva York. ¿Le gusta?

TIRANÍA SOBRE LOS MIEMBROS

La tiranía mental y espiritual que ejerce la Sociedad de los Testigos alcanza también, como es de suponer, a sus propios miembros. Éstos, en su mayoría, no lo saben. Pero la cruda verdad es que todos sus pasos, sus admisiones y expulsiones, sus ascensos y castigos en la organización, absolutamente todo está controlado por los jefes de la Sociedad en Nueva York.

La maquinaria administrativa marcha con una sincronización perfecta. Cuando una persona acude por primera vez a uno de sus llamados “salones del reino” o se hace Testigo, en América lo saben a los pocos días y le abren una ficha. Desde ese momento todo cuanto hace en la llamada congregación local está dirigido desde arriba. Y de allá depende también el nombramiento para cualquier cargo que desee o pueda ocupar en el futuro.

Los Testigos de Jehová llaman a sus miembros “siervos”. Y sin ánimo alguno de ofender, siervos son. Pero no, como ellos creen, del Jehová bíblico. Son siervos de una organización totalitaria, imperialista, capitalista, jerarquizada, gobernada desde lujosas oficinas por cerebros que manejan con habilidad todos los hilos del complicado engranaje. Los Testigos son siervos de grandes señores humanos.

No se crea que una congregación local de los Testigos es cosa fácil. La sencillez de las Iglesias del Nuevo Testamento no se conoce en absoluto entre ellos. Tienen más cargos y grados que en un ejército; ellos, que tanto atacan a otras organizaciones. Camufla un poco el hecho de que todos se hacen llamar “siervos”. Pero entre estos siervos los hay de distintas categorías. Veámoslo:

“Siervo de congregación: El siervo de congregación es el ministro presidente y tiene la superintendencia general de la congregación... Toda la correspondencia de la Sociedad que tiene que ver con asuntos de la congregación se le envía a él” (págs. 121-123).

“Siervo auxiliar de congregación: Después del superintendente de congregación, por lo general el siervo auxiliar de congregación es el hermano más competente de la congregación” (pág. 125).

“Siervo de estudios bíblicos: Aunque el siervo de estudios bíblicos participa en todo rasgo de servicio, está particularmente interesado en promover la actividad de revistas y estudios bíblicos de parte de todos los publicadores de la congregación” (pág. 128).

“Comité de congregación: El siervo de congregación, el siervo auxiliar de congregación y el siervo de estudios bíblicos componen lo que se conoce como el comité de la congregación” (pág. 130).

“Siervo de revistas y territorio: Al siervo de revistas y territorio se le ha dado la asignación de suministrar ejemplares de la revista *La Atalaya* y *¡Despertad!* para usarlas en el servicio del campo y el territorio” (pág. 133).

“Siervo de literatura: En la congregación hay un siervo cuya asignación especial es hacer que otros publicadores y precursores tengan libros, folletos, Biblias y tratados para usarlos en el ministerio del campo. Es el siervo de literatura” (página 136).

“Siervo de cuentas: El siervo de cuentas está encargado de la responsabilidad de atender el dinero que otros contribuyen localmente para el adelanto de la obra del Reino, así como de cualesquiera otros fondos manejados por la congregación” (pág. 138).

“Siervo del estudio de *La Atalaya*: El siervo del estudio de *La Atalaya* conduce a la congregación en su estudio semanal de la revista *La Atalaya*, la publicación principal de la clase del “esclavo fiel y discreto” (?)” (pág. 141).

“Siervo de la escuela del ministerio teocrático: El hermano que preside la Escuela del Ministerio Teocrático es el siervo de la Escuela del Ministerio Teocrático (¡claro!). Entre los hermanos de la congregación es, por lo general, uno que tiene un conocimiento particularmente

bueno, tanto de la verdad bíblica como del idioma del país y puede expresarse bien. Está profundamente interesado en el mejoramiento de la habilidad de hablar y enseñar de todos los de la congregación” (pág. 142).

“Siervos de estudio de libro de congregación: Los siervos de estudio de libro de congregación desempeñan un papel clave en el desarrollo espiritual de cada congregación. Sus deberes son triples: conducir los estudios de libro de congregación, llevar la delantera en el ministerio del campo y dar la atención personal necesaria a cada uno de modo que todos disfruten de buena salud espiritual” (pág. 144).

“Oradores públicos: En cada congregación, le toca al comité de congregación determinar qué hermanos deben ser utilizados como oradores públicos... Sólo a los mejores oradores se les alista para pronunciar discursos públicos en congregaciones que no sean las de ellos mismos” (pág. 148).

Estos son los Testigos de Jehová. Este es el rostro oculto de esos hombres y mujeres que recorren las calles y visitan las casas diciéndonos que al Cristianismo le ha perdido su propia jerarquía, que es menester ser libres, que no es preciso tener locales ni templos donde reunirse, que ellos han terminado con todo tipo de jerarquía. ¡Pobres ingenuos! Están organizados y superorganizados hasta la médula. No son seres libres. Son piezas, tornillos de una maquinaria cuyos botones de arranque y de parada son manejados desde miles de kilómetros de distancia. Porque todos estos cargos que acabamos de repasar, y los que han de seguir antes de terminar este capítulo, son nombrados desde Brooklyn. Parafraseando el Evangelio, se puede decir que ni un solo cabello cae de la cabeza de un testigo sin el conocimiento y aprobación de la oficina central. Para convencerse basta con seguir leyendo lo que ellos han escrito. Como esto:

“Los que son superintendentes en las congregaciones de Jehová son nombrados teocráticamente” (es decir, por los jefes de Brooklyn). En cuanto a los “siervos ministeriales en cada congregación” y “los auxiliares del superintendente”, ya detallados, ellos también son nombrados de manera teocrática” (págs. 114-115).

“Cuando se necesitan más siervos, el comité de servicio local (el siervo de congregación, el siervo auxiliar de congregación y el siervo de estudios bíblicos) se reúnen para considerar el asunto en oración” (págs. 115-116). Pero los jefes de Brooklyn no confían ni en la capacidad de los “siervos” locales para elegir nuevos “siervos” ni tampoco en la eficacia de sus oraciones. Porque este “comité de servicio local” no tiene facultad para decidir nuevos nombramientos. Tan sólo para “recomendar” candidatos a la jefatura central. Son los directores de Brooklyn quienes nombran a los “siervos” en el resto del mundo donde tienen congregaciones. Las órdenes a este respecto son claras, tajantes. Sigamos leyendo:

“La recomendación de ellos (del ‘comité de servicio local’ que a su vez ha sido nombrado por Brooklyn) es enviada entonces a *la Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania*, la agencia legal que usa el cuerpo gobernante visible de los Testigos de Jehová. Al enviar una recomendación a la Sociedad, el comité muestra el nombre completo del que está siendo

recomendado, la edad, los años que lleva en el servicio, la fecha de inmersión, y, si es de los ungidos o de las ‘otras ovejas’, también el promedio de horas del servicio del campo, revisitas y estudios bíblicos de casa por los pasados seis meses. Además, se solicita que incluyan comentarios sobre la espiritualidad del hermano, según se refleja en una comparación de él con los requisitos bíblicos. Cuando un siervo auxiliar de congregación está siendo recomendado, también se suministra su dirección completa para recibir correspondencia y el número de teléfono. Si el comité recomienda unánimemente a un hermano, sólo tiene que enviarse un nombre; no obstante, si hay más de una persona capacitada disponible, pueden enviar una primera y segunda recomendación. La Sociedad no está obligada por la recomendación que se envía, pero le place considerarla. Si es aceptable, se enviará una carta de nombramiento a la congregación” (págs. 115-116).

Ahí queda eso. Ni siquiera los altos jefes de la C.I.A., ni los del FBI, ni Scotland Yard, ni la Interpol son tan exigentes en el estudio y conocimiento de un candidato como estos jefes religiosos de Brooklyn. Para que un miembro de una congregación local en Cádiz o en Fernando Poo, pinto por caso, pueda leer la Biblia entre los suyos o contar el dinero que han dado entre ellos, de sus propios bolsillos, con sus esfuerzos, hay que mandar a América previamente toda una biografía suya, solicitando autorización.

¿De qué clase de libertad nos hablan los Testigos de Jehová? ¿Tan ciegos están? ¿Acaso son ellos libres? ¿No se dan cuenta estos ingenuos que están atados de pies y manos al partido, que están controlados, dirigidos y gobernados por los cerebros de Brooklyn?

Y que no vengan diciendo que son calumnias nuestras. Ahí queda expuesto lo que ellos mismos han escrito y practican.

Todavía más. He mencionado once diferentes clases de “siervos”, desde el de congregación al orador. Todos ellos son nombrados por Brooklyn. Pero estos “siervos” componen la oficialidad de la congregación local. Son, por llamarlos de algún modo, la pequeña jerarquía. La maquinaria no para ahí. La organización sube peldaños más altos. Por encima de estos “siervos” hay otros

“siervos” que los controlan. Son la jerarquía superior, a las órdenes directas de la jerarquía absoluta. Sigamos el recuento:

“Siervo de circuito: para ayudar a todas las congregaciones, grandes o pequeñas, así como a publicadores aislados, la Sociedad hace arreglos para visitas regulares por los siervos de circuito, a quienes nombra la Sociedad” (pág. 154).

“Siervo de distrito: Otro de los superintendentes viajantes de los testigos de Jehová es el siervo de distrito. Varios circuitos componen un distrito, y, como superintendente del distrito, el siervo de distrito visita con regularidad a los que son siervos de circuito y trabaja con ellos en el ministerio, además de servir como el orador principal en las asambleas de circuito” (pág. 161).

“Siervo de zona: Aun los siervos de sucursal, que tienen la superintendencia general de las congregaciones y la obra de predicación en un país entero o en un grupo de países, son visitados y ayudados por otros siervos responsables en la organización de Jehová... Se hacen arreglos para que personas que son nombradas por la Sociedad por medio del presidente visiten las oficinas sucursales e imprentas de la Sociedad, así como todos los hogares misionales. A estos hermanos se les conoce como siervos de zona” (pág. 165).

Como se ve, estos siervos de circuitos, de distritos y de zonas ocupan cargos superiores. Al igual que los demás, sus nombramientos dependen directamente de la Sociedad, de la jefatura central en Brooklyn. Está todo estudiado con minuciosidad. Aquí sí que es cierto lo del mosquito. Ni siquiera un mosquito es capaz de pasar sin ser advertido por entre las tupidas mallas de esta superorganización religiosa.

Todavía existen otros miembros a quienes llaman “precursores”. Son personas que dedican parte de su tiempo a la venta de literatura y visitas por las casas. Entre estos “precursores” los hay de tres categorías: regulares, de vacaciones y especiales.

“Servicio de precursor regular: otro privilegio que está disponible a ministros capacitados es el servicio de precursor regular, en el cual uno dedica cien o más horas cada mes al ministerio del campo” (pág. 192).

“Servicio de precursor de vacaciones: hay muchos Testigos de Jehová que después de honradamente evaluar sus circunstancias personales, descubren que no pueden ser precursores regulares. Pero pueden ser precursores de vacaciones de vez en cuando... Muchos

participan en esta actividad durante el mes de abril cada año. Otros lo hacen durante los meses en que el siervo de circuito visita su congregación, o al tiempo de las vacaciones o a intervalos fijos durante todo el año” (pág. 197).

“Servicio de precursor especial: Los precursores cuyos registros de servicio muestran que están obteniendo resultados en su ministerio y que pueden mudarse a cualquier asignación donde se les necesite pueden ser invitados por la Sociedad para llegar a ser precursores especiales” (pág. 198).

El lector dará por sabido el procedimiento a seguir para el nombramiento de estos “precursores”. El mismo sistema de “dedocracia” que para todos los demás cargos. El dedo de la Sociedad es largo, muy largo; apunta con severidad y mando hacia todos los rincones de la tierra donde se mueven los Testigos de Jehová. Sigamos leyendo:

“Hay que satisfacer ciertos requisitos antes de ser alistado entre los precursores. Uno debe haber sido un ministro bautizado por lo menos por seis meses, y debe ser un publicador regular, habiendo informado servicio cada mes por los pasados seis meses. Sus promedios de servicio del campo para el último semestre de servicio deben mostrar por lo menos diez horas y seis visitas y debe estar conduciendo en la actualidad un estudio bíblico de casa” (pág. 194).

El candidato a “precursor” debe llenar un formulario y entregarlo al superintendente de su congregación. Si éste estima que reúne las condiciones necesarias para “precursor”, envía el formulario a la jefatura central, quien tiene, como siempre, la última palabra: “En algunas situaciones, quizás haya duda en la mente de los miembros del comité; de modo que envían la solicitud a la Sociedad junto con una declaración de los factores que tienen que ver con el caso, y por supuesto (¡por supuesto!), la Sociedad toma la decisión” (pág. 194).

Entre esta amplia escala jerárquica no podían faltar los misioneros. Los Testigos de Jehová, además de las once categorías de “siervos menores”; de las tres categorías de “siervos mayores”; de las tres categorías de “precursores” y de otras muchas categorías, tienen también sus misioneros. Pero ser misionero entre ellos no es cosa fácil. Uno de los requisitos exige que el candidato a misionero conozca el idioma inglés. Así puede mantenerse estrechamente en contacto con los cerebros de Brooklyn, quienes no se molestan en aprender otros idiomas. De ahí que la gran mayoría de estos misioneros sean norteamericanos. Algunos, pocos, son ingleses y canadienses. Otra condición es que no deben tener hijos pequeños. La Sociedad no

quiere pagar escuelas ni polvos de talco para los hijos de misioneros. Y como al mismo tiempo exigen que no sean mayores de cuarenta años, a ver a qué edad hay que contraer matrimonio y criar a los hijos para poder ser misionero de los Testigos. Son el no va más de lo inhumano. Mejor que explicarlo, es leerlo:

▶ 24 ◀

“Los que son enviados al servicio misional por la Sociedad primero reci-ben entrenamiento especial en la Escuela Bíblica de Galaad de la Watchtower, en Brooklyn, Nueva York. Aquí hacen un estudio intenso de la Biblia, reciben instrucción en asuntos de organización y se les ayuda a adquirir un conocimiento fundamental del lenguaje del país a donde irán. Los misioneros en perspectiva que son invitados a asistir a la Escuela de Galaad son seleccionados de entre personas que satisfacen los siguientes requisitos: bautizado por lo menos por tres años; precursor por los últimos dos años; por lo general, entre las edades de veintiuno a cuarenta; soltero o casado por lo menos por dos años y sin hijos dependientes. Deben conocer el idioma inglés. Los que solicitan deben tener buena salud; deben estar dispuestos a servir en cualquier lugar; y deben tener planes de permanecer en su asignación misional, haciéndola su hogar.”

Estos son los Testigos de Jehová por dentro. Ni conocen la libertad del Espíritu, ni pueden decir que son libres en Cristo, toda vez que se han convertido en siervos de los hombres, ni tienen nada que ofrecernos en el campo de la libertad. Si Lamennais no hubiese escrito ya un libro con el título de *La Esclavitud Moderna*, bien podría usarse este nombre para una obra sobre los Testigos. Ningún otro título definiría mejor a la Sociedad de Brooklyn y a los miembros que la componen.

TIRANÍA SOBRE EL CULTO

No sólo los miembros están controlados, dirigidos y automatizados por los jefes de la Sociedad en Brooklyn, también lo está el culto que ofrecen a Dios. Los Testigos de Jehová no son seres libres ni siquiera en ese íntimo y personal acto de la adoración espiritual. En este

sentido son los más esclavos de todos los modernos grupos religiosos. Todas y cada una de las partes del culto que dicen tributar a Jehová cuando se reúnen en los “salones del reino”, han sido repensadas y orientadas por los cerebros humanos de Norteamérica. Las reuniones de los Testigos no dejan lugar para la libre expresión del espíritu. No es la Biblia abierta la que preside estas reuniones. Son los pensamientos y opiniones de los señores de Nueva York, que llegan a todos los rincones a través de la página impresa.

Comprobar la veracidad de todo lo dicho cuesta poco. Hagámoslo. “En todas partes de la Tierra donde hay grupos de Testigos de Jehová, la Sociedad *Watch Tower Bible and Tract* ha organizado congregaciones y provisto un programa de reuniones para la edificación espiritual de los que se asocian con ellas” (pág. 42).

Nos parece oportuno recordar que seguimos citando el libro, poco conocido, *Tu palabra es una lámpara para mi pie*, editado por la Sociedad de Brooklyn para el servicio interno de sus congregaciones.

La cita anterior es elocuente. Las congregaciones que van surgiendo por los diferentes países donde trabajan los Testigos quedan sujetas, para su cultura y desarrollo espiritual, al programa que se les traza desde Brooklyn. Las diferentes clases de reuniones están programadas por la Sociedad. Así:

“*Estudio de La Atalaya*: El estudio semanal de la revista *La Atalaya* es la reunión más importante de la congregación, y todo el que está asociado con la congregación debe hacer un esfuerzo diligente por estar presente en esa reunión con regularidad” (pág. 44). “El estudio de *La Atalaya* abre y cierra con cántico y oración. Después de la oración de apertura, el conductor llama la atención brevemente a algunos de los puntos principales de la lección, tanto para despertar el apetito del auditorio por lo que va a seguir como para ayudarles a comprender la razón por la cual se considera la materia específica que se va a tratar” (pág. 45).

“Amorosamente, el ‘esclavo fiel y discreto’, ha suministrado una abundancia de excelente materia que puede usarse. Además de los libros encuadernados y folletos, hay *La Atalaya*, que es la revista principal de los Testigos de Jehová” (pág. 67).

Ya nos lo han dicho. En la reunión más importante que celebran los Testigos no se estudian las enseñanzas de Cristo, ni las cartas de los apóstoles, ni siquiera los libros del Viejo Testamento, a través de los cuales habla Jehová. La Biblia, en sus cultos, no es más que un

pretexto. Los que se reúnen para adorar a Dios han de estudiar las lecciones de *La Atalaya*, escritas o autorizadas por el presidente de la Sociedad, a quien llaman “esclavo fiel y discreto”. ¿Esclavo, o esclavizador? ¿Discreto, o hábil?

“La reunión pública: La reunión pública difiere a buen grado del estudio de *La Atalaya*. Se le llama a ésta una reunión pública porque se da extensa publicidad para invitar al público y los discursos se pronuncian considerando al público” (págs. 47-48).

“*La reunión de servicio*: La reunión de servicio está específicamente diseñada para equiparle de modo que usted tenga participación eficaz en efectuar la obra de predicar las buenas nuevas del Reino y hacer discípulos de los que responden a la Palabra de Dios... Las reuniones de servicio se preparan en torno a la información que suministra la Sociedad en el *Ministerio del Reino*, que usted recibe cada mes de su superintendente de congregación. Cuando él recibe un número nuevo del *Ministerio del Reino* él analiza cuidadosamente su contenido y asigna las

diferentes partes de la reunión a hermanos capacitados, dándoles notificación escrita de sus asignaciones tan pronto como le es posible” (págs. 50-51).

“*Escuela del Ministerio Teocrático*: Además de las otras reuniones, cada congregación de Testigos de Jehová suministra una Escuela del Ministerio Teocrático. Ésta es una escuela continua de entrenamiento para hombres, mujeres y niños. Hay libros de texto especiales y un programa de actividad bien planeado” (pág. 54).

“*Estudio de libro de congregación*: El estudio de libro de congregación por lo general se conduce con un grupo más pequeño que el de las otras reuniones...

Este es un estudio de una hora por un grupo, usando la Biblia, y un libro de texto provisto por la Sociedad *Watch Tower Bible and Tract*” (pág. 57).

“*Estudio personal y de familia*: Si su familia está unida en la adoración pura de Jehová, usted querrá hacer parte de su estudio con el grupo de la familia... Por lo tanto, cuando ustedes los de la familia se sienten a comer juntos, querrán seguir en la práctica cristiana de dar gracias a Dios antes de comer (Mateo 14:19; Hechos 27:35; Lucas 11:23). Y en una comida en que todos

estén juntos les será muy provechoso sacar algún tiempo para leer y considerar el texto bíblico y los comentarios para el día que se suministran en el Anuario de los Testigos de Jehová, si está disponible en su idioma. Si no tienen el Anuario en su lengua, hallarán los textos publicados en *La Atalaya*” (págs. 65-66).

Ya basta. Todas las reuniones que celebran los Testigos, hasta esas íntimas reuniones de familia, están pensadas y programadas desde la jefatura central de Brooklyn. No dejan lugar a la iniciativa personal. Coartan la libertad del Espíritu Santo. Critican a los católicos por publicar una Biblia con comentarios; y ellos comentan hasta los puntos y las comas que se leen en sus reuniones, para que nadie vea la Biblia de forma distinta a como la ven en Brooklyn. ¿Y todavía quedan personas para estos atropellos? ¿Hay gente dispuesta a adorar a Dios con santísimos intermediarios humanos? Decididamente, el hombre seguirá siendo un eterno misterio.

EXPULSIONES, RESTABLECIMIENTOS, PRUEBAS

¡Es el colmo! Hasta dónde llega el dominio de la Sociedad de Brooklyn sobre las congregaciones locales de Testigos, que incluso las expulsiones de miembros, las readmisiones de los expulsados y las personas puestas a prueba por diversas faltas han de ser comunicadas a la jefatura central. Hay que leerlo para creerlo:

“Cuando a alguien se le expulsa de la congregación cristiana, el comité judicial (esto suena a tribunales penitenciarios) redacta una resolución y ésta se presenta a la congregación, informándoles que el individuo ha sido expulsado por conducta no apropiada para un cristiano. No se invita a la congregación a votar sobre esta resolución. (¿Para qué, si la congregación es un cero a la izquierda?) El comité es responsable de actuar para la congregación entera, porque ellos han hecho la investigación. El comité envía a la Sociedad notificación de la decisión a la que ha llegado, dando la fecha en que se tomó la acción y las bases y evidencias para ella, y cada miembro del comité firma la carta. La Sociedad entonces envía una tarjeta de persona expulsada a la congregación y esta tarjeta se mantiene en el archivo de la congregación” (págs. 177-178).

“Si un expulsado recobra el juicio, se arrepiente de sus pecados y manifiesta esto sin duda razonable durante un período de tiempo, puede apelar por escrito al siervo de congregación

para restablecimiento. No se considerará ninguna súplica de restablecimiento por lo menos por un año después de la expulsión, y en algunos casos aún por más tiempo. En los casos en que el comité decide que las Escrituras los autorizan a restablecer a alguna persona, el comité redacta una resolución indicando esto y la leen a la congregación como notificación de que el individuo ha sido restablecido. También avisan a la Sociedad de esta acción, devolviendo la Tarjeta de Persona expulsada, llevando la fecha de restablecimiento y la firma del siervo de congregación” (págs. 179-180).

“No todos los casos de mal que se traen a la atención del comité llevan a expulsión. A veces todo lo que se necesita es buen consejo. Aún si el pecado fue grave, pero hay base para extender misericordia debido a la confesión voluntaria y el arrepentimiento sincero de la persona dedicada y bautizada, y particularmente si ésta fue una primera ofensa, quizás se ponga al que cometió el error bajo prueba. Tales pruebas generalmente no se anuncian, a menos que el mal cometido haya llegado a ser conocido generalmente. Al comité le toca decidir si se hará algún anuncio. Pero si la persona tiene un nombramiento de la Sociedad, sea como siervo o precursor, se le notifica a la Sociedad” (pág. 181).

LAS OFRENDAS, TAMBIÉN PARA LA SOCIEDAD

Enterados del severo control que la Sociedad de Brooklyn ejerce sobre sus miembros y sobre todas las reuniones locales que éstos llevan a cabo, a nadie puede ya extrañar que también las ofrendas que se recogen en el culto y las cantidades locales que se perciben por otros

conceptos, sean enviadas a la Sociedad. Sobre el dinero, los jefes ejercen una presión aún mayor, si cabe, que sobre el mismo culto. La Sociedad exige una minuciosa contabilidad en las congregaciones. Son ellos, los de Brooklyn, quienes deciden los gastos locales, sean pequeños o elevados. Leamos, una última cita del libro que hemos venido usando en este capítulo, *Tu palabra es una lámpara para mi pie*:

“Después de cada reunión se sacan las contribuciones de la caja y la cantidad se anota en un formulario de Recibo. Una copia duplicada del Recibo va al siervo de congregación, y el siervo de cuentas anota la cantidad en la Hoja de Cuentas. Por lo menos una vez a la semana también se recibe dinero de los siervos de literatura y revistas y territorio, se les dan Recibos, una copia de cada uno queda en manos del siervo de cuentas y se hacen las anotaciones apropiadas en la Hoja de Cuentas... Para el quinto día de cada mes se hace a la Sociedad una remesa de todo el dinero recibido de los siervos de literatura, y de revistas y territorio durante el mes anterior, y se solicita crédito por los artículos colocados a los precursores. Usando un formulario de Remesa y Solicitud de Crédito firmado por el siervo de congregación.

Tal sistema de contabilidad nada tiene que envidiar a los empleados por los grandes bancos. Tan sólo cambian los nombres. El cajero de una sucursal es, en la Sociedad de los Testigos, un “siervo de cuentas”; el contable es el “siervo de congregación”; y el consejo de administración son los “esclavos fieles” de Brooklyn. Que no son, desde luego, tales esclavos, sino señores de millón y medio de siervos en esta segunda mitad del siglo XX.

De las fatigosas citas reproducidas en el presente capítulo, el más largo de todo este libro, sólo queda preguntarnos: Con tanto control desde las oficinas centrales, con tanta programación de los cultos y demás actividades de los Testigos, ¿para qué quieren la Biblia? ¿Qué papel juega la Biblia en sus reuniones si el culto principal lo constituye el estudio de *La Atalaya*? ¿Para esto tanto esfuerzo en mal traducir las Escrituras? Habrían hecho mejor negocio con invertir ese dinero en máquinas electrónicas o en computadoras japonesas. Porque lo de ellos no es la libertad del espíritu bíblico; es la tiranía de los números, la esclavitud de la organización humana. No van descaminados al llamarse “siervos”. Desde luego que no.

Capítulo V *Por qué*

crecen los Testigos

Está todavía por hacer un auténtico análisis sociológico de los Testigos de Jehová. En otros círculos religiosos se habla mucho del llamado “fenómeno de crecimiento” de esta organización pero no se han analizado las causas de este crecimiento, que, reducido a sus verdaderas proporciones, es bastante menor de lo que se cree.

Lo que ocurre es que el Testigo de Jehová es agresivo en su fe, es decir, no la limita al recinto del salón donde se reúne, sino que irrumpe con ella en todos los círculos sociales que se lo permiten. El Testigo de Jehová, quitando las excepciones, que las hay, como en todas partes, sale a la calle con sus revistas y sus libros en los países donde le dejan hacerlo, rodea a los peatones, habla con ellos e intenta por todos los medios venderles la mercancía que lleva; acude también casa por casa, sin avergonzarse de llamar a las puertas; inquieta a sus compañeros de trabajo, habla donde tiene oportunidad y discute, discute mucho, siempre.

Con todo ello, el crecimiento de los Testigos no es tanto. Lo que ocurre es que arman mucho ruido. Y como que están en la oposición en todos los países, por una u otra razón, la Prensa se ocupa continuamente de ellos. Pero en cuanto a crecer, crecen menos que otros grupos religiosos con los mismos años de trabajo.

Según las estadísticas de 1970, cuyas cifras figuran al final del tercer capítulo de este libro, el total de Testigos en el mundo no llega al millón y medio. En América latina, por ejemplo, son unos doscientos mil, distribuidos entre todas las repúblicas de ese continente. Los pentecostales, que empezaron a predicar en esa parte del mundo después que los Testigos, van ya por los cinco millones de miembros. La diferencia es abismal.

Por otro lado, el movimiento bautista, que se lanzó en Norteamérica a una acción fuertemente evangelista por aquellos mismos años en que Russell empezaba con su “Torre del Vigía”,

▶ 27 ◀

tiene hoy día más de veinte millones de miembros en todo el mundo. Alejandro Campbell dio principio al movimiento de Restauración en los Estados Unidos al mismo tiempo que Russell se aliaba con Barbour para editar los primeros números de *El Heraldo de la Mañana*. Y el movimiento de Campbell cuenta en la actualidad con más de seis millones de miembros, si bien menos esparcidos por el mundo de lo que lo está el millón y medio de Testigos. El propio Adventismo, del que se separó Russell en 1878, y cuyo fundador William Miller empezó su Obra no más de cuarenta años antes que Russell, tiene alrededor de tres millones de seguidores en todo el mundo. Y así podríamos continuar con otros movimientos religiosos, dentro y fuera del Cristianismo, como el Movimiento Bahai, el Caodaísmo y los nuevos cultos orientales, para probar que el crecimiento de los Testigos de Jehová es bastante menos espectacular de lo que generalmente se cree.

No obstante, hay que admitir que en los últimos veinte años han progresado, en proporción, más que otros grupos religiosos. Como también es verdad que su crecimiento es más internacional. Hallar las razones de este crecimiento es lo que nos proponemos en el presente capítulo. Nuestro análisis no será completo, no puede serlo, pero al menos abrirá el tema para estudios más extensos.

EN BUSCA DE RAZONES HUMANAS

Para razonar el éxito aparente de los Testigos de Jehová, no queda otro remedio que lanzarnos a la búsqueda de motivos humanos, toda vez que ese éxito no puede venirles de Dios. El de ellos no es el éxito de las revoluciones políticas, militares, pero sí puede ser el mismo éxito de otras ideologías humanas sabiamente impuestas y dirigidas, con programas que atraen.

En el campo de lo puramente cristiano es el Espíritu Santo quien realiza el trabajo, la labor del hombre es secundaria, se limita al intelecto, a la carne: tan sólo el Espíritu llega al corazón. La profecía antigua ya lo advierte: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

Nadie puede llamarse a engaño en una cosa tan seria. El hombre no puede cambiar el interior del hombre. Si los estudios y las predicaciones de la Biblia transforman los sentimientos humanos, es porque el Espíritu ha revestido de poder de lo alto al mensaje y al mensajero. Si no hay esta asistencia divina, el fracaso es total. Conociendo Cristo la incapacidad del hombre para la tarea de convertir almas a Dios, suplió la deficiencia humana con el poder divino. De ahí que dijera a sus discípulos: “Ya enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos” (Lucas 24:49).

Este poder era el poder del Espíritu Santo. Cristo fue más explícito con los mismos apóstoles poco antes de que el acontecimiento se produjera. Después de haber resucitado y poco antes de ascender a los cielos les dijo: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos” (Hechos 1:8).

Sin el poder del Espíritu, sin la asistencia del Espíritu, sin la morada del Espíritu Santo en el corazón del testigo de Cristo, no hay poder para convencer de pecado ni para llevar almas a Dios. Los discípulos de Cristo eran más eficaces en su trabajo cuanto mayor era su dependencia del Espíritu Santo. Sus palabras y sus argumentos tenían la unción del Espíritu, es decir, del mismo Dios, como tendremos ocasión de demostrar en otros capítulos de este libro. Ante el concilio de sacerdotes judíos que les pedían cuentas de su conducta, Pedro y los demás apóstoles respondieron: “Nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también del Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:32). Los teólogos e intelectuales judíos de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y del Asia bíblica disputaban con Esteban, pero no podían con él. No porque Esteban les superase en conocimientos humanos, antes al contrario, sino porque Esteban tenía con él al Espíritu Santo. Dice la Biblia que los teólogos del judaísmo “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (Hechos 6:10).

La suya era una sabiduría espiritual. Como era la de Pablo. Me gustaría saber qué responden los Testigos de Jehová a estas afirmaciones de San Pablo: “Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del

Espíritu y de poder” (1ª Corintios 2:4). Y otra vez: “Nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder en el Espíritu Santo” (1ª Tesalonicenses 1:5).

Los llamados Testigos de Jehová carecen por completo de este poder. No tienen el Espíritu Santo en sus vidas ni en sus predicaciones, desde el momento que no creen en Él como la tercera Persona de la Trinidad. Tan sólo lo admiten como una influencia externa e impersonal. De ahí que, su éxito, grande o pequeño, no se puede atribuir a bendición del cielo. Las causas hay que buscarlas y encontrarlas en la tierra. Este es el fin del presente capítulo.

▶ 28 ◀

UNA FÉRREA ORGANIZACIÓN

Si el lector ha leído el capítulo anterior de este libro, no precisa de nuevos argumentos para convencerse de la seriedad con que se toman los Testigos de Jehová esto de la organización. Sus congregaciones locales no tienen parecido de ninguna clase con las del Nuevo Testamento. En los tiempos de San Pedro, San Pablo y los demás apóstoles, el Cristianismo era una auténtica democracia. No hay más que leer el libro de los Hechos para comprobarlo. Cada congregación era autónoma en su gobierno. No tenían más jefe que el invisible Jesucristo. Si existía algún tipo de organización, compuesta por Ancianos, Diáconos y Evangelistas, era de orden interno, sin jurisdicción alguna sobre otras congregaciones. Los lazos que las unían eran tan sólo espirituales. En ocasiones, cuando se trataba de discutir asuntos comunes, las congregaciones mandaban sus representantes a las asambleas que se celebraban al efecto, pero la independencia de cada congregación era respetada (puede verse Hechos 2:43-47; 11:29-30; 13:1-4; 15:1-29; etcétera).

Por lo que respecta a los Testigos de Jehová, en lugar de democracia han convertido su forma de Cristianismo en una auténtica dictadura. Ni ellos mismos son capaces de negar esto, cuando todo sus pasos, sus cargos, su culto, su trabajo, están controlados y dirigidos por la jefatura central de la organización en Brooklyn. Lo reconocen, además. Leamos: “El cuerpo gobernante visible está estrechamente identificado con la junta de directores de esta Sociedad.” ¡Y tan identificado! Como que son ellos, los de la junta de directores, quienes

manejan todo el tinglado. Añaden: “El responder a la superintendencia de este cuerpo gobernante ha resultado en unidad y aumento” (las dos citas son del libro *Tu palabra es una lámpara para mi pie*, pág. 40).

Esto también es verdad. La dictadura produce unidad y aumento. Pero la suya es la unidad de los cementerios, donde todos los muertos son iguales, porque todos carecen de vida para rebelarse. Es el aumento inservible de la manada, siempre con la mirada en la tierra, con un eterno “sí, señor” en los labios. El Testigo de Jehová no existe en cuanto a individuo. Su inteligencia, su conciencia, toda su personalidad queda sometida a la autoridad del hombre. Se le dice lo que hacer, cuándo ha de hacerlo, cómo tiene que hacerlo; son elementos puramente pasivos en el engranaje de la Sociedad.

Y de esta forma, cualquier tipo de organización tiene un éxito asegurado. Lo organizado en todos los campos, ha triunfado siempre sobre lo inorgánico.

SU SISTEMA DE APOSTOLADO

Si la organización de los Testigos de Jehová es antibíblica por completo, su sistema preferido de apostolado, en cambio, tiene una sólida base bíblica. Me refiero a ese ir de casa en casa con su literatura y su zurrón mental lleno de citas bíblicas, cuidadosamente seleccionadas y memorizadas.

Este método fue muy usado en los tiempos primitivos del Cristianismo. Jesús lo recomendó a sus discípulos (Mateo 10:12–14). El mismo Maestro dio ejemplo, visitando muchas casas durante los años de su ministerio en la tierra (véase Marcos 7:24; 14:3 y otros pasajes semejantes). Las iglesias del Nuevo Testamento no empezaron en templos suntuosos, sino en casas, humildes unas, más confortables otras (puede verse, entre otros pasajes: Romanos 16:5; 1ª Corintios 16:19; Colosenses 4:15 y Filemón 2).

De los apóstoles se nos dice que “todos los días, en el templo y por las casas no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo” (Hechos 5:42). Y cuando Pablo se despide de los Ancianos de la Iglesia en Éfeso, les recuerda: “Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas” (Hechos 20:20).

Por desgracia para ellos y para la causa de Cristo, los líderes de las Iglesias cristianas, de todas las Iglesias, han perdido casi por completo la visión del contacto personal. Quieren

que las gentes acudan los domingos a verles y a oírles en sus lujosos templos; algunos señalan horas de visitas durante la semana, pero rehuyen el trabajo personal. No llevan a la calle su fe, no la publican por las casas. Unos porque no pueden, porque están sumamente ocupados en otras tareas; otros, porque aun teniendo tiempo carecen de la vocación necesaria.

Los Testigos de Jehová, en cambio, son especialistas en esta clase de trabajo, capítulos enteros de sus libros están dedicados a entrenar en la técnica de la visita a domicilio. Se les enseña cómo han de presentarse, cuáles son las horas más propicias, cómo iniciar la conversación, qué decir en cada caso, de qué manera han de reaccionar si son mal recibidos... Las palabras, los gestos, las sonrisas, todo lo llevan estudiado y ensayado. En sus “salones del reino” celebran reuniones orientadas hacia el aprendizaje de la visita a domicilio. Saben cuándo han de atacar, cuándo han de mostrarse moderados y hasta cuándo conviene el repliegue. Especialmente están entrenados para conseguir que la persona visitada escuche, para no dejarla hablar, para confundirla con citas preparadas, según sea la religión de quien tengan delante. Y si les ocurre lo peor, que la persona visitada responda con un portazo, ellos deben insistir. Si

► 29 ◀

no quieren oír, dicen los dirigentes de los Testigos, sabrán al menos que uno de los nuestros les ha visitado.

Este sistema lo explotan al máximo. Y lo emplean para criticar a los sacerdotes católicos y a los pastores protestantes. Si la persona visitada defiende sus creencias, ellos están preparados para el ataque. Entonces se les ha dicho que digan que mientras sus sacerdotes y pastores están en los templos, ellos, los Testigos, van de casa en casa con el mensaje. Y lo dicen. Y en algunos casos convencen.

SU AUREOLA DE MÁRTIRES

La gente queda admirada ante la fidelidad que suelen mantener los Testigos de Jehová hacia sus creencias. Y aun cuando entre ellos se dan también muchas deserciones a la hora de

la prueba, sin que estos casos merezcan la publicidad que se da a los otros, es cierto que han sufrido persecuciones, vituperios, cárceles, internamientos en campos de concentración y suplicios de otras clases, sin que por ello hayan decaído en su fe ni traicionado sus ideales.

Aquí mismo, en España, hay jóvenes Testigos de Jehová que llevan ya hasta diez años cumpliendo castigos en cárceles militares por negarse a prestar juramento a la bandera. El Estado español está estudiando una ley para los objetores de conciencia, con la intención de solucionar estos y otros casos parecidos. Sabido es que durante las dos últimas guerras mundiales los Testigos de Jehová fueron muy perseguidos por casi todos los países que tomaron parte en aquellos conflictos armados.

Estos sufrimientos han sido transformados por los dirigentes de los Testigos, quienes se han valido de ellos para crear en torno al movimiento una aureola de martirio. Las gentes, cuando conocen estos casos, exclaman: “¡Eso sí que es fe!” “¡Estos aman realmente a Dios!” “¡Nosotros no seríamos capaces de sufrir así!” Y otras frases parecidas.

Eso es fe, sin duda. Fe hacia sus convicciones, más que fe en Dios. Fidelidad a los principios de la Sociedad, no a las leyes de la Biblia, aunque ellos amontonen citas bíblicas en vanos intentos de demostrar que están sufriendo por Cristo.

Esta fidelidad es la normal en todas las ideologías. A mucha gente le parece algo extraordinario en nuestros tiempos, porque estamos materializados hasta la médula del alma, porque rehuimos el dolor, porque somos incapaces de sufrir por los ideales del espíritu. El único ideal que hoy preocupa es el de la carne, el cuidado del cuerpo. Estamos atravesando la mayor crisis de ideologías en toda la Historia del hombre. Nos dejamos arrastrar blandamente por la masa; siempre a favor de la corriente. El lema de hoy, pintado en todos los corazones, es éste: “A mí no me complique usted la vida, vivo feliz así”.

Y cuando otro se la complica lo miramos como bicho raro y queremos elevarlo a los altares, sin caer en la cuenta de que eso es lo frecuente en toda persona de ideales.

Los Testigos de Jehová no son los únicos que han sufrido por fidelidad a sus creencias. ¡Estaría bueno! La historia del Cristianismo es una historia de mártires, de seres que han sublimado sus vidas en el sacrificio, como testimonio de fe en el Señor Jesús. El relato de las persecuciones religiosas, desde la aparición de Cristo hasta nuestros días, forma gruesos volúmenes. Los cristianos han sido encarcelados, perseguidos, martirizados y asesinados por

defender su fe durante muchos siglos antes de que aparecieran los Testigos de Jehová. Y también después.

La gente sencilla ignora esto. Como ignora también que durante la última guerra mundial los pilotos japoneses se estrellaban voluntariamente contra objetivos fijos, sabiendo que iban a morir sin remedio. Y que en el Vietnam se han suicidado muchos monjes budistas rociándose con gasolina y prendiéndose fuego como protesta contra los atropellos que se hacía a su fe.

El Testigo de Jehová que prefiere la cárcel antes que participar en una ceremonia militar en la que no cree es digno de admiración. Pero este acto no basta para hacer de él un héroe. Ni debe ser explotado por los dirigentes de la organización como medio para captar conciencias sensibles, diciéndoles que ellos, sólo ellos, están dispuestos a sufrir por su fe. Es una trampa que no encaja en la Historia.

LA IMPOSICIÓN SOBRE LOS MIEMBROS

Cristo puso dos únicas condiciones para el bautismo de la persona inconversa, la fe y el arrepentimiento (Marcos 16:16; Lucas 12:3). Pero los líderes de los Testigos de Jehová son mucho más exigentes. Ellos “atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen en los hombros de los hombres” (Mateo 23:4). Estas cargas sobre las conciencias ajenas suelen darles resultado, porque las someten a una estrecha disciplina que va en beneficio de la organización.

“Vigorosamente recomendamos que cualquiera que tenga planes de bautismo llegue anteriormente a un conocimiento exacto de por lo menos las enseñanzas fundamentales de la Biblia”, exigen los dirigentes de los Testigos (*Tu palabra es una lámpara para mi pie*, pág. 5) ¿Cuáles son estas “enseñanzas fundamentales”? No se trata del ABC de la Biblia, sino de un largo cues-

tionario con 80 temas seleccionados por los jefes de la Sociedad, que el candidato al bautismo debe conocer y a cuyas principales preguntas ha de responder. Donde Cristo puso dos condiciones, ellos, a la buena de Dios, las amplían hasta ochenta. Si el lector quiere saber cuáles

son estas condiciones las encontrará entre las páginas 5 y 38 de *Tu palabra es una lámpara para mi pie*.

Y no queda ahí todo. Después de aprenderse medio libro de consejos escritos por los jefes de Nueva York, la persona que desee bautizarse debe antes trabajar para la Sociedad un mínimo de doce horas mensuales durante un período de seis meses, haciendo visitas y revisitas. (Véase *Predicando y enseñando en paz y unidad*, pág. 18.)

En estos seis meses, el candidato al bautismo no sólo trata de enseñar en sus visitas domiciliarias. También en las abundantes reuniones que la Sociedad celebra semanalmente en sus salones del reino. Aquí los preparan para la discusión, lavándoles el alma y anulándoles la voluntad.

Quien haya hablado con Testigos de Jehová sabe bien que son personas inservibles para el diálogo. Con ellos no cabe el confrontamiento sereno de las verdades bíblicas. Sólo saben discutir. Son profesionales de la discusión. Con una mueca que quiere ser amabilidad o con seriedad jurídica, ellos discuten siempre.

Todos son iguales en este aspecto. Yo he hablado con Testigos de Jehová en Marruecos, en España, en Haití, en Estados Unidos, en Grecia, en Perú, y todos están cortados por el mismo patrón. Citan los mismos versículos, usan los mismos argumentos, inician, prosiguen y terminan la conversación de la misma forma. Y esto es así porque su escuela es la misma. Los jefes de Brooklyn los tienen bien entrenados, a todos, en todas partes, lo cual constituye para ellos una gran ventaja.

EL ATAQUE A LAS INSTITUCIONES

Historiadores de la categoría de Toynbee se han ocupado ampliamente de la antipatía que un gran sector de la sociedad actual siente hacia las instituciones. Esta antipatía se convierte en protestas, incluso violentas con agresiones físicas, en amplias masas de jóvenes europeos y americanos. La autoridad del Estado asusta y repele a quienes creen preferible una vida sin vigilancia estatal. Las Iglesias constituidas son cada día menos apreciadas, no solamente por los jóvenes, sino también por adultos que reprochan al Cristianismo el haberse transformado en religión institucionalizada.

En este ambiente aparecen los Testigos de Jehová dando la razón a los descontentos, disparando sus libros contra toda clase de instituciones civiles y religiosas.

Las Naciones Unidas reciben un ataque frontal. Atacándola, se incluye en la misma condenación a todos los en ella representados. Leamos: “Jesús reveló (?) que esa organización internacional bestial regresaría de la condición de no existencia, pero esta vez con la ‘religión organizada’, incluyendo a la Jerarquía católica romana en la silla”. “Vi a una mujer sentada sobre una bestia salvaje de color escarlata que estaba llena de nombres blasfemos y que tenía siete cabezas y diez cuernos”. En cuanto a esa asociación bestial de naciones con sus muchos miembros, “la bestia salvaje que viste era, pero no es (durante la II Guerra Mundial), y no obstante está destinada a ascender del abismo, como las Naciones Unidas” (*Sea Dios veraz*, págs. 253-254).

Los Gobiernos son, según los Testigos, obra del diablo: “El sistema gobernante visible que domina la tierra recibió su poder y autoridad del gran dragón, aquella serpiente antigua, que es llamado el diablo y Satanás, que seduce a todo el mundo” (*Esto significa vida eterna*, pág. 195).

Por lo que respecta a las instituciones religiosas, mal paradas salen en los libros de los Testigos las dos grandes ramas del Cristianismo, el Catolicismo y el Protestantismo. Rutherford llama al Protestantismo “progenie del catolicismo romano”; y agrega: “Estas denominaciones religiosas tienen ilícitas relaciones con los elementos políticos y financieros del mundo; y el Eterno mismo denuncia a la una como madre de las prostitutas y a la otra como su hija; ambas son igualmente impúdicas e injustas” (*Liberación*, pág. 269, citado por Maurice Colinon, o.c., pág. 182).

Aunque al lector le cueste creerlo, aún hay en la literatura de los Testigos condenaciones más fuertes contra las instituciones religiosas. Nos abstenemos de dar más citas para evitar dolor a las conciencias sensibles.

Lo grotesco de todo esto es que la Sociedad de los Testigos se permita semejantes acusaciones, cuando ella misma se ha convertido en una institución religiosa que tiraniza las conciencias al máximo, doblegando y gobernando las voluntades.

Con todo, estos ataques a Estados y a Iglesias encuentran seguidores. Tienen un público. Gente a quien no interesa la doctrina ni poco ni mucho, sino el ir contra lo instituido. Y de estos campos tienen cosecha abundante los Testigos.

Es difícil hallar un lugar en la Tierra donde no se practique alguna forma de religión. Donde exista la religión existirán los clérigos. Y donde haya clérigos habrá también anticlericales. Los países con mayor número de anticlericales, como las repúblicas de Hispanoamérica y las naciones latinas de Europa son los terrenos preferidos de los Testigos. En estos países,

▶ 31 ◀

mucha gente acepta el ingreso en la Sociedad de los Testigos por la única razón de su anticlericalismo, por los ataques que los jefes de la Sociedad disparan contra todas las Iglesias, según ellos, institucionalizadas.

LA NEGACIÓN DEL CASTIGO ETERNO

Se acepte o no, la negación del castigo eterno constituye un atractivo en el programa de los Testigos de Jehová.

El tema de las penas eternas lo tratamos en otro capítulo de este mismo libro y también lo consideramos con mayores detalles en el tercer capítulo de nuestro libro *Hombres de Fuego*. El hombre se sabe pecador, tiene conciencia de su rebeldía hacia Dios, de su culpabilidad. Aun cuando se manifieste ateo, en su fuero interno queda la duda. No le gusta que se le hable de condenación. Elude el tema diciendo que el infierno está en esta Tierra.

Los que son religiosos, los que conocen la Biblia, buscan la forma de interpretarla para seguir creyendo a su manera, continuar pecando y al propio tiempo negar la realidad del castigo eterno. De aquí han brotado numerosas teorías. Unos dicen que el castigo de Dios consistirá en la destrucción completa de los culpables; otros, que habrá una segunda oportunidad para los condenados; también se afirma que tras el juicio habrá un perdón general, y otras muchas ideas más.

Los Testigos de Jehová irrumpen en este gran tablero de ajedrez con una noticia que arranca de cuajo todas las preocupaciones y libra de temores los espíritus: El infierno no existe, dicen. El infierno es un invento de las religiones. ¡A vivir tranquilos! ¡A comer, a beber, a holgarse, que Dios no pedirá responsabilidades!

Dicen los Testigos: “El promulgador de esta doctrina es Satanás mismo. Su propósito al introducirla ha sido asustar a la gente para que no estudie la Biblia y para que odie a Dios. El hombre imperfecto ni siquiera atormenta ni a un perro rabioso, sino que lo mata. Sin embargo, el clero atribuye a Dios, que es amor, el crimen malvado de atormentar a las criaturas humanas simplemente porque tuvieron la desgracia de nacer pecadoras” (*Sea Dios veraz*, pág. 97).

El comentario a este pasaje lo dejamos para cuando volvamos al tema en la segunda parte de este libro. Esta manera sutil y arbitraria de presentar la doctrina del infierno hace que la gente caiga en el engaño. Si todo se redujera a la comparación entre el hombre imperfecto y Dios, entre el pecador y el perro rabioso, también nosotros daríamos la razón a los Testigos. El problema tiene mayores honduras. La gente no lo capta, se queda ahí, en esa apelación sentimental, y le da la razón al que escribió la idea y al que la propaga. Si no hay castigos finales, si sólo hay recompensas, “comamos y bebamos, que mañana moriremos”. **LA VUELTA AL PARAÍSO TERRENAL**

¡Qué hermosa tentación para creer! ¡El sueño de los siglos hecho realidad! ¡Colmadas quedan todas las ansias de inmortalidad en la carne que el hombre ha venido sintiendo desde los días de la caída! ¡El gran problema de la eterna permanencia terrena, resuelto por los Testigos de Jehová! No es programa que pueda rechazarse, si no se tratara más que de un espejismo, si pudiera demostrarse su realidad bíblica, en lugar de millón y medio, los Testigos sumarían ya tres mil millones de miembros. Porque hasta ahora, eso de un paraíso permanente en la Tierra con una paz idílica y un gobierno celestial, sólo se ha proclamado por los poetas y revoloteado en las mentes de algunos novelistas de fuerte imaginación. Pero los Testigos lo hacen realidad, y el anzuelo es francamente tentador.

También el tema de la Nueva Tierra se trata más adelante en este libro, en el capítulo titulado *Cielos sin fronteras*. Todo cuanto aquí queremos decir es que la proclamación de un futuro paraíso del cual “el jardín paradisiaco original del Edén habrá sido solamente una

muestra”, es un programa atractivo. “En el paraíso original del Edén aconteció el primer arreglo de matrimonio humano, en el paraíso de la ‘nueva tierra’ –dicen los Testigos– se harán los arreglos para muchos matrimonios de los sobrevivientes de la guerra. En el paraíso original no se produjo el nacimiento de un niño en justicia; en el paraíso de la ‘nueva tierra’ se producirá el nacimiento de niños en justicia... Aunque serán mortales, esos niños concebidos en justicia no nacerán entonces para morir, como herederos de una condenación de muerte...” (*Usted puede sobrevivir al Armagedon*, págs. 348-349).

Con todos mis respetos lo digo, pero tengo que decirlo: el señor o los señores que escribieron estas cosas o son unos ilusos sin remedio, o son unos farsantes de la Biblia, o quieren tomar el pelo a la Humanidad. Aun cuando Jesús dejó dicho con palabras más claras que el rocío, que en el cielo, tras la resurrección de los muertos, los salvados serán “iguales a los ángeles”, que “ni se casan ni se dan en casamiento” (Mateo 22:23-33; Lucas 20:27-35), ellos, superando a las *Mil y una noches* y a todas las concepciones orientales de un paraíso material, hablan tan tranquilos de casamientos y de hijos que serán mortales, pero que no morirán (?).

▶ 32 ◀

Todo ello, aquí, en la tierra. Pero en una tierra que estará únicamente reservada a los Testigos de Jehová. Es decir, si esto ocurriera mañana, esa tierra de leyenda sería ocupada tan sólo por millón y medio de personas.

Naturalmente, para vivir un día en la tierra edénica de su invención, los Testigos le dicen a usted que ha de hacerse miembro de su organización. Es la única salida que, a juicio de ellos, Dios le deja. Dicen: “Jehová Dios ha edificado su sociedad del nuevo mundo sobre la tierra y... Él le da a ella su garantía de que sobrevivirá a través de la ‘guerra del gran día, de Dios el Todopoderoso’... No puede acudir a la cristiandad para guía, porque los frutos de ésta

manifiestan que no es cristiana... Está condenada y ni su oro ni su plata podrán librarla de su fin predicho... Acepte la ayuda de los testigos de Jehová... Él hará que haya gran regocijo por usted dentro de su organización teocrática” (*Usted puede sobrevivir al Armagedón*, págs. 360-362).

Ya hemos visto a qué clase de organización se nos invita. Pero hay quienes sólo ven, como en el payaso tradicional, el rostro risueño de estas promesas sin sentido, no la angustia y la esclavitud interior que hay dentro de la Sociedad que tan dulcemente se describe. Y lo peor es que la gente, sin conocimientos bíblicos y sin molestarse en adquirirlos, acepta y cree todas estas patrañas.

OTRAS RAZONES

Existen otras razones que justifican el relativo crecimiento de los Testigos; pero este capítulo no puede alargarse más. Las principales creemos que han sido expuestas.

Entre las que no hemos mencionado figura su continua proclamación de independencia jerárquica. Dicen que ellos no tienen jerarquía eclesiástica, que entre ellos cada Testigo es un ministro de Dios. Al hombre le gusta esto. Le agrada ser considerado en igualdad de funciones al sacerdote. El concepto, bíblicamente, es correcto; pero en el engranaje de la Sociedad no es así, porque aun cuando todos se hagan llamar “ministros”, entre ellos los hay de muy distintas categorías, como queda probado. Están jerarquizados de los pies a la cabeza.

El alarde que hacen de pacifistas es otro caramelo que la gente acepta sin advertir el doble juego. Los Testigos son pacifistas nada más que en cuanto al servicio militar se refiere. Se niegan a prestar juramento a la bandera del país, se niegan a vestir uniforme militar, se niegan a tomar parte en las guerras. Pero esto no lo hacen porque sean de una naturaleza bondadosa, o porque

▶ 33 ◀

respeten al prójimo hasta el grado de no lastimarlo ni siquiera en sus sentimientos, sino en virtud de un falso principio religioso que les han inculcado.

Si el Testigo fuera pacifista por humanidad, como es el caso de otros objetores de conciencia, su postura sería de alabar. Pero no. Basta con leer los libros y demás literatura que ellos producen, especialmente las primeras obras que publicaron, de las que hemos ofrecido una muestra en el punto sexto de este mismo capítulo, para convencerse de que el amor al prójimo es tan sólo un pretexto. Porque en estos libros atacan sin piedad y con insultos a los Estados y a miembros de otras religiones. Su pretendido pacifismo es una protesta religiosa, según entienden su religión, no es amor al prójimo. Porque si los Testigos no han matado cuerpos, sí que han matado muchos sentimientos, muchas reputaciones y matan a diario las convicciones ajenas, atacándolas hasta la herida mortal.

En fin, la gran importancia que conceden a la página impresa contribuye de manera muy eficaz a la expansión de la Sociedad. Aquí es donde hay que quitarse el sombrero y descubrirse ante los Testigos. “This is it!”, como diríamos en inglés. Este es el gran secreto de su expansión.

No existe grupo religioso alguno en todo el mundo, si las estadísticas que poseo son fieles, que haya llegado ni siquiera a la mitad de esos doscientos millones de ejemplares de literatura en el curso de un año, como fue el caso de los Testigos en 1969, según los datos ya mencionados en el capítulo cuatro de esta primera parte.

En este sentido, los cristianos tienen mucho que aprender. No están dando a la página impresa la importancia que tiene. No apoyan la que existe, ni se esfuerzan por crear nuevas revistas ni por editar más libros o folletos. Y la literatura, que es instrumento esencial en la expansión de toda ideología, puede hacer muchísimo en la transmisión del mensaje cristiano. Aquí hemos de reconocer que los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz.

SEGUNDA PARTE

Apologética

Capítulo I *Una Biblia truncada*

Aquí tengo, en un ángulo de esta enorme mesa repleta de libros y de papeles, sobre la que escribo, un pequeño tubito de unos 8 centímetros. Es de color verde, muy atractivo; contiene en su interior diminutas pastillas de las que suelen vender en la farmacia para relajar los nervios cuando se les somete a la tensión de un trabajo prolongado. Tengo también, sobre la misma mesa, un ejemplar en castellano de la Biblia traducida por los Testigos de Jehová. El libro es tan atractivo por fuera como el tubito de pastillas: tapas fuertes, excelente encuadernación, letras en oro sobre un precioso fondo verde esperanza, de tono muy logrado.

Si a un niño o a un adulto les diese por ingerir todas las pastillitas del tubo, que para mayor tentación tienen una leve capa dulzona, se intoxicaría inmediatamente y habría que hacerle un lavado interior. Si otro niño en la fe, o cualquier persona de escasos conocimientos bíblicos, se traga el contenido de esta Biblia llamada del “Nuevo Mundo”, el resultado será el mismo. Sufrirá tal intoxicación espiritual que pondrá en peligro su alma. Porque la Biblia de los Testigos es una Biblia truncada. Ni siquiera es una Biblia, sino un remiendo de Biblia.

► 34 ◀

LA TRADUCCIÓN DEL “NUEVO MUNDO”

Ya me he referido a esta traducción en el capítulo cuatro de la primera parte de este libro. El primer tomo de la llamada *Traducción del Nuevo Mundo* apareció en inglés en 1950. Los cinco tomos restantes fueron publicados en 1953, 1955, 1957, 1958 y 1960. En enero de 1961, el comité de traductores firmaba la introducción a la versión inglesa en un solo tomo. Este tomo aparecía sin las notas explicativas que llevaban los seis anteriores.

La versión inglesa sirvió de base para la traducción a otros idiomas. En 1963 se publicó el Nuevo Testamento en español, alemán, francés, holandés, italiano y portugués. La primera edición de la Biblia completa en castellano se hizo en 1967, con una tirada de medio millón de ejemplares.

Esta versión es la más desdichada que se ha hecho en toda la historia de la Biblia. Al ser traducida de una traducción pierde casi todo el sentido y el encanto del original. Pero además tiene otros muchos males que la convierten en una sombra de la Biblia.

Los dos trabajos más interesantes aparecidos últimamente en España sobre la versión del *Nuevo Mundo* son el libro de Eugenio Danyans titulado *Proceso a la “biblia” de los Testigos de Jehová*, libro al que –dicho sea de paso– le sobran todos los prólogos, introducciones y presentaciones; y el artículo de Pablo Sais llamado “La Biblia de los Testigos de Jehová”.

Danyans pone de relieve “la mala gramática y peor teología” de esta versión castellana de la Biblia. A mi entender, el autor catalán debería haber insistido en la cuestión gramatical. Realizada la traducción del inglés por personas con un dominio muy deficiente del castellano, a todo aquel que se halle medianamente familiarizado con el idioma de Cervantes, ya viva en Castilla, en México, en Argentina o en Chile, le dan ganas de llorar al leer las barbaridades idiomáticas que abundan en este libro. Los escribas hablan a Cristo de “tú”, en tanto que en los labios de Jesús ponen un “usted” hasta para los demonios (Mateo 8:19 y 32).

Es mala la gramática castellana y es peor todavía el uso de la gramática griega. Dice Danyans que “esta traducción de los Testigos de Jehová va contra todas las reglas de la gramática griega, por cuanto según las leyes gramaticales del idioma griego no sólo resulta imposible dicha versión, sino que es antigramatical traducir ‘y la Palabra era un Dios’, como hacen los Testigos en Juan 1:1”.

Por su parte, Sais, en su breve pero detallado estudio, prueba cuatro supercherías manifiestas en la versión del “Nuevo Mundo”: alteración del texto, adición de palabras, supresión de pasajes y un pésimo estilo literario, del que ya hemos hablado. Sobre este guión podría confeccionarse perfectamente un libro de regulares dimensiones, pues material para ello hay más que suficiente en la descalabrada versión de la Biblia hecha por los Testigos.

BIBLIA TRUNCADA

En castellano hay versiones bíblicas muy buenas. No hacía falta ésta. Al fabricarla, los Testigos lo hicieron con la intención de variar el texto de la Escritura y ajustarlo a su particular forma de pensar. Truncar una cosa significa mutilarla, desposeerla de su sentido exacto. Y esto es lo que han hecho los Testigos con la Biblia. Han cometido un sacrilegio de los que el Espíritu Santo no perdona; han pecado de muerte (1ª Juan 5:16). Han mancillado la Biblia para hacer que el texto dé la razón a sus creencias. Quieren que la Biblia diga, a toda costa, lo que ellos dicen. Voy a ofrecer cuatro ejemplos, que igual podrían ser cuatrocientos.

1.– El Espíritu Santo

Los Testigos no creen en el Espíritu Santo como Segunda persona de la Trinidad. Génesis 1:2 dice que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.

En la Biblia de ellos se dice que “la fuerza activa de Dios estaba moviéndose de un lado a otro sobre la superficie de las aguas”.

Sustituyen el Espíritu por “fuerza activa” y convierten a Dios poco menos que en una central eléctrica.

2.– La divinidad de Cristo

En opinión de los Testigos, Cristo es un Dios menor que el Dios Padre. Por ello, donde la Biblia dice “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1),

ellos han traducido caprichosa e irreverentemente de la siguiente manera: “En el principio la Palabra era, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era un dios”.

▶ 35 ◀

3.– La perdición eterna

Tampoco creen los Testigos que el pecador se pierde eternamente en el más allá sin Dios. Dicen que los malos serán destruidos, simplemente. Y para salirse con la suya han falsificado uno de los más sublimes versículos de la Biblia, Juan 3:16.

Dice este texto que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

En la traducción de los Testigos se lee: “Porque, tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que ejerce fe en él no sea destruido, sino que tenga vida eterna”. En lugar de perderse el alma, los Testigos la destruyen, corrigiendo la doctrina del propio Maestro.

4.– La inmortalidad

Los Testigos creen que la muerte es tan sólo un sueño, sin prolongación de vida en la eternidad.

Dicen que no hay paraíso ni inmortalidad después del sepulcro. Sin embargo, Cristo dijo a uno de los dos ladrones que fueron crucificados con Él: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

En la mente de los Testigos no cabe esto, que tras la muerte, instantáneamente, venga el paraíso para quienes mueren reconciliados con Dios. Para quitar fuerza y argumento a las palabras de Jesús intercalan dos puntitos en la promesa de Cristo y la dejan en condicional. Así es cómo han traducido la frase: “Verdaderamente te digo hoy: Estarás conmigo en el paraíso”.

Luego lo explican diciendo que la promesa fue presenté, pero la recompensa sería futura, cuando llegue esa Tierra de leyendas que ellos esperan. El ladrón, en la teología de los Testigos,

si se me permite hablar así, será uno de los 144.000 que vivirán en el cielo con Cristo. A menos que de aquí a entonces vuelvan a parchear la Biblia para hacerla decir otra cosa.

Con esta grotesca versión de la Biblia los traductores han caído fulminantemente dentro de la condenación que Apocalipsis 22:19 lanza contra todo el que se atreva a quitar, añadir o falsificar el texto de la Escritura. Pero, a lo que parece, esto no quita el sueño a los señores de Brooklyn.

INFERIORIDAD DE LA BIBLIA

Los líderes de los Testigos de Jehová consideran la Biblia inferior a los escritos que produce la Sociedad.

Ellos creen que la Biblia es Palabra de Dios; la estudian y la conocen, como demostró conocerla el Diablo cuando tentó a Cristo con la misma Palabra (Mateo 4:1-11).

En uno de los libros publicados en español salido de las prensas de Brooklyn, *Equipado para toda buena obra*, se dice: “Jehová sigue produciendo para su pueblo pactado pruebas corroborativas de que la Biblia es Su Palabra auténtica de verdad, y no la palabra del hombre”. Y después de este reconocimiento aconseja a los Testigos la lectura de la Biblia: “Con el propósito de estar mejor equipados para buenas obras en el servicio de Jehová, sus testigos hacen bien en familiarizarse con la evidencia de la autenticidad de las Sagradas Escrituras, porque lo capacitará para establecer firmemente la fe de otros” (pág. 16).

A pesar de estos consejos, en el culto de los Testigos la Biblia tiene un lugar secundario, inferior a las lecciones que envían preparadas desde Brooklyn. Ya lo vimos en el capítulo cinco de la primera parte de este libro. Para ellos, los escritos que producen, extraños a la Escritura, confusos, contradictorios, enmarañados, tienen más importancia que el texto inspirado.

El fundador del movimiento, Russell, en un artículo publicado en su revista *Atalaya*, el 15 de septiembre de 1910, dijo: “Los seis tomos de *Estudios de las Escrituras* constituyen prácticamente la Biblia misma... No puede verse el plan divino estudiando la Biblia por sí sola. Encontramos que si alguien pone a un lado los *Estudios* aun después de familiarizarse con ellos... y se dirige a la Biblia sola, dentro de dos años vuelve a las tinieblas. Al contrario, si lee los *Estudios de las Escrituras* con sus citas y no ha leído ni una página de la Biblia, como tal, estará en la luz al término de dos años”.

Un destacado Testigo de Jehová me dijo que todos los que escribían contra sus doctrinas solían citar este pasaje, copiándose unos a otros. Es muy posible. Pero esto nada dice. Esas palabras fueron pronunciadas por el líder máximo de los Testigos. Y ahí están, como un insulto al Libro de Dios, única autoridad en materia religiosa, única guía infalible, única voz autorizada que nos habla en nombre de Dios.

¿A tal extremo de ceguera llegan los Testigos de Jehová? ¿Y cómo hay cristianos que se dejan engañar por sus doctrinas? Ese pasaje de Russell tocante a la Biblia, ¿es falso o verdadero?

▶ 36 ◀

La revista donde fue publicado existe aún, de modo que su autenticidad puede comprobarse en cualquier momento. Y, analizando el pasaje, ¿qué dice?

Primero. Que los seis tomos de sus escritos no son un comentario sobre la Biblia, sino la Biblia misma. ¡Casi nada! No han leído, por lo visto, que el Jehová de quien dicen testificar prohíbe quitar o añadir al Libro divino. (véase Deuteronomio 4:2; 12:32).

Segundo. Que estudiando la Biblia por sí sola no se puede comprender el plan de Dios. Es decir, se pretende que la revelación no es suficiente para entender la mente de Dios, cuando Cristo dijo todo lo contrario (Lucas 16:29-31).

Tercero. Que la Biblia, sin los famosos comentarios de Russell, envuelve al hombre en tinieblas, cuando repetidamente se dice en la misma Biblia que su contenido es claridad, sol, brillo, luz (véase Salmo 119:130, entre otros muchos pasajes).

Cuarto. Que sin leer la Biblia, solamente con los comentarios del líder de los Testigos, la gente puede encontrar la luz. Cristo responde a esta absurda pretensión diciendo que la ignorancia de la Biblia es fuente de error (Mateo 22:29. Véase también Hechos 13:27).

El hombre es tan contradictorio que se empeña en permanecer ciego ante la luz. Aunque todo está clarísimo, el Testigo seguirá sin ver ni admitir estos errores de bulto y el ingenuo que se deja convencer por su doctrina se resistirá a admitir que ser Testigo de Jehová significa darle cuatro patadas a la Biblia y alterar completamente su doctrina, su religión y su principal propósito en las relaciones entre Dios y el hombre.

LA BIBLIA Y EL ESPÍRITU SANTO

Lo hemos dicho en el capítulo anterior, pero hay que volverlo a repetir. Al negar la divinidad del Espíritu Santo, los Testigos jamás encontrarán el camino de la adoración verdadera.

El extravío de los Testigos de Jehová no tiene una raíz distinta a la de otros grupos religiosos. Prescinden del Espíritu Santo en la interpretación de la Biblia, sustituyen la ayuda divina por la inteligencia humana y como consecuencia viene ese laberinto de contradicciones bíblicas en el que se ven envueltos.

En el caso de los Testigos es natural la confusión. No creen en el Espíritu Santo como parte integrante de la Divinidad, dicen que el Espíritu no es Dios, y aquí incurren en el fallo principal. Porque el Espíritu Santo es, precisamente, el agente divino que nos guía a la recta interpretación de la Biblia, Dios el Padre la inspiró, Dios el Hijo la cumplió, Dios el Espíritu Santo es el encargado de hacémosla comprender. Si prescindimos del Espíritu Santo, nos quedamos a oscuras, nos metemos sin guía en un Himalaya espiritual donde nos perdemos sin remedio.

Los Testigos no ven el absurdo. Se me ocurre compararlos a esos espectadores que entran al teatro con la función empezada. La linterna del acomodador es todo cuanto disponen para encontrar sin dificultades sus asientos. Si prescinden de la luz amiga, van dando tropezones contra butacas y personas y jamás consiguen llegar a sus destinos. Les falta la asistencia prevista.

¡Carecen de luz!

Así les ocurre con la Biblia a los Testigos.

El Espíritu Santo es la luz enviada por Dios para guiarnos por las páginas del Libro. Lo dijo el mismo Cristo: “Cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, él os guiará a toda verdad” (Juan

16:13). ¿A qué verdad? La pregunta que hizo Pilato no tenía nada de anormal. Antes y después de él el hombre ha buscado una definición de la verdad religiosa. Antes de Pilato era natural; después de Pilato resulta lógico, porque Jesús mismo dijo: “Yo soy la verdad” (Juan 14:16) y, luego, dirigiéndose al Padre, “tu Palabra es verdad” (Juan 17:17).

Piense el lector conmigo: Cristo es la verdad; esta verdad se revela en la Palabra, que también lo es; la misión del Espíritu Santo es guiarnos a encontrar la verdad en la Palabra; ahora bien, si prescindimos de este guía, si no creemos en el Espíritu Santo, ¿cómo podremos encontrar la verdad?

Aquí está, aquí, el corazón del problema. Los Testigos de Jehová siempre vivirán en el error porque prescinden del único instrumento que puede conducirles a la verdad. Abandonan la luz y caminan hacia su destino dando tropezones.

Más citas. El apóstol Pedro, hablando de la profecía bíblica, dice que “no fue en los tiempos pasados traída por voluntad humana, sino los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2ª Pedro 1:21).

Otra vez el mismo problema. La Biblia fue escrita porque el Padre Dios, a través del Dios Espíritu, inspiró a hombres para que la escribieran. Sin Espíritu Santo no hay Biblia ni hay forma

▶ 37 ◀

de interpretarla correctamente. Yo le doy a un Testigo un tesoro encerrado en una fuerte caja de hierro y, con la caja, la llave para abrirla. Pero si prescinde de la llave, nunca tendrá el tesoro. Podrá destruir la caja con dinamita, pero entonces lo estropeará todo. La comparación no es difícil: el Espíritu Santo es la llave que abre las Escrituras; si prescindo de esta llave, las Escrituras permanecerán cerradas.

Y dos citas más, ahora de Pablo. Las dos dicen lo mismo, que los misterios de la Biblia podemos penetrarlos únicamente si el Espíritu Santo nos asiste. Esto dice una cita: “Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1ª Corintios 2:10). Y esto dice la otra: “El cual misterio en los otros siglos no se dio a conocer a los hijos de los hombres como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu” (Efesios 3:5).

No hay que romperse la cabeza para comprender por qué los Testigos de Jehová viven en el error y por qué nunca, si permanecen en la doctrina que profesan, conocerán la verdad de Dios. Esta verdad se encuentra en la Biblia y se nos revela por medio y a través del Espíritu Santo. Como ellos no creen en el Espíritu, por sus propios medios humanos podrán escribir grandes libros acerca de la Biblia, pero la misma Biblia será siempre un libro cerrado para ellos.



Capítulo II *La cristología de los Testigos de Jehová*

Nada hay tan confuso entre las doctrinas de los Testigos de Jehová como su cristología. Es una mezcla de herejía primitiva y liberalismo enciclopedista; parece como si hubieran ido espigando en todas las fuentes condenables hasta formar un cuerpo de ideas negativas sobre la persona de Jesús. Con los arrianistas del siglo IV dicen que Jesús fue un Ser creado, y con los racionalistas del siglo XVIII agregan que Cristo fue un hombre perfecto; parece que copian las palabras de Mahoma cuando sostiene que es un Espíritu de Dios y se ponen de acuerdo con la escuela judía que ve en Jesús a un profeta más, como los muchos del Antiguo Testamento.

Si Cristo no es Dios, no nos interesa. Como simple hombre no le queremos porque los hombres buenos han abundado en todas las épocas y seguirán abundando. Si le amamos, si confiamos en Él, si le tenemos por nuestro Salvador, es porque sólo Él tiene palabras de vida eterna.

A continuación analizamos las opiniones de los Testigos acerca de Cristo y aconsejamos al lector que se arme de paciencia para leer tantas barbaridades.

UN DIOS, PERO NO DIOS

Para los Testigos, Cristo “era un dios, pero no el Todopoderoso Dios”. (*Sea Dios veraz*, pág. 23.) Dicen que el Padre es un Dios superior, y el Hijo inferior. Rutherford, en su libro *El arpa de Dios* (pág. 99), dice: “Algunos han creído sinceramente que Jesús era el mismo Dios. Tal conclusión no se corrobora con las Escrituras.”

Imaginamos al lector cristiano protestando y diciendo: “Claro que se corrobora con las Escrituras, ahí está, entre otros pasajes, el de Juan 1:1”. Sí, pero los dirigentes de los Testigos

▶ 38 ◀

preveían que este y otros pasajes de la Biblia correctamente traducida contradirían su doctrina con respecto a Jesucristo. Por eso, como explicamos en el capítulo anterior, en la traducción convencional que ellos han hecho de la Biblia, han cambiado totalmente el sentido de este versículo. Así traducen: “En el principio la Palabra era y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era un Dios.”

De esta forma tienen el problema resuelto. Para ellos, Cristo es un Dios, pero no Dios. La confusión doctrinal en el Cristianismo de hoy llega hasta el extremo de que, cuando a una denominación no le conviene lo que dice la Biblia, hace una nueva traducción de acuerdo a sus gustos y un problema menos. La traducción castellana hecha por los Testigos, realizada del inglés, no directamente de los originales, es el mayor disparate que puede concebirse. Además de los errores doctrinales, la gramática castellana sale muy mal parada. Esto, dicho ya, conviene repetirlo.

Los Testigos parecen no darse cuenta de la contradicción entre la teoría y la práctica. Dicen que Cristo es un Dios, pero no el Dios Padre. Y sin embargo ellos le rinden culto. ¿Cómo pueden adorar a dos dioses?

La Biblia condena claramente el politeísmo (véase Éxodo 20:3, 20:11; Deuteronomio 4:39, 5:7, 6:4, 10:7, 11:17; Mateo 4:10; 1ª Timoteo 2:5, etc.). Y Pablo dice rotundamente: “Para nosotros sólo hay un Dios” (1ª Corintios 8:6).

Que Cristo es Dios, y no “un Dios”, lo aclararemos con las Escrituras, en el curso de éste y de los siguientes capítulos. Aquí sólo queremos, como anticipo de los pasajes que prueban la divinidad de Cristo, citar el versículo del apóstol Juan cuando dice de Jesús: “El Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna” (1ª Juan 5:20).

NO SE CONSIDERÓ DIOS

Añaden los Testigos que Cristo no se consideró Dios antes de su encarnación. Dicen: “Antes de venir a la tierra, este Hijo unigénito de Dios no pensó que era coigual con Jehová Dios; no se consideró a sí mismo como igual en poder y gloria” (*Sea Dios veraz*, pág. 33).

Resultaría interesante conocer cómo saben los Testigos acerca de lo que Cristo pensaba antes de venir a la tierra. Nosotros leemos que estando en la tierra dijo: “Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:5). ¿Qué

gloria era ésta? No era, como quieren los Testigos, la gloria de un Dios, sino la gloria de Dios. Así lo dice el apóstol Pablo: “Dios... resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2ª Corintios 4:6).

FUE UN SER CREADO

Continúan los Testigos diciendo que Cristo fue un Ser creado por Dios. “Está clasificado entre las criaturas de Dios, siendo el primero entre ellas. Él no es el autor de la creación de Dios” (*Sea Dios veraz*, págs. 31, 32). “Jesús, el Cristo, una persona creada, es el segundo personaje más grande del Universo. Él fue formado hace milenios sin cuento como la primera y única creación directa por su Padre, Jehová” (*Asegúrense de todas las cosas*, pág. 212).

Aquí nos viene bien el argumento que se desprende de los versículos citados en el párrafo anterior. Si Cristo estaba con Dios antes que el mundo fuese es que era Dios mismo. Los Testigos dirán: “Antes que el mundo fuese sí, porque Él fue creado antes que el mundo; pero no desde que Dios era”. A lo que preguntamos: ¿Cómo se explica, entonces, que la gloria de Cristo fuera la misma gloria de Dios? Porque, no se trata de una primera y otra segunda gloria, sino de una única y misma gloria para los dos Seres que, en unión de un tercero, el Espíritu Santo, existían desde la eternidad.

Que el Cristo que vino al mundo no fue un Ser creado por Dios, sino el mismo Dios, se desprende ya del nombre que el ángel le dio antes de su encarnación: “Hablando con José le dijo: Llamarás su nombre Enmanuel, que traducido es Dios con nosotros” (Mateo 1:23). Esto cumplía la profecía de Isaías 7:14. No un Dios con nosotros, ni con nosotros un Ser creado inferior a Dios, sino Dios mismo con nosotros, Dios que bajaba a hablarnos, a acariciar nuestras almas dolidas, a vendar nuestros corazones sangrantes, a curar nuestros cuerpos enfermos. Como lo dice Pablo: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2ª Corintios 5:19).

Y eso de que Cristo no es el autor de la creación, ¿no han leído los Testigos versículos como Isaías 40:28; Salmo 102:24-27; Juan 1:1-3; Hebreos 1:8-10 y éste de Colosenses 1:16, donde Pablo dice que “por Él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por Él y para Él”?

PODEROSO, PERO NO TODOPODEROSO

Para los Testigos, Cristo “era un poderoso”, aun cuando no Todopoderoso como Jehová Dios (*Sea Dios veraz*, pág. 31). Y en la página 38 de este mismo libro agregan que el poder de Cristo estaba supeditado al de Dios Padre: “Jehová lo levantó de los muertos como un poderoso e inmortal Hijo espiritual, con todo el poder en el cielo y en la tierra bajo el Dios altísimo”. Esta última declaración contradice la anterior, pues si Cristo tiene “todo poder en el cielo y en la tierra”, es que es Todopoderoso y no simplemente poderoso.

Cristo mismo habló de esta Omnipotencia divina que habitaba en Él, cuando dijo a los apóstoles: “Toda potestad (poder) me es dado en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). También Pablo se refiere a este poder en Filipenses 3:21 y Juan lo pone más claro aún en el Apocalipsis. Si los Testigos sostienen que Cristo no es Todopoderoso, a ver cómo explican estos versículos: Yo soy el Alpha y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es, y que era y que ha de venir, el *Todopoderoso*” (Apocalipsis 1:8). En otro capítulo de este mismo libro, donde se habla de las bodas del Cordero, con lo cual no hay duda alguna de que el pasaje se refiere a Cristo, igual que en el versículo anterior, leemos: “Oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” (Apocalipsis 19:6).

HIJO ESPIRITUAL

Los Testigos parecen sentir placer en complicar las cosas más sencillas. A Jesús le dan una naturaleza en el cielo y otra en la tierra. Leamos lo que dice de estas dos naturalezas el señor Russell, fundador del movimiento: “Cuando Jesús estuvo en la carne fue un Ser humano perfecto; antes había sido un ser espiritual perfecto; y desde su resurrección es ser espiritual de la orden más elevada o divina..., experimentó por dos veces cambio de naturaleza, primera de lo espiritual a lo humano; después de lo humano a la más alta de las naturalezas, la divina; y tanto en un caso como en el otro dejó una naturaleza para tomar la otra” (*Estudios de las Escrituras*, tomo I, págs. 185, 186).

No vamos a discutir la naturaleza divina de Cristo en su morada eterna, porque eso es lo que estamos haciendo en todo este estudio. Demostrar que Cristo era Dios desde la eternidad de los tiempos. Era, como dice el apóstol Juan, “con Dios y era Dios” (Juan 1:1). Nos interesa

más lo otro. La afirmación de Russell de que al encarnarse se despojó de su naturaleza celestial y, para nosotros, divina, para vivir exclusivamente con una naturaleza humana hasta el día de su resurrección. Este argumento no es nuevo. En los primeros siglos de nuestra Era, ya fue muy discutido por los ebionitas, los arrianos, los nestorianos y otros. Para mostrar la equivocación de los Testigos, queremos citar de nuevo la declaración del profeta: el niño que nacería en el pesebre era Enmanuel, Dios, Dios con nosotros. Dios haciéndose hombre y bajando a la tierra. Esto está más claro en Filipenses 2:5-11, que es un pasaje fundamental al hablar de la doble naturaleza de Cristo en la tierra. Pablo dice aquí que Cristo existía “en forma de Dios”. He aquí cómo explicaron los reformadores esta expresión: “La forma de Dios significa aquí la majestad; del mismo modo que nosotros reconocemos su nombre por la forma de su aspecto, o, para emplear otra figura, del mismo modo que la forma de rey sería el aparato y el esplendor que le rodea, el cetro, la diadema, el manto real, del mismo modo la gloria con que Dios resplandece es Su figura, su forma” (Calvino). “Cuando Dios se manifiesta por sus gracias tiene solamente la forma y la esencia; no puede manifestarse como Dios y no serlo” (Lutero).

De esta “forma de Dios”, de esta realidad de la esencia divina, Cristo “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”. El despojarse fue un acto voluntario. Se despojó a “sí mismo”. Se autolimitó para mejor cumplir su misión y llegó a ser “semejante a los hombres”. Semejante no quiere decir igual en todo a los hombres. Se identificó con la naturaleza humana, pero sin perder la divina. Porque si en los Evangelios le vemos actuando como hombre, también le vemos obrando como Dios. Y Pablo lo pone de forma que no cabe refutación posible cuando escribe que “en Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Colosenses 2:9). Es decir, que en su cuerpo de hombre se encerraba la vida de Dios.

Cristo mismo era consciente de su doble naturaleza divina y humana, y de la relación eterna que le unía al Padre durante su permanencia en la tierra. Por eso Él pudo decir: “No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo” (Juan 17:14). Y otra vez, todavía con más claridad: “Todas las cosas me son entregadas de mi Padre; y nadie conoció al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoció sino el Hijo y a aquel a quien el Hijo lo quiere revelar” (Mateo 11:27).

HOMBRE PERFECTO

Para tratar de salvar las grandes dificultades que surgen de la aceptación de una sola naturaleza –la humana– en Jesucristo, los Testigos dicen que fue un “hombre perfecto en la tierra”,

▶ 40 ◀

que “la justicia divina no permitía que fuera más que un hombre perfecto” y que como tal se ofreció como sacrificio humano para toda la humanidad” (*Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*, págs. 219, 220 y 232). ¡Cuánta confusión inútil! ¡Y qué cadena de errores y de contradicciones!

Si Cristo es un hombre, es un hombre, con todas las limitaciones y bajezas humanas. No hay hombres perfectos, porque el hombre es ser humano y la humanidad es siempre imperfecta. Eso quería Renan, ensalzarlo en cuanto hombre hasta lo ideal, hasta lo sublime, llamarle incluso superhombre, con tal de negarle la divinidad, para luego terminar su *Vida de Jesús* diciendo que entre Él y Dios no se distinguiría jamás.

La Biblia dice que “no hay hombre que no peque” (1º Reyes 8:46). “No hay justo ni aún uno... por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios...” (Romanos 3:10, 23). Si Cristo fue un hombre tuvo que estar sujeto al pecado, por mucha perfección que se le quiera echar encima. Y la Epístola a los Hebreos entera tiende a enseñarnos que el hombre no puede ofrecerse en sacrificio por otro hombre, que el Pontífice Salvador “nos convenía santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos” (Hebreos 7:26). Estas virtudes y cualidades no pueden darse en hombre alguno ni aunque lo busquemos con linterna por las calles del mundo, como dicen que hacía Diógenes en Atenas.

Además, el autor de la Epístola a los Hebreos nos dice en otro lugar que Jesús fue “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). No hay hombre alguno, por muy perfecto que sea, que pueda resistir la tentación. Ahí están, como ejemplos, esos elevados caracteres morales del Antiguo Testamento y cayendo en ocasiones como otros hombres de su misma condición. Y ahí tenemos a Pablo, con toda su fortaleza espiritual y su buen deseo de agradar a Dios diciendo: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien;

porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo... porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:18, 25). Sólo un Dios puede resistir el pecado. Y Cristo lo hizo porque era Dios, sin dejar por ello de ser hombre. Razón llevaban los fariseos, cuando, extrañados de que Jesús perdonara los pecados al paralítico, exclamaron: “¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” (Lucas 5:21).

NO MURIÓ POR TODOS

Los Testigos rayan casi en la blasfemia al afirmar que Cristo no murió por todos los seres humanos, sino solamente por Adán. Dicen que puesto que Adán fue quien sumió en pecado a toda la raza, Cristo, al morir por Adán, que fue quien cometió la culpa, dio al género humano una oportunidad de salvación. He aquí cómo se expresa el mismo Russell: “Una vida perdida podía redimir a otra perdida, pero no más. El hombre perfecto, “el hombre Cristo Jesús”, que redimió al caído Adán, no podía haber dado un rescate por todos” (*Estudios de las Escrituras*, tomo 1, pág. 135). También puede verse *Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta* (págs. 232, 233).

Esto es demasiada ignorancia, o mucha fe. Porque desde el primer versículo del Génesis al último del Apocalipsis la Biblia no hace otra cosa que mostrarnos a Cristo como el Mesías que había de morir por toda la raza humana. Ahí está el capítulo 51 de Isaías, como un botón de muestra, principalmente los versículos 5 y 6: “Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros.” Y entre los centenares de versículos del Nuevo Testamento, que podríamos citar para demostrar que Jesús murió por todo el género humano y no solamente por Adán, aquí está éste del Apóstol Juan: “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1ª Juan 2:2).

NO FUE INMORTAL

Para los Testigos de Jehová no tiene importancia alguna, por lo visto, el que la naturaleza entera se estremeciera a la muerte de Cristo, el que se abrieran las tumbas y los muertos resucitaran, el que se produjeran hechos normalmente inexplicables como la rotura del velo que en el templo judío separaba el llamado lugar santo del santísimo y el que hasta los mismos que le crucificaron reconocieran su crimen y admitieran su divinidad.

La Historia del mundo, que una editorial española tiene recopilada en más de 90 tomos, no registra hecho semejante. Y hombres célebres, hombres buenos, hombres mártires, han muerto a millares desde que la Humanidad existe sobre la tierra. Si en la muerte de Cristo ocurrieron los sucesos mencionados fue porque el que moría no era un hombre, sino la naturaleza

▶ 41 ◀

humana del Dios eternamente existente, del Dios que como tal nunca nació y jamás ha muerto ni podrá morir.

Con todo, los Testigos no admiten esta verdad. No admiten ninguna verdad que pueda convencerles de la divinidad de Cristo. ¡Pobres seres! ¿Estarán enfermos de cristomanía? ¿A qué tanto cerrar los ojos a realidades suficientemente demostradas? ¿Por qué tanto esfuerzo por negar que Cristo es Dios? Si de este mundo de dolor quitamos a Cristo, ¿qué nos queda?

Los Testigos dicen que Cristo no es ni siquiera inmortal. Que no murió como Dios. Leamos una vez más sus declaraciones y purifiquemos nuestro espíritu después de haberlo hecho. Dicen: “Las Escrituras declaran, en 1ª Timoteo 1:17, que Dios es el Rey de los siglos, inmortal. Por esto, si Jesús era el Dios inmortal, no podría haber muerto”, (*Sea Dios Veraz*, página 108), y luego una afirmación capciosa: “Si Jesús era Dios, entonces, cuando Él murió, murió Dios”.

No, de ninguna de las maneras. Cuando Jesús murió, no murió Dios. Aun cuando hubiera sido así, el mundo no habría quedado sin Dios, como dicen los Testigos, porque en tal caso hubiera muerto una de las tres personas de la Trinidad divina. Pero Dios no murió en Jesús. Dios no puede morir a manos del hombre. Lo que murió en la cruz fue la naturaleza humana

de Cristo. La vida del Ser cuya muerte estaba profetizada desde el Génesis y era necesaria para la salvación de todo el género humano.

El error de los Testigos radica en negar la Trinidad y en rechazar la doble naturaleza de Cristo durante su permanencia en la tierra. Al hacer esto se ven arrinconados en su propia confusión y la única salida que encuentran está ahí, en decir que Cristo no podía morir como Dios porque entonces el mundo se habría quedado sin Dios.

Pablo dice, en 1ª Timoteo 3:16, que: “Dios fue manifestado en carne”. Dice también que fue “justificado en el espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en gloria”, lo cual es sumamente importante; pero nos interesa ahora eso de que “Dios

fue manifestado en carne”. Porque Juan viene a decir lo mismo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios.” Y a continuación, lo que fortalece de verdad nuestra fe y aclara nuestra inteligencia: “Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:1, 14).

Cuando dice Pablo que “Dios fue manifestado en carne”, ¿dice por ventura que dejó por ello de ser Dios? No. Cuando afirma Juan que “el Verbo fue hecho carne”, ¿dice que dejó de ser Verbo? Tampoco. ¿Que se clavó en la cruz? Que lo entiendan bien los Testigos. Que lo oiga el mundo. En la cruz miró la carne del Verbo, pero no el Verbo. La carne de que se había Dios

revestido temporalmente, pero no Dios. ¿O no lo dice así la misma Escritura? Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu, en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados” (1ª Pedro 3:18-20).

Es imposible exigir más precisión. Cuando la carne de Cristo dejó de existir, su naturaleza espiritual divina seguía viva, trabajando, predicando a los espíritus encarcelados, como explica el apóstol. Lo cual demuestra más claramente que si el Cristo hombre estaba muerto, el Cristo Dios seguía vivo, porque en contra de lo que creen los Testigos, Cristo es el “Dios inmortal” de 1ª Timoteo 1:17. El mismo Cristo se lo dice a Juan: “Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:18).

Hasta un racionalista libertino, poco amigo de la divinidad de Cristo, Juan Jacobo Rousseau, se vio forzado por las evidencias a decir: “Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios”. Sólo un Dios hombre podía vencer a la muerte como la venció Cristo. Sólo Cristo como Dios y como hombre pudo encararse con la muerte y decirle: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1ª Corintios 15:55). Sólo de Cristo, en virtud de su doble naturaleza, pudo el profeta vaticinar: “Oh muerte, yo seré tu muerte y seré tu destrucción, oh sepulcro” (Oseas 13:14).

Capítulo III *Jehová y Cristo*

Tras el análisis realizado en el capítulo anterior sobre la posición cristológica de los Testigos, queremos seguir considerando las principales objeciones que oponen a la divinidad de Cristo, estudiando los pasajes bíblicos en los que apoyan sus teorías. Luego seguiremos con otras consideraciones de signo más positivo que hablan a favor de la filiación divina de Jesús de Nazaret.

OBJECIONES A LA DIVINIDAD

1.– La subida al Padre

“Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

Si Cristo llama al Padre “mi Dios”, dicen los Testigos, prueba que Él mismo no lo es.

Es un argumento tomado muy a la ligera. Cristo dice aquí mi Dios como nosotros decimos “mi alma”, “mi espíritu”, “mi cuerpo”, etc. ¿Es que mi alma y yo somos cosas distintas, o mi espíritu y yo, o yo y mi cuerpo? ¿No formamos una sola y misma naturaleza?

Véase, además, cómo Cristo hace diferencia entre su propia relación con el Padre y la relación de sus discípulos. Él no dijo “nuestro Padre y nuestro Dios”, sino “mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios”, porque la relación de Cristo con el Padre es única, exclusiva. Su naturaleza humana era compartida por los apóstoles, pero no su naturaleza divina.

2.– La superioridad del Padre

“El Padre, mayor es que yo” (Juan 14:28).

Los arrianos del siglo IV agitaron este texto con tanta fuerza como lo hacen ahora los Testigos de Jehová para decir que Cristo es un Dios menor al Padre.

Basilio dice que para entender las palabras de Cristo es preciso tener en cuenta que hablaba como hombre, y en este sentido no solamente era menor al Padre, sino también a los ángeles e incluso a los hombres, pues Pablo dice que se anonadó completamente (Filipenses 2:6-8). Llegó a ser, como dice en profecía el Salmo 22:6, “Gusano y no hombre; oprobio de los hombres y desecho del pueblo”. Cristo, dice San Agustín, no hablaba de ir al Padre como Dios, porque como Dios está en todas partes, sino como hombre que terminaba la misión que le había sido encomendada. Por otro lado, el solo hecho de que Cristo se atreva a establecer comparación entre el Padre y Él ya es una prueba de su divinidad, pues tal comparación sería blasfemia en un hombre que tan solo fuese hombre.

Whesseil dice, con mucha lógica, que el Padre es mayor que el Hijo como la Mente es mayor que la Voluntad, que para que la Voluntad ejecute, la Mente ha de planear; pero ambas, Mente y Voluntad, forman parte de la misma naturaleza.

3.– La bondad de Dios

“Ninguno es bueno, sino uno, es a saber, Dios” (Mateo 19:17).

Para los Testigos, al decir Cristo que sólo Dios es bueno, estaba demostrando que Él no era Dios. Pero si todavía sabemos leer y entender, el texto no dice eso. Tampoco dice Cristo que Dios sea bueno y Él malo. Lo que hace al hombre malo es el pecado, y Cristo dijo en una ocasión que Él no tenía pecado (Juan 8:46), luego se puso al mismo nivel de bondad que Dios.

Los escritores de los primeros siglos dan una explicación a este texto que nos parece muy lógica. El joven tenía una buena opinión de Cristo, pero no le conocía como Dios. Le llamó simplemente “Maestro bueno”. Con su respuesta, Cristo quiso que el joven, en tan buena disposición para creer, llegara más lejos. De ahí que el Señor situara la conversación en el plano de la divinidad, para que el joven viera en Él no solamente al “Maestro bueno”, sino también al “Dios bueno”. **4.– La voz del Padre**

“Y he aquí una voz de la nube, que dijo: Este es mi Hijo amado, en el cual tomo contentamiento: a él oíd” (Mateo 17:5).

Si Cristo era Dios y se encontraba en ese momento en la tierra, preguntan los Testigos, ¿de quién era la voz que hablaba desde los cielos? ¿Era la propia voz de Cristo?

No, respondemos. Era la voz del Padre. Discutiremos esto más ampliamente al tratar sobre la Trinidad. Los tres, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son uno en cuanto a sustancia. Como lo explica Gregorio de Nacianceno “están divididos sin división y están unidos en la división”. La divinidad es única en los tres, pero cada uno con personalidad propia. De modo que cuando el Padre hablaba, como en este caso, no era el Hijo, sino el propio Padre. Igual ocurrió en otras dos ocasiones durante la vida terrena de Jesús (Mateo 3:17; Juan 12:28).

5.– Los cielos abiertos

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos” (Mateo 3:16).

Preguntan los Testigos: ¿No estaban los cielos abiertos a Jesús, si es que Él era Dios, durante los treinta años anteriores a su estancia terrenal? ¿Por qué dice aquí que “los cielos le fueron abiertos”?

Es natural que los cielos estuvieran siempre abiertos para Jesús, porque de los cielos vino (Juan 16:28). Serían demasiado ingenuos los Testigos si creyeran que en este acto del Bautismo del Señor los cielos se abrieron materialmente, literalmente, partiéndose en mitades o dejando una abertura por donde penetrar. Es una manera que tiene el escritor de darnos a conocer la visión, la revelación, la teofanía que tuvo Jesús, como más tarde en el Monte de la Transfiguración (Mateo 17:1-13), como la tuvo Esteban (Hechos 7:56) y Pablo (Hechos 9:1-9). En otro lugar de la Biblia se habla de cerrarse los cielos (Deuteronomio 11:7), cuando en realidad no pudieron cerrarse por no estar abiertos. Para Cristo los cielos permanecieron siempre abiertos, porque su lugar estuvo continuamente “a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Hebreos 8:1).

6.– Tres objeciones más

Hay otras tres objeciones que, por su semejanza, queremos recoger en un solo apartado. De hecho, estas objeciones serán contestadas al tratar sobre la Trinidad, pero queremos repasarlas aquí. Primera: Cuando Jesús oraba, ¿a quién oraba, si Él mismo era Dios? Segunda: Si

▶ 44 ◀

Cristo era Dios, al morir murió Dios. Tercera: Si Jesús era Dios, ¿cómo podía estar en la tierra y en el cielo a la vez? Al bajar a la tierra, el cielo se quedaría sin Dios.

Como el lector puede advertir, las objeciones son en extremo superficiales y es dudoso que engendren dificultades, que planteen problemas teológicos. Cuando Cristo oraba lo hacía al Padre. En los momentos de oración dejaba que su naturaleza humana se manifestara tal cual era. Fue esta naturaleza la que murió. Dejó de existir la humanidad de Jesús, no su divinidad. Y al bajar a la tierra no quedó el cielo sin Dios, porque Él era Dios de todo y en todos. Estando en el cielo vivía los problemas de la tierra; viviendo en la tierra seguía presente en el cielo. “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

JEHOVÁ Y CRISTO

El simple nombre de Testigos de Jehová indica que estas personas viven fuera de su tiempo. El profeta del Antiguo Testamento que vivía bajo la ley de Moisés estaba llamado a ser un testigo de Jehová; pero al hombre del Nuevo Testamento que ha pasado de la esclavitud de la Ley a la gracia salvadora de Cristo, se le pide que sea un testigo del Maestro, según la orden dada a los discípulos después de su resurrección: “Me seréis testigos” (Hechos 1:8).

Para los llamados Testigos de Jehová, el Jehová del Antiguo Testamento y el Cristo del Nuevo son dos seres distintos. En *Sea Dios veraz* (pág. 39) dicen: “Ahora Jesús es hecho la Cabeza bajo Jehová de la organización capital de Dios, organización que está sobre todo el universo”. Y en *El Reino se ha acercado* (pág. 45) agregan: “El nombre Jesús fue dado por Dios.

No significa Salvador, como generalmente se ha creído. Jesús es la forma griega para el nombre hebreo Josuá, o la forma completa del nombre Jehosué. Por consiguiente, Jesús significa Jehová el Salvador, de modo que el nombre de este Hijo de Dios fue en sí mismo un testigo de Jehová Dios”.

Esto, la verdad, no hay quien lo entienda. Dicen que Jesús no significa Salvador y agregan inmediatamente que sí, que es Cristo Jehová el Salvador. Luego vuelven a decir que no, que es la cabeza “bajo Jehová” de la organización a la que ellos pertenecen. Cuando se pretende enredar lo simple se llega al ridículo, al absurdo. Antiguo y Nuevo Testamento se ponen de acuerdo para decir que entre Jehová y Cristo no hay diferencia de esencia ni de persona, antes al contrario, una total unidad divina, una sola naturaleza celestial. Veámoslo.

1.– Se le llama Jehová

El Jehová de Isaías 40:3 es el mismo que el Cristo de Mateo 3:3. En la profecía de Isaías leemos: “Voz que clama en el desierto; barred camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios”. Y Juan el Bautista, aplicando esta profecía a Cristo, dice a la gente que le escuchaba en el desierto de Judea: “Éste es aquél del cual fue dicho por el profeta que dijo: Voz de uno que clama en el desierto; aparejad el camino del Señor, enderezad sus veredas.”

2.– Jehová de gloria

En el Salmo 24:7-8 se describe a Dios como “Rey de gloria... Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla”. Para el apóstol Pablo, este Jehová es el mismo Señor Jesús. Hablando de la sabiduría oculta en Dios, dice que “ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de gloria” (1ª de Corintios 2:8).

3.– Jehová, justicia nuestra

En la profecía mesiánica de Jeremías 23:5-7, al Cristo se le llama Jehová, justicia nuestra. Pablo recoge esta cita y la aplica a Jesús, de quien dice que “nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación...” (1ª Corintios 1:30).

4.– Jehová, el poderoso

Leemos en Isaías 44:6: “Así dice Jehová, Rey de Israel y Su Redentor, Jehová de los Ejércitos: Yo el primero y yo el postrero, y fuera de mí no hay Dios”. El Cristo resucitado reclama idénticos atributos en Apocalipsis 1:8: “Yo soy el Alpha y la Omega, principio y fin, dice el Señor, que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”. Compárese también Isaías 48:12 con Apocalipsis 22:13.

5.– Jehová, el pastor

Otra profecía mesiánica, la de Zacarías 13:7, habla de Cristo como compañero igual a Dios. Dice el profeta: “Levántate, ¡oh espada!, sobre el pastor y sobre el hombre compañero

mío, dice Jehová de los Ejércitos. Hiere al pastor, y se derramarán las ovejas” Jesús se atribuyó el cumplimiento de esta profecía cuando dijo a los fariseos: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Juan 10:11). Y durante la celebración de la última cena, el Señor añadió a los suyos: “Todos vosotros seréis escandalizados en mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor y las ovejas de la manada serán dispersas” (Mateo 26:31).

6.– Jehová, tropezadero

Así ve a Jehová el profeta Isaías, como piedra de tropiezo para los que se obstinan en rechazarle: “A Jehová de los Ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo. Entonces él será por santuario; mas a las dos casas de Israel por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalem...” (Isaías 8:13-14). Para el apóstol Pedro este Jehová tropezadero del incrédulo no es otro que el mismo Cristo. Así lo afirma cuando escribe que “la piedra que los edificadores reprobaron, ésta fue hecha la cabeza del ángulo; piedra de tropiezo y roca de escándalo” (1ª de Pedro 2:6-8).

7.– Jehová de los Ejércitos

En la famosa visión de Isaías, cuando el profeta vio al Señor “sentado sobre un trono alto y sublime”, dice la Escritura que la consecuencia fue que el profeta exclamara con angustia: “¡Ay de mí, que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios mudos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los Ejércitos” (Isaías 6:1-5).

Citando esta profecía Juan escribe: “Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria, y habló de él” (Juan 12:41). Isaías dice que vio a Jehová, y el apóstol Juan insiste que a quien vio fue a Cristo. ¿Se equivocó Isaías? ¿Miente Juan? No, la explicación es, por poco que agrade a los Testigos, que Jehová y Cristo son una misma persona.

8.– Jehová, el Creador

Los versículos del Antiguo Testamento que hablan de Jehová como Creador son innumerables. Pero nos gusta especialmente éste de Proverbios 16:4, donde se dice que “todas las cosas ha hecho Jehová por sí mismo”. En Colosenses 1:16, Pablo dice que quien creó todas las cosas fue Cristo: “Porque por él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles...” ¿Hay contradicción entre los dos Testamentos? Nosotros creemos que no, pero que respondan los Testigos.

9.– Jehová, el mensajero

En Malaquías 3:1 se habla de Jehová como el mensajero, “el ángel del pacto que habría de entrar a su templo”. Esta profecía fue también cumplida en Cristo. Lucas, relatando los episodios de su niñez, dice que “vino por Espíritu al templo” (Lucas 2:27).

10.– Invocado como Jehová

En Joel 2:32 se dice que “cualquiera que invocare el nombre de Jehová será salvo”. Y Pablo, escribiendo acerca de Cristo, dice igual, que “todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo” (Romanos 10:13). Estos dos pasajes pueden admitirse únicamente si partimos de la base de que Jehová y Cristo son una misma persona. De lo contrario habría dos dioses y dos caminos diferentes de salvación.

11.– Jehová, la Roca

Moisés, en su canto de alabanza a Dios, llama a Jehová “Roca perfecta”: “El nombre de Jehová invocaré... Él es la Roca, cuya obra es perfecta” (Deuteronomio 32:4). El apóstol Pedro identifica a Cristo con la Roca, la Roca eterna de los siglos que fue abierta para el pecador (1ª Pedro 2:8).

12.– Jehová, el Santo

La santidad es atributo esencial de Dios. Del Dios que se revela bajo el nombre de Jehová en el Antiguo Testamento y del que se manifiesta en Cristo en el Nuevo, pues ambos son un solo y mismo Dios. “No hay santo como Jehová, pues no hay ninguno fuera de ti” (1ª Samuel 2:2), dice Samuel. Y Pedro, refiriéndose a Cristo, declara: “Vosotros, al Santo y al justo negasteis” (Hechos 3:14).

LA PERSONA DE JESÚS

Dos capítulos hemos dedicado a señalar los errores en que incurren los Testigos cuando niegan la divinidad de Cristo, y nos quedan por exponer aún los principales argumentos. Hemos dedicado más atención a destruir tesis que a cimentar verdades. El propósito de estos trabajos así lo requería. Por otro lado, miles de libros se han escrito en el mundo para demostrar la divinidad de Cristo, y al lector interesado no será difícil encontrar obras de este género. El tema empezó a discutirse cuando Cristo hizo a sus apóstoles una pregunta directa, hallándose en las regiones de Cesarea de Filipo: “¿Quién decís que soy?” (Mateo 16:15).

Si Cristo no es más que un hombre, aunque sea un superhombre, entonces es relativo, porque la humanidad será siempre imperfecta y limitada. Si es un profeta, aunque se le llame el más grande de los profetas, su misión es temporal, simplemente terrena y finita, porque el profeta acaba donde termina la profecía. Y si es un Dios menor, subordinado a un Ser superior, su gloria queda eclipsada, su autoridad mermada y su poder limitado. En este caso, todos dependeríamos de un Ser a su vez dependiente.

Aunque los Testigos insistan en que Él nunca afirmó ser Dios, los Evangelios revelan que Cristo tenía plena conciencia de su divinidad. Veamos, si no, algunas citas: “Yo y el Padre una

cosa somos” (Juan 10:30); “El que me ha visto, ha visto al Padre”; “Creedme que yo soy en el Padre y el Padre en mí” (Juan 14:9-10); “Todo lo que tiene el Padre, mío es” (Juan 16:15); “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Juan 8:33); “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (Juan 16:28) y tantas otras expresiones semejantes.

Cuando Pedro le dice: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”, no le recrimina por esta confesión, sino que le llama “bienaventurado” por el grado de revelación alcanzado. Y cuando el pontífice, desesperado, le pide: “Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios”, Jesús responde con calma y con seguridad: “Tú lo has dicho” (Mateo 26:63-64).

¿Qué hombre, qué profeta, qué semidiós se ha presentado jamás al mundo como la verdad absoluta, el camino único de salvación, la luz del mundo, la vida eterna, la puerta al cielo, la paz para el torturado, el alivio para el cansado, el Salvador de los pecadores, el Redentor de los condenados, el Fundador de la Iglesia, el Pastor de los extraviados, el Sumo Sacerdote, el Abogado eterno, el único en quien descansa toda autoridad en el cielo y en la tierra? Un hombre que va por el mundo diciendo que es todo eso y mucho más, proclamando a los vientos su

divinidad, o es un loco, o es un charlatán o es realmente Dios. ¿Loco Cristo? ¿Cristo embaucador de multitudes? Hasta sus más encarnizados enemigos han reconocido en Él a un hombre bueno. Luego, si Cristo no es ni lo uno ni lo otro, ni es un desequilibrado ni es un farsante, Cristo es lo que pretende ser, Cristo es Dios.

Y aún cuando Él no lo dijera, su vida lo pone de manifiesto. Su persona lo proclama. El carácter divino del Maestro se revela desde los días de su nacimiento en las circunstancias especiales que rodearon su venida al mundo. Nace como Dios y como Dios vive. Sin pecado se presenta ante nosotros y sin pecado se mantiene todos los años de su vida terrena. Y no sólo esto, sino que además perdona a los hombres que viven en pecado. Vence a la enfermedad, vence a la naturaleza, vence al diablo, vence a la vida, vence a la muerte y sale victorioso sobre

la tumba, que a todos los hombres ha aplastado. Cumple en detalle todas las profecías relativas a su persona divina y un día desaparece entre el mismo coro de seres celestiales que cantaron su venida al mundo. Y su historia no termina ahí, sino que aún asegura que en el cielo seguirá viviendo, en el cielo seguirá reinando, en el cielo seguirá intercediendo por los suyos.

¿Qué hombre, qué profeta, qué semidiós, volvemos a preguntar, ha obrado jamás así? Si decimos que no es Dios, entonces es un monstruo de la naturaleza, porque más que hombre sí que es. Hasta un gran escritor historiador de primera categoría, sacerdote católico pasado a las filas del racionalismo, genio indudable, que todo eso fue Ernesto Renan, al terminar un libro escrito precisamente para atacar la divinidad de Cristo, rendido por la evidencia, se ve obligado a escribir estas palabras, que son todo un elogio en la pluma de un hombre que dice no creer en Cristo como Dios: “Reposa en tu gloria, noble iniciador. Tu obra se halla concluida, tu divinidad queda fundada. En adelante, lejos de los alcances de la fragilidad, asistirás desde el seno de la paz divina a las consecuencias infinitas de tus Actos. Símbolo de nuestras contradicciones, tú serás la bandera en torno de la cual se libraré la más ardiente batalla. Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu tránsito por el mundo, llegarás a ser hasta tal punto la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos. No se hará ya distinción ninguna entre Dios y tú. Completamente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, donde te seguirán, por la vía real que trazaste, siglos de adoradores”.

Capítulo IV *La Trinidad*

que los Testigos niegan

“Explíqueme la Trinidad, pero no me diga usted que es un misterio.” Estas fueron las primeras palabras que me dirigió un Testigo de Jehová cuando abordamos el tema. Palabras convencionales, claro, estudiadas de antemano, aconsejadas en sus libros y preparadas para impresionar. Porque, si los Testigos de Jehová creyeran solamente en realidades materiales, en hechos tangibles, palpables a las manos y visibles a los ojos, tendrían motivo para hablar así, para rehuir el misterio. Pero no. Ellos aceptan misterios que son tan incomprensibles a la razón humana como éste de la Trinidad. Los Testigos creen en los misterios. No creen exactamente en éste, en el de la Trinidad, porque no conviene a sus doctrinas; pero aceptan otros muchos. Y digo más: puesto que viven y saben que van a morir, ya aceptan los dos grandes misterios de la vida y de la muerte.

Pero acerquémonos otro poco: ¿Qué es un misterio? Los académicos nos dan, entre otras, las siguientes definiciones: “En la religión cristiana, cosa incomprensible que debe ser objeto de la fe. Cualquier cosa muy recóndita, que no se puede comprender o explicar”.

En la literatura producida en castellano por los Testigos de Jehová hay tres libros que resumen más claramente que otros sus puntos de doctrina. Estos libros son: *Sea Dios Veraz*, *Asegúrense de todas las cosas*, y *Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*. Según estos libros, los Testigos creen en el Jehová Eterno, Poderoso, Omnipotente. ¿Pueden explicar a Dios valiéndose de la simple razón? Cuando hablan del diablo, dicen que “no es una imaginación vana. Es una realidad”. ¿Pueden explicar esta realidad sin valerse del misterio, o es que ellos ven todos los días al diablo como ven al tendero de la esquina? De los cielos dicen que es “la morada de Jehová Dios..., una región espiritual invisible a los ojos humanos”. ¿Cómo lo saben, cómo lo creen, cómo lo demuestran si no es a través del misterio?

Cuando discurren sobre el alma dicen que es una “criatura viva, respiradora, consciente, animal o humana”. ¿Ven ellos el alma o la intuyen por el misterio? ¿Pueden tocar el alma o solamente a la criatura material que la posee? ¿Qué pasa cuando esa criatura sigue físicamente intacta en el interior de un ataúd, pero sin vida? ¿Dónde ha ido el alma? ¿No es esto otro misterio? Y los Testigos creen en él.

Así podríamos seguir recorriendo un largo camino. La Trinidad es un misterio más de los muchos que existen en la vida. Tan inexplicable a la razón como el temblor del mar, como el verdor de los campos, como el color de la amapola, como la sonrisa del niño, como los colores del arco iris.

Dicen los Testigos que “la doctrina de la Trinidad no fue concebida por Jesús ni por los primeros cristianos. En ninguna parte de las Escrituras siquiera se hace mención de una Trinidad... La plena verdad es que la doctrina constituye otro esfuerzo de Satanás por impedir que las personas temerosas de Dios aprendan la verdad acerca de Jehová y su Hijo, Cristo Jesús”.

Este rechazo de la Trinidad por los Testigos es la consecuencia natural de la posición que mantienen ante Cristo y ante el Espíritu Santo. Para ellos, ni Cristo es Dios ni tampoco lo es el Espíritu Santo. Al despojar de la divinidad al Espíritu Santo y a Cristo, la doctrina de la Trinidad les resulta insostenible.

El autor del libro *Sea Dios Veraz*, de donde hemos transcrito la cita dada más arriba y uno de los más fundamentales de doctrina que tienen los Testigos en castellano, dice que los cristianos apoyamos la Trinidad en cuatro textos principales: 1ª Juan 5:7; Juan 10:30; Juan 1:1, y 1ª Timoteo 3:16.

Esto no es cierto. Alguien ha engañado al autor de este libro o quiere él engañar deliberadamente a sus lectores. Es verdad que la palabra Trinidad no se encuentra en la Biblia, pero la doctrina se contiene en una serie de textos que no son precisamente esos cuatro. Tampoco se encuentra en lugar alguno de la Biblia que Dios proíba concretamente las transfusiones de sangre; pero los Testigos lo deducen así de la interpretación bastante parcial, por cierto, de unos cuantos pasajes del Antiguo Testamento. Además, si los vocablos “Trinidad” y “Trinitario” no aparecen en la Biblia, tampoco se encuentran los de “Unidad” y “Unitario” que ellos adoptan para rechazar la Trinidad.

El lector comprenderá que resulta imposible, por la brevedad de este capítulo, desarrollar aquí toda una teología de la Trinidad. Vamos a limitarnos a comentar algunos pasajes del



Antiguo y del Nuevo Testamento que nos autorizan a creer en un solo Dios, manifestado en tres Personas distintas.

LA TRINIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Es preciso reconocer que la doctrina de la Trinidad no aparece muy clara en las páginas del Antiguo Testamento. Pero tampoco se halla ausente de ellas. Quienes escribieron bajo la antigua Ley hicieron énfasis en la unicidad divina con la intención de apartar al pueblo elegido de la adoración a falsos dioses; no obstante, bajo la acción del Espíritu fueron indicando el misterio, que adquirió plena revelación en Cristo, en quien se hicieron luz todas las profecías.

Aun así, resulta interesante notar que la Trinidad aparece ya en los tres primeros versículos de la Biblia. El primero dice: “En el principio... Dios.” El segundo agrega que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. Y el versículo tres presenta a Dios en su acción creadora, diciendo: “Sea la luz, y fue la luz”. Dios gobernando, el Espíritu Santo operando, el Verbo creando, porque el Verbo, “era en el principio con Dios” y “todas las cosas por él fueron hechas” (Juan 1:1-3). He aquí la Trinidad sin misterio.

Al Ser supremo que aparece existiendo en ese primer versículo de la Biblia nosotros llamamos “Dios”. En nuestro idioma castellano, Dios, así, en singular, designa a una Persona. Pero el Antiguo Testamento no se escribió originalmente en castellano, sino en hebreo. La palabra hebrea para Dios en ese versículo es “Elohim”, según dicen todos los que estudian hebreo. Y “Elohim” no quiere decir “Dios”, sino “Dioses”; indicando pluralidad en la unidad. ¿Es que los judíos tenían más de un Dios? En absoluto. “Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4). ¿Como puede ser uno y varios al mismo tiempo? Muy sencillo: aquí está la Trinidad: un solo Dios y tres Personas distintas. ¿Está claro? Todavía más claro se ve en otros pasajes donde Dios, hablando de sí mismo, emplea la primera persona del plural. Génesis 1:26 dice: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen.” Génesis 3:22: “Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros.” Génesis 11:7. “Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua” Y hay otros pasajes semejantes en el Antiguo Testamento. Comentando este pasaje, Tertuliano, en el siglo II de nuestra era, escribía: “Si la Pluralidad en la Trinidad te escandaliza, como si no estuviera ligada en la simplicidad de la unión, te pregunto: ¿Cómo es posible que un ser que es pura y absolutamente uno y singular hable en plural: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”? ¿No debería haber dicho más bien: “Hago yo al hombre a mi imagen”? En efecto: ¿Con quién creaba al hombre? Hablaba, por una

parte con el Hijo, que debía un día revestirse de carne humana; de otra con el Espíritu, que debía un día santificar al hombre.

Muchos autores del cristianismo primitivo han visto una expresión de la Trinidad en el Salmo 33:6: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca.” Aquí aparecen la Palabra, o sea el Verbo, que es Cristo; Jehová Dios y el Espíritu Santo.

Más clara aparece aún la Trinidad en el capítulo 6 de Isaías, en aquella visión celeste que tuvo el profeta. Isaías dice que oyó “la voz del Señor, que decía...” (Isaías 6:8). Juan 12:41 aplica la visión a Cristo: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria y habló de él”. Y, en fin, Pablo pone estas palabras en boca del Espíritu Santo: “Bien habló el Espíritu Santo por boca del profeta Isaías, diciendo...” (Hechos 28:25). ¿Dios, Cristo, el Espíritu Santo? ¿Hablaron los tres o fue uno solo? Uno solo con tres nombres, el Dios uno y trino. Muy sencillo.

En esta misma visión de Isaías se señala como trinitaria la triple repetición de la santidad divina: “Santo, Santo, Santo” (Isaías 6:3) así como se hace igualmente con la bendición sacerdotal de Números 6:24-26. Orígenes ve en los dos Serafines que acompañaban a Dios en la visión de Isaías figuraciones del Verbo y del Espíritu Santo. El mismo Isaías, en otros tres diferentes pasajes de su libro, nos presenta a la Trinidad con igualdad de atributos. Habla de Dios como Padre: “Tú, ¡oh Jehová!, eres nuestro Padre” (63:16). Describe al Mesías, a Cristo, con títulos divinos:

“Admirable Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno”, “Príncipe de Paz” (9:6). Y cuando habla del Espíritu Santo, lo iguala al Padre y al Hijo: “Reposará sobre el Espíritu de Jehová; Espíritu de sabiduría y de inteligencia. Espíritu de consejo y de poder. Espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (11:2).

LA TRINIDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

Los textos del Nuevo Testamento que establecen, por separado, la divinidad del Espíritu Santo y de Cristo, son abundantísimos. Pero como estos temas están siendo tratados en



capítulos aparte, aquí nos limitaremos a señalar los pasajes que nos presentan juntamente a las Personas de la Trinidad. Y aun así nos vemos obligados a hacer una selección, pues estos pasajes son muchos, unos cuarenta sólo en los escritos de Pablo. Arnou dice que el modo indirecto con que se nos presenta la doctrina de la Trinidad en el Nuevo Testamento evidencia que ya era conocida y familiar en los cristianos antes de que fuese escrita en los Evangelios y las cartas apostólicas. Examinemos algunos pasajes.

El bautismo de Jesús (Mateo 3:13-17) es para Lebreton “la primera manifestación solemne de la Trinidad”. En las aguas del Jordán vemos al Hijo dispuesto a ser bautizado por Juan; al Espíritu Santo, “que descendía como paloma y venía sobre él”, y al Dios Padre hablando desde los cielos y diciendo: “Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia”.

En la fórmula bautismal sugerida por Jesús a los apóstoles es donde, tal vez, aparezca más clara la doctrina bíblica de la Trinidad. Antes de ascender al cielo, Cristo dijo a los suyos: “Id y haced discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Adviértase que Cristo no dijo “en nombre de”, sino “en el nombre de”. Nombra a las tres con distinción, pero las incluye en un solo nombre porque las tres Personas participan de una sola y misma naturaleza.

En la caprichosa traducción que han hecho los Testigos de la Biblia, al llegar a este versículo de Mateo ponen al Padre y al Hijo con mayúsculas; pero, en cambio escriben Espíritu Santo con minúsculas. Y, sin embargo, cuando ellos bautizan lo hacen en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Cuánta confusión inútil! ¡No hay quién los entienda!

Desde el primer capítulo al último de su Evangelio, Juan nos habla continuamente de la divinidad de Cristo y del Espíritu Santo. En algunos pasajes presenta a las Tres Personas de la Trinidad con igualdad de poderes y de atributos. Uno de estos textos es el 14:26, donde Jesús dice: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”. Aquí aparecen unidas las tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Unos versículos anteriores, en 14:16, Cristo repite: “Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.” Al decir Jesús otro Consolador estaba concediendo al Espíritu Santo los mismos atributos divinos que Él poseía. Tanto es así, que en conversación con los discípulos les dice que le conviene perder su presencia corporal para que “el otro pueda venir” (Juan 16:7).

Uno se queda pasmado cuando oye decir a los Testigos por boca de uno de sus más prestigiosos líderes, Rutherford, en la página 157 de su libro Jehová, que la misión del Espíritu Santo terminó en 1918. ¿No dijo Jesús en el versículo citado de Juan 14:16 que el Consolador estaría con nosotros “para siempre”? Por lo visto, este “para siempre” pareció demasiado al señor Rutherford. Paciencia.

En 1ª Corintios 12:4-6, Pablo presenta a las tres Personas en una misma unidad: “Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de misterios pero el Señor es el mismo.

Hay diversidad de operaciones, pero Dios que hace todas las cosas en nosotros es el mismo”.

► 50 ◀

Vuelve Pablo a la doctrina de la Trinidad, en la bendición final de su segunda epístola a los Corintios: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2ª Corintios 13:14). ¿No está clara aquí la doctrina de la Trinidad? ¡Así tuvieran de claras los Testigos muchas de sus creencias!

Dídimo, llamado “el ciego” porque perdió la vista a los cuatro años de edad, nacido en Alejandría el año 313 de nuestra era, y que figura entre los Doctores de la Iglesia, comenta así este pasaje de Pablo: “De estas palabras se demuestra la existencia de una única operación en la Trinidad, ya que quien recibe la gracia de Cristo la tiene tanto por administración del Padre como por donación del Espíritu Santo. Cuando uno recibe la gracia del Espíritu Santo, la tendrá como don recibido del Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Por consiguiente, de Él es la única gracia que viene del Padre y del Hijo y se completa con la operación del Espíritu Santo. Se prueba la Trinidad de una sola substancia.

En otros tres pasajes de su epístola, Pablo presenta la Trinidad habitando en el creyente. En 1ª Corintios 6:19 dice: “Vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo”. En 1ª Corintios 3:16: “Sois templo del Dios”. Y en Colosenses 1:27: “Cristo en Vosotros”.

No es sólo el Apóstol Pablo; también Pedro y Judas, no el Iscariote, relacionan a las tres Personas con el mismo y único Dios. Pedro escribe: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación, del Espíritu para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1ª Pedro 1:12). Y Judas dice: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando



en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Judas 20-21). Y si el lector quiere molestarse en leer por sí mismo Apocalipsis 5:1-7, texto demasiado largo para transcribirlo aquí, verá nuevamente a las Tres Personas de la Trinidad unidas en una misma Deidad.

Naturalmente, hay muchos más pasajes en el Nuevo Testamento que enseñan la doctrina de la Trinidad; pero creemos que los expuestos serán suficientes para que los Testigos de Jehová comprendan que la Trinidad no es una invención humana, sino una doctrina enteramente bíblica y particularmente novotestamentaria.

LA TRINIDAD EN LOS CRISTIANOS PRIMITIVOS

Los Testigos de Jehová dicen (*Sea Dios Veraz*, pág. 109) que “la doctrina de la Trinidad no fue concebida por Jesús ni por los primeros cristianos. En ninguna parte de las Escrituras siquiera se hace mención de una Trinidad”. Ya hemos presentado textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y aunque también hemos dado algunos pensamientos de cristianos primitivos acerca de la Trinidad, vamos a exponer aquí rápidamente algunas citas más de hombres que vivieron en los primeros siglos del Cristianismo.

Tertuliano, que nació en Cartago año 155, dice: “Son tres, pero no por la cualidad, sino por el orden, no por la sustancia, sino por la forma, no por el poder, sino por el aspecto: pues los tres tienen una sola sustancia, una sola naturaleza, un solo poder, porque no hay más que un solo Dios. Mas por razón de su rango, de su forma y de su aspecto se les designa con los nombres Padre, Hijo y Espíritu Santo.” (Véase *Patrología*, de Johannes Quasten, edición de la B.A.C., pág. 567, tomo I).

Gregorio el Taumaturgo, nacido en Neocesárea del Ponto el año 213, escribe: “Hay una Trinidad perfecta, en gloria y eternidad y majestad, que no está dividida ni separada. No hay, por consiguiente, nada creado ni esclavo en la Trinidad, ni tampoco nada sobreañadido, como si no hubiera existido en un período anterior y hubiera sido introducido más tarde. Y así, ni al Padre le faltó nunca el Hijo, ni el Espíritu Santo al Hijo; sino que, sin variación ni mudanza, la misma Trinidad ha existido siempre” (*Patrología*, tomo I, pág. 419).

Atanasio, nacido el año 295 en Alejandría, dice: “En la Iglesia se predica un solo Dios, ‘que está sobre todos, por todos y en todos’ (Efesios 4:6). ‘Sobre todos’, en cuanto Padre, principio y fuente; ‘por todos’, por el Verbo; ‘en todos’, en el Espíritu Santo. Es una Trinidad no sólo de

nombre y por pura apariencia verbal, sino en verdad y realidad. Pues así como el Padre es el que es, así también su Verbo es el que es, y Dios sobre todos. El Espíritu Santo no está privado de existencia real; existe y tiene verdadero ser” (*Patrología*, tomo II, pág. 69).

Cirilo de Jerusalén, que nació el año 315, dice: “La economía de la salvación con respecto de nosotros, que procede del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es indivisible y concorde y única. Nuestra fe es indivisa, nuestra reverencia es inseparable. Ni separamos la Trinidad santa ni la confundimos” (*Patrología*, tomo II, pág. 389).

Y, en fin, Gregorio de Nisa, que nació en el año 335 y con cuya cita cerramos este capítulo, dice: “La Trinidad Santa realiza todas las operaciones de manera parecida a como he explicado, no por separado según el número de las Personas, sino de suerte que no hay más que una moción y disposición de la buena voluntad que del Padre, a través del Hijo, desemboca en el Espíritu Santo... Por consiguiente, no se puede llamar tres dioses a los que, conjunta e inseparablemente,

por medio de acción mutua, realizan en nosotros y en toda la creación este poder y esta acción divina de inspección.” (*Patrología*, tomo II, pág. 301).

Capítulo V *Divinidad*

del Espíritu Santo

Al rechazar la doctrina de la Trinidad, los Testigos de Jehová se ven obligados a negar personalidad y divinidad al Espíritu Santo. Es la cadena lógica. Un error engendra otro. Si admitieran que el Espíritu Santo es Dios, al no poder existir más de un Dios, porque la Biblia lo prohíbe y la razón lo rechaza, se verían forzados a aceptar que este Dios único existe en tres personas distintas, iguales en autoridad, naturaleza y sustancia. Tratan de resolver el problema por el camino más fácil: diciendo que el Espíritu Santo no es una persona y mucho menos una persona divina. Esto lo afirman, claro está, contra toda la evidencia bíblica que prueba lo contrario, definiendo el Espíritu Santo con palabras y figuras improcedentes.

EL ESPÍRITU SANTO, SEGÚN LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ

1.– Fuerza activa

En *Esto significa vida eterna* (pág. 166), escriben los Testigos: “El hecho de que Jesús envió al Espíritu y que bautizó a sus discípulos en él o lo derramó sobre ellos prueba que es una fuerza activa impersonal”. “La fuerza activa de Dios”, como lo definen en *Asegúrense de todas las cosas* (pág. 172).

¿Qué es una fuerza? Si recurrimos al diccionario nos dirá que fuerza es una potencia capaz de obrar. Esta potencia puede ser humana, manifestándose en el individuo en su época de mayor vigor, o puede ser natural, como el agua, o el aire. En cualquier caso, la fuerza no es la causa, sino el efecto. Cuando mi cuerpo se debilita, mi fuerza desaparece; cuando el viento no sopla fuerte, el árbol no se troncha. Siguiendo este pensamiento, el Espíritu Santo no sería Dios,

sino justamente lo que afirman los Testigos, una prueba, una consecuencia de la actividad de Dios. El efecto circunstancial de una causa eterna.

Pero no es esto lo que la Biblia enseña. El Espíritu de Dios es Dios mismo en acción llevando a cabo una determinada actividad. Dios ordenando el caos primitivo y produciendo el orden: “El espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2); Dios impartiendo la vida al hombre: “El Espíritu de Dios me hizo” (Job 33: 4). “El Espíritu es el que da vida”, (Juan 6:63). Dios comisionando a sus elegidos para determinadas Misiones: “El Espíritu de Jehová vino sobre Sansón...” (Jueces 14:6). Dios habitando en el creyente, enseñando, llamando, convenciendo al hombre de pecado, conduciéndole a la verdad (véase Juan 14:17, 26; 15:26; 16:8, 13); Dios inspirando las escrituras, hablando a los cristianos primitivos, llamando al ministerio, enviando obreros al campo de labor (véase Hechos 1:16; 8:29; 13:2, 4).

No, el Espíritu Santo no es una “fuerza” de Dios, no es “el poder activo de Dios”, es Dios mismo actuando, Dios en acción.

Por otro lado, el hecho de que Jesús enviara al Espíritu Santo y con él bautizara a sus discípulos no prueba, precisamente, que el Espíritu sea “una fuerza activa impersonal”, como dicen los Testigos. Tres personas pueden unirse para llevar a cabo un trabajo específico. En una reunión, dos de ellas deciden enviar a la tercera a un país distante con una misión determinada. El hecho de que esta persona sea enviada por las otras dos y actúe en todo momento de acuerdo con ellas no quiere decir que sea menor en categoría ni que carezca de personalidad propia. Simplemente, se le ha encomendado una misión distinta que ha de llevar a cabo en nombre de los tres.

Cristo llama al Espíritu Santo el “otro”: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Juan 14:16). El Espíritu Santo se presenta aquí como “otro” Cristo. El Hijo había terminado la misión que le había traído a la tierra. La continuación de Su obra, es decir, el establecimiento y fortalecimiento de la Iglesia, eran trabajos encomendados al Espíritu Santo. Este empezaría a obrar cuando el Hijo hubiera sido recibido

nuevamente en los cielos: “Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros, mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7).

Es imposible exigir mayor claridad. El Espíritu Santo no es una “fuerza”, como el aire, la electricidad o el veneno; es una persona con atributos propios.

2.– Poder impersonal

Tras mencionar el pasaje de Lucas 24:49, los Testigos de Jehová afirman: “Este lenguaje de Jesús nos da a entender que el Espíritu es un poder, y no una persona” (*Esto significa vida eterna*, pág. 165). En otro lugar aclaran que este poder está en acción continua: “El Espíritu Santo es el poder activo, invisible del Todopoderoso Dios que impulsa a sus siervos a hacer su voluntad” (*Sea Dios Veraz*, pág. 106).

Ya hemos aclarado lo de poder o fuerza activa. Aquí queremos corregir eso de que el Espíritu Santo no es una persona. No sabemos qué hacen con la Biblia los Testigos de Jehová. Porque nos basta con una Concordancia Bíblica para probar que el Espíritu Santo tiene personalidad propia, que lo de impersonal sólo se da en la mente de quienes no estudian las Escrituras o las estudian de una manera parcial. René Pache, en su estupendo libro *La personne et l’Oeuvre du Saint-Esprit*, analiza cuidadosamente todos los atributos del Espíritu Santo y concluye que es mucho más que una mera fuerza, como dicen los Testigos.

El Espíritu Santo, en efecto, posee todos los atributos esenciales de la personalidad. Resulta imposible escribir literalmente aquí la enorme cantidad de citas bíblicas al respecto. Nos limitamos a dar algunas referencias que el lector interesado puede estudiar por sí mismo. El Espíritu Santo está dotado de voluntad, ya que reparte dones como Él quiere (1ª Corintios 12:11); está dotado de pensamiento (Romanos 8:27); también de conocimiento (1ª Corintios 2:10-11); de lengua (1ª Corintios 2:13), y posee los atributos de bondad y de amor (Nehemías 9:20 y Romanos 15:30).

Además, la Biblia afirma que el Espíritu Santo puede ser tratado como una persona. Al Espíritu Santo se le puede mentir, se le puede tentar, se le puede resistir (véase Hechos 5:3 y 9; 7:51). Se le puede entristecer (Efesios 4:30); ultrajar (Hebreos 10:29); invocar (Ezequiel 37:9) y se puede blasfemar contra él (Mateo 12:31).

Un ser dotado de semejantes atributos, ¿no es una persona? ¿A qué “cosa”, a qué “poder”, a qué “fuerza” se puede tratar así? Como Persona, el Espíritu Santo se reconoce a sí mismo en las páginas de la Biblia. Afirma su identidad con lo finito del hombre en la tierra y con lo infinito de éste y de Dios en el cielo. Mediante este conocimiento se iguala completamente con el Padre. Son verdades que no podemos más que balbucear y que, sin embargo, nos conducen al conocimiento total de la obra y de la Persona del Espíritu Santo como Dios uno y trino.

3.– Onda radiotelefónica

Curiosas en verdad las imágenes que emplean los Testigos para comparar al Espíritu Santo. Curiosas y un tanto grotescas. Leamos: “Así como las ondas radiotelefónicas actúan como por-

▶ 53 ◀

tadoras de los impulsos que producen las personas al hablar, cantar o desempeñar un papel en el estudio, y transmiten el sonido y la visión a la radio y a la pantalla de televisión en el hogar distante, así mismo actúa el Espíritu Santo” (*Esto significa vida eterna*, pág. 166).

No. Así no actúa el Espíritu Santo. Lo que oímos por la radio es el eco de una voz; lo que vemos por la pantalla es la imagen de una persona; pero el Espíritu Santo no es eco, sino voz; no es imagen, sino persona. Es la propia voz de Dios, es la Persona misma de Dios.

Un ejemplo nos bastará de momento. Más adelante abundaremos en este mismo argumento. El profeta Isaías, describiendo la visión del templo, dice: “Oí la voz del Señor que decía...” (Isaías 6:8). El apóstol Pablo, refiriéndose a este mismo pasaje durante sus enseñanzas a los judíos de Roma, ante la resistencia de éstos a aceptar la verdad que el apóstol les proponía, les dice: “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo...” (Hechos 28:25).

Según Isaías, la voz que oyó en el templo era la voz de Dios; según Pablo fue la voz del Espíritu Santo ¿Hay contradicción aquí? No, porque no se trata de dos voces distintas ni tampoco un eco de voz, sino de una misma y auténtica voz.

4.– Viento, soplo, respiración

Citamos de nuevo *Asegúrense de todas las cosas*, porque es el libro que los Testigos de Jehová tienen para las definiciones. Los temas están tratados por orden alfabético, comenzando por la “adoración de animales” y terminando con “la vuelta de Cristo”. Bajo el epígrafe “Espíritu” (pág. 172) leemos: “Espíritu, al ser traducido de ruah en el hebreo y pneuma en el griego: Los significados más sencillos o elementales de las palabras originales son para describir algo semejante a viento; es decir, algo que no es visible, pero que de todos modos produce resultados visibles o perceptibles. Ambas se sacan de verbos raíces que significan “respirar” o “soplar”.

No comentaríamos los términos “viento”, “soplo” y “respiración” que los Testigos usan aquí para comparar al Espíritu Santo si no creyéramos que merecen una aclaración. El viento, efectivamente, es una de las figuras con que se describe al Espíritu Santo en la Biblia. También es verdad que en las lenguas originales “Espíritu” quiere decir “soplo”, y que el principio vital del ruah hebreo se patentiza al exterior por la respiración de Jehová. Pero esto no significa que el Espíritu de Dios sea vendaval, ni que el ser humano llene sus pulmones de Espíritu cada vez que respira, ni que lo transmita mediante el soplo de los labios.

Fue Cristo, en su conversación con Nicodemo (véase Juan 3:1-15), quien describió la acción del Espíritu Santo semejante a la del viento en el sentido de que al Espíritu, igual que al viento, se le comprueba por sus efectos y no por su realidad visible. Pero en tanto que el viento, como fuerza natural, ejerce una acción meramente externa y muchas veces devastadora, el Espíritu, como agente divino, lleva a cabo una transformación moral y religiosa en la conciencia del individuo; le hace nacer a una nueva vida de relaciones con Dios. Esto está bien claro en el pasaje de Juan y en otros muchos capítulos de la Biblia, entre ellos Ezequiel 37:9, donde el Espíritu se distingue del viento en su obra regeneradora: “Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán.”

En cuanto al soplo, no se trata de un soplo cualquiera, sino de la vida inmortal de Dios transmitida a la carne del hombre: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). Este soplo de vida procedía del interior, de las entrañas del mismo Dios, por emplear figuras humanas, y es prueba de su divinidad. Job lo pone más claro: “El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4). Soplo y Espíritu son aquí una misma cosa. Parte de la divinidad creadora, Dios manifestándose en la tercera Persona de la Trinidad.

Este principio creador se expresa en otros lugares de la Biblia por el hálito de la boca o la respiración de las narices, pero siempre en relación con Dios, formando parte de Dios, obrando por imperativo de Dios: “Entonces aparecieron los abismos de las aguas y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, a tu reprobación, ¡oh Jehová!, por el soplo del aliento de tu nariz (Salmo 18:15. Véase también Éxodo 15:8).

HISTORIA DEL ESPÍRITU SANTO

En *Sea Dios Veraz* (pág. 107) los Testigos hacen una pregunta capciosa y al mismo tiempo un poco infantil. Comentando el bautismo de Jesús preguntan: “¿Dónde, hasta entonces, había estado el Espíritu Santo, ya que ahora por primera vez estaba descendiendo sobre Jesús?”

Si quien escribió esto se hubiera molestado en leer antes el primer capítulo del Génesis, la pregunta no hubiera sido formulada: El versículo primero de la Biblia nos habla de Dios, y el segundo versículo nos presenta al Espíritu Santo. Este aparece junto a Dios, con quien había sido Uno desde la eternidad de los tiempos. En los primeros versículos del Génesis se describe

▶ 54 ◀

su acción creadora, acción que transforma la naturaleza y a los individuos, de la que también se hace eco el salmista (Salmo 33:6).

En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo no estaba derramado “sobre toda carne”, como ocurrió en la nueva Alianza. La razón nos la ofrece el apóstol Juan: “Aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:39). El Espíritu Santo

ejercía un ministerio indudable, aunque circunstancial. Le fue enviado a Bezaleel para que diseñara el tabernáculo (Éxodo 3:3), a los jueces, tales como Otoniel, Gedeón, Jefté, etc., para que llevaran a cabo misiones especiales (véase Jueces 3:10; 6:34 y 11:29) y a los profetas, según la explícita declaración de Pedro (1ª Pedro 1:10-11).

Su obra en la antigua Alianza era temporal, no permanente. Era dado y podía ser retirado de una misma persona, como en el caso de Saúl (véase 1º Samuel 10:10 y 16:14), De Sansón también leemos que “el Espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en él en los campamentos de Dan”, pero cuando Sansón desobedeció a Dios, el Espíritu le abandonó (véase Jueces 13:25 y 16:20).

En algunos momentos la acción del Espíritu Santo era más general, obrando en el pueblo además de hacerlo en los individuos, como en el caso de Israel. “Enviaste tu buen Espíritu para enseñarles” (Nehemías 9:20). Con todo, la obra del Espíritu Santo en el antiguo Pacto, conviene recordarlo, era incompleta. Los profetas, no obstante, vislumbraron su ministerio futuro, universal, y lo dieron a conocer en sus mensajes (véase Isaías 44:3; 59:21; Ezequiel 39:29 y Joel 2:28-29, entre otros textos).

Cuando Dios decidió hacerse hombre para inaugurar la nueva Alianza y formar un pueblo, la Iglesia, de entre todos los pueblos de la tierra, el Espíritu Santo tuvo una parte muy activa en la nueva obra. Estuvo presente en el nacimiento de Cristo (Lucas 1:35, Mateo 1:20); le ungió al principio de su ministerio (Lucas 4:18, Hechos 10:38); se manifestó durante el bautismo del Señor y en la escena de la tentación (Mateo 3:13-17 y 4:1); derramó sus dones sobre Él y el corazón de Cristo se regocijó por ello (Lucas 20:21); según la cita de Hebreos 9:14 fue asistido del Espíritu Santo durante su entrega voluntaria en la cruz. Finalmente, por el Espíritu, Cristo fue resucitado de entre los muertos (Romanos 8:11). Cuarenta días después de su resurrección, Cristo vuelve a recordar a los discípulos la promesa del Padre (Hechos 1:4), el Espíritu Santo por medio del cual recibirían un nuevo poder (Hechos 1:8). La promesa se hace realidad el primer Pentecostés después de la resurrección del Señor, cuando el Espíritu Santo se manifestó con señales sobrenaturales (Hechos 2) igual que en el nacimiento de Cristo y, efectivamente, cambió por completo los corazones de los discípulos.

Desde aquel día, el Espíritu Santo mora entre nosotros. Vivimos en la dispensación del Espíritu. Su misión actual tiene numerosas facetas. Governa la Iglesia, reparte dones como Él

quiere y está presente, con su ayuda, en los momentos más difíciles del creyente. Por otro lado, usa la predicación de la Palabra para que el hombre perdido encuentre a Dios convenciéndole de su estado pecaminoso (Juan 16:8-9).

Trazar la historia del Espíritu Santo no es tarea difícil. La pregunta de los Testigos carece de sentido. Más aún si tenemos en cuenta que el segundo versículo de la Biblia ya nos habla de Él, y cuatro versículos antes de acabar el libro de Dios, en el capítulo final del Apocalipsis, aparece de nuevo el Espíritu Santo. Esto demuestra su importancia y su estrecha relación con las restantes Personas de la Trinidad.

DIVINIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

Uno de los más poderosos argumentos en favor de la divinidad del Espíritu Santo consiste en que posee todos los atributos que son esenciales a la divinidad. En la Biblia se le llama Espíritu de Dios (Génesis 6:3); Espíritu de Jehová (Isaías 11:2); soplo del Omnipotente (Job 32:8); Espíritu del Señor (Isaías 61:1); Espíritu del Padre (Mateo 10:20); Espíritu Santo (Hechos 16:7); Espíritu de Dios y Espíritu de Cristo (Romanos 8:9); Espíritu del Hijo (Gálatas 4:6).

Pablo dice concretamente que “el Señor es el Espíritu” (2ª Corintios 3:17); Juan declara, también categóricamente que “Dios es Espíritu” (Juan 4:24); y Lucas afirma, al relatar la historia de Ananías y Safira, que mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios (Hechos 5:3-4). Además, hechos que en el Antiguo Testamento se atribuyen al Dios Padre, en el Nuevo se dicen obrados por el Espíritu Santo. Ya hemos citado la experiencia de Isaías, que dice oyó la voz del Señor durante la visión que tuvo en el templo, voz que Pablo atribuye al Espíritu Santo (compárese Isaías 6:8-10 con Hechos 28:25-27). Otro ejemplo semejante lo tenemos en el altercado entre Moisés y el pueblo hebreo, cuando a éste le faltó el agua en el desierto de Sin. El autor del Éxodo dice que los israelitas provocaron a Dios, y el autor de la epístola a los Hebreos, en el Nuevo Testamento afirma que a quien provocaron fue al Espíritu Santo (compárese Éxodo 17:1-7 con Hebreos 3:7-11). Otra prueba más de esta misma índole puede obtenerse comparando Jeremías 31:34 con Hebreos 10:15-17.

Finalmente, el Espíritu Santo posee todos los atributos divinos, tales como la Omnisciencia (1ª Corintios 2:10-11); Omnipresencia (Salmo 139:7) y Omnipotencia (Zacarías 4:6 y Job 33:4).

Es también el Espíritu de Vida (Romanos 8:2), de amor y de sabiduría (2ª Timoteo 1:7).

► 55 ◀

Basilio de Cesarea, escritor cristiano que nació el año 330 de nuestra era, más conocido por San Basilio el Grande, discutiendo sobre los atributos del Espíritu Santo, dijo: “¿Qué fundamento hay para aplicar al Espíritu todos los demás atributos igual que al Padre y al Hijo, y privarle solamente de la divinidad? Es de todo punto necesario o reconocerle la comunidad aquí o no concederle tampoco en todo lo demás. Si es digno de todo lo demás, no es ciertamente indigno de esto. Si, como arguyen nuestros adversarios, Él es demasiado insignificante para concederle comunidad con el Padre y el Hijo en el atributo de la divinidad, no es digno de compartir con ellos ni uno solo de los atributos divinos; porque cuando se consideran cuidadosamente los términos, comparando los unos con los otros según el sentido que se contempla en cada uno de ellos, se ve que implican nada menos que el título de Dios...”

Concluimos con que el Espíritu Santo es una Persona. Es una Persona divina. Es la Tercera Persona de la Trinidad. El doctor René Pache, de cuyo libro, ya citado, hemos tomado los datos esenciales para la discusión de este punto sobre la divinidad del Espíritu, dice que si el Espíritu es una Persona y, más aún, si es Dios mismo, en todos nosotros debe haber una firme disposición para amarle y obedecerle en todas las cosas y aceptarle, no como una bendición de Dios, sino como la presencia del Dios Todopoderoso en nuestra vida.

Capítulo VI *El alma y su destino*

Nos toca analizar aquí un tema cuya importancia y profundidad parecen ignorar los Testigos de Jehová, por la ligereza con que lo tratan: la existencia y el destino eterno del alma. Como de costumbre, vamos a pedir a la Biblia que nos ayude a arrojar un poco de luz entre las espesas brumas que cubren las ideas de los Testigos a este respecto. Además, haremos nuestra parte para poner un poco de orden en el caos de contradicciones en el que envuelven el tema.

EL HOMBRE NO TIENE ALMA

Esto afirman los Testigos de Jehová. Lo dicen así, tan categóricamente, con una seguridad que pasma. Leamos: En la página 64 del libro *Sea Dios Veraz* hallamos estas palabras: “Los científicos y cirujanos han llegado a la conclusión de que el hombre es sencillamente el orden más elevado de la vida animal poseyendo un organismo más complejo y capaz de ejercer facultades fuera del alcance de las otras formas de vida animal... no pueden hallar evidencia alguna que indique que el hombre tenga un alma”.

No podemos hallar mejor refutación bíblica a estas peregrinas ideas que la historia auténtica narrada en el capítulo 17 del primer libro de Reyes. El profeta Elías entró en casa de una viuda cuyo único hijo había muerto. Como es natural, la madre se queja. La Biblia dice que Elías “se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová y dijo: Jehová, Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él. Y Jehová oyó la voz de Elías y el alma del niño volvió a él y revivió.”

Está clarísimo. Este niño tenía cuerpo y alma. La muerte no fue otra cosa más que la separación entre el alma y el cuerpo. El cuerpo del niño vivía mientras tenía el alma en él. Cuando el alma se le fue, el niño murió. Cuando le volvió el alma, el niño resucitó. Aquí están las dos

partes de la naturaleza humana: el cuerpo sin vida del niño, tendido sobre la cama, y el alma como potencia vivificante existiendo independiente del cuerpo. Si el hombre no tiene alma, como dicen los Testigos, entonces la Biblia está loca.

Me dicen los Testigos que yo no tengo alma. Que soy un hombre sin alma. Un hombre sin alma y, sin embargo, siento y pienso; mi mente trabaja; me quemo y lo siento en mi carne; me hacen daño y mi naturaleza interior se subleva; respiro el aire de los campos y me asfixio en las ciudades; amo y aborrezco, río y lloro, me alegro y me entristezco, conozco el bien y también el mal. Si todo eso no prueba la existencia de mi alma tampoco es rojo el color de mi sangre.

EL HOMBRE ES UN ALMA

En *Asegúrense de todas las cosas* (pág. 26) los Testigos escriben: “Una criatura humana es un alma. No posee un alma separada y distinta del cuerpo”. Lo mismo dicen, aunque con más detalles, en *Sea Dios Veraz* (pág. 66) y en *Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta* (págs. 134-141).

La primera parte de la sentencia anterior es correcta, pero la segunda parte es falsa. Es verdad que el Antiguo Testamento emplea en ocasiones la palabra “alma” para referirse a las personas, para designar la vida misma y hasta para indicar los sentimientos que nacen del corazón. Pero es preciso tener en cuenta, como observa el teólogo Mullins, “que los escritores usaban un lenguaje popular más que científico”. Por otro lado, es cierto que el hombre, como ser viviente, es un alma. Pero un alma pensante, un alma que anda, que gobierna, que actúa. Un alma espiritual, racional, creada a imagen y semejanza de Dios.

Lo que no es cierto es que el hombre sea un alma y nada más, no es verdad eso de que el hombre no posee un alma separada y distinta del cuerpo. ¿Es que no saben leer la Biblia los Testigos de Jehová? ¿Qué les pasa, no quieren o no pueden comprender? ¿Quién o quiénes les engañan? ¡Es todo tan sencillo! Leamos Génesis 2:7: “Formó Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz sopro de vida; y fue el hombre en alma viviente”. Dios trabajó dos veces; primero hizo el cuerpo y luego creó el alma. Dos actos distintos para dos fines diferentes. La creación del hombre consistió en una primera parte física y en una segunda parte

espiritual. El cuerpo solo, como un mero organismo, no es un hombre, es un cadáver de hombre, es un cuerpo sin vida, sin existencia, sin alma. El alma sola, separada del cuerpo, tampoco es un hombre; al hombre completo lo hace la unidad, la combinación del espíritu y de la materia, del cuerpo y del alma. Son muchos los pasajes bíblicos que desmienten la teoría de los Testigos y que afirman que el alma y el cuerpo son cosas diferentes. Entre estos pasajes se encuentran las propias palabras de Jesús, cuando dijo: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar” (Mateo 10:28). O no sabemos leer, o Cristo está afirmando aquí que el hombre posee un cuerpo y un alma. Por su parte, el apóstol Pablo hace referencia a tres elementos que constituyen la naturaleza humana: cuerpo, alma y espíritu (1ª Tesalonicenses 5:23). Lo mismo hace el autor de la epístola a los Hebreos (Hebreos 4:12). La palabra “espíritu” se emplea muchas veces para designar el alma y esto viene a decir que el ser humano posee un elemento material llamado cuerpo, tierra, carne, polvo, y otro elemento espiritual, superior, llamado alma, cuya función, según vimos en el pasaje que nos relata la resurrección del niño de la viuda, es la de dar vida al cuerpo.

EL ALMA DEL HOMBRE Y EL ALMA DEL ANIMAL

Los Testigos vienen a decirnos, como si nos descubrieran con ello el Mediterráneo, que “los peces, las criaturas volátiles, la bestia salvaje y los insectos... son en sí mismos alma. La Biblia habla de ellas como almas” (*Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*, págs. 137, 142).

Esto es verdad, pero entre el alma del hombre y el alma de los animales hay una gran diferencia. Admitamos que el alma, en este caso, signifique ese principio vital que es común a los hombres y a los animales. El alma animal es irracional y perece con el cuerpo. El alma del hombre, en cambio, es espiritual, racional, inmortal. Es espiritual porque piensa, siente, razona; y es inmortal porque es espiritual.

Los Testigos no niegan esto, antes bien lo reconocen. No tienen otro remedio. Admiten “que Dios creó al hombre separado y distinto de los peces, las aves y los animales de la tierra”. Proclaman que el hombre es un ser superior. Transcriben Génesis 1:26, 27 y 2:7, pero lo interpretan a su modo, porque enseguida vuelven a equiparar al hombre con los animales.

Oigámoslos de nuevo, si es que tenemos paciencia para soportar las muchas contradicciones en que incurren: “esta ‘alma viviente’ humana —se refieren a Adán— era palpable, perceptible al tacto de aquellas criaturas animales inferiores, porque ellas mismas también eran ‘alma’ y esta ‘alma viviente’ humana estaba hecha de la misma tierra que ellas”. ¡De la misma tierra sí, pero no del mismo espíritu, que es lo que no podemos olvidar. Ni tampoco de la misma naturaleza. El hom-

▶ 57 ◀

bre, alma humana, fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Los animales no. Esta semejanza se ve en que el hombre tiene una naturaleza racional, como Dios; el hombre tiene una naturaleza moral, como Dios; el hombre tiene una naturaleza emocional, como Dios; el hombre tiene una naturaleza espiritual, como Dios; el hombre es un ser libre, como Dios; el hombre puede ser santo, no a la medida de Dios, pero sí dentro de los límites de la perfección humana; el hombre tiene dominio sobre los demás seres de la creación, igual que Dios; el hombre es inmortal, como Dios; el hombre puede llegar a ser feliz, como Dios; nada de esto, absolutamente nada, tienen los animales.

El animal lo hace todo guiado por el instinto, el hombre se guía por la razón. Esto prueba que entre el alma del hombre y el alma del animal existe la diferencia del soplo divino, de esa vida espiritual, inteligente e imperecedera que Dios comunicó al hombre y no al animal.

EL ALMA COMO LA SANGRE Y LA RESPIRACIÓN

Apoyándose en Levítico 17:11-14, los Testigos sostienen que el alma es la sangre (Véase *Sea Dios veraz*, pág. 68). El texto de la Biblia dice: “la vida de la carne en la sangre está... porque el alma de toda carne, su vida, está en su sangre”.

Castex tiene una nota humorística cuando dice que si este textouviésemos que interpretarlo literalmente, como hacen los Testigos, habríamos de entender que cada vez que se inyecta sangre a una persona se le está inyectando alma, y cada vez que se le saca sangre, se le está sacando parte del alma. El mismo autor, ya más en serio, trae a colación un buen

argumento bíblico: Si el alma fuera la sangre, sería verdaderamente mortal, porque la Biblia dice que “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” (1ª Corintios 15:30).

El texto de Levítico no puede tomarse literalmente. La palabra “sangre” tiene en el Antiguo Testamento doce sentidos diferentes. Desde el principio, los hebreos solían considerar la sangre como “elemento vitalizante, vehículo y principio de la vida”. Y es natural, pues la simple observación de la sangre derramada hacía pensar espontáneamente en una vida perdida o al menos disminuida” (Charbel).

La sangre es la sangre, no el alma; el alma es el alma, no la sangre. En la sangre hay un principio de vida animal, terrenal, pero una vez vertida se coagula y se materializa. El alma, en cambio, es inmaterial, invisible, inmortal, no tiene color ni forma, pero su presencia en el cuerpo humano se manifiesta por la vida racional, emocional y espiritual que comunica a éste.

También dicen los Testigos que el alma es la respiración. “La palabra “alma” (Nefesh) significa algo consciente que respira” (*Nuevos cielos y una nueva tierra*, pág. 55). Esto les conduce a una conclusión graciosa: “Eso significa que el alma humana se mantiene por medio de respirar por las narices el aire que se necesita” (*Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*, pág. 143).

Otra vez han descubierto el océano. Si cerramos la boca y dejamos de respirar por la nariz, es claro que morimos de asfixia. También morimos si nos pegamos un tiro o si nos clavamos un cuchillo en el corazón, o si nos colocamos bajo las ruedas de un tren. Pero eso no significa que el alma sea tren, ni pólvora, ni acero. La falta de aire en los pulmones mata el cuerpo, como lo mata también la altura, el veneno, etc., pero sólo el cuerpo material; el espiritual no muere jamás.

¿De dónde viene la idea de concebir el alma como la respiración normal de la persona? El doctor Justo Collantes, filósofo y teólogo, nos lo explica así: “La primera función del alma, y la más perceptible, es la de dar vida al cuerpo. Y como la respiración es la señal de la vida animal, de ahí que el alma se designe con tres términos que llevan envuelta la idea de respiración, de movimiento de aire: a) “nefesh” (de náfas: “respirar”); b) “nesamash”, “hálito”; c) “ruah”, “espíritu”.

Pero el hecho de que se usen estos términos para designar el alma no quiere decir que el alma sea precisamente la respiración del individuo humano. Morir, según Génesis 35:18, 35:29;

Lucas 8:49-56; Hechos 7:59 y otros muchos pasajes bíblicos, no es exactamente dejar de respirar, es separarse el alma del cuerpo, es el espíritu del hombre que abandona la materia que lo envuelve.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Insisten los Testigos de Jehová como colofón a su serie de equivocaciones acerca del alma humana, que ésta es mortal, que así como el cuerpo se descompone, el alma perece también con la muerte. Dicen: “El alma criatura (incluyendo el alma humana) es mortal, destructible, corruptible” (*Asegúrense de todas las cosas*, pág. 23). Y en otro lugar apoyan esta teoría con su versículo predilecto, su único versículo en la disparatada aventura: “Un alma inmortal no puede morir, pero la Palabra de Dios en Ezequiel 18:4 dice acerca de los humanos: He aquí que todas las almas son mías. Como el alma del Padre, así también el alma del hijo, mías son todas; y el alma que pecare, ésa morirá” (*Sea Dios veraz*, pág. 68).

▶ 58 ◀

Los Testigos no quieren comprender que aquí “alma” significa persona, como en Génesis 12:5, 46:27; Éxodo 1:5; Deuteronomio 10:22 y en tantos otros pasajes de la Biblia. Y la persona física, material, el cuerpo que vemos y tocamos, sí que muere, como bien lo explica Pablo en 1ª Corintios 15:53, 54. Hablar de la muerte del alma es lógico, pero en un sentido espiritual. Decimos que un alma está muerta cuando el individuo que la posee vive apartado de Dios, cuando, por efecto del pecado, se produce un corte, una separación entre Dios y el hombre. Esto lo tenemos perfectamente ilustrado en el caso de Adán: Dios le dijo: “De todo árbol del huerto comerás; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás de él; porque el día que de él comieres, morirás” (Génesis 2:16-17). Por la Escritura sabemos que Adán comió del árbol prohibido, pero no murió aquel día, como lo había sentenciado Dios, sino que vivió novecientos treinta años. ¿Qué ocurrió? ¿Dejó Dios de cumplir su palabra? En absoluto. Adán murió, murió espiritualmente, cayó de su estado de gracia y transmitió esa muerte espiritual a todos los descendientes, como aclara Pablo en el capítulo 5 de la Epístola a los Romanos.

Cuando la Biblia habla de la mortalidad del alma se refiere siempre o a la muerte de la persona física, que deja de existir aquí o a la muerte espiritual de quien viviendo está muerto para Dios. El alma auténtica, el principio de vida que gobierna nuestro cuerpo, la naturaleza espiritual del hombre no muere, no puede morir. Porque el alma es eterna, como lo es también su Creador. Sin acudir a la filosofía ni a la teología, sin apartarnos para nada de la Biblia, trataremos de probar lo que hemos escrito:

1º– En Génesis 1:27-30 se afirma la superioridad del hombre sobre todos los demás seres de la Creación. Esta superioridad la tiene el hombre en razón de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26), y esta semejanza no puede venirle sino porque el alma es superior a la materia... Dios es inmortal, y si el hombre está hecho a semejanza de Dios, al morir el cuerpo sólo puede sobrevivir en razón del alma, que nunca muere.

2º– En este primer libro de la Biblia, donde se describen las vidas de los patriarcas, se habla con frecuencia de una existencia tras la muerte, de ser reunidos con los que ya murieron. Así, por ejemplo, en Génesis 49:29, dice Jacob, poco antes de morir: “Yo voy a ser reunido con mi pueblo”. Si la vida termina con la muerte, Jacob era iluso, porque no hay reunión posible en la tumba.

3º– En Éxodo 3:6, Dios le dice a Moisés: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. Si la vida terminara en la tumba, Dios tendría que haber dicho: “Yo era el Dios de tu padre...” Pero dijo bien, y Cristo nos da la clave al comentar: “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (Mateo 22:32).

4º– En 1º Samuel capítulo 28, el profeta, que había muerto hacía mucho tiempo, aparece vivo y habla con Saúl. Si la vida termina en la tumba, Saúl sufrió un espejismo.

5º– Cuando murió el niño que David tuvo con la mujer de Urías, el rey, ante su cadáver, dijo: “Yo voy a él, mas él no volverá a mí” (2º Samuel 12:23). Si el alma no continuara viviendo después de la muerte, la esperanza de David era vana.

6º– En Job 19:25-27 hay estas palabras del patriarca, suficientes en sí mismas para deshacer la idea de los Testigos sobre la mortalidad del alma: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha ésta mi piel, en mi carne he de ver a

Dios; al cual veré por mí mismo y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí.”

7º– En el Salmo 17:15, David dice: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza”. Si el alma no sigue viviendo después de la muerte, David se engañaba, porque el rostro de Dios no está en la tumba.

8º– En otro Salmo, el mismo autor dice: “Me has guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria” (Salmo 73:24). ¿Dónde esperaba David ser recibido? ¿Dónde está la gloria? Y si el cuerpo muere, ¿qué parte de David entraría en esa gloria?

9º– Daniel, escribiendo sobre la resurrección de los muertos, dice: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua (Daniel 12:2). Si el alma no vive después de la muerte, ¿qué parte de la naturaleza humana disfrutará de esa vida eterna?

10º– En Mateo 25:46, hablando sobre el destino eterno del hombre, Cristo dice que los impíos irán “al tormento eterno, y los justos a la vida eterna”. No creemos que en la tumba haya tormento ni vida. Luego si el alma muere, juntamente con el cuerpo, no hay vida eterna, y en este caso Cristo miente.

11º– En Marcos capítulo 9, donde se describe la transfiguración del Señor, se dice que “les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús” (versículo 4). Elías y Moisés habían muerto hacía muchos centenares de años. Sin embargo, continuaban vivos y hablaban. Si con la muerte acaba todo, los discípulos vieron a dos fantasmas.

12º– En Lucas capítulo 16 es Abraham quien aparece en el más allá, teniendo junto a él a un mendigo que había acabado de morir, Lázaro, y hablando con un rico que sufría en la con-

denación, también muerto hacía poco. Si no hay nada más allá de la tumba, Cristo nos engañó en este sublime capítulo de la Biblia. Porque aquí nos habló de tres muertos que continuaban viviendo.

13º– Si el alma no vive después de la muerte, Cristo engañó también al ladrón que estaba junto a Él en la Cruz, cuando le prometió: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

14º– Si el alma no vive después de la muerte, Cristo volvió a engañar a los discípulos y también a todos nosotros, cuando dijo: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera yo os lo hubiera dicho, voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2-3).

15º– Si el alma no vive después de la muerte, la confianza de Esteban en la vida futura cuando dijo: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”, tras haber visto “los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios” (Hechos 7:57-60) fue un fracaso.

16º– Si al morir el cuerpo se termina todo, Pedro deliraba cuando decía que Dios había puesto a Jesús por “juez de vivos y muertos” (Hechos 10:42). ¿Cómo puede juzgar Dios a un muerto?

17º– Si el alma no es inmortal y superior a la materia, Pablo estaba enseñando una falsa doctrina al escribir sobre la inmortalidad e incorruptibilidad del ser humano mediante el triunfo sobre la muerte, como lo hace en 1ª Corintios 15:53-54: “Porque es necesario que esto

20º– Y, en fin, tan seguro es que el alma sigue viviendo después de la muerte, que el apóstol Juan dice que vio “bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios y por el testimonio que tenían” (Apocalipsis 6:9). Estas almas de los mártires reclamaban la intervención del Gran Juez, pero el Señor les dice que reposen hasta la liberación final, hasta el cumplimiento de los tiempos.

No hemos agotado el tema de la inmortalidad del “alma” ni mucho menos. Nos hemos limitado a los pasajes más sobresalientes de la Biblia. No podemos hacer otra cosa en el espacio que tenemos fijado para este capítulo. Pero creemos que las pruebas bíblicas serán suficientes para convencernos de que tras la muerte como dice Eclesiastés 12:7, “El polvo se torna a la tierra como era, y el espíritu se vuelve a Dios que lo dio”.

corruptible se vista de incorrupción y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: sorbida es la muerte en victoria”.

18º– Si tras la tumba no hay otra vida, Pablo era un engañador cuando afirmaba la existencia de un más allá eterno con esta seguridad: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciera, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2ª Corintios 5:1). Y era también un soñador y un pobre iluso cuando suspiraba por desprenderse del cuerpo y gozar en espíritu la presencia de Dios: “Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor” (2ª Corintios 5:8. Véase también Filipenses 1:21-23).

19º– Si el alma no sigue viviendo después de la muerte, Pablo mintió a los Tesalonicenses cuando les dijo que el Señor en su segunda venida traerá con Él a los creyentes que durmieron en Jesús” (1ª Tesalonicenses 4:14).

Capítulo VII Más allá de la muerte

Los Testigos de Jehová son un tanto fatalistas cuando abordan el tema de la muerte. No hay luz en sus ideas. No hay esperanzas en sus manifestaciones. No hay seguridad en sus doctrinas. El misterio de la muerte está para ellos envuelto en una enorme nube de dudas y de negaciones.

Creen y no creen. Afirman y niegan. Dicen y se desdicen y se vuelven a contradecir. Al igual que cuando escriben sobre el alma, al hacerlo sobre la muerte nos dan la impresión de hallarse perdidos, vacilantes, inseguros. No encuentran la puerta de la Verdad. Carecen de brújula salvadora. Han perdido la firmeza doctrinal y caminan extraviados por sendas de pesimismo y de negruras. Son dignos de verdadera lástima, ellos y todos cuantos sin ser Testigos navegan por sus mismas aguas. De ahí nuestro interés en arrojar sobre sus ideas ciegas la luz que nos llega de la Biblia. Prosigamos.

LA MUERTE COMO TÉRMINO DE LA EXISTENCIA

Como si no tuviéramos bastante con los apóstoles del materialismo racionalista, estos otros apóstoles de un nuevo materialismo disfrazado de religiosidad vienen a decirnos que la muerte es la “pérdida de la vida”; la “terminación de la existencia” (*Asegúrense de todas las cosas*, pág. 256).

Si la muerte fuera eso, término de la existencia, nada tendría sentido en este mundo y nada valdría la pena; en este caso, la vida que conocemos, con su corta duración de la cuna al sepulcro, no sería otra cosa más que esa vanidad completa del Eclesiastés: el vacío, la frustración de todo.

Pero no, digan lo que quieran los Testigos; cuando el cuerpo muerto desciende a la tumba no termina todo, sino que comienza una nueva etapa, un vivir distinto. Así lo han sentido millones

de creyentes en todos los tiempos, de cuyas voces se hace eco el gran poeta que fue Víctor Hugo: “Cerca de medio siglo —dice el genial francés— he estado escribiendo mis pensamientos en prosa, verso, historia, filosofía, drama, sátira, oda, canto. Todo lo he experimentado, pero siento que aún no dije la milésima parte de lo que está en mí. Cuando yo baje a la tumba podré decir, como muchos: ‘Ha terminado la faena del día’, pero no podré decir: ‘Ha terminado mi vida’. Mi trabajo comenzará a la mañana siguiente. Mi tumba no es un callejón sin salida; es un camino abierto que se cierra con el crepúsculo de la noche y abre con la aurora. No valdría la pena vivir, si tuviéramos que morir por completo. Lo que aligera el trabajo y santifica nuestros esfuerzos es la visión de un mundo mejor que contemplamos a través de las tinieblas de esta vida”.

Los Testigos de Jehová no creen esto. Ellos admiten la resurrección de los muertos, si bien dicen que en la primera resurrección tomarán parte solamente 144.000 elegidos. Pero insisten en que cuando la persona muere todo termina hasta ese día; que desaparece en la tumba y se le acaba la existencia. Es decir, que no hay un más allá de vida inmediatamente después de la muerte.

¿Llevan razón? Las enseñanzas de la Biblia acerca del estado intermedio de los muertos no son muy numerosas, pero las que tenemos son claras y arrojan suficiente luz como para no extraviarnos en absurdas especulaciones.

El pasaje más claro a este respecto lo encontramos en el capítulo 16 de Lucas. Se trata de una historia contada por el propio Señor Jesús. Para restarle importancia, algunos dicen que es una simple parábola. Si así fuera, sería la única parábola en toda la Biblia cuyos personajes tienen nombres propios —Abraham, Lázaro—. Pero, aún negándole su carácter histórico y dejando este pasaje en simple parábola, nada cambia, porque Cristo usaba las parábolas para ilustrar hechos reales y si no fuera real la vida en el más allá inmediatamente después de la muerte, ni siquiera como parábola tendría sentido este capítulo de la Biblia.

Aquí se habla de “un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor”. Se habla también de “un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas”.

Luego se dice que “murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue supultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormento...”.

Dos hombres, dos muertos, dos destinos eternos. La vida en estos dos casos bíblicos no supuso terminación de la existencia. El rico y el pobre dejaron de existir aquí, pero siguieron viviendo en el más allá y siguieron viviendo inmediatamente después de haber muerto. Esta doctrina no es exclusiva del Nuevo Testamento. En el Antiguo, Samuel dice al rey Saúl: “Mañana seréis conmigo tú y tus hijos” (1º Samuel 28:19). Ese “mañana” era un día normal de veinticuatro horas. Samuel estaba en el cielo, y Saúl en la tierra aún. Si el que muere se queda en el sepulcro, ¿estaba mintiendo Samuel?

Ocurrió exactamente igual entre Cristo y uno de los ladrones que estaban junto a Él en la Cruz. Cuando el malhechor, reconociendo la inocencia de Cristo, le pide: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”, el Maestro le responde: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:42-43). Hoy es hoy, no el día de la resurrección. El paraíso no es la tumba, sino el lugar feliz de descanso junto a Dios. Cristo le estaba diciendo al ladrón que aquel mismo día, muerto el cuerpo y atravesado ya el túnel por el que se pasa de la tierra a la eternidad, seguiría viviendo con Él en el paraíso. Otra prueba más de que la muerte no es terminación de la existencia; es un simple cambio de residencia.

¿Hacia dónde se cambia? Si la persona que muere salvada ha de resucitar un día para comparecer ante “el Tribunal de Cristo” y la que muere sin la salvación ha de resucitar también para ser juzgada en el juicio del gran Trono Blanco, ¿adónde van unos y otros cuando mueren? La respuesta no es difícil.

Todos ellos desembocan en lo que la Biblia llama “Hades” o lugar de los muertos. A este respecto dice Mullins: “La palabra Hades, como es empleada en el Nuevo Testamento, equivale prácticamente a la palabra ‘Sheol’ del Antiguo Testamento. Significa sencillamente la morada de los muertos. Hades no es el paraíso; tampoco es el gehenna. Puede ser cualquiera de estos dos, pero no debe identificarse con ninguno de ellos. El uso de la palabra Hades no dice por sí mismo si el que entra en él baja a la miseria o sube a la felicidad. Puede ir en cualquier dirección. Jesús entró en el Hades (Hechos 2:31). Así también lo hizo el rico de la parábola (Lucas 10:23). Así es que el Hades es representado en el Nuevo Testamento como una región separada de la vida presente en la que entran todos los muertos”.

El Nuevo Testamento no nos deja a oscuras acerca del Hades o lugar de los muertos. Distingue perfectamente en él dos lugares; uno de felicidad, adonde van las almas redimidas

por Cristo, y otro de condenación, adonde van los que mueren sin la salvación. En el capítulo 16 de Lucas se identifican con toda claridad estos dos lugares. Añadamos, sin embargo, y para evitar confusiones inútiles, que el estado de los muertos en estos lugares es provisional, ya se trate de creyentes o incrédulos. Los primeros, como escribe Pache, disfrutaban junto a Dios esperando la resurrección y el reinado eterno, mientras que los otros se encuentran en una especie de “prisión preventiva”, esperando el día del gran juicio y la condenación eterna.

▶ 62 ◀

EL ESTADO INTERMEDIO DE LOS MUERTOS

Lo hemos explicado aquí y lo probamos también en el capítulo anterior sobre la inmortalidad del alma. La persona sigue viviendo después de eso que entre nosotros llamamos muerte. Lo que se trata de saber, ahora, es si los muertos permanecen en un estado consciente o inconsciente. Los Testigos de Jehová, que, como ya hemos visto, dicen que la muerte es el final de la existencia, agregan que el morir es “cesación completa de la actividad consciente, intelectual o física, sea ésta celestial, humana o de otra clase” (*Asegúrense de todas las cosas*, pág. 256).

Este párrafo parece salido de la pluma de un ateo más que de la de un creyente en Dios. Podrían suscribirlo Huxley, Green, Gide, Sartre o cualquiera de nuestros racionalistas del 98. Según el mismo, la persona, cuando muere, termina totalmente con su vida consciente, no ejerce actividad alguna ni en el cielo ni en la tierra.

Esta cuestión se ha discutido mucho en Teología y en Filosofía. Se ha querido saber si los muertos, en el más allá, llevan una vida consciente o inconsciente. Los Testigos dicen que inconsciente, como afirman también los ateos, pero la Biblia insiste en que no, en que los muertos, tras ser depositados en tierra o encerrados en nichos de lujo, continúan viviendo en pleno dominio de sus facultades mentales y de sus necesidades físicas. Antes incluso de ser enterrados; en cuanto dejan de respirar aquí.

Forzosamente hemos de recurrir otra vez al capítulo 16 de Lucas. De este capítulo aprendemos lo siguiente:

- 1º– Que los muertos siguen conservando la vista: “En el infierno alzó sus ojos, estando en los tormentos, y vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno” (versículo 23).
- 2º– Conservan el habla: “Entonces él, dando voces dijo...” (versículo 24).
- 3º– Conservan el sentimiento de compasión: “Padre Abraham, ten misericordia de mí” (versículo 24).
- 4º– Conservan las necesidades físicas: “... Envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua...”
- 5º– Conservan el sentimiento de dolor: “Soy atormentado en esta llama” (versículo 24).
- 6º– Son plenamente conscientes de su vida en la tierra: “Acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida y Lázaro también males” (versículo 25).
- 7º– Conservan la memoria: “Ruégote, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos” (versículos 27, 28).
- 8º– Conservan el sentimiento de culpabilidad: “... Que les testifique, porque no vengan ellos también a este lugar de tormento” (versículo 28).
- 9º– Siguen viendo desde el más allá la dureza del corazón humano: “Si alguno fuere a ellos de los muertos, se arrepentirán” (versículo 30).

Si el seno de Abraham, la llama del infierno, la lengua del rico, el dedo del pobre, la sed atormentadora y la gotita de agua refrescante son imágenes que hemos de interpretar literal o metafóricamente, no hace al caso. Porque estas imágenes, reales o imaginarias, se emplean para ilustrarnos una enseñanza importantísima, una doctrina fundamental del Cristianismo, y es la enseñanza lo que cuenta, la lección que se nos da mediante ella, no las palabras ni las imágenes que se usan para hacérsela comprender.

Todo esto se refiere al estado intermedio que existe entre la muerte y la resurrección de las personas que mueren sin creer. Que se trata de un estado consciente lo confirman todavía más estas palabras dirigidas por Jesús a los judíos incrédulos: “Allí será el lloro y el crujir de dientes, cuando viereis a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros excluidos” (Lucas 13:28).

En cuanto a los creyentes que mueren salvados por Cristo, tenemos igualmente abundantes referencias en el Nuevo Testamento. El libro del Apocalipsis nos ayuda mucho en

la aclaración de este misterio. Dice que todos los que mueren en el Señor son “bienaventurados” (14:3), lo que resultaría incomprendible si estos muertos permanecieran en la tumba. Viven en un estado de espera (14:13), de reposo (6:10-11), de santidad (7:14) y de servicio (7:15). Espera, reposo, santidad y servicio conscientes, porque dice el libro que “clamaban en alta voz” y que sirven a Dios “noche y día en su templo”.

El apóstol Pablo también arroja luz sobre el particular. Es dogmático y contundente cuando afirma que “ni la muerte... nos podrá apartar del amor de Dios que es en Cristo Jesús” (Romanos 8:38, 39). Esto quiere decir que nuestra comunión con Dios no puede ser cortada por la tumba, como afirman los Testigos. No obstante, Pablo consideraba este estado intermedio entre la muerte y la resurrección del creyente como imperfecto (2ª Corintios 5:2-4) y deseaba la experiencia de la resurrección y el premio final (Filipenses 3:8-12).

▶ 63 ◀

LA MUERTE COMO SUEÑO

Los Testigos de Jehová son muy dados a confundir la “muerte” con el “sueño”. Esto lo hacen en casi todos sus libros de doctrina, entre ellos los populares *Sea Dios veraz* y *Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*.

Es cierto que la Biblia describe la muerte como un “sueño” en algunos pasajes, entre ellos Mateo 9:24, Juan 11:11 y Hechos 7:60, donde se habla, respectivamente, de la muerte de la hija de Jairo, de Lázaro y de Esteban. En el Antiguo Testamento encontramos también expresiones tales como “sueño de la muerte” (Salmo 13:3) y “de los que duermen en el polvo de la tierra” (Daniel 12:2); pero esto nada tiene que ver, en absoluto, con lo que los Testigos llaman “el sueño de las almas”, es decir, que el alma, el hombre, permanece inconsciente y dormido en la tumba hasta el día de la resurrección. Ya hemos escrito largamente sobre esta cuestión y no vamos a volver de nuevo sobre ella.

La Biblia habla de la muerte como un sueño porque, efectivamente, la muerte para el justo es un descanso tras las luchas de la vida como el sueño lo es para el cuerpo cansado tras una jornada agotadora. Es un sueño que no puede medirse, porque ni los segundos valen para

contabilizar el tiempo que pasa entre el dormir aquí y el despertar allá. Jerónimo y Crisóstomo, autores cristianos de los primeros siglos, dicen que la Biblia llama a los muertos “dormidos”, porque están realmente dormidos a todas las circunstancias de la vida terrena y sólo viven para Dios. Idea seguramente basada en las palabras del apóstol Pablo cuando pide que “o que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él” (1ª Tesalonicenses 5:10).

Pero es incluso posible, según la Biblia, pasar de la tierra al cielo sin entrar en este sueño de la muerte. Esto se tipifica perfectamente en los casos de Enoc y Elías, que fueron arrebatados sin experimentar el “desnacimiento”, como diría Unamuno.

MUERTE HUMANA Y MUERTE ANIMAL

Hay un pasaje en la Biblia ante el que se frotan las manos de contento los Testigos de Jehová y que citan continuamente para probar, según ellos, que en esto del morir no hay diferencia entre los hombres y los animales. El texto, que no queremos pasar por alto en este capítulo sobre la muerte, dice literalmente: “Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia, porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?” (Eclesiastés 3:19-21). Aquí la Biblia parece dar la razón a los Testigos en su creencia de que la muerte del hombre y la muerte del animal son una misma muerte. Pero en la interpretación de la Biblia rige un principio general, el de que texto sin contexto es un pretexto. En el contexto global de la Biblia no encuentra cabida la idea pesimista que se apunta en estos tres versículos. Por el contrario, el mismo autor, en el mismo libro, unas páginas más adelante asegura que el polvo del hombre vuelve a la tierra en tanto que el espíritu se torna a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7).

Es también regla interpretativa de la Biblia que no puede fundarse una doctrina sobre un pasaje oscuro, cuando hay otros muchos, suficientemente claros, que afirman lo contrario. Una doctrina tan importante como la supervivencia consciente del alma tras la muerte no puede

establecerse sobre un solo pasaje de dudosa interpretación que parece contradecirla e ignorar, en cambio, los muchos textos que hemos aducido para afirmarla.

Por lo demás, hay que tener en cuenta, para la recta comprensión del pasaje citado, que en el Eclesiastés Salomón mira las cosas desde el punto de vista terreno. Aquí se ocupa de lo que ocurre debajo del sol (1:3). Y para nosotros, en apariencia, no hay diferencia entre la muerte del hombre y la muerte del animal. De no ser por la revelación divina, el hombre se debatiría en la oscuridad. Sólo quien ha comprendido los propósitos de Dios manifestados en Cristo alcanza a ver la diferencia entre la muerte del animal y la muerte del hombre.

Como filósofo, Salomón se muestra en este libro desencantado de la vida y describe las vanidades terrenas con un lenguaje de realidades crudas. Debajo del sol todo es vanidad, la sabiduría y los placeres son decepcionantes y de ellos no obtiene el hombre beneficios duraderos. Las riquezas y la gloria son igualmente inútiles, porque el hombre ha de morir, mirando de cielo abajo, como mueren también los animales.

Pero esto no significa, de ninguna manera, que el destino del hombre más allá de la tumba sea igual que el destino de los animales. Entre otras razones, porque, como dice Pablo, el cuerpo del hombre es diferente al cuerpo del animal (1ª Corintios 15:39). El destino del animal es la tierra. El destino del hombre está más allá de la tierra. Lo dijo Cristo: Irán los incrédulos “al tormento eterno y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:46).

Dejemos ya a los llamados Testigos de Jehová con sus pobres y pésimas teorías y cerremos este capítulo, sin necesidad de acudir nuevamente a la Biblia, con aquellas palabras pronuncia-

das por el gran Flammarión ante la tumba de su amigo Marón: “Señores, si esta tumba es el fin último de la existencia, y la última palabra de cuanto es, la creación no tiene entonces sentido, y el universo infinito, con sus soles y sus lunas, con todos sus seres y todas sus luces y todas sus esperanzas, tendría menos sentido que la acción más pequeña del perro y de la hormiga.”

Capítulo VIII *Infierno en llamas*

A los Testigos de Jehová no les agrada el infierno. Es natural. Ni a ellos ni a nadie. Tampoco a este escritor. Igualmente nos desagrada la muerte, pero nada podemos contra ella. Estamos condenados a morir. Porque es bueno que sepamos que la muerte es una condenación. Como lo es también el infierno. En el plan general de Dios hay condenaciones temporales y hay condenaciones eternas. Nos guste o no. Y el infierno, pese a nuestro desagrado, se describe en la Biblia como una condenación eterna.

Los Testigos niegan esto. Dicen: “La doctrina del infierno ardiente donde los malos son atormentados eternamente después de su muerte no puede ser verdad por cuatro razones principales: (1) Carece por completo de apoyo bíblico; (2) Es irrazonable; (3) Es contraria al amor de Dios, y (4) Es repugnante a la justicia”.

Así, por las buenas. Se podrían haber ahorrado palabras, porque si es cierto que la doctrina del infierno carece de apoyo bíblico, no necesitamos más argumentos para darle carpetazo en nuestra conciencia. Pero los Testigos no quieren ahorrar párrafos. Siguen. Ahora, el sistema de siempre, el argumento del sentimentalismo, el recurso a los efectos humanos. Oigámoslos: “¿Quién es responsable por esta doctrina de un infierno de tormentos la cual deshonra a Dios? El promulgador de esta doctrina es Satanás mismo. Su propósito al introducirlo ha sido asustar a la gente para que no estudie la Biblia y para que odie a Dios. El hombre imperfecto ni siquiera atormenta a un perro rabioso, sino que lo mata. Sin embargo, el clero atribuye a Dios, que es amor, el crimen malvado de atormentar a las criaturas humanas simplemente porque tuvieron la desgracia de nacer pecadoras”. (Las dos citas están tomadas del libro *Sea Dios veraz*, págs. 97-98). Toda la literatura de los Testigos abunda en parecidos argumentos en contra del infierno.

El tema no es bonito. El alma del escritor no se recrea, ciertamente, al tratarlo. Pero es fundamental en la doctrina cristiana y no puede eludirse. Hay que darle el lugar que por derecho le corresponde.

EL CONCEPTO MEDIEVAL DEL INFIERNO

El miedo que la gente tiene al infierno es debido, en gran medida, al concepto medieval sobre esta doctrina. Las horripilantes figuras usadas por los teólogos de aquellos siglos para describir el infierno no sólo llenaron de horror la mente y el alma de los individuos, sino que, además, fueron la causa de la sublevación que hoy padecemos en contra del infierno. Los libros religiosos de aquella época hablan del infierno como de un lugar donde los cuerpos humanos son pinchados con grandes tenedores por demonios monstruosos y echados en ollas de aceite hirviendo. Describen a los condenados como “horribles malhechores”, “criminales mezclados con los demonios cuyo oficio es atormentarles”. Añaden que uno de los más fuertes tormentos del infierno lo constituye “el gusano roedor, cuyas mordeduras serían suficientes para matar mil veces a los condenados si morir pudieran”.

Este concepto enteramente material del infierno fue recogido por Dante, contemporáneo de Tomás de Aquino, y explicado en su *Divina Comedia* con imágenes más terroríficas aún. En el infierno de Dante, los condenados son obligados a correr tras una enseña, aguijoneados por moscardones y avispas. Enormes llamas de azufre achicharran los cuerpos, mientras que otros son descuartizados y degollados por Cerbero, monstruo de tres cabezas. Sangre hirviendo, perros hambrientos, bocanadas de fuego que caen del cielo y otros incontables pasajes de horror y escenas luctuosas aparecen en el infierno de círculos superiores e inferiores del Dante.

Hasta hoy, los círculos tradicionales del Cristianismo han venido creyendo y enseñando esta explicación del infierno. No es extraño, pues, que los países cristianos sean más antiinfernistas que otros, porque la mente humana no puede dejar de rebelarse contra la crueldad que semejantes figuras representan. Y estas figuras son de exclusiva invención humana, porque a excepción del gusano y del fuego, las demás son totalmente extrañas a la Biblia.

Los Testigos de Jehová no son los únicos en oponerse al infierno. Doctrinalmente lo niegan también otros grupos religiosos. En la práctica, forman legión el número de personas que, aún perteneciendo a una denominación llamada cristiana, viven sin creer en el infierno, rechazando con repugnancia esta doctrina de la Biblia.

EL CARÁCTER DE DIOS

No se puede comprender la doctrina cristiana del infierno si no se tiene en cuenta el carácter de Dios. Decir que un Dios de amor no puede condenar eternamente a una criatura, no es suficiente. Porque ese Dios de amor es también Dios de justicia.

Todo cuanto el mundo desee conocer acerca del amor de Dios está contenido en ese versículo 16 del tercer capítulo del Evangelio de Juan, llamado la Biblia en miniatura. Aquí se nos declara la intensidad del amor de Dios: “Porque de tal manera amó Dios”; el alcance de su amor: “Al mundo”; la demostración de su amor: “Que ha dado a su Hijo Unigénito”; y el objeto final del amor: “Para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Este amor, de consecuencias eternas, adquiere valores superiores cuando nos damos cuenta de que la iniciativa amorosa partió de Él. Su amor hacia nosotros no fue la correspondencia divina hacia una actitud humana; fue un gesto gracioso e inmerecido con el cual Dios quiso distinguirnos para ofrecernos la oportunidad de alcanzarle en su morada celestial. Así lo dice el apóstol: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4:7).

El amor es, pues, cualidad principal en el carácter de Dios. Es el atributo por excelencia de la divinidad. Pero haciendo pareja con el amor está la justicia de Dios. Amor sin justicia sería injusticia. Justicia sin amor sería crueldad. Son principios básicos en todo carácter.

En la Biblia, Dios aparece como Juez Supremo, asistido de normas jurídicas serias: “Todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en Él, es justo y recto” (Deuteronomio 32:4). Este atributo de Dios, cosa muy importante a tener en cuenta por quienes niegan la condenación eterna, no contradice en absoluto su carácter, antes al contrario, es una exigencia de su propia naturaleza moralmente impecable. Leamos Génesis 18:25, donde dice Abraham, dirigiéndose a Dios: “Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al

justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”

Este sentido insobornable de rectitud, de justicia, sujeto a los imperativos de su naturaleza, le llevó a castigar a nuestros primeros padres en el Edén; castigó a los patriarcas del Antiguo Testamento con aflicciones temporales por causa de desobediencia; condenó a Moisés a no penetrar en la tierra prometida; castigó a los israelitas por el desierto haciendo que la tierra se

▶ 66 ◀

abriera bajo Coré y su familia; hizo llover fuego sobre las ciudades pecadoras de Sodoma y Gomorra y castigó a toda la humanidad pecadora con el diluvio, salvando únicamente a Noé y su familia precisamente porque era “justo”.

Cuando se dice que Dios no puede condenar eternamente a una criatura porque ello iría en contra de su carácter amoroso, no se debe olvidar que el Dios que entregó a Su Hijo en el Calvario por nosotros y el Dios que hizo perecer a toda la Humanidad mediante el diluvio, es un solo y mismo Dios. La Biblia dice que “Dios es amor” (1ª Juan 4:8); cierto, pero también dice que “Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29).

Otra prueba de que el infierno no está en contradicción con el amor de Dios lo tenemos en el hecho de que será el mismo Cristo el encargado de dictar sentencia. Y nadie nos ha dado una mayor prueba de amor que el dulce Carpintero de Nazaret. Cristo, en el día del juicio, dirá a los que estarán a su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

EL LENGUAJE DE LA BIBLIA

Es interesante observar que quien más habló acerca del infierno fue precisamente el Señor Jesucristo, el carácter más santo de toda la Biblia. En su estupendo libro *L’Au Delá*, el abogado y teólogo René Pache analiza veintidós diferentes expresiones bíblicas que describen

el infierno. No podemos transcribir aquí todo el lenguaje de la Biblia por la natural falta de espacio, pero ofrecemos las citas y el lector interesado puede estudiarlas por sí mismo.

Se habla del infierno como la “hoguera encendida de Jehová” (Isaías 30:33); “las llamas eternas” (Isaías 33:14, Lucas 16:19-21, 2ª Tesalonicenses 1:7-8); “el gusano que nunca muere” (Isaías 66:24, Marcos 9:48); “el oprobio y la vergüenza eterna” (Daniel 12:2); “el fuego que nunca se apaga” (Marcos 9:43, 48; Mateo 18:8 y 25:41; Hebreos 10:26, 27); “la gehenna” (Mateo 5:29-30 y 10:28); “la perdición” (Mateo 6:13; Romanos 9:22; Filipenses 3:19); “el horno de fuego” (Mateo 13:41, 42); “el lugar del lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13: 50 y 22:13); “el tormento eterno” (Mateo 25:46); “las tinieblas” (Mateo 22:13; 2ª Pedro 2:4-17 y Judas 6 y 13; “la ira venidera” (Lucas 3:7; Romanos 2:5-8 y 5:9); “el lugar de exclusión” (Lucas 13:25-28); “los tormentos” (Lucas 16:23-28 y Apocalipsis 14:11 y 20:10); “la eterna perdición” (2ª Tesalonicenses 1:9; 2ª Pedro 3:7); “el juicio eterno” (Hebreos 5:11, 6:2); “la condenación” (2ª Pedro 2:3; Judas 4); “el castigo” (Judas 7); “la destrucción” (Apocalipsis 11:18 y 2ª Tesalonicenses 2:8); “el fuego y el azufre” (Apocalipsis 14:10); “el lago de fuego” (Apocalipsis 19:20 y 20:15); “la muerte segunda” (Apocalipsis 20:14 y 21:8).

“Aun cuando las expresiones bíblicas aparecen adornadas con diferentes imágenes – afirma el doctor Pache– sus conclusiones dejan entrever claramente una espantosa realidad. Si el fuego, el gusano devorador, las tinieblas, etc., son imágenes que hemos de entender en su significado espiritual más que material, entonces estamos obligados a aceptar la idea que encierran de sufrimiento perdurable, de remordimiento, de desgracia y de separación.”

ANIQUILACIÓN

Como una consecuencia de la doctrina sobre la mortalidad del alma, los Testigos de Jehová mantienen la de la “aniquilación” o “destrucción de los impíos”. Dicen que no hay castigo eterno, que sólo Dios es inmortal y que Él concede esta inmortalidad únicamente a los que creen en Jesús. Al defender esta tesis, los Testigos se encuentran con todos los muertos incrédulos que se han ido de esta tierra, sin saber qué hacer con ellos. De momento, al morir, los dejan en la tumba. Pero como admiten la resurrección no tienen más remedio que darles un destino. Al cielo no pueden ir, porque han muerto sin creer; al infierno tampoco, porque

dicen que no existe. ¿Qué hacer con tantos millones de muertos? Resuelven el problema, o al menos pretenden resolverlo, diciendo que serán aniquilados, que serán destruidos por Dios. Condenarlos a un infierno eterno –dicen– sería hacerlos inmortales, y la inmortalidad está reservada para Dios y para los creyentes solamente.

Esta teoría la basan en varios versículos de la Biblia, que explican a su manera, pero principalmente en el de Mateo 10:28, que dice: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar. Temed antes a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”.

Para entender correctamente este pasaje se ha de tener en cuenta que el verbo destruir, en el original griego, significa también “perder”. El mismo verbo se aplica a “las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 10:6); a la oveja “perdida”, a la dracma “perdida” y al hijo “perdido” (Lucas 15:6, 9, 24). Es claro que ni la oveja, ni la dracma, ni el hijo pródigo estaban “destruidos”. La misma palabra se encuentra en Mateo 18:11, donde se dice que Jesús vino a salvar lo que se había “perdido”. Lo destruido no precisa salvación.

Es curioso comprobar cómo los Testigos, que tanto recurren al sentido del griego cuando les conviene, dejan de hacerlo en este pasaje de santísima importancia, que puede leerse así: “Temed a Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno”.

El doctor Pache, que ha estudiado bien esta cuestión (véase el libro *¿Existe el Infierno?*, traducido por Juan Antonio Monroy), después de analizar todos los pasajes bíblicos que hablan de “destrucción”, concluye: “Faltos de textos bíblicos, los partidarios de esta doctrina no se hallan de acuerdo sobre el momento del aniquilamiento; unos opinan que los pecadores dejan de existir desde el mismo instante en que se produce la muerte. Esto es exactamente lo que afirman los incrédulos: ¡Comamos y bebamos que mañana moriremos! Para los que así piensan, la historia de Lázaro y el rico malo ha sido escrita en vano (Lucas 16:19-31). Otros afirman que el aniquilamiento de los pecadores se verificará en el día del Gran Juicio, cuando sean arrojados en el lago de fuego y azufre. Pero ya hemos visto que no habrá nada de eso. Por otro lado, sería una tremenda injusticia que Caín haya venido sufriendo durante miles de años

en el lugar de “los tormentos”, en tanto que los rebeldes al final de los tiempos e incluso el diablo lo hagan sólo unos instantes para ser aniquilados seguidamente. Todavía otros afirman que los pecadores serán aniquilados más tarde, después de haber pasado en el lago de fuego y azufre un tiempo proporcional a las faltas cometidas. Pero está bien claro que no hay texto bíblico alguno que hable de permanencia temporal en un infierno donde todo es eterno.”

EL PECADO Y LA CULPA

No queremos proseguir en este capítulo sin antes aclarar un malentendido de los Testigos. Dicen, en el pasaje que al principio citamos, que se atribuye a Dios “el crimen malvado de atormentar a las criaturas humanas simplemente porque tuvieron la desgracia de nacer pecadoras”.

Esto es doctrina humana, pero no bíblica. Y los Testigos debieran distinguir. La Biblia dice que el pecado de Adán es hereditario, que el niño nace con la inclinación al mal, con la predisposición al pecado, pero no dice en lugar alguno que Dios condene a una criatura por la inclinación ni por la predisposición. La responsabilidad del niño comienza cuando llega a la edad en que es capaz de distinguir entre el bien y el mal. Antes de eso no es responsable ante Dios. Si un niño muere sin haber alcanzado el estado de responsabilidad individual ante el Creador, no va al infierno, sino directamente al cielo.

Cuando murió el niño que David tuvo con la mujer de Urías, el heteo, el Rey dijo: “Yo voy a él, mas él no vendrá a mí” (2ª Samuel 12:23). Y David no esperaba ir al infierno, sino al cielo, como canta repetidamente en todos sus salmos.

El Señor Jesús puso más clara esta verdad, que los hombres han convertido en mentiras. En una ocasión en que las madres traían a sus hijos para que los bendijera, viendo Jesús que los discípulos trataban de impedirlo, les dijo: “Dejad los niños venir a mí, y no lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos” (Lucas 18:16). Y aún en otra ocasión puso a un niño como ejemplo del nuevo nacimiento mediante el cual se entra al cielo, diciendo: “Si no os volvierais y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3).

Ya hemos dicho que Dios es amor y es también justicia. Sería injusto por su parte condenar a una criatura por pecados que no ha cometido. El niño que muere sin haber pecado no va al

infierno; va al cielo, aunque los hombres digan cosas distintas, que los Testigos aprovechan y esgrimen sin especificar.

EL VERDADERO TORMENTO

De las muchas y terribles imágenes que la Edad Media ha usado para ilustrar el tormento del infierno, solamente encuentran apoyo en la Biblia el fuego, el gusano devorador, el lloro, el crujir de dientes y el azufre. Todas las demás representaciones son concepciones un tanto grotescas de la mente humana.

Ahora bien, si estas imágenes son auténticas o simbólicas, nada cambia la realidad de la eterna condenación del alma. Aunque en el infierno no haya fuego, ni azufre, ni gusanos devoradores, ni crujir de dientes, una cosa es segura: allí no estará Dios, y donde Dios no esté, no hace falta más tormento. Ya es un infierno en sí.

Pablo lo concibe así, como separación de Dios. Hablando de los inicuos, dice que “serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de Su poder” (2ª Tesalonicenses 1:9, versión Nácar-Colunga). Ya está. No hace falta más infierno que ese vivir eternamente “lejos de la faz del Señor”. Aunque en lugar de fuego el alma se bañara en ríos de leche, como el paraíso de Mahoma.

La persona condenada “no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3), ni tampoco “verá la vida” (Juan 3:36). En esta situación, esté donde esté, se hallará en un infierno aunque no sea de fuego. Porque sabemos que ese infierno, contenga lo que contenga, debe ser algo espantoso. La Biblia dice que Cristo vino a salvarnos de la condenación. Y muy grave debe ser esa condenación cuando Dios se encarnó, sufrió y murió para salvarnos. Una salvación pagada a semejante

precio debe ser algo grande. Como grande debe ser también la condenación que concede al alma humana un precio tan elevado. Es de lógica.

Capítulo IX

Cielos sin fronteras

Ya tenemos aquí a los Testigos de Jehová, en su caprichosa y disparatada interpretación de la Biblia, limitándonos el cielo. Lo que al final de los tiempos será, según las Sagradas Escrituras, el lugar de eterna reunión de todos los redimidos, ellos lo reducen a la capital de un hipotético estado terreno, desde donde gobernará Cristo asistido por 144.000 elegidos. Ni uno más, ni uno menos.

LA NUEVA TIERRA

Quien no haya leído en plan de estudio, como ha tenido que hacer este autor, la enrevesada literatura de los Testigos acerca de la nueva tierra, no sabe lo que es un auténtico dolor de cabeza. No es fácil, desde luego, poner orden entre las muchas citas, las ideas atropelladas y las repeticiones y contradicciones en que incurren continuamente.

Haciendo un uso literal de Apocalipsis 21:1: “Vi un cielo nuevo y una nueva tierra, porque el primer cielo y la primera tierra se fueron”, los Testigos coinciden que al final de todos los tiempos quedarán dos estados eternos. La enseñanza bíblica dice que estos dos estados eternos serán, respectivamente, el cielo y el infierno. Pero los Testigos afirman que no; como, según ellos, el infierno no existe, porque todos los malos serán aniquilados por Dios, teoría que ya analizamos y rechazamos en el capítulo anterior, los dos estados eternos serán, primero, el Cielo, desde donde reinará Cristo y 144.000 personas más, y, segundo, la tierra, donde habitarán para siempre todos los salvados, es decir, todos los que acepten las doctrinas de los Testigos de Jehová. Estos vivirán “abajo” y serán felizmente gobernados por los de “arriba”.

Como al lector puede parecerle un poco extraño este cielo de dos pisos, copiamos uno de los muchos textos de los Testigos al respecto. Esto nos evitará el que alguien nos acuse de excesiva imaginación. Así dicen: “Los nuevos cielos”, de los cuales Dios hizo directamente una promesa hace mucho tiempo en Isaías 65:17; 66:22, serán los nuevos poderes gobernantes celestiales, a saber, el glorificado Señor Jesucristo y su Novia, sus 144.000 discípulos fieles, todos éstos reemplazando a Satanás el Diablo y sus ángeles demoníacos, quienes son “los gobernantes mundiales de esta oscuridad”, “las inicuas fuerzas espirituales en los lugares celestiales de este tiempo actual” (Efesios 6:11-12). Correspondientemente, la “nueva tierra” no significará un nuevo globo terrestre en el cual vivir para siempre. Significará toda la humanidad salva que viva como una sociedad justa en un nuevo sistema de cosas bajo los “nuevos cielos” y todavía viviendo en este mismo globo terrestre” (*Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*, págs. 378-379).

En otras obras (*Asegúrense de todas las cosas*, pág. 367, y *Sea Dios veraz*, págs. 257-267) nos dicen que las condiciones de vida en esta nueva tierra serán enteramente paradisíacas. “Aquí habrá un mundo sin la muerte adánica, sin enfermedad, tristeza, lágrimas o confusión religiosa. Será un mundo seguro, que adorará a Jehová y estará lleno de amor y gozo y de toda cosa deseable. Permanecerá, no por mil años, ni por un millón de años, ni siquiera por mil millones de años, sino para siempre.”

Todo esto ocurrirá, según los Testigos, aquí mismo, en la tierra; y no por un período de mil años, como afirman los milenaristas, sino para siempre, perpetuamente, eternamente. Será, según ellos, un estado ideal independiente del cielo. Esto lo enfatizan. Cuando comentan sobre la “nube de testigos” de Hebreos 11, machacan: “El ser fieles hasta la muerte ganó para ellos la promesa de una ‘resurrección mejor’, un levantamiento a la vida, no en el cielo, sino sobre la tierra bajo un gobierno divino bajo el cual ellos nunca tendrán que volver a morir, sino que podrán alcanzar la perfección humana”.

Los “Testigos de Jehová” corren mucho en sus especulaciones proféticas, que constituyen el nervio central de su mensaje.

La “nueva tierra” se describe en cuatro pasajes principales de la Biblia: Isaías 65:17, 66:22; 2ª Pedro 3:13, y Apocalipsis 21:1. Pero estas escrituras no les autorizan a dogmatizar, con la seguridad y contundencia con que ellos lo hacen, sobre el establecimiento literal de una tierra

nueva “en este mismo globo terrestre”, como ellos dicen, separada del estado eterno del cielo. Tropiezan con dos grandes obstáculos. El primero es el que les opone la enseñanza general de la Biblia, y el segundo el que ellos mismos se crean al interpretar literalmente los pasajes y figuras de la Biblia que así les conviene.

Un autor católico, el jesuita Ricardo Franco, que es doctor en Teología en la Facultad Teológica de Granada, explica así el pasaje de 2ª Pedro: “Esta destrucción por el fuego es equivalente a la del diluvio, que es ‘la primera destrucción del mundo’ y una vuelta al caos primitivo, con la confusión de las aguas superiores e inferiores. Este lenguaje apocalíptico no debe tomarse al pie de la letra. Mucho menos intentar un concordismo con los datos científicos. Su mensaje fundamental es el de la “simpatía” de la naturaleza inanimada con la historia de la salvación, que traerá a ella también, no la destrucción, sino la liberación de la corrupción” (Romanos 8:19-22).

En cuanto al pasaje de Apocalipsis 21:1, dos autores protestantes de significativa talla espiritual e intelectual, Luis Bonnet y Alfredo Schroeder, francés el primero y alemán el segundo, dicen: “Un cielo nuevo y una tierra nueva, Dios los había prometido ya por los profetas (Isaías 65:17; 66:22). Su aparición cumple la esperanza de los creyentes (2ª de Pedro 3:13); responde al suspiro de la creación entera (Romanos 8:19-22). El vidente puede contemplar esta gloriosa renovación del universo, pues el primer cielo y la primera tierra han desaparecido (Apocalipsis 20:11). Esta descripción de la felicidad celestial y eterna es el coronamiento del Apocalipsis. Algunos intérpretes han visto en ella, sin razón, la pintura de un estado intermedio que formaría parte todavía del reinado de mil años (Apocalipsis 20:1-10). Pero es necesario reconocer que aquí, como en todas partes, la vida eterna es representada por figuras, indispensables para poner a nuestro alcance cosas inefables (2ª Corintios 12:4). Al interpretar estas figuras hay que cuidarse de dos errores: figurarse que todos estos signos materiales se realizarán exactamente o no ver en ello más que ideas desprovistas de toda realidad. El hombre resucitado (Apocalipsis 20:12-13) será un espíritu puro (1ª Corintios 15:35 ss.). Ahora bien, el mundo en que vivirá deberá estar en armonía con esta constitución de su ser. A estas exigencias responden las últimas descripciones del Apocalipsis, que unen la más elevada espiritualidad a un sano realismo”.

Los tres autores citados, uno católico y dos protestantes, todos ellos verdaderas autoridades en la Biblia, concuerdan en lo delicado que resulta hacer un uso literal de las imágenes empleadas para describir los nuevos cielos y la nueva tierra. En torno a las palabras de los dos apóstoles, Pedro y Juan, se ha especulado tanto que hay volúmenes enteros dedicados a explicar lo que ellos ni siquiera pensaron.

Para nosotros, las palabras “nuevos cielos y nueva tierra” no tratan de explicarnos porciones materiales del universo; son, simplemente, una descripción del lugar donde habitarán

► 70 ◀

eternamente todos los redimidos por Cristo. El cielo y la tierra actuales sirven de figuras que nos ayudan a comprender mejor la gloria y la grandeza de ese otro cielo donde “no entrará ninguna cosa sucia, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27) y del que seguiremos hablando en este capítulo: El cielo como lugar final de todos los redimidos por Cristo. Si ese cielo ha de estar arriba, abajo, más abajo o más arriba, no importa ni tampoco nos interesa. Basta con saber que será la mansión eterna donde habitará la gran familia de Dios. Y para siempre.

UNA IGLESIA LIMITADA

El sistema de interpretación bíblica que tienen los Testigos llega al colmo de su desvarío cuando identifican a la Iglesia de Jesucristo, esta institución divina de alcance universal, con el reducido grupo de los 144.000 señalados del Apocalipsis. Aunque ello signifique abusar de la paciencia del lector, queremos reproducir aquí una cita de los Testigos que, estamos seguros, hará sonreír compasivamente al estudiante equilibrado de la Biblia. Dicen: “En Apocalipsis 14:1-3 la Biblia predice de una manera concluyente que el número final de la congregación celestial será 144.000, de acuerdo con el decreto de Dios. Debido a que su verdadera congregación fue prefigurada por las doce tribus de Israel bajo Moisés, la congregación celestial es comparada a doce tribus con 12.000 miembros cada una, bajo el Moisés Mayor, Cristo Jesús.

La congregación, entonces, se limita a este número selecto y predestinado; y en el cielo es hecha la parte capital o el cuerpo gobernante de la organización universal de Jehová. También se hace referencia a ella en la Escritura como el ‘cuerpo’ de Cristo y la ‘esposa’ o ‘novia’ del Cordero Jesucristo (Apocalipsis 7:4-8; 19:7; 21:9; Efesios 1:20-23). Todas las otras criaturas que recibirán vida de manos de Dios por medio del Reino no formarán parte de ‘la congregación de hijos’, sino que vivirán sobre la tierra bajo el mando de Cristo Jesús y su congregación, que estarán en los cielos”. (*Sea Dios Veraz*, págs. 128 y 129).

Ahí es nada. El “Cuerpo” de Cristo, la “Novia” o “Esposa” del Cordero es, como se ve en el pasaje de Efesios que citan los Testigos, la Iglesia que el Señor fundó en la tierra, que Él compró con su sangre y que, históricamente, nació el primer Pentecostés después de la resurrección de Cristo (véase también Efesios 5:32). En Hechos 7:38 la palabra “Iglesia” se traduce por “congregación” con referencia al pueblo de Israel, y en Hebreos 12:23, aplicando el término a la Iglesia de Cristo, se la llama “congregación de los Primogénitos”. Pero todo esto, ¿qué tiene que ver con los 144.000 elegidos del Apocalipsis? ¿Por qué tanta confusión?

El número de 144.000 es simbólico, representativo. Se toma lo determinado para expresar lo indeterminado. En Apocalipsis 7:3-8 se emplea este número con relación a las doce tribus de Israel, mediante las cuales el autor inspirado designa al pueblo de Dios en el nuevo pacto. Pero este pueblo de Dios, familia de Dios, Iglesia de Dios, Iglesia del Señor, Iglesia de Cristo, como se la denomina indistintamente en el Nuevo Testamento, no es una Iglesia limitada. Es una institución divina compuesta por un número de personas que sólo Dios conoce.

En el mismo capítulo 7 del Apocalipsis esta Iglesia está representada por “una gran compañía, la cual ninguno podrá contar, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas”. Los Testigos no pueden escabullirse aquí, diciéndonos que estas personas, aunque salvadas, no vivirán en el cielo, sino en la “nueva tierra” o en el “reino”, como ellos afirman; porque dice el texto que esta enorme multitud estaba “delante del trono y en la presencia del Cordero”. Y usando tiempos futuros en el lenguaje, Juan dice que “el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos. No tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni otro ningún calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas; y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos”.

En 1ª Timoteo 2:3-4 Pablo dice que “Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad”.

La salvación y la verdad se encuentran únicamente en la Iglesia del Señor. En la parábola de la gran cena, el Señor manda que se fuerce a la gente a entrar “para que se llene mi casa”. Esta casa de Dios, arriba, es el cielo, y abajo, la Iglesia, que es donde Dios habita. En esta Iglesia hay más de 144.000 personas, infinitamente más. Pablo dice que “el endurecimiento en parte ha acontecido a Israel, hasta que haya entrado (a la Iglesia) la plenitud de los gentiles” (Romanos 11:25). ¿Cuántos miles, cuántos millones de personas forman esta plenitud? Sólo Dios lo sabe.

El profeta tuvo una visión del cielo y dice que “millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él” (Daniel 7:10). Esta incontable multitud estaba delante de Dios, en el cielo, no en la “nueva tierra” que se han inventado los “Testigos” como un lugar eterno fuera y aparte del cielo.

En el Apocalipsis, la misma multitud entonaba un cántico de alabanza a Dios. Juan dice: “Oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya; salvación y honra y gloria y potencia al Señor Dios nuestro”. La compañía era tan numerosa que su voz salía “como el ruido de muchas aguas y como la voz de grandes truenos”.

▶ 71 ◀

En su cántico a Dios la multitud decía además: “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque son venidas las bodas del Cordero y su esposa se ha aparejado” (Apocalipsis 19:1, 6, 7). Por la última parte de este versículo sabemos que la gran multitud, que nadie podía ni podrá contar aparte de Dios, es la Iglesia redimida, porque sólo a la Iglesia se da en el Nuevo Testamento el título de “Esposa” de Cristo. Una Iglesia de alcance universal, compuesta de millones de salvados, y no de los 144.000 miembros a que tan ignorantemente la reducen los Testigos de Jehová.

CIELOS SIN FRONTERAS

Como forzosamente tenía que ocurrir, al limitar la Iglesia de Cristo a 144.000 elegidos, los “Testigos” nos dejan con un cielo estrechísimo, pequeñísimo, un cielo de factura particular que nada tiene que ver, por supuesto, con el cielo sin fin del que nos habla la Biblia.

En *Asegúrense de todas las cosas* (pág. 77) insisten en que “los nuevos cielos” es “el Reino compuesto de Cristo Jesús y sus 144.000 seguidores ungidos o la nueva Jerusalén”. Pero resulta que en el mundo, según las estadísticas, ya hay más de 144.000 Testigos de Jehová, de modo que todos no pueden aspirar, según sus propias doctrinas, a ir al cielo. Ellos lo saben. He aquí un párrafo elocuente: “No todos los Testigos de Jehová esperan ir al cielo. Verdaderamente sólo una porción pequeña, una ‘manada’ pequeña de ellos espera eso” (Lucas 12:32). El Todopoderoso Dios, que coloca a todo miembro en su organización como a él le place, ha limitado a 144.000 el número de personas que constituyen el “cuerpo de Cristo”, cuyos

miembros reinarán con Cristo Jesús en el reino celestial de Dios. Sólo un resto pequeño, suficiente para completar cabalmente ese cuerpo, queda ahora sobre la tierra” (*Sea Dios Veraz*, pág. 227).

¿Qué sistema usan los Testigos para determinar quién va al cielo y quién no? Helo aquí. Como están perfectamente organizados, casi superorganizados, los líderes de las congregaciones locales y regionales recogen los deseos de los miembros que manifiesten la intención de ir al cielo. Estos nombres se clasifican en las oficinas nacionales y, una vez al año, los principales dirigentes de cada nación mandan a la oficina de la organización central en Brooklyn (Nueva York) el número de los Testigos candidatos al cielo que tienen en el país. Allí los cuentan, y si entre todos sobrepasan los 144.000, dan órdenes de rebajar las cifras, de lo cual se encargan los líderes nacionales, regionales y locales. Se encargan de poner tan difícil la entrada al cielo, que nunca se llega a la cantidad límite. Y si no fuera por lo que tiene de irreverencia y de oposición

a la Biblia, diríamos que, después de todo, el sistema no puede ser más gracioso. Al menos está ideado con ingenio.

El cielo de los Testigos tiene solamente 144.000 plazas.

El cielo de la Biblia está preparado para albergar a una multitud tan numerosa “como las estrellas del cielo” y “como la arena innumerable que está a la orilla del mar” (Hebreos 11:12).

El cielo de la Biblia no tiene fronteras. Es la patria celestial (Hebreos 11:16) de todos los redimidos por Cristo. Estos redimidos proceden “de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9). En lugar de 144.000, la Biblia dice que “todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti” (Apocalipsis 15:1). Semejante adoración no tendrá lugar en la “nueva tierra”, sino en el cielo. En la Jerusalén celestial iluminada por la claridad de Dios y por la luz de Jesucristo (Apocalipsis 21:23). Allí, “las naciones que hubieren sido salvas andarán a la lumbre de ella” (Apocalipsis 21:24).

Es un cielo sin discriminación, llamado también “casa del Padre”: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; de otra manera os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para

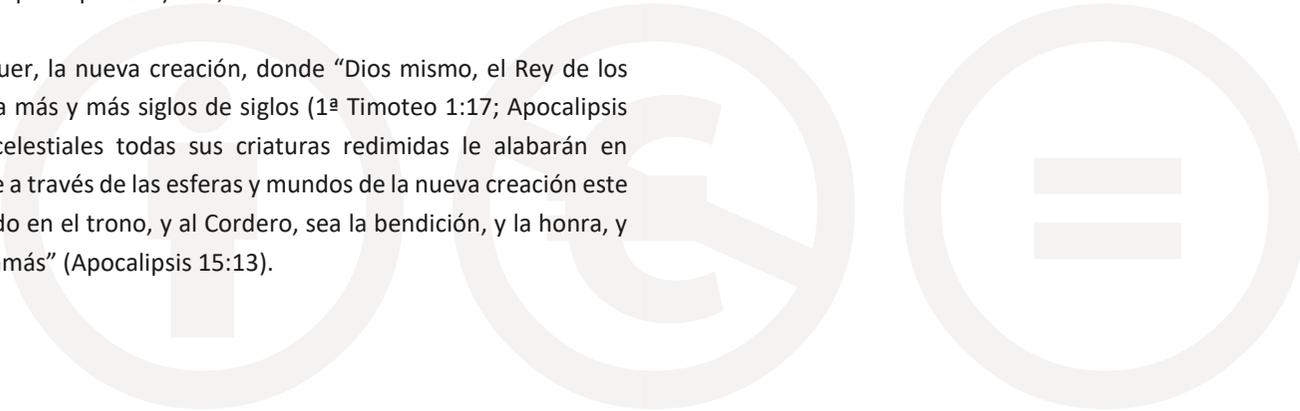
vosotros. Y si me fuere y os aparejara lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2-3).

Cristo no está en la tierra. Está en el cielo y con Él quería llevar no únicamente a los apóstoles, sino también a los miles y millones que creerían en Él por la palabra y el testimonio escrito de éstos.

En este cielo de gloria los creyentes en Cristo vivirán en la plenitud del conocimiento (1ª Corintios 13:12). No tendrán tiempo de aburrirse, porque allí servirán “día y noche” (Apocalipsis 7:15 y 22:3); será un servicio descansado, valga la paradoja (Apocalipsis 14:13 y 21:4).

Éste será el paraíso prometido por Cristo al ladrón de la Cruz (Lucas 23:43). El paraíso hacia el cual fue arrebatado en “visiones” y en “revelaciones del Señor” el apóstol Pablo (2ª Corintios 12:1-4). El nuevo paraíso donde ya no será peligroso comer del árbol de la vida, porque Dios mismo incitará a ello (Apocalipsis 2:7). Allí, Dios será “todas las cosas en todos” (1ª Corintios 15:28).

Esta será, como dice Erich Sauer, la nueva creación, donde “Dios mismo, el Rey de los siglos, sacará de su plenitud infinita más y más siglos de siglos (1ª Timoteo 1:17; Apocalipsis 22:5; Efesios 2:7), y en jubileos celestiales todas sus criaturas redimidas le alabarán en perfección, resonando eternamente a través de las esferas y mundos de la nueva creación este cántico triunfal: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás” (Apocalipsis 15:13).



Capítulo X *Epidemia*

de resurrecciones

Los errores no han sido introducidos en el Cristianismo como consecuencia de la lectura de la Biblia, sino por la especulación afanosa y amañada de la Palabra de Dios. Cuando uno lee la Biblia sencillamente, llanamente, sin ideas preconcebidas, dejándose llevar por el mensaje divino, ni hay confusión intelectual, ni hay extravío espiritual, ni hay contradicción doctrinal. Pero, en cambio, cuando uno fija en su mente una determinada idea y luego acude a la Biblia buscando confirmación a lo que de antemano ha pensado, el lío que se arma es fenomenal. Esto les ocurre a los Testigos cuando escriben sobre la resurrección de Cristo y la resurrección de los muertos.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Los Testigos de Jehová imaginaron que la resurrección del Señor no fue corporal, sino exclusivamente espiritual, y una vez decidido esto acudieron a la Biblia en busca de argumentos en que apoyar sus ideas. Y los encontraron, naturalmente. Tienen un arte especial para hacer hablar las Escrituras. Un versículo de aquí, otro de allá, unas palabras menos a éste, otras más a aquél, y se han fabricado una doctrina compuesta de remiendos bíblicos. A primera vista impresiona, y al lector poco ducho en las Escrituras convence, pero no resiste un análisis sereno y argumentado.

Vamos a escucharles: “Al tercer día de yacer Jesús muerto en el sepulcro, su Padre inmortal Jehová lo levantó de los muertos, no como Hijo humano, sino como un poderoso e inmortal Hijo espiritual con todo poder en el cielo y en la tierra bajo el Dios Altísimo... Por

cuarenta días después de eso él se materializó, así como ángeles lo habían hecho antes de él, para presentarse vivo ante sus discípulos como testigos” (*Sea Dios Veraz*, pág. 38).

▶ 73 ◀

Si los Testigos acabaran aquí sus declaraciones sobre la resurrección del Señor no habría nada que objetarles, porque, después de todo, no dicen más que lo sabido, que el cuerpo resucitado de Jesús era espiritual, distinto al que llevó durante treinta y tres años. Pero conviene no olvidar la aparición de Jesús a Tomás y el desafío a que tocara su cuerpo físico. El cuerpo de la resurrección, “si bien era ‘diferente’, libre de la sujeción a lo material, era, al mismo tiempo, real, de ‘carne y hueso’, aunque no de sangre”.

Pero los Testigos no terminan ahí sus febriles investigaciones. Quieren saber y quieren explicar lo que fue del cuerpo enterrado en el sepulcro cedido por José de Arimatea. Poco perderemos con seguir escuchando sus explicaciones. Russell, el fundador del movimiento, dice: “El cuerpo de nuestro Señor, sin embargo, fue quitado sobrenaturalmente de la tumba... No sabemos nada de lo que pasó con él, excepto que no se descompuso (Hechos 2:27-31). Si fue disuelto en gases o si todavía se halla preservado en algún sitio como el gran recuerdo del amor de Dios, de la obediencia de Cristo y de nuestra redención, nadie sabe; ni es necesario tal conocimiento” (*Estudios de las Escrituras*, tomo II, págs. 129-130).

La opinión de Russell es modesta. Adelanta tímidamente unas ideas que su sucesor, Rutherford convierte ya en teorías concretas. Russell se quedó en un “me parece”, pero Rutherford llegó hasta el “así fue” vanidoso. Dice Rutherford, ahondando en el mismo tema: “El cuerpo humano del Señor, en que fue crucificado, fue removido de la tumba por el poder de Dios. Si hubiera permanecido allí hubiera sido un obstáculo en lo que atañe a la fe de sus discípulos, los cuales no estaban instruidos en cosas espirituales. Ellos no recibieron esa instrucción sino hasta cuando les fue dado el Espíritu Santo en Pentecostés. De lo que pasó a ese cuerpo las Escrituras sólo revelan que no vería corrupción (Hechos 2:27-31). Podemos, pues, únicamente imaginarnos que el Señor lo ha preservado en alguna parte para exhibirlo al mundo durante la Edad Milenaria...” (*El arpa de Dios*, págs. 169-170, citado por Nelson).

En el mismo libro (págs. 168–169) Rutherford explica así el cuerpo de la resurrección: “La única respuesta que cabe es que siendo ya un ser divino podía crear un cuerpo y un vestido para presentarse en cualquier tiempo u ocasión, según lo deseara. Tenía la facultad de crear un cuerpo de carne, aparecer en él y luego disolverlo en cualquier momento, y sin duda esto fue lo que hizo cuando apareció a sus discípulos, esa ocasión en que se encontraban a puerta cerrada: creó el cuerpo en su presencia y lo disolvió al desaparecerse”.

Wilton M. Nelson, que ha escrito sobre los Testigos desde su cátedra espiritual en Costa Rica, se enfada contra Rutherford por estas afirmaciones y exclama: “¡He aquí una combinación asombrosa de orgullo, disparates y blasfemias!... Imagínese una cosa tan repugnante: que Dios haya momificado el cuerpo de Jesús, y que en la Edad Milenaria lo ponga en exhibición, de la misma manera que los comunistas rusos exhiben el cadáver de Lenin y que los museos ofrecen a la vista del público las momias de los faraones egipcios de antaño!”

Es para enfadarse, desde luego; pero más vale tomarlo con calma. Los líderes religiosos judíos pidieron a Pilato que asegurara bien el sepulcro, por si acaso a los discípulos del Señor se les ocurría robar el cuerpo y decir luego que había resucitado (Mateo 27:62–64). Más tarde llegó Mahoma y escribió que Jesús, en realidad, no murió. “No lo mataron y no lo crucificaron, sino que así les pareció” (El Corán, capítulo IV, vrs. 156). La tradición mahometana dice que Dios, para engañar a los judíos, cambió el cuerpo que estaba en la Cruz, llevándose a Cristo y colocando en su lugar a otro que se le parecía completamente. Fantástico, desde luego; pero igualmente fantástica resulta la posición de Russell y de Rutherford cuando afirman que Dios escondió el cuerpo del Señor para evitar problemas de fe a los discípulos. Más que fantástico, esto nos parece infantil. Y, por supuesto, radicalmente antibíblico.

La Biblia enseña, efectivamente, por medio de una cuidada selección de pasajes, que el cuerpo de Jesús resucitado sufrió una transformación. Era un cuerpo espiritual, glorificado; pero al mismo tiempo tangible. Rendle Short, profesor de cirugía y cristiano de convicción, ya fallecido, dice en su libro *La Biblia y las investigaciones modernas* (pág. 168) que el cuerpo resucitado del Señor “no era puramente natural ni puramente espiritual; llevaba las marcas de su muerte; pudo ser tocado y sentido; preparó alimentos y participó de ellos. Por otra parte, no fue siempre reconocido; aparecía y desaparecía, pasó por puertas cerradas y, finalmente, ascendió en forma visible de la tierra al cielo”.

Tan corporal fue su resurrección, que en el cielo continúa con su título de “Hijo del hombre”, distintivo de su humanidad. Juan, en su visión de Patmos, dice que en el cielo vio a Jesús “semejante al Hijo del hombre”, y a continuación habla de su cabeza, sus cabellos, sus ojos, sus pies, su voz, sus manos, su boca y su rostro. Y agrega que “todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:1316 y 1:7).

Que este cuerpo sea distinto al que nació en Belén, conformes. Pero conformes también en que el cuerpo de Belén, el que fue bautizado por Juan en el Jordán, ni permanece en el sepulcro ni en otro lugar alguno de esta tierra, digan lo que digan los Testigos. La tumba vacía es el gran triunfo del Cristianismo. La victoria de Jesús sobre la muerte.

▶ 74 ◀

PRIMERA RESURRECCIÓN

Estos Testigos quieren volver al mundo loco con sus especulaciones bíblicas. Por si fuera poca la confusión que engendran cuando dogmatizan sobre la resurrección de Cristo, la aumentan todavía más al escribir sobre la resurrección general de los muertos. La Biblia dice que habrá dos tipos de resurrecciones, “así de justos como de injustos” (Hechos 24:15). “Los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). Cristo corroboró con su autoridad la profecía de Daniel: “Vendrá hora –dijo– cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bien saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación” (Juan 5:28-29).

Estos textos son clarísimos, pero los Testigos son maestros en el arte de complicar las cosas. Dicen que habrá tres resurrecciones de muertos: una, pequeña, que ya ha tenido lugar, según ellos, compuesta por 144.000 elegidos; otra, que la llaman terrenal, en la que tomarán parte los profetas y patriarcas del Antiguo Testamento, y, por fin, una tercera con todos los demás muertos, que disfrutarán de una segunda oportunidad.

Argumentemos sus afirmaciones para mayor conocimiento del lector y para dejar íntegra nuestra responsabilidad de escritor.

Respecto a la primera de las tres resurrecciones, dicen: “Pablo expresó a los cristianos asociados con él la esperanza que tenía de ser levantado de la muerte a la vida en el cielo: ‘Estando ciertos que el que levantó al Señor Jesús, a nosotros también nos levantará por Jesús y nos pondrá con vosotros’ (2ª Corintios 4:14). Esta resurrección *es la primera en cuanto a tiempo o importancia* (el subrayado es nuestro). ‘Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección’ (Apocalipsis 20:6). Las escrituras también indican que el número de los que participan de esta resurrección primera no es un número grande, sino que es una ‘manada pequeña’, y está limitado al Señor Jesús y los 144.000 miembros del cuerpo de Cristo” (Lucas 12:32; Apocalipsis 7:4; 14:13).

Este grupo de elegidos, según los Testigos, ¡ya ha resucitado! ¿Cuándo? Pues ahora, en 1972, hace exactamente cincuenta y cuatro años, de acuerdo a los datos de ellos. Oigámosles: “Aunque todos ellos fueron recibidos en el pacto para el Reino o congregación celestial, no fueron llevados inmediatamente al cielo cuando murieron y unidos a la cabeza de la Congregación. Durmieron en el sepulcro hasta la primera resurrección, que aconteció a la venida de Cristo Jesús al templo de Jehová *en 1918, tiempo en que fueron llevados a la gloria con su cabeza*” (otra vez volvemos a subrayar nosotros).

El año 1918 fue el de la terminación de la primera guerra mundial. Europa estaba en ruinas y el mundo lloraba sangre. Las comunicaciones no eran lo que son hoy, pero estaban bastante desarrolladas. Si en algún lugar del mundo o en distintos lugares al mismo tiempo se hubiera producido una resurrección de 144.000 personas, las naciones se hubieran conmovido. Pero nada ocurrió. Nadie supo nada. Para explicar esta anomalía, los Testigos dicen que la resurrección fue espiritual. Escuchémosles de nuevo: “Los cristianos muertos que estaban durmiendo en sus sepulcros fueron levantados con cuerpos espirituales para juntarse con Él en el templo espiritual” (los tres últimos pasajes citados de los Testigos pertenecen al libro *Sea Dios Veraz*, págs. 272, 128, 198).

Antes de pasar a ocuparnos de la segunda resurrección anotemos las contradicciones que observamos en esta primera.

1.– Cuestión de fechas

Dicen que la primera resurrección tuvo lugar en 1918. No hay un solo versículo de la Biblia en que puedan apoyar semejante desvarío. Esto lo analizaremos con más detenimiento cuando tratemos de la segunda venida de Cristo.

2.– El número

Dicen que los resucitados fueron exactamente 144.000. Se refieren al grupo especial de los elegidos que irán al cielo. El resto de los salvados, según los Testigos, quedará viviendo en una especie de paraíso terrenal, del cual nos ocupamos en el capítulo anterior. Esto está en absoluta contradicción con las enseñanzas del Antiguo Testamento, de Jesucristo y de los Apóstoles. En la resurrección de los justos tendrán parte todos los que hayan creído. Hay tal cantidad de textos en apoyo de esta verdad que resulta imposible ni siquiera mencionar las citas. Bastan algunas declaraciones del mismo Señor: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá... Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resu-

▶ 75 ◀

citaré en el día postrero... Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida...” (Juan 11:25; 6:40; 6:54; 5:28-29).

Según estos versículos, que podríamos haber multiplicado, en la resurrección de los justos tomarán parte todos los que hayan creído en Cristo; todos los que hayan alcanzado la vida eterna; todos los que añadidos a la Iglesia de Cristo participen de los elementos del pan y del vino; es decir, todos los que por amor a Cristo “hicieron bien a sus semejantes”. Estos todos forman la multitud de “millones de millones” de Apocalipsis 5:11 y no los 144.000 tan torpemente señalados por los Testigos de Jehová.

3.– La naturaleza del Cuerpo

Los Testigos afirman que la resurrección de los supuestos 144.000 tuvo lugar en 1918 y que el mundo no se enteró de ella porque fue una resurrección puramente espiritual. Es otro error, porque el cuerpo de la resurrección no será solamente espiritual, como quieren los Testigos. Voy a reproducir aquí, para conocimiento del lector, unas estupendas consideraciones de Erich Sauer a este respecto. Están tomadas de su libro *El triunfo del Crucificado*. Sauer nos habla no solamente del cuerpo resucitado del creyente, sino que además abunda en la realidad del cuerpo real de Cristo, tema del que ya hemos tratado.

“Es, pues, falsa la enseñanza de que el Resucitado no tenía un cuerpo real, sino solamente el poder de hacerse visible por medio de un cuerpo, utilizando tal cuerpo únicamente con el fin de manifestarse a los hombres, abandonándolo después de sus apariciones. Tal teoría contradice abiertamente el pasaje que hemos visto en Lucas 24:39, en el que el Señor declara que no era sólo espíritu. Según la errónea opinión que examinamos, habría sido normalmente espíritu sin carne y hueso, en cuyo caso habría engañado a sus discípulos al decir: ‘Un espíritu no tiene carne y hueso como veis que yo tengo.’ Y debiera haber dicho en tal caso: ‘Un espíritu no puede asumir carne y hueso.’”

El Resucitado es la norma y prototipo de los santos que se hallarán perfeccionados delante del trono celestial, y nuestro cuerpo de resurrección se conformará a su cuerpo de gloria (1ª Juan 3:2; Romanos 8:29; Filipenses 3:21; 1ª Corintios 15:49). En su Cuerpo, por lo tanto, percibimos ciertas características básicas que corresponderán a nuestro cuerpo futuro, y si el suyo consiste de materia glorificada como fundamento, el nuestro será igual.

En 1ª Corintios 15:50 leemos que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; pero eso no contradice lo que venimos exponiendo, porque el contexto aclara que se refiere a carne y sangre sin transformar y sin glorificar. Hemos de interpretar 1ª Corintios 15:44 de igual manera. Es muy cierto que el cuerpo de resurrección se llama espiritual; pero eso no significa que es sólo espíritu sin materia alguna. Es preciso examinar los términos *soma pneumatikon* (cuerpo espiritual) y *soma psychikon* (traducido por cuerpo natural o animal). Los adjetivos indican la base de la naturaleza del cuerpo. En el cuerpo espiritual el espíritu dominará de la forma en que domina el alma en el cuerpo actual, pues *psychikon* indica aquello que se relaciona

con el alma. No quiere decir, pues, que el cuerpo espiritual consiste solamente de espíritu, como tampoco es verdad que nuestro ser actual consiste tan sólo de alma. El cambio del cuerpo actual (relacionado con el alma) en el cuerpo espiritual de la resurrección no significa el desnudarse de vestidura externa, sino que se habla precisamente de todo lo contrario: “Anhelando revestirnos de nuestra morada celestial...” “Porque es menester que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de inmortalidad” (2ª Corintios 5:2-4; 1ª Corintios 15:53-54). La naturaleza y el modo de este cambio no admiten explicaciones, siendo un misterio –como también lo es la constitución de la materia celestial del nuevo cuerpo– que se revelará solamente en la eternidad.

4.– Las citas bíblicas de los Testigos no dicen nada

En el primer pasaje reproducido en este apartado del libro *Sea Dios Veraz*, los Testigos citan Lucas 12:32, Apocalipsis 7:4 y 14:3 para probar que serán 144.000 los que tomarán parte en esta resurrección “especial”. No transcriben los versículos, simplemente señalan las referencias. Pero esas citas, como el lector puede comprobar, no dicen nada acerca de la resurrección que ellos pretenden. Como en tantos otros lugares, las citas están ahí sólo para impresionar.

SEGUNDA RESURRECCIÓN

Como ya hemos visto, los Testigos dividen la resurrección de los justos en dos partes. La primera, compuesta de 144.000 exclusivamente, ya ha resucitado de forma “espiritual” y se encuentra en el cielo. La segunda, agregan, tendrá lugar cuando se haya inaugurado en la tierra

ese hipotético reino terrenal, que ya hemos discutido. Vamos a oírles nuevamente: “Puesto que las Escrituras dicen claramente que, además de Jesucristo, los 144.000 son los únicos que tienen parte en la resurrección celestial (permítasenos aquí un paréntesis por nuestra cuenta

para advertir que la Escritura, como ya hemos probado, no dice eso ni claramente ni tampoco veladamente), ¿no arguye esto que nadie más saldrá de la tumba? No; porque habrá una resurrección terrenal. La mayor parte de la humanidad encontrará la vida aquí en la tierra entre condiciones paradisíacas... Están incluidas tales personas como Abraham, David, Daniel y otros... También se incluiría a los de la clase de las 'otras ovejas' que mueran ahora antes de la guerra del Armagedón reteniendo su devoción a Dios y a su reino" (*Sea Dios Veraz*, pág. 275).

Los Testigos de Jehová, porque sí, porque ellos quieren, porque les parece así, adoptan ante la resurrección de los justos dos actitudes a cual más arbitrarias: la primera es la de resucitar a unos, por las buenas, en 1918, y la otra en mandar a 144.000 al cielo y dejar a los demás salvados en la tierra, en lo que ellos llaman el paraíso terrenal.

Entre éstos, dicen, figurarán todos los patriarcas, profetas y justos en general del Antiguo Testamento. Por los ejemplos que tenemos de Samuel, Moisés, Abraham y Elías sabemos que estos justos están en el cielo, junto a Dios. De manera que, según los Testigos, cuando resuciten de entre los muertos no volverán al lugar que ahora ocupan, sino que se quedarán en la tierra paradisíaca. Es decir, habrán perdido en lugar de ganar con la resurrección. ¡Qué absurdo resulta todo esto!

La verdadera enseñanza de la Biblia es que los salvados resucitarán todos juntos al mismo tiempo. Los salvados que vivan aún sobre la tierra cuando se produzca la resurrección de los muertos serán transformados sin pasar por la muerte. Y todos, unos y otros, serán arrebatados para recibir al Señor en su segunda venida y vivir siempre en el cielo con el Padre. El apóstol Pablo es clarísimo en la exposición de esta doctrina. Dice: "Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no seremos delanteros a los que durmieron. Porque el mismo Señor, con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos, seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, consolaos los unos a los otros en estas palabras" (1ª Tesalonicenses 4:15-18).

TERCERA RESURRECCIÓN

En la tercera de "sus" resurrecciones los Testigos de Jehová incluyen a todos los que han muerto sin conversión; es decir, a los injustos. El error que más abulta en esta resurrección y, por lo tanto, el que más nos interesa tratar aquí es el de una supuesta segunda oportunidad para los condenados. Dicen: "La resurrección de los injustos que han practicado cosas viles sin duda acontecerá cuando el paraíso cubra la tierra y pueda sostener a todos los miles de millones de personas de la humanidad en general, que serán levantados a una oportunidad de alcanzar la vida en el nuevo mundo" (*Nuevos cielos y una nueva tierra*, pág. 351). "Todos deben ser traídos para que se les dé el conocimiento de la verdad, para que puedan ser puestos a prueba y tengan oportunidad de aceptar la verdad de que Jesucristo es el redentor del hombre. El propósito de la prueba será ofrecer a todos y a cada uno la oportunidad de ser reconciliado con Dios y vivir" (citado por E.C. Routh, *¿Quiénes son?*, pág. 46).

Un solo versículo de la Biblia desbarata esta pobre teoría humana, que tampoco es exclusiva de los Testigos: Hebreos 9:27: "Está establecido a los hombres que mueran una vez, y después el juicio".

Lucas 16:19-31 nos presenta el caso de un condenado para el que no hubo segunda oportunidad. Es más, aunque pidió a Abraham que le aliviara del tormento, su oración no fue contestada. Y tampoco fue complacido cuando rogó que, por lo menos, se notificara a sus hermanos sobre la existencia de un lugar de castigo. No hay un solo versículo en toda la Biblia que hable de una segunda oportunidad para el alma que muere sin salvación.

El cielo es eterno y el infierno es también eterno. La salvación es para siempre y para siempre es también la condenación. El mismo Señor Jesús dijo que "el que blasfemara contra el Espíritu Santo no tiene perdón jamás, sino que queda sujeto a eterna condenación". "Al que hablare contra el Espíritu Santo no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero" (Marcos 3:29; Mateo 12:32, versión moderna).

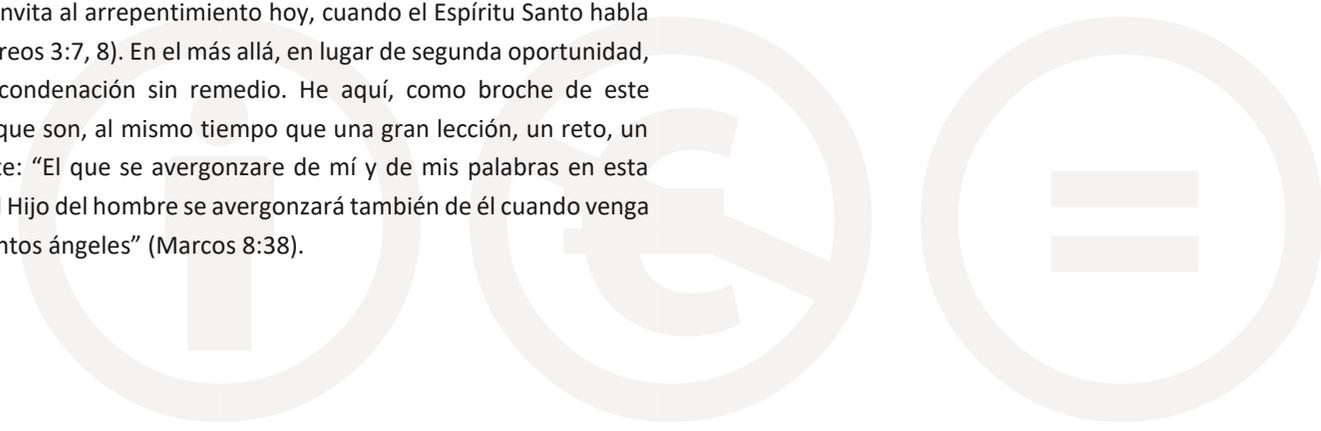
La blasfemia o el pecado contra el Espíritu Santo es la incredulidad, porque Él vino precisamente para convencer de pecado al mundo (Juan 16:7-11). Cristo dijo claramente que "el que no cree ya es condenado" (Juan 3:18). Y esta condenación es eterna, aunque los "Testigos" vengán ahora tergiversando las Escrituras y hablando de una segunda oportunidad.

Dice Pablo que los injustos “serán castigados de eterna perdición por la presencia del Señor y por la gloria de su potencia” (2ª Tesalonicenses 1:9). Véase también, entre otros muchos

► 77 ◀

textos, Hebreos 6:2; Judas 6, 7, 13; Apocalipsis 14:11; 19:3; 20:10; Mateo 25:41-46; Marcos 9:43; Daniel 12:2; Isaías 3:14; 66:24; Mateo 18:8; Marcos 3:29, etc. Casi cien veces aparece en la Biblia la palabra “eterno” aplicada a la condenación en el más allá. La teoría de una segunda oportunidad contradice enteramente el mensaje general de la Biblia.

Por último, al pecador se le invita al arrepentimiento hoy, cuando el Espíritu Santo habla y el hombre puede oír su voz (Hebreos 3:7, 8). En el más allá, en lugar de segunda oportunidad, como dicen los Testigos, habrá condenación sin remedio. He aquí, como broche de este capítulo, unas palabras de Cristo que son, al mismo tiempo que una gran lección, un reto, un ruego y una aclaración importante: “El que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará también de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Marcos 8:38).



Capítulo XI *La segunda venida de Cristo*

Se puede decir que en el mundo, después de su creación por Dios, solamente han ocurrido tres acontecimientos importantes y otro más que está por ocurrir: la encarnación de Dios, naciendo como niño humano en Belén; la muerte de ese mismo Dios en la Cruz; su triunfal resurrección de entre los muertos y la vuelta del mismo Dios en gloria para arrebatarse a su Iglesia. Todos los demás eventos, incluso los más grandes de la historia humana, palidecen en importancia comparados con estos cuatro...

La segunda venida de Cristo fue anunciada por el mismo Dios a través de mensajeros celestiales. Cuando los apóstoles miraban con ojos atónitos la ascensión del Señor a los cielos, “dos varones con vestiduras blancas les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?, este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11).

Partiendo de estas palabras el apóstol Pablo desarrolló, por inspiración divina, su teología en torno a la segunda venida de Cristo. Uno de los pasajes más explicativos, no solamente en relación con el regreso de Cristo, sino también con otros acontecimientos que serán casi simultáneos, se encuentra en el capítulo IV de la epístola 2ª a los Tesalonicenses. Con la intención de aclarar algunos errores que estaban germinando en la Iglesia de Tesalónica, Pablo escribe estas palabras iluminadoras: “El mismo Señor, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego, nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (2ª Tesalonicenses 4:16-17).

El orden de los acontecimientos está perfectamente claro en este pasaje paulino. Venida del Señor en las nubes, resurrección de “los muertos en Cristo”, transformación de los creyentes

que por entonces vivan y arrebatamiento de unos y otros “para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

Pero los “Testigos de Jehová” tienen la endiablada costumbre de complicar las cosas con su torcimiento de los pasajes bíblicos, tomando versículos de un lado y de otro, ideas y declaraciones sueltas y pensamientos fuera de su contexto. De esta forma ni ellos se entienden, pues se contradicen continuamente, ni hay quien los entienda, por mucho amor intelectual que uno ponga en el estudio de su literatura.

Este tema de la segunda venida de Cristo, tan sencillo y fácil de comprender, lo complican hasta extremos de locura. Esto lo veremos en el transcurso del presente capítulo, en el cual repetiremos datos ya expuestos en la primera parte de este libro.

FECHAS A GRANEL

Si los Testigos se sacan de la manga una auténtica epidemia de resurrecciones, tampoco se quedan cortos en señalar fechas a la segunda venida de Cristo.

El fundador del movimiento, Charles Taze Russell, era un apasionado del estudio de las profecías. Por el primer capítulo de este libro conocemos su relación con el Adventismo. El fundador de esta denominación, William Miller, había profetizado que Cristo vendría por segunda vez en 1843; como este año pasó sin que nada ocurriera, señaló otra fecha: 1844. Transcurrió este otro año y nada notable ocurrió. Pero entonces los adventistas empezaron a decir que su fundador y profeta no se había equivocado, que aunque Cristo no vino ese año a la tierra, pasó de un lugar a otro en el cielo, del lugar santo al lugar santísimo.

He aquí cómo lo explica la señora Elena G. Mite: “El asunto del santuario fue la llave que aclaró el misterio del desengaño de 1844... Tanto la profecía de Daniel 8:14: ‘Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas, entonces será purificado el santuario’, como el mensaje del primer ángel: ‘Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora del juicio’, señalaban el ministerio de Cristo en el lugar santísimo, para el juicio investigador, y no la venida de Cristo para la redención de su pueblo y la destrucción de los impíos. El error no estaba en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el acontecimiento que debía ocurrir al fin de los dos mil trescientos días. Por este error habían sufrido un desengaño los creyentes. Sin embargo, se

había realizado todo lo predicho por la profecía y todo aquello de que había garantía bíblica para esperarlo. En el momento en que deploraban el desvanecimiento de sus esperanzas se había realizado el acontecimiento predicho por el mensaje y que se había de cumplir antes de que el Señor apareciera para recompensar a sus siervos. Cristo no había venido a la tierra, como ellos esperaban, sino como estaba simbolizado en el tipo, al lugar santísimo del templo de Dios en el cielo... La proclamación ‘¡He aquí que viene el esposo!’, en el verano de 1844, indujo a miles de personas a esperar el inmediato advenimiento del Señor. En el tiempo señalado vino el esposo no a la tierra, como el pueblo esperaba, sino hasta donde estaba el anciano de días en el cielo...” (Véase *El conflicto de los siglos*, págs. 533-542).

La señora White, tras esta explicación, dice que este asunto no lo entendieron los adventistas de 1844.

Russell no escarmentó con el fracaso profético de Miller y empezó a proclamar de palabra y por escrito que Cristo vendría en 1874. Este año tampoco ocurrió nada de espectacular. Cristo siguió sin venir. Russell dijo entonces que ese año había comenzado “la siega de la edad evangélica”, “el gran día de Jehová”, y señaló otra fecha a cuarenta años de distancia: 1914. He aquí lo que escribió Russell antes de 1914: “El gran día de Jehová empezó en 1874 y continuará cuarenta años, y terminará con la expiración de los tiempos de los gentiles en el destronamiento del dominio mundano y satánico en la tierra y la investidura plena de Emmanuel-Cristo Jesús y sus santos... Los tiempos de los gentiles se acabarán de manera definitiva en el año 1914 y... en aquel tiempo serán derribados y el reino de Cristo será plenamente establecido...” (*Estudios en las Escrituras*, págs. 250 y 170).

Tampoco en 1914 vino Cristo de la manera que se había anunciado. Los Testigos lo arreglaron diciendo que sí vino, pero de una forma “invisible”. Leamos: “Esta segunda presencia de Cristo el Mesías había de ser invisible, y la señal inequívoca que él dio muestra conclusivamente que esta vuelta de Cristo empezó en el año 1914. Desde ese tiempo Cristo ha dirigido su atención hacia los asuntos de la tierra...” (*Asegúrense de todas las cosas*, pág. 394).

Al afirmar los Testigos que la segunda venida de Cristo empezó en 1914 están queriéndonos decir que el regreso de Cristo a la tierra ha de ser gradual, escalonado, progresivo. ¿En qué lugar de la Biblia apoyan tan disparatada idea? ¡Qué bien vienen aquí aquellas palabras de Cristo a los judíos: “Erráis ignorando las Escrituras”! (Mateo 22:29).

Cuando Russell advirtió que en 1914 no había ocurrido lo que él había profetizado, no se desanimó ni se inmutó. Al contrario, cobró nuevos bríos, se lanzó a la propagación del movimiento a escala internacional y volvió a señalar nueva fecha: 1918. Afortunadamente para él,

▶ 79 ◀

se fue de este mundo a tiempo de evitarse un nuevo fracaso y otra vergüenza más, pues murió el 31 de octubre de 1916.

El año 1918 conoció el fin de la primera gran guerra mundial, pero nada se supo del advenimiento de Cristo. Los Testigos, que para todo tienen salida, lo arreglaron con otras explicaciones. Este otro párrafo pertenece al popular libro *Sea Dios Veraz* (pág. 198), tantas veces citado, revisión de 1955. Así dicen: “Así como Jesús limpió el templo en Jerusalén tres años y medio después de ser ungido con el espíritu de Dios para ser Rey, del mismo modo tres años y medio después de recibir poder como Rey en el otoño de 1914, Él vino al templo espiritual como el mensajero de Jehová y empezó a limpiarlo. De manera que esto aconteció en la primavera de 1918. Eso marcó el principio del período de juicio e inspección de sus seguidores engendrados del espíritu”.

A ver si nos aclaramos un poco, intentando ordenar tanto desbarajuste. Miller, de quien espiritualmente bebió Russell, dijo que Cristo vendría en 1843; no vino y tampoco dio explicación alguna de su fracaso. Anunció que la venida se produciría un año más tarde. Tampoco vino en 1844, pero sus discípulos dijeron que Cristo había pasado de un lugar a otro en el cielo. Russell señaló primeramente el año 1874 como el de la segunda venida de Cristo; al no producirse el acontecimiento anunciado se excusó diciendo que ese año había comenzado “el gran día de Jehová”. Dio otra fecha, 1914, y como tampoco vino, los Testigos lo arreglan diciendo que su regreso fue “invisible”. Nueva fecha, 1918, y nuevo fracaso. Pero también nueva justificación: “Vino al templo espiritual como el mensajero de Jehová y empezó a limpiarlo”.

Esto es demasiado jugar. Son muchas tonterías juntas para que alguien medianamente sensato pueda tomar en serio a estos Testigos cuando tratan la segunda venida de Cristo.

Mucho llevar a Cristo de un lado para otro del cielo, mucho decir que Cristo hizo esto y aquello, mucho calcular y justificarse; pero siempre han fallado: Cristo continúa sin venir. Y es lógico. Vendrá cuando quiera Él, no cuando lo anuncien los hombres.

JUGANDO CON LAS PROFECÍAS

El estudio de las profecías bíblicas es el tema predilecto de los Testigos. Se han lanzado sobre el Antiguo Testamento con un incontenible afán de interpretarlo todo y de buscar significado a fechas, tipos, figuras, lugares, etc., forzando el texto y dando lugar a deducciones caprichosas y, naturalmente, erradas.

Ningún estudiante serio de la Biblia podrá despreciar el estudio de las profecías, pero si quiere mantenerse en una línea honrada y fiel de interpretación bíblica no se embarcará en un sistema de cálculos donde la imaginación lo es todo, tal como hacen los Testigos. Para ellos, el eje sobre el que gira la historia del mundo es el año 1914, cuando tuvo lugar –dicen– la venida invisible de Cristo y la inauguración del reino.

Su punto de partida es Daniel 4:32: “Siete tiempos pasarán sobre ti hasta que conozcas que el Altísimo se enseñoorea en el reino de los hombres, y a quien él quiere lo da.” “Siete tiempos –comentan los Testigos– quiso decir siete años literales en el caso de Nabucodonosor, privado de su trono. Los siete años eran iguales a ochenta y cuatro meses, o contando bíblicamente treinta días para cada mes, dos mil quinientos veinte días. En el Apocalipsis 12:6, 14 se hace mención de mil doscientos sesenta días y se describen como “un tiempo y dos tiempos y la mitad de un tiempo”, o tres tiempos y medio. “Siete tiempos” sería el doble de mil doscientos sesenta o dos mil quinientos veinte días, por medio de su fiel profeta Ezequiel, Jehová dijo: “Un día por cada año te he señalado” (Ezequiel 4:6). Mediante el aplicar esta regla divina los dos mil quinientos veinte días significan dos mil quinientos veinte años. De manera que puesto que la existencia del reino típico de Dios, con su capital, Jerusalén, cesó en el otoño de 607 a.C., entonces, contando los tiempos señalados desde esa fecha, los dos mil quinientos veinte años se extienden hasta el otoño de 1914 d.C.” (*Sea Dios Veraz*, págs. 247-248).

Asombra el atrevimiento con que toman versículos aislados, declaraciones imprecisas y textos completamente fuera de sus respectivos contextos, para llegar a conclusiones de

antemano concebidas. Se lían de tal forma que ni ellos mismos son capaces de deshacer el enredo. Porque la verdad es que esos cálculos no hay quien los entienda.

La Biblia guarda un silencio absoluto sobre el tiempo en que tendrá lugar la segunda venida de Cristo. Los discípulos del Señor se interesaron por este tema mucho antes que los Testigos de Jehová, cuando el Maestro aún permanecía entre ellos. En una ocasión, sentados en el monte de los Olivos, los discípulos le preguntaron: “Dinos, ¿qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?” (Mateo 24:3). En la primera parte de este capítulo de Mateo, Cristo les da a conocer algunas de las señales que precederían a su venida, tales como hambre, guerras, terremotos, sublevaciones nacionales, confrontamientos internacionales, enfriamiento del amor, multiplicación de la maldad, etc. Pero no les señaló fecha alguna ni tampoco les dijo en ningún momento que para conocer el tiempo exacto de su venida debían dedicarse al estudio de las profecías.

▶ 80 ◀

El mismo día de su ascensión al cielo, los discípulos plantean nuevamente el tema, interesados en la restitución del reino a Israel. Preguntan directamente cuándo ocurrirá el acontecimiento, y la respuesta de Jesús es clara y terminante: “No toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad. Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:7-8)

Estas palabras de Cristo deberían ser suficientes para frenar el espíritu especulador de la profecía que tienen los Testigos de Jehová. La misión de los discípulos de Cristo era la del testimonio personal, la predicación de las buenas nuevas en lo local, lo regional, lo nacional y lo universal; pero de ninguna manera la curiosidad por unas fechas que sólo al Padre corresponde decidir. Nosotros estamos llamados a seguir las enseñanzas que estos discípulos de Cristo nos legaron, pero de ninguna manera estamos autorizados a penetrar en un terreno que a ellos mismos les fue vedado por el Maestro.

Lo que sí dijo el Maestro, y muy claramente, fue que se levantarían falsos profetas que engañarían a muchos e incluso se harían pasar por Cristo. (Mateo 24:5, 11.) La aparición de los

falsos profetas está precisamente relacionada con la segunda venida del Señor, lo cual no deja de ser significativo. Pablo dice que el mensaje de estos profetas con trampa consistiría en “espíritus de error y doctrinas de demonios” y su irrupción en el campo religioso ocurriría “en los postreros días” (1ª Timoteo 4:1; 2ª Timoteo 3:1).

Estos falsos profetas constituyen casi el único motivo de la epístola de Judas. Ante el peligro que suponen, Judas aconseja contender por “la fe una vez dada a los santos” y pide que los creyentes sean edificados en esta misma fe, discerniendo convenientemente. (Judas 3: 20, 22.)

ERRORES DOCTRINALES

El espacio marcado a este capítulo es insuficiente para analizar la serie de errores doctrinales en que incurren los Testigos cuando se ponen a dogmatizar sobre la segunda venida de Cristo. Entre estos errores hay dos que destacan sobre los demás: el supuesto desinterés de Cristo por los problemas de la tierra desde su ascensión hasta el año 1914 y la venida “invisible” del Maestro.

Respecto a lo primero, los Testigos dicen que en 1914 Cristo vino a la tierra para empezar su “segunda presencia” aquí. Esto no requirió –agregan– su venida personal directa como persona espíritu. Puesto que él tiene todo el poder necesario en el cielo y en la tierra, sólo se necesitaba que él dirigiera su atención a la tierra y extendiera su poder real hacia la tierra para que estuviera presente otra vez. Por lo tanto, su “presencia” ahora es invisible” (*Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*, pág. 336).

Este mismo lenguaje se repite en otros libros de los Testigos, y parece querer decir que el poder real y la “atención a la tierra” por parte de Cristo empezaron a ser efectivos a partir de 1914. ¿Hemos de entender que desde que ascendió al cielo hasta entonces Cristo no ha manifestado su auténtico poder en la tierra ni se ha interesado por ella? Si los Testigos creyeran esto, tendrían que explicarnos qué quiso decir Cristo con aquello de “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20), y esto otro de “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Estos versículos son una muestra del claro y específico interés del Señor por todos los creyentes en la tierra. Y

no solamente esto, sino que, además, al serle dado por el Padre “todo Poder en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18), ni una hoja de árbol se mueve sin su voluntad. Su interés por los problemas terrenos y su intervención en ellos, respetando siempre el libre albedrío del hombre, han sido continuos desde su glorificación en los cielos hasta los días presentes, como seguirán siéndolo hasta el final de los tiempos.

El segundo punto que aquí nos hemos propuesto discutir, el de la venida “invisible” de Cristo, es consecuencia de los repetidos fracasos ante los anuncios del regreso de Cristo en fechas distintas. Como Jesús no ha sido visto en las fechas por ellos anunciadas, lo arreglan diciendo que vino invisiblemente. He aquí cómo se explican: “Como se prefiguró por la vuelta de Moisés a Egipto después de cuarenta años de ausencia, Jesucristo tenía que volver al tiempo debido fijado por Dios, “los tiempos de la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas”. Esto significaría el tiempo para restaurar el reino de Dios en la línea de la familia de David, el cual tiempo era el fin de los “tiempos señalados de las naciones”, en 1914. ¿Volvió Jesucristo en aquel año? ¿Comenzó entonces su “presencia”? La mayoría de la gente dirá: “Nuestros ojos no lo vieron volver en ese tiempo.” Bueno; cuando Jesús ascendió al cielo, los dos ángeles que aparecieron no dijeron que los apóstoles que miraban verían a “este Jesús” volver otra vez. Ellos meramente les dijeron a los apóstoles que Jesús volvería. ¿Cómo? “Así de la misma manera que lo han contemplado irse al cielo”. Ellos lo vieron irse, pero no lo verían volver. Las palabras de los ángeles “así de la misma manera”, no dicen “así en el mismo cuerpo”. En cuanto a la manera en que él se fue, “una nube se lo llevó de la vista de

▶ 81 ◀

ellos, de modo que él se hizo invisible a ellos. Su regreso, por lo tanto, sería invisible.” (*Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta*, págs. 329-330.)

Los Testigos no podrán quejarse que escribimos sobre ellos sin citar sus escritos. Transcribimos intencionadamente esos largos párrafos para que el lector pueda apreciar mejor el retorcido sistema de interpretación bíblica que usan. Cuando Cristo ascendió a los cielos es verdad que “una nube le recibió y le quitó de los ojos de los discípulos” (Hechos 1:9), pero esto no quiere decir que su partida fuera invisible. En todo caso era la invisibilidad de la distancia.

Cuando el avión toma altura se va perdiendo de vista gradualmente y llega un momento que deja de verse. Así ocurrió con Cristo. Pero el texto de Hechos dice claramente: “*viéndolo ellos*”, o sea, que le vieron ir. Y los mensajeros celestiales dijeron: “Así vendrá como le *habéis visto* ir al cielo” (Hechos 1:11). Su venida será también gradual. No le veremos en el mismo instante en que abandone el trono de Dios, sino cuando esté al alcance de nuestro radio de acción visual. Esto puede entenderlo cualquiera.

De lo que no hay duda es de que le veremos. Los Testigos dicen que los discípulos “lo vieron irse, pero no lo verían volver”. ¿Por qué no? ¿Cómo saben ellos que no? ¿Quién les ha dicho que no? ¿Saben más que la Biblia? “Así vendrá, como le *habéis visto ir al cielo*.” El texto no puede ser más claro. Y, además, tenemos Apocalipsis 1:7, más explícito aún: “Viene con las nubes, y *todo ojo le verá*, y los que le traspasaron, y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él”. Las palabras de Juan están inspiradas en Zacarías 12:10 y fueron comentadas por el mismo apóstol en Juan 19:37. Está también Mateo 24:31-46, donde el Señor habla del juicio de las naciones que seguirá a su venida. Los componentes de estas naciones le *verán* igualmente. Y Mateo 26:64, donde Cristo responde al conjuro del pontífice con estas palabras: “Desde ahora *habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios, y que viene en las nubes del cielo*”.

El apóstol Pedro dice que “el día del Señor vendrá como ladrón en la noche” (2ª Pedro 3:10). Y los Testigos comentan este versículo así: “quietamente, sin ser observado”.

Conformes: quietamente, sin ser observado, inesperadamente, pero no de forma invisible. Un ladrón puede ser cauteloso, puede penetrar sin que le vean, pero no es invisible. Puede ser sorprendido y entonces es visto.

Así le veremos cuando Él venga. Cuando Él quiera venir. Lo más que nosotros podemos hacer es dirigirnos al que dijo “ciertamente vengo en breve”, y pedirle con el apóstol: “Amén, sea así. Ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

Capítulo XII *Transfusiones de sangre*

Vida para Ruth es una película inglesa que ha dado la vuelta al mundo con su drama de creencias religiosas y de humanidad. Ruth es una niña de diez años. Un día va a la playa con un amiguito menor que ella. La pelota con que jugaban cae al mar. Para recuperarla, los niños cogen una barca que había en la orilla y se adentran en las aguas. El oleaje hace naufragar la embarcación. Llega el padre de Ruth y como un desesperado se arroja al mar. Salva primero al amiguito de su hija y luego recupera a Ruth. La niña ha sufrido graves heridas contra una roca y es inmediatamente internada en un hospital. El médico ordena a toda prisa una transfusión de sangre. Es la única manera de salvar a Ruth. Pero el padre de la niña se opone rotundamente. Es Testigo de Jehová, ha sido educado por su padre en esta creencia y alega que la transfusión podría salvar la vida terrena de Ruth, pero la condenaría para la eternidad. Hay un momento dramático entre el médico y el padre de la niña. Esta se muere por momentos; el médico trata inútilmente de convencer al padre; la madre vacila, lucha entre unas creencias que nunca ha sentido de verdad y su amor de madre. Pero la voluntad del padre es firme. No hay transfusión de sangre, aunque el dolor consume su vida. Ruth muere y el padre es denunciado y comparece ante los tribunales.

El resto de la película no es importante para nosotros. El tema que la origina, con sus aplicaciones morales y sociales, ha sido extraído de la realidad. Los Testigos de Jehová se oponen a que los enfermos reciban transfusiones de sangre. Prefieren que mueran. De una caprichosa interpretación del Antiguo Testamento deducen que Dios condena las transfusiones. Olvidan que Dios mismo transfirió la sangre de su propio Hijo a todo un mundo que perecía en el pecado.

En marzo de 1967 ocurrió en Milán un caso similar al tema que desarrolla *Vida para Ruth*. La señora Clara Buccinelli dio a luz una niña en el hospital Sesto San Giovanni. Tanto ella como

▶ 82 ◀

su esposo, Rino Poli, eran miembros de los Testigos de Jehová. Los médicos diagnosticaron inmediatamente que si la niña no era sometida a una transfusión de sangre, moriría irremediamente como consecuencia de una incompatibilidad de los factores sanguíneos de sus padres. Pero el dictamen médico no conmovió en lo más mínimo a los padres de la niña. Siguieron oponiéndose a pesar de la insistencia de los médicos. Todas las argumentaciones de éstos resultaron inútiles ante la terquedad de los padres. El director del hospital pidió al padre de la niña que firmara su negativa a la transfusión. Con el documento en la mano, el asunto fue puesto enseguida en manos de un juez, quien, sin perder tiempo, despojó a los padres de la niña del derecho de patria potestad y nombró como tutor a la asistencia social del hospital. La niña tenía ya nueve días de vida. Se le practicó la transfusión y enseguida comenzó a dar muestras de vitalidad, hasta que fue declarada fuera de peligro. “Preferimos que muera –decían los padres de la niña– antes que se alimente de sangre: nuestra religión lo prohíbe.”

EL ANTIGUO TESTAMENTO Y LA SANGRE

Los Testigos de Jehová se oponen a las transfusiones de sangre basándose en algunos textos del Antiguo Testamento. Estos textos se repiten en casi todos sus libros. Para mejor conocimiento del lector, vamos a citarlos aquí fielmente, literalmente, tal como aparecen señalados en el libro *La sangre, la medicina y la Ley de Dios*, escrito y publicado por los Testigos.

Génesis 9:34: “Todo lo que se mueve y vive os será para mantenimiento; así como las legumbres y hierbas, os lo he dado todo. Empero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis”.

Levítico 3:17: “Estatuto perpetuo por vuestras edades; en todas vuestras moradas, ningún sebo ni ninguna sangre comeréis”.

Levítico 17:10: “Y cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que peregrinan entre ellos, que comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y le cortaré de entre su pueblo”.

Levítico 17:13-14: “Y cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que peregrinan entre ellos, que cogiere caza de animal o de ave que sea de comer, derramará su

sangre y cubrirla con tierra. Porque el alma de toda carne, su vida, está en su sangre; por tanto, he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado.”

Deuteronomio 12:23-25: “Solamente que te esfuerces a no comer sangre; porque la sangre es el alma; y no has de comer el alma juntamente con su carne. No la comerás; en tierra la derramarás como agua. No comerás de ella; para que te vaya bien a ti, y a tus hijos después de ti, cuando hicieres lo recto en ojos de Jehová”.

Estos son los textos bíblicos donde se apoyan los Testigos de Jehová para rechazar las transfusiones. Textos que, por un lado, contienen leyes temporales, como veremos inmediatamente; leyes específicas para un pueblo determinado, y que, por otro, nada dicen, en absoluto, acerca de las transfusiones de sangre. En esos versículos se prohíbe comer sangre, pero no se prohíbe salvar una vida humana mediante una transfusión; no se dice que uno haya de dejar morir criminalmente a una inocente criatura, pudiéndole salvar mediante una transfusión de sangre.

Cada vez que el Antiguo Testamento se ocupa de la sangre se refiere a lo mismo, al líquido rojo vitalizante que corre por nuestras venas. Pero el término “sangre” tiene varios y diferentes sentidos en el Antiguo Testamento, detalle éste muy digno de tener en cuenta a la hora de rechazar tajantemente las transfusiones basándose en pasajes de diferentes interpretaciones. Está la sangre de los animales (Levítico 17:10-14); sangre de las víctimas inmoladas a Dios (Levítico 1:11); sangre de uvas, con referencia al vino (Génesis 49:11); aguas rojas como sangre, en sentido metafórico (2ª Reyes 3:22); sangre humana, derramada por Caín cuando mató a Abel (Génesis 4:10-11); sangre humana derramada con violencia, que exigía la reparación también por sangre (Génesis 9:6); se da a la sangre el sentido jurídico de culpa, muerte (Josué 2:19); sangre como impureza, como mancha (Levítico 15:9); sangre como vida humana (Salmo 72:14); sangre como hombre inocente (Deuteronomio 27:25 y 1º Samuel 19:15), y, en fin, se habla también de la sangre en sentido escatológico, como señal de muerte y calamidades (Joel 3:4).

Charbel, a quien ya citamos cuando escribimos sobre la identificación entre alma y sangre, dice a este respecto: “Entre los semitas, ya desde el comienzo, se consideró a la sangre como elemento vitalizante, vehículo y principio de la vida. Y es natural, pues la simple observación de

la sangre derramada hacía pensar espontáneamente en una vida perdida o al menos disminuida. He aquí la mentalidad, el trasfondo que dio origen al mito babilónico de la creación del hombre con la sangre (vida comunicada) del dios Kingu, y el relato de la formación de los animales, originados de la mezcla de tierra amasada con la sangre (vida) del dios Marduk. Al mismo

▶ 83 ◀

tiempo, la experiencia confirmaba la vinculación de la vida a ciertas manifestaciones externas, tales como la respiración, el aliento. Basta recordar la perícopa de la creación del hombre, que por su insuflación se convirtió en “ser vivo”. De la fusión de estas dos observaciones primitivas resultó el concepto de que la sangre es principio de la vida en cuanto, brotando aún, desprende un vapor, elemento acríforme, “aliento”, “soplo”. De esta suerte surgió la identificación: “La sangre es el alma”, esto es, “la vida”.

Bueno será resumir este punto en nuestro estudio, haciendo las siguientes conclusiones: primero, la identificación entre sangre y vida tiene un origen oscuro; segundo, las leyes sobre la sangre fueron dadas para un pueblo, el judío, en una época determinada de su historia; tercero, el término “sangre” tiene diferentes acepciones en el Antiguo Testamento y no se le puede dar, honradamente, una interpretación a rajatabla; y cuarto, los textos tan citados por los Testigos de Jehová no contienen ni una sola prohibición en contra de las transfusiones de sangre a personas enfermas. Una cosa tan sagrada ante los ojos de Dios como es la vida humana; un ser tan indefenso como una criatura recién nacida o una niña de seis años; un adulto enfermo, moribundo, necesitado de todo nuestro socorro, no pueden dejarse morir negándoles una transfusión de sangre en nombre de una creencia que descansa sobre bases tan débiles como las expuestas. Esto sí que constituye un auténtico y grave pecado contra Dios y contra el prójimo.

LOS DOS TESTAMENTOS

El gran error de los Testigos de Jehová, su principal piedra de tropiezo la constituye el no saber o no querer hacer la debida diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En esto de la sangre y en otras muchas cosas. Aquí tropiezan, no solamente ellos, sino también otros grupos que se llaman cristianos y que no terminan de establecer la línea divisoria entre los dos Testamentos.

El Antiguo y el Nuevo Testamento son la noche y el día, la sombra y la realidad, la profecía y su cumplimiento, la ley y la gracia, la figura y su significado, la tiranía y la libertad, la muerte y la vida, lo viejo y lo nuevo, la maldición y la bendición, la letra y el espíritu, la justicia y la misericordia, el apedreamiento del culpable y el perdón de las flaquezas humanas, el ojo por ojo y diente por diente y la vuelta de la mejilla izquierda cuando le hieran a uno la derecha, la miseria y la impotencia del hombre esclavizado por una ley que no puede cumplir y la liberación en Cristo mediante la obra del Espíritu Santo.

Del Antiguo Testamento podemos aprender mucho. Pablo dice que “todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza” (Romanos 15:4). Hemos de agradecer al Antiguo Testamento la ayuda que nos presta para mejor conocimiento del Nuevo. Como alguien ha dicho: “El Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento oculto; el Nuevo Testamento es el Antiguo Testamento revelado.”

Pero nada más. No somos judíos, sino cristianos. Las leyes del Antiguo Testamento no nos alcanzan, porque estas leyes fueron dadas al pueblo judío. En el capítulo 20 del Éxodo, donde se contienen los Diez Mandamientos, en los primeros versículos, leemos: “Y habló Dios todas

estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos.” Así, pues, las leyes iban dirigidas a los que salieron de Egipto. Un pasaje más explicativo aún es el de Deuteronomio 5:1-6, donde las dudas se despejan.

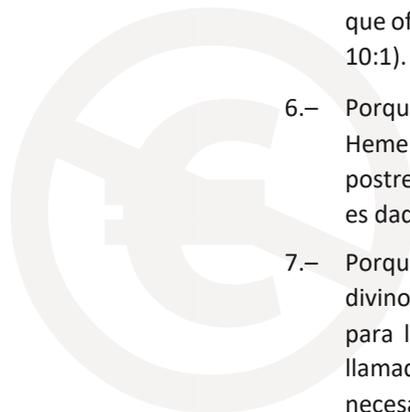
Mientras Cristo vivió guardó la ley, porque él era judío. María cumplió los preceptos de la purificación tal como se contenían en la ley; Jesús fue circuncidado; guardó la pascua y respetaba las costumbres judías. Pero su muerte en la cruz terminó con la esclavitud de la ley e inauguró la era de la gracia. Como lo dice Pablo: “Rayendo la cédula de los ritos que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y enclavándola en la Cruz” (Colosenses 2:14. Puede verse también Efesios 2:15-16, Hebreos 9:15-17 y otros pasajes).

La ley del Antiguo Testamento no tiene autoridad sobre el cristiano por una serie de importantísimas razones que nos gustaría exponer hasta agotar el tema, pero que no tenemos más remedio que seleccionar:

- 1.— Porque la ley fue dada provisionalmente, hasta que viniera “la simiente”, es decir, Cristo: “¿Pues de qué sirve la ley? Fue puesta por causa de las rebeliones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa, ordenada aquélla por los ángeles en la mano de un mediador” (Gálatas 3:19).
- 2.— Porque la ley fue solamente nuestro ayo para conducirnos a Cristo, nuestro tutor provisional: “De manera que la ley nuestro ayo fue para llevarnos a Cristo, para que fuésemos justificados por la fe. Mas venida la fe, ya no estamos bajo ayo” (Gálatas 3:24-25).
- 3.— Porque la ley levantaba entre el hombre y Dios una muralla de separación, muralla que fue derribada por Cristo: “Porque él es nuestra paz, que de ambos hizo uno, de-

derribando la pared intermedia de separación; dirimiendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos en orden a ritos, para edificar en sí mismo los dos en un nuevo hombre, haciendo la paz” (Efesios 2:14-15).

- 4.- Porque la ley nunca podía justificar al hombre con Dios: “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada” (Gálatas 2:16). “No desecho la gracia de Dios, porque si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gálatas 2:21). “¿Luego la ley es contra las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gálatas 3:21). (Véase también el importante pasaje de Romanos 8:3-4.)
- 5.- Porque los sacrificios que se ofrecían bajo la ley no daban al hombre la perfección espiritual necesaria para ir al cielo: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que ofrecen continuamente cada uno, hacer perfectos a los que se allegan” (Hebreos 10:1).
- 6.- Porque el primer pacto fue abolido cuando se estableció el segundo: “Entonces dije: Heme aquí para que haga, oh Dios, tu voluntad. Quita lo primero, para establecer lo postrero” (Hebreos 10:9). “Diciendo Nuevo Pacto, dio por viejo al primero; y lo que es dado por viejo y se envejece, cerca está de desvanecerse” (Hebreos 8:13).
- 7.- Porque la muerte de Cristo nos hizo herederos de un pacto nuevo con un mediador divino: “Así que por eso es mediador del nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las rebeliones que había bajo del primer pacto, los que son llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte es confirmado; de otra manera no es válido entre tanto que el testador vive” (Hebreos 9:15-17).
- 8.- Porque tenemos un nuevo y más perfecto sacerdote: “Porque la ley constituye sacerdotes a hombres flacos; mas la palabra del juramento, después de la ley, constituye al Hijo, hecho perfecto para siempre” (Hebreos 7:28). “Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar



eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:24-25).

- 9.– Porque la ley nos trae maldición, mientras que la gracia que es en Cristo Jesús nos trae bendición: “Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo maldición. Porque escrito está: maldito todo aquel que no permaneciera en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas... Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito cualquiera que es colgado en madero)” (Gálatas 3:10-13).
- 10.– Porque la ley de Cristo nos ha librado de la ley del pecado: “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:2-3).
- 11.– Porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia: “El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14).
- 12.– Porque al seguir la ley estamos negando la gracia: “Vacíos sois de Cristo los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4).
- 13.– Porque, en fin, no se nos manda oír al dador de la ley, Moisés, sino a Cristo. El primero “dio” la ley recibéndola de Dios, pero el segundo “hizo” la gracia con su muerte vicaria (Juan 1:17). Por eso la orden de Dios es, para los que vivimos en la era cristiana: “A El oíd” (Mateo 17:5), refiriéndose a Cristo.

El Antiguo Testamento no dice ni una sola palabra sobre las transfusiones de sangre, pero aun cuando la dijera, esos textos indican con suficiente claridad que los cristianos no estamos bajo la ley del Antiguo Testamento, sino bajo la gracia del Nuevo. Si los Testigos de Jehová quieren cumplir la ley del Antiguo Testamento, no deben limitarse a las prohibiciones acerca de la sangre; también deben peregrinar a Jerusalén una vez al año, como obligaba la ley; deben practicar la circuncisión, como la ley ordenaba; deben ofrecer sacrificios de víctimas, como exigía la ley; deben quemar incienso sobre el altar del templo, como hacían quienes vivían bajo la ley; deben guardar el sábado para cumplir con la ley; deben celebrar la pascua que ordenaba

la ley; deben apedrear a los hijos rebeldes en las afueras de las ciudades para satisfacer la ley, y también a las mujeres pecadoras; deben celebrar el jubileo y cumplir otras muchas imposiciones

▶ 85 ◀

que ellos no cumplen, pero que la ley ordena. ¿O es que la ley del Antiguo Testamento solamente prohíbe comer sangre? ¿O es que los Testigos de Jehová, tan cómodos en sus doctrinas, sienten escrúpulos por quebrantar un mandamiento de la ley y por otro no? La ley del Antiguo Testamento o se cumple toda o no vale: “Porque cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpable de todos” (Santiago 2:10). Dejar morir a una persona por no querer someterla a una transfusión de sangre carece totalmente de valor espiritual. Para que se pudiera pensar en algún posible efecto, los Testigos tendrían que cumplir a rajatabla todos los demás mandamientos de la ley, cosa totalmente imposible, pues Cristo vino precisamente por eso, porque por la ley era imposible la justificación.

UN PASAJE DEL NUEVO TESTAMENTO

A todo esto los Testigos suelen contestar diciendo que la doctrina de la sangre es también apostólica, y citan el conocido pasaje de Hechos 15:20. En la primera asamblea apostólica, que tuvo lugar en Jerusalén, se planteó el problema de la conversión de los gentiles. Santiago expresó su opinión con estas palabras: “Yo juzgo que los que de los gentiles se convierten a Dios, no han de ser inquietados; sino escribirles que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, y de fornicación, y de ahogado, y de sangre.” Este es el único pasaje en todo el Nuevo Testamento donde se alude a la ley levítica acerca de la sangre en el sentido en que la venimos tratando, es decir, como comestible.

Para la recta interpretación de este texto hay que tener en cuenta las siguientes consideraciones: Primero: Santiago hablaba aquí como judío todavía apegado a sus leyes y costumbres. Los apóstoles necesitaron un tiempo para desprenderse totalmente de las leyes del Antiguo Testamento y vivir en la pura gracia del Nuevo. El mismo Pedro fue recriminado

por Pablo por su devaneo con judíos y gentiles, por su falta de firmeza para rechazar todo lo viejo y quedarse con lo nuevo (Gálatas 2:11-21). Segundo: Dice Charbel, con razón, que en esta determinación de los apóstoles tuviéronse ante la vista motivos de caridad para con los judíos; mas de hecho, con la muerte del Salvador, la prohibición de la ley había ya cesado para todos.

Esta debilidad apostólica de no querer ofender a los judíos convertidos, porque todos eran “celadores de la ley” (Hechos 21:20), creó problemas a Pablo y a otros, como se ve en el capítulo 21 de los hechos. Y tercero, en este discutido pasaje tampoco se dice ni una sola palabra sobre las transfusiones de sangre.

EL EJEMPLO DE CRISTO

Ningún “testigo” puede presentar una sola cita bíblica donde se prohíban las transfusiones de sangre. Lo que prohíbe la ley del Antiguo Testamento es el comer sangre, pero el enfermo que recibe una transfusión de sangre humana no “come” sangre. La sangre, en este caso, no es más que un medio como otro cualquiera para salvar una vida. Si veo a uno que se está quemando, ¿me condenaría Dios porque me arrojara a las llamas y pretendiera salvarlo? Si se está ahogando, ¿me prohíbe Dios que salte al agua y trate de rescatar su vida? Dios me condenaría si no moviera un dedo en favor de la persona en peligro. Me condenaría Dios y me condenan las leyes humanas. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro medio de salvación? ¿No expongo igualmente mi vida por salvar otra?

Es curioso que digan los Testigos que la sangre no debe darse porque es portadora de vida, cuando precisamente la mayor prueba que podemos dar de amor al prójimo, según Cristo, es entregarle nuestra vida: “Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Cuando Pedro dice al Señor: “Mi alma –sangre, según los Testigos– pondré por Ti”, Jesús no le recrimina por la intención, sino por la negación que se avecinaba. No podía ser de otra forma, ya que el mismo Señor entregó su sangre en una transfusión universal para abrirnos la puerta al cielo: “Tomando el vaso, y hechas gracias, les dio, diciendo: Bebed de él todos. Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mateo 26:27-28).

Capítulo XIII *Patria, bandera, gobierno*

Conocida es la actitud de los Testigos de Jehová hacia la patria, la bandera, el gobierno. Rehúsan hacer el servicio militar porque dicen que no creen en más patria que la de Dios; se niegan a saludar la bandera porque, según ellos, el saludo constituiría una forma de adoración religiosa que les está prohibida; y creen que todos los gobiernos son satánicos y, por lo tanto, no hay que obedecerlos en absoluto.

El libro *Sea Dios veraz* contiene todo un capítulo dedicado a explicar la posición negativa que adoptan ante estas realidades sociales y humanas. Es un capítulo, como todos los del libro, que no resiste ni siquiera un leve examen de sus más importantes argumentos, porque éstos se derrumban ante el más ligero análisis crítico.

MINISTROS DE CINCUENTA Y OCHO AÑOS

Dicen los Testigos: “Las Santas Escrituras manifiestan claramente que el verdadero seguidor de Jesucristo es un testigo del Soberano Universal Jehová Dios y que, como tal, es un ministro o embajador del reino de Dios. Desde 1914 después de Jesucristo, los Testigos de Jehová han sido ministros y embajadores del reino establecido del Todopoderoso Dios con Cristo Jesús a su diestra en el trono” (2ª Corintios 5:20; Efesios 6:20; Jeremías 49:14; Abdías 1; Mateo 24:14).

Ninguna de estas citas que los Testigos amontonan aquí les vale, porque no prueban nada de lo que ellos pretenden. Las dos citas del Antiguo Testamento más bien se vuelven en contra de ellos, porque hablan de batallas, precisamente lo que los Testigos reprueban.

Los tres versículos del Nuevo Testamento dicen que los cristianos somos embajadores de Cristo, nada más, pero esto no sirve a los Testigos para probar que ellos son “ministros” desde

1914. El lector se preguntará: ¿Por qué esta fecha? Porque Rutherford, padre juntamente con Russell del movimiento de los Testigos, declaró, como hemos discutido en otro lugar de este estudio, que Cristo inició su reinado en la tierra en 1914. De modo que en este año de 1972 en que redactamos el presente capítulo, los Testigos llevan nada más que cincuenta y ocho años siendo ministros de Cristo. Poco tiempo.

Mucho, pero mal leen los Testigos la Biblia. Deberían leerla menos, pero mejor. La Biblia dice que todos los cristianos somos ministros del Señor. Ministros desde que se estableció la Iglesia, el primer Pentecostés después de la resurrección de Cristo. Quien quiera molestarse en comprobar lo que decimos, que lea estos versículos: Hechos 26:16; Romanos 15:16; 1ª Corintios 4:1; 2ª Corintios 3:6; 2ª Corintios 11:23; Efesios 6:21; Colosenses 4:7; 1ª Tesalonicenses 3:2, y 1ª Timoteo 4:6. En todas estas citas se dice que los cristianos somos ministros de Cristo desde hace casi dos mil años, no desde 1914.

EMBAJADORES HUMANOS

Dicen los Testigos: “Según las leyes de este mundo el embajador de una potencia está exento como extranjero de hacer juramento de lealtad al gobierno del país donde es residente. No se requiere que él rinda ninguna clase de obligación política. La nación en que él radica no tiene autoridad para imponerle ningún reglamento que le sea una carga o estorbo en el desempeño de su deber”.

Este argumento lo usan los Testigos para defender su actitud antagónica hacia los gobiernos. Pero es un argumento, como el mismo lector advertirá, muy pobre. Quien escribió este libro sabía poco de diplomacia. Dice que no se espera que el embajador rinda ninguna clase de obligación política, cuando su cargo es enteramente político. El embajador depende directamente del Ministerio de Asuntos Exteriores, que es el Departamento más político en todo Gabinete ministerial.

Agrega el autor del libro que el embajador no debe hacer juramento de lealtad al Gobierno del país donde reside, ni que debe sujetarse a reglamento alguno. Se equivoca. El embajador está obligado a acatar las leyes del país donde ejerce su cargo, debe respetarlas y

obedecerlas. Si las quebranta, puede ser inmediatamente expulsado del país, como ocurre todos los días.

Es más, un embajador responsable procurará ser respetuoso con las leyes del país donde se encuentra, no sólo porque es su obligación, sino también por conciencia profesional, para ser digno representante del Gobierno que le ha confiado el cargo y para dejar a su país en el mejor lugar posible.

LA EXENCIÓN RELIGIOSA

Dicen los Testigos: “Más aún; por razones parecidas, se exige a los ministros de la religión de las cargas que el Gobierno impone ordinariamente sobre toda la gente... Se dice que la influencia que ejerce la predicación en la gente contribuye al bienestar y a la moralidad, y por eso es bastante buena y grande para justificar la exención de los ministros religiosos. Los Testigos de Jehová, que predicán el único mensaje de verdadera esperanza, están en su derecho al reclamar estas exenciones que se conceden a todos los ministros de religión.”

¿A qué exenciones se refieren los Testigos? Los ministros religiosos, en casi todos los países, están exentos de vestir el uniforme militar, pero en muchas ocasiones su presencia en el Ejército es obligatoria. Naturalmente, para ejercer funciones en consonancia con su profesión religiosa. En otros países los ministros se alistán voluntariamente para servir en calidad de capellanes. Pero en ningún país los ministros religiosos se niegan a servir en el Ejército si ello es necesario. Los Testigos de Jehová, por el contrario, protestan desde que son llamados a filas. Se niegan a incorporarse al Ejército ni siquiera para cuidar enfermos. La comparación, pues, no sirve.

EL ORIGEN DE LA PATRIA

Dicen los Testigos: “Puesto que Jehová ha seleccionado a sus testigos, sacándolos de este mundo para ser embajadores a los pueblos de la tierra a favor de su reino, ellos no son parte del mundo. Dado que su lealtad es al Dios Altísimo y a su reino, ellos no participan en las

elecciones locales, nacionales o internacionales ni en la política. Ellos son desligados de esto por la ley de Dios, quien les ordena permanecer sin mancha del mundo.”

Es decir, que la lealtad a Dios les impide cumplir con los deberes de la patria. Pero ¿quién fundó las patrias?; ¿quién instituyó las naciones?; ¿no fue el mismo Dios?

Dios dijo a Abraham: “Haré de ti una nación grande.” La nación judía, fundada por Dios mismo, tenía un propósito: “Serán benditas en ti todas las naciones de la tierra” (Génesis 12:2-3).

▶ 88 ◀

Dios fue el Padre de las naciones, y los Testigos están en contra de ello. Dios dio leyes a estas naciones, y los Testigos están en contra de las leyes. Dios instituyó primero a caudillos en estas naciones, como Moisés, como Josué; más tarde les dio jueces, como Gedeón, como Jifté, y luego reyes, como Samuel, como David, etc., y los Testigos están en contra de los jefes, de los jueces y de los reyes.

Y lo curioso del caso es que dicen que lo hacen en nombre de Dios. ¡Hasta ahí llega el absurdo humano!

OBEDIENCIA Y MORALIDAD

Dicen los Testigos: “Igual que Cristo Jesús y sus apóstoles, quienes dejaron el ejemplo que había de seguirse, ellos están en el mundo, pero no son parte de él (Santiago 1:27; Juan 17:16-17; Juan 15:17-19).”

Otro montón de citas que nada prueban. Las palabras del Maestro, “no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, nada tienen que ver con el desacato a las autoridades ya constituidas. Aquí es cuestión de moralidad, no de obediencia. No son del mundo en el sentido de que han sido elegidos del mundo, rescatados por Cristo y hechos participantes de su reino espiritual, que es la Iglesia (Juan 15:19; 1ª Pedro 1:18, Colosenses 1:13). En este estado el cristiano debe mantenerse apartado de las contaminaciones del mundo: “que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1ª Pedro 2:11). Estos “deseos carnales” vienen

de las pasiones propias (Santiago 4:1), no de los gobernantes ni de las leyes del país. Porque si hay gobernantes malos y leyes malas y uno se empeña en ser bueno, nada ni nadie le hará cambiar.

PATRIA CELESTIAL Y PATRIA TERRENAL

Dicen los Testigos: “Hay otra razón por la cual cada ministro del Dios Altísimo, como seguidor de Cristo Jesús, reclama su exención del entrenamiento y servicio militar. Él ya está en un ejército, para servir como soldado de Cristo Jesús” (2ª Timoteo 2:3-4).

Muy bien. El cristiano pertenece al ejército de Cristo, y Cristo, aquí, en la tierra, no tiene más ejército que su Iglesia. Como miembro de este ejército el cristiano tiene en su Biblia leyes divinas por las cuales debe regir su vida espiritual. Pero al mismo tiempo, entre tanto vive en la tierra, el cristiano es miembro de una sociedad que tiene sus normas de vida, pertenece a un

país con leyes propias, y está obligado a cumplirlas siempre que no atenten contra los principios de la fe que profesa, principios que deben basarse en serenas y razonadas argumentaciones bíblicas, no en interpretaciones caprichosas y convencionales.

Cristo era más celestial que todos nosotros, y, sin embargo, cumplió con las leyes del país donde vivía, según nos dice Mateo 17:24-27, y diferenció claramente las potestades espirituales de las terrenales, dando a cada una lo que le pertenecía, como se desprende de Mateo 22:16-21.

DESERCIÓN MILITAR

Dicen los Testigos: “Además, estando alistados en el ejército de Cristo Jesús, él no puede desertar las huestes de Jehová para asumir las obligaciones de soldado en algún ejército de este mundo sin ser culpable de desertión y sufrir el castigo dictado por el Todopoderoso Dios para los desertores”.

¿Y quién dice que un cristiano tenga que desertar de su vocación espiritual porque pase un tiempo en el Ejército de su país? ¿Hay mayores oportunidades para testificar de Cristo que en un Ejército, donde uno convive con miles de personas diferentes?

Cornelio, el primer gentil convertido al Cristianismo, descendía de una ilustre familia de militares romanos y él mismo ejercía un importante cargo militar. Sin embargo, cuando fue bautizado por Pedro y añadido a la Iglesia, no se dice que desertara de su puesto en el Ejército, al contrario, la Historia afirma que Cornelio fue instrumento para la conversión de muchos soldados romanos al Cristianismo (véase Hechos capítulo 10).

Cuando los soldados preguntaron a Juan el Bautista, “Y nosotros, ¿qué haremos?”, éste no les dijo que desertaran, ni que abandonaran la fe, sino simplemente: “No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestras pagas” (Lucas 3:14).

Muy lógico, porque cuando se sabe mantener el testimonio cristiano, da igual dónde se esté y la ropa que se vista.

LA BANDERA

El párrafo que los Testigos dedican a la bandera en el capítulo ya citado es amplio y abarca temas varios, por lo que nos interesa tratarlo más extensamente y ordenando un poco las ideas que exponen:

1.— Error de interpretación

Dicen: “Los testigos de Jehová han rehusado saludar la bandera fascista, nazista y comunista. No se trata de que sólo rehúsen saludar la bandera de los Estados Unidos y de otras naciones democráticas. De manera que ellos no hacen distinción de una nación para menoscabo de otra. Su manera de ver y tratar este asunto se basa sobre las Escrituras infalibles. El negarse a saludar se basa en leyes prohibitivas del Todopoderoso Dios que se

hallan expresadas en 1ª Corintios 10:14 y en otras partes de las Escrituras cristianas griegas, así como en las Escrituras hebreas”.

Esas “otras partes” de las Escrituras griegas y hebreas no las citan, simplemente porque no existen. Es un recurso literario. Una forma de decir cuando no se pueden aportar argumentos. En cuanto a la cita de 1ª de Corintios 10:14, lea el lector lo que dice: “Por tanto, amados míos, huid de la idolatría”. Ni una palabra de saludo, ni de bandera. Y ésa es la única cita que aportan. Como si la bandera, que es el emblema visible de un país, tuviera algo que ver con la idolatría.

2.– La bandera y los diez mandamientos

Citan los Testigos los mandamientos de la Ley de Dios en Éxodo 20:2-6, y a continuación escriben: “Muchas de las banderas nacionales llevan semejanza de cosas que hay en el cielo, tales como estrellas, sol, etc. Otras llevan semejanzas de cosas que hay sobre la tierra o en sus aguas, tales como el águila, el león, la serpiente, el pez, etc... Porque la nación de Israel violó este mandamiento voluntariamente al entregarse a la adoración de ídolos, imágenes o símbolos, Jehová la castigó, porque ella estaba en un pacto con él para permanecer fiel”. Desde luego, vaya manera más arbitraria de interpretar la Biblia. Los mandamientos de la Ley de Dios no dicen ni una palabra acerca de la bandera. Y si saludar a una bandera, aun cuando ostente en ella un símbolo, fuera pecado, entonces Dios sería el primer pecador, porque Él mandó a los israelitas que usaran banderas. A ver cómo explican los Testigos este pasaje, ellos, que tan aficionados son a las citas del Antiguo Testamento: “Y habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciendo: ‘Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su bandera, según las enseñanzas de las casas de sus padres...’ E hicieron los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová mandó a Moisés; así asentaron el campo por sus banderas, y así marcharon cada uno por sus familias, según las casas de sus padres” (Números 2:1-2, 34).

3.– El carácter de la bandera

“Toda bandera nacional es un símbolo o imagen del poder soberano de su nación. Por lo común, la bandera de toda nación es considerada sagrada por esa nación y por la gente que rinde su lealtad a ella. Consideren todos religiosa o sagrada la ceremonia del saludo a la bandera o no, de todas maneras es una ceremonia política en la cual se saluda o se hace reverencia religiosa ante el símbolo, la bandera.”

¡Valiente barbaridad! ¡Cuánta ignorancia o qué deseos de confundir! El saludo a la bandera de un país es un acto puramente militar, de contenido patriótico, que no es igual que político ni, mucho menos, religioso. Prueba de ello es que el saludo a la bandera lo efectúan hasta los países ateos, los que niegan completamente a Dios y combaten toda forma de religión.

4.– La bandera y la salvación

Oigamos nuevamente a los Testigos: “Este es un acto que atribuye salvación al emblema nacional y a la nación que éste representa. El que saluda declara implícitamente por el saludo que su salvación procede de la cosa que está representada por la bandera, a saber, la nación de la cual la bandera es un símbolo”.

¡Otra barbaridad mayor que la anterior! ¿Puede una persona juiciosa creer semejante disparate? ¿Dónde, quién, cuándo se ha dicho que saludando a la bandera se salve uno? ¿De qué puede salvar la bandera? Que sepamos, no hay país en el mundo que pretenda salvar a sus súbditos mediante el saludo a la bandera. Los Testigos, que han inventado muchas formas para salvarse, nos ofrecen aquí una que raya en el absurdo.

¿Cuál debe ser la actitud del cristiano ante las autoridades civiles de su país? Mal que pese, la Biblia da orientaciones claras a este respecto. Sin analizar los textos, porque hemos consumido el espacio disponible en este capítulo, vamos a ordenarlos y transcribirlos convenientemente y que el lector saque sus conclusiones:

1.– Se ha de dar al César lo que sea suyo

“Pagad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21).

2.– Se ha de orar por las autoridades

“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracia, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador” (1ª Timoteo 2:1-3).

3.– Se las ha de obedecer

“Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra” (Tito 3:1).

sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.” (Romanos 13:1-7.)

Es curiosa la interpretación que dan los Testigos a este pasaje. Escuchémosles: “Las ‘potestades superiores’ mencionadas allí son los principales factores gobernantes de la congregación de Dios. A saber, el cuerpo gobernante invisible del reino de Dios. No era la intención del apóstol el que su mención de las potestades superiores se aplicara a hombres que son visibles a los ojos humanos y que son los gobernantes de este mundo inicuo dirigido

4.– Se ha de vivir sujeto a ellas

“Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea el rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque ésta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos” (1ª Pedro 2:13-15).

5.– Se ha de reconocer el trabajo que realizan

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle

por Satanás. De modo que las ‘potestades superiores’ que mencionó el apóstol son Jehová Dios y Cristo Jesús, y Cristo Jesús es el gran Ministro de Jehová”.

Ni Cristo es el “gran Ministro de Jehová”, sino Jehová mismo, ni esas “potestades superiores” son Dios y Cristo, sino autoridades humanas, autoridades civiles porque Pablo habla de “magistrados” y de “tributos” que se les ha de pagar.

El mismo Pablo se sometió a las autoridades de su tiempo, habló con orgullo de su ciudadanía romana (Hechos 22:25-28) y se valió de ella cuando le convino (Hechos 25:11).

Quienes hoy leemos y creemos los escritos de Pablo y seguimos tras las pisadas del Maestro hemos de someternos a las autoridades civiles siempre que éstas no pretendan interponerse entre Dios y nosotros, dando testimonio de nuestra fe y demostrando con nuestra conducta que, aunque pertenecemos a un reino espiritual, sabemos también cumplir con nuestras obligaciones humanas en la tierra donde Dios nos ha hecho nacer.



TERCERA PARTE

Exposición bíblica

Capítulo I

Cristo en la Biblia

En esta tercera parte de **Apuntando a la torre**, que no ha sido la más fácil de componer, me ocupé de los tres temas más importantes entre los varios que los Testigos suelen desfigurar con su descalabrada interpretación de la Biblia: La divinidad plena de Cristo, la divinidad del Espíritu Santo y la inmortalidad del alma.

Lo que hago aquí con estas doctrinas bíblicas podría hacerse con todas las demás que los Testigos niegan y que la Biblia afirma. Si he seleccionado estas tres ha sido por parecerme las más trascendentes. Las que más directamente afectan a nuestra fe en la tierra y a nuestra supervivencia en el más allá de Dios.

Lamento no haber podido transcribir literalmente los pasajes bíblicos. Ello habría supuesto un considerable aumento en las páginas de este libro, que he querido hacer breve y completo. Señalo cuidadosamente las citas bíblicas para que el lector, provisto de una Biblia, pueda ir experimentando por sí mismo el gran placer del descubrimiento en este fresco manantial de vida y de enseñanzas que es la Palabra de Dios. El estudio hay que hacerlo reposadamente, con calma, leyendo y anotando con cuidado los pensamientos divinos.

El lector encontrará que en esta tercera parte se repiten algunas citas bíblicas ya mencionadas con anterioridad. Pero aquí aparecen en un contexto diferente, como parte de un todo doctrinal.

En este lugar de Apuntando a la Torre he eludido todo comentario. Aquí he hecho caso a quienes dicen que el mejor comentario a la Biblia es la Biblia misma. Creo que llevan razón.

Dicen los Testigos de Jehová: “Algunos han creído sinceramente que Jesús era el mismo Dios. Tal conclusión no se corrobora con las Escrituras” (El Arpa de Dios, pág. 99).

CRISTO ES DIOS EN LAS PROFECÍAS

1.– Se le llama Dios

1. Dios con nosotros. Isaías 7:14 con Mateo 1:23.
2. Dios fuerte. Isaías 9:6 con Apocalipsis 1:13, 16 y 7:12.
3. Dios mismo. Isaías 35:4-8 con Mateo 11:2-5; 12:22; Juan 7:37-39.
4. Dios Redentor. Isaías 43:14 y 44:6 con Efesios 1:5-7 y 1ª Pedro 1:18-19.
5. Dios Padre eterno. Isaías 9:6 con Colosenses 1:17 y Apocalipsis 1:8.
6. Dios Señor de Israel. Miqueas 5:2 con Mateo 2:6 y Juan 7:42.
7. Dios verdadero. Jeremías 10:10 con 1ª Juan 5:20.
8. Dios el juez. Eclesiastés 12:14 con 1ª Corintios 4:5; 2ª Corintios 5:10 y 2ª Timoteo 4:1.
9. Dios santo. 1º Samuel 2:2 con Hechos 3:14.
10. Dios del sábado. Éxodo 31:15 con Mateo 12:8.
11. Dios Salvador. Isaías 43:3 y Oseas 13:4 con Tito 2:13.
12. Dios sobre todas las cosas. Salmo 97:9 con Juan 3:31.
13. Dios Creador. Isaías 40:28 con Juan 1:3 y Colosenses 1:16.
14. Dios Sustentador. Nehemías 9:6 con Colosenses 1:17 y Hebreos 1:3.
15. Dios de la fe. Jeremías 17:5 con Juan 14:1.

16. Dios y Señor. Salmo 35:23 con Juan 20:28.

2.– Se le reconocen atributos de Dios

1. Como Dios, perdona a los hombres sus pecados. Jeremías 31:34 y Miqueas 7:18 con Hechos 10:43 y Lucas 5:20.
2. Como Dios, es eterno. Salmo 102:24-27 con Hebreos 1:10-12.
3. Como Dios, es omnisciente. Escudriña la mente y el corazón del hombre. Jeremías 17:10 y Ezequiel 11:5 con Apocalipsis 2:18 y 23 y Hechos 1:24.
4. Como Dios, es omnipresente. Es el Dios de todas las naciones, porque en todas está. Hechos 2:7 con Mateo 25:31-32 y Apocalipsis 21:23-24.
5. Como Dios, es omnipotente. Es Rey de reyes y Señor de todos los señores. Daniel 2:47 con Apocalipsis 1:5, 15:3 y 17:14.
6. Como Dios, es inmutable. Malaquías 3:6 con Hebreos 1:12 y 13:8.
7. Como Dios, es inmortal. Salmo 16:10 con Hechos 2:24-29.
8. Como Dios, es el Autor de la vida. Job 33:4 con Hechos 3:15.
9. Como Dios, es inescrutable. Proverbios 30:4 con Mateo 11:27.
10. Como Dios, conoce lo profundo de la naturaleza humana. 1º Reyes 8:39 con Juan 2:25 y Lucas 5:22.
11. Como Dios, pone pastores en la Iglesia. Jeremías 3:15 con Efesios 4:11.
12. Como Dios, es el Esposo de la Iglesia. Isaías 54:5 y 62:5 con Efesios 5:25 y Apocalipsis 21:2 y 9.
13. Como Dios, reina. Isaías 52:7 con Romanos 10:15 y Lucas 4:17-19.

3.– Se le identifica con Dios

1. Zacarías 7:12 dice que el Espíritu de Dios estaba en los profetas, capacitándoles para llevar a cabo su misión.
1ª Pedro 1:10-12 dice que el Espíritu que estaba en los profetas era el “Espíritu de Cristo”.

2. En Isaías 40:3 se manda preparar camino a Jehová, idea que también se repite en 35:8. Mateo identifica a Jehová con Cristo en 3:3, donde dice: “Éste es aquél de quien habló el profeta Isaías...”
3. Isaías 60:19, pasaje que tiene que ver con los tiempos eternos, llama a Jehová “luz perpetua”, cuyos rayos iluminarán el cielo eterno. San Juan, en Apocalipsis 21:23, refiriéndose igualmente a la Jerusalén celestial, dice que “el Cordero es su lumbrera”.
4. En la visión que Isaías tuvo en el templo, descrita en el capítulo 6 de su libro, el profeta cuenta que vio “al Señor sentado sobre un trono alto y sublime” (v. 1). Este Señor, en la interpretación de Juan 12:38-41, era el mismo Cristo.
5. La piedra en la que tropieza el pueblo de Israel es Jehová en Isaías 8:13-14 y Cristo en 1ª Pedro 2:4-8.
6. El Señor a quien tentaron los judíos en el desierto, cuando el castigo de las serpientes (Números 21:5-7) es el mismo Señor Jesús del Nuevo Testamento (1ª Corintios 10:9 y Juan 3:13-15).
7. En Isaías 44:6-7 se dice que el Autor de la profecía es Dios, en tanto que esta misma facultad se atribuye a Cristo en Apocalipsis 11:3.
8. Dios es quien envía a los profetas para que cumplan su misión en el Antiguo Testamento (2ª Crónicas 36:15-16). Idéntico oficio se señala a Cristo en el Nuevo (Mateo 23:34).

4.– El propio Cristo proclama su identidad con el Dios del Antiguo Testamento

1. Cristo, como Dios, es el Pastor de las ovejas. Isaías 40:10-11, Ezequiel 34:11-12 y Salmo 23:1 con Juan 10:7, 11 y 14.
2. Cristo, como Dios, es el Señor. Salmo 8:1 y 9 con Juan 13:13-14.
3. Cristo, como Dios, es la luz. Salmo 27:1 con Juan 8:12 y 9:5.
4. Cristo, como Dios, es el principio y el fin. Salmo 90:1-2 con Apocalipsis 14:6.
5. Cristo, como Dios, es el camino. Salmo 27:11, 32:8 con Juan 14:6.
6. Cristo, como Dios, es la verdad. Deuteronomio 32:4 y Salmo 43:3 con Juan 14:6 y 1:1417.
7. Cristo, como Dios, es la vida. Salmo 36:9 con Juan 14:6 y 1:4.
8. Cristo, como Dios, es la puerta. Salmo 100:4, Job 41:14 y Salmo 118:20 con Juan 10:7-9.
9. Cristo, como Dios, es Rey. Salmo 24:7-9 con Juan 18:37.

10. Cristo, como Dios, es el pan de vida. Éxodo 16:4 con Juan 6:35, 48 y 51.
11. Cristo, como Dios, es la resurrección y la vida. Job 19:25-27 con Juan 11:25-26.
12. Cristo, como Dios, es el divino “Yo soy” del Antiguo Testamento. Éxodo 3:13-14 con Juan 8:24, 28; 13:19 y 18:5.
13. Cristo, como Dios, es celestial. Daniel 2:28 e Isaías 66:1 con Juan 8:23, 42.
14. Como Dios, Cristo es estrella resplandeciente. Job 41:32 y Salmo 80:1-3 con Apocalipsis 22:16.
15. Como Dios, Cristo es la vid verdadera. Isaías 5:1-4 y Oseas 14:5-7 con Juan 15:5.
16. Como Dios, Cristo es el eterno viviente. Jeremías 10:10 y Daniel 6:26 con Apocalipsis 1:18 y Juan 14:19.
17. Como Dios, Cristo es el manantial de aguas vivas. Jeremías 2:13 con Juan 4:13-14 y 7:37-38.

CRISTO ES DIOS EN SU NACIMIENTO

1.– Cumple las profecías de Dios

1. Es la simiente de la mujer que habría de herir a la simiente de la serpiente. Génesis 3:15 con Gálatas 4:4.
2. Es “Siloh”, el prometido Mesías. Génesis 49:10 y Daniel 9:26 con Juan 1:41 y 4:25-26.
3. Nace de la familia de David, como estaba previsto. Salmo 132:11 y Jeremías 23:5 con 13:22-23.
4. Nace de la tribu de Judá, igualmente anunciado. Génesis 49:8-10 con Hebreos 7:14 y Apocalipsis 5:5.
5. Nace en Belén, tal como anticipó la profecía. Miqueas 5:2 con Mateo 2:1-6 y Lucas 2:4-6.
6. Nace de la virgen anunciada por el profeta. Isaías 7:14 con Mateo 1:22-23.
7. Ilustres personajes acuden al lugar de su nacimiento. Salmo 72:8-11 con Mateo 2:1-11.
8. Se produce la matanza de los niños anunciada por el profeta. Jeremías 31:15 con Mateo 2:16-18.
9. Es trasladado a Egipto siendo niño, acontecimiento previsto en la profecía. Oseas 11:1 con Mateo 2:13-15.

2.– Se manifiesta la intervención de Dios

1. Dios habla a María. Lucas 2:26-38.
2. Dios habla a José. Mateo 1:18-25.
3. Dios habla a los pastores. Lucas 2:8-14.
4. Dios habla a los magos. Mateo 2:1-2, 9-11.
5. Dios habla de nuevo a José. Mateo 2:13-14.
6. Dios habla por tercera vez a José. Mateo 2:19-20.
7. Dios habla a José por cuarta vez. Mateo 2:21-23.
8. Dios habla a Simeón. Lucas 2:25-26.
9. Dios habla a Elisabet. Lucas 1:41.
10. Dios habla a Zacarías. Lucas 1:67.

3.– Adquiere naturaleza de Dios

1. Es el Verbo, la Palabra hecha carne, Dios humanado. Juan 1:1, 14.
2. Es “Dios con nosotros”, viviendo, estando, identificándose con el hombre. Isaías 7:14 y Mateo 1:23.
3. Es engendro divino, obra del Espíritu Santo. Parte de la Trinidad. Mateo 1:20.
4. Es el “Santo Ser” existente desde los tiempos eternos que baja a la tierra con el título de Hijo de Dios. Lucas 1:35.
5. Es el “Dios sobre todas las cosas”, descendiente, según la carne, de los patriarcas. Romanos 9:5.
6. Es el Ser en quien habita toda la plenitud de la Deidad. Colosenses 2:9.
7. Es el “resplandor” de la gloria de Dios, la misma imagen de Su sustancia. Hebreos 1:3.
8. Es “Dios manifestado en carne”, el gran misterio de la piedad. 1ª Timoteo 3:16.

CRISTO ES DIOS EN SU VIDA

1.– Es inmaculado, como Dios

1. Testimonio del propio Cristo. Juan 8:46.
2. Testimonio de Juan el Bautista. Juan 1:29, Mateo 3:14.
3. Testimonio de Pilato. Mateo 27:24, Lucas 23:14.
4. Testimonio de la mujer de Pilato. Mateo 27:19.
5. Testimonio de Herodes. Lucas 23:15.
6. Testimonio de Judas. Mateo 27:4.
7. Testimonio del centurión encargado de su ejecución. Mateo 27:54, Lucas 23:47.
8. Testimonio de Pablo. 2ª Corintios 5:21.
9. Testimonio del autor de la epístola a los Hebreos. Hebreos 4:15, 7:26 y 9:14.
10. Testimonio de Pedro. 1ª Pedro 2:22.
11. Testimonio de Juan. 1ª Juan 3:5.
12. Testimonio de los mismos demonios. Marcos 1:24. Lucas 4:34.

2.– Fue adorado como Dios

1. Fue adorado por los magos. Mateo 2:2, 11.
2. Fue adorado por los discípulos. Mateo 14:33, Lucas 24:52.
3. Fue adorado por las mujeres en el huerto de la resurrección. Mateo 28:9.
4. Fue adorado por el ciego de nacimiento. Juan 9:38.
5. Le adoran los ángeles de Dios. Hebreos 1:6.
6. Le adorarán todos los moradores de la tierra. Apocalipsis 13:8, 15:4.

3.– El mismo Cristo afirma ser Dios

1. Su doctrina es la doctrina de Dios. Juan 7:16.
2. Su testimonio es el testimonio de Dios. Juan 3:32-33.

3. Su verdad es la verdad de Dios. Juan 8:40.
4. Sus palabras son palabras de Dios. Juan 12:49; 14:10; 14:24; 15:15; 17:8; 17:14.
5. Rechazarle a Él significa rechazar a Dios. Lucas 10:16.
6. Recibirle a Él es recibir a Dios. Lucas 9:48.
7. Su reino es el reino de Dios. Juan 18:36; Marcos 1:15.
8. Su autoridad es la autoridad de Dios. Mateo 28:18.
9. Su naturaleza es la de Dios. Juan 6:33; 6:38; 8:23; 8:42.

10. Verle a Él es ver a Dios. Juan 14:9.
11. El Padre y Él son una misma Persona. Juan 10:30.
12. La vida de Cristo es la vida de Dios. Juan 5:26.
13. Su amor es el amor del Padre. Juan 16:27; 3:16; 13:1.
14. Su Espíritu es el Espíritu del Padre. Juan 15:26.
15. Todo lo del Padre es también de Él. Juan 16:14-15.
16. Honrar a Cristo es honrar a Dios. Juan 5:23.
17. Estar en Sus manos es estar en las manos del Padre. Juan 10:28-29.
18. Creer en Dios es creer en Él. Juan 14:1.
19. Su actividad es la actividad del Padre. Juan 5:17-18.

4.– Su obra es la obra de Dios

1. Cristo es el Creador del mundo. Juan 1:3; Colosenses 1:16; Hebreos 1:3.
2. Cristo es el Autor de la vida. Juan 1:4; 11:25; 1ª Juan 5:11-12.
3. Cristo es el Señor de todos los hombres. Hechos 10:36; 2:36.
4. Cristo es dueño de todas las cosas. Juan 16:15.
5. Cristo es el sustentador de todas las cosas. Hebreos 1:3; Colosenses 1:16.
6. Cristo es el perdonador de todos los pecados. Mateo 9:2-6; Lucas 7:47-50; Hechos 10:43.

7. Cristo es el Salvador del mundo. Lucas 2:11; Juan 4:42; Hechos 4:12.
8. Cristo es Dios en toda la tierra y en el cielo. Filipenses 2:9-11.
9. Cristo es adorado como Dios en el cielo. Apocalipsis 5:5-6; 7:9.

5.– Los evangelistas y apóstoles declaran que Él es Dios

1. Mateo 1:23: Dios con nosotros.
2. Juan 1:1: Dios el Verbo.
3. Juan 20:28: Señor y Dios.
4. Romanos 9:5: Dios sobre todas las cosas.
5. 1ª Corintios 1:4: Dios de la Gracia.
6. 2ª Corintios 4:4-6: Dios de la Gloria.
7. 2ª de Corintios 5:19: Dios en Cristo.
8. 2ª de Corintios 12:19: Dios en Cristo.
9. Filipenses 2:5-6: Forma de Dios.
10. Colosenses 1:13-15: Imagen del Dios invisible.
11. Colosenses 2:2: Dios y Padre.
12. Colosenses 2:9: Dios pleno.
13. 1ª de Timoteo 3:16: Dios manifestado en carne.
14. Tito 2:13: Dios y Salvador.
15. Hebreos 1:13: Dios resplandor e imagen.
16. 1ª de Juan 5:20: Dios verdadero.
17. Apocalipsis 11:15 y 20:6: Dios Señor y Cristo.
18. 2ª de Pedro 1:1: Dios y Salvador Jesucristo.

CRISTO ES DIOS EN SUS OBRAS

1.– Vence a las enfermedades del hombre, como Dios

1. Sana sin estar presente. Juan 4:46-54.
2. Sana a los paralíticos. Mateo 8:5-13; 9:2-7; Marcos 2:3-12; Lucas 5:18-25 y Juan 5:1-9.
3. Sana a los leprosos. Mateo 8:2-3; Marcos 1:40-42; Lucas 5:12-13 y 17:11-19.
4. Sana a los ciegos. Mateo 9:27-31; Marcos 8: 22-26; Lucas 18:35-43 y Juan 9:1-9.
5. Sana a los sordos y los mudos. Marcos 7:31-37.

2.– Vence a los elementos de la naturaleza, como Dios

1. Transforma el agua en vino. Juan 2:1-11.
2. Calma las tempestades del mar. Mateo 8:23-27; Marcos 4:36-41; Lucas 8:22-25.
3. Anda sobre las aguas. Mateo 14:25-33; Marcos 6:49-51; Juan 6:19-21.
4. Seca una higuera desde las raíces. Marcos 11:12-14 y 20.
5. Multiplica panes y peces. Mateo 14:15-21 y 15:32-38; Marcos 6:35-45 y 8:1-9; Lucas 9:12-17; Juan 6:1-13.
6. Consigue multiplicar los peces del mar. Lucas 5:1-11; Juan 21:1-6.

3.– Vence a los elementos diabólicos, como Dios

1. Vence al Diablo en el monte de la tentación. Mateo 4:1-11.
2. Cura a un endemoniado ciego y mudo. Mateo 12:22; Lucas 11:14.
3. Cura a un endemoniado con espíritu inmundo. Lucas 4:33-36; Marcos 1:23-26.
4. Cura a dos endemoniados que moraban en los sepulcros. Mateo 8:28-33; Marcos 5:117; Lucas 8:26-37.

5. Cura a un endemoniado mudo. Mateo 9:32-33.
6. Cura a una muchacha atormentada por el demonio. Mateo 15:21-28; Marcos 7:24-30.
7. Cura a un muchacho lunático, víctima del demonio. Mateo 17:14-18; Marcos 9:17-27; Lucas 9:37-43.
8. Cura a todos los oprimidos por el Diablo. Hechos 10:38.
9. Por medio de Su muerte destruye al Diablo. Hebreos 2:14.
10. Deshace las obras del Diablo. 1ª Juan 3:8.
11. Echa fuera los demonios por "Espíritu de Dios". Mateo 12:28; Lucas 11:20.
12. Clava en la cruz a las potestades de las tinieblas. Colosenses 2:13-15.

4.- Vence a la muerte, como Dios.

1. Resucita al hijo de una viuda. Lucas 7:11-15.
2. Resucita a una niña de doce años. Mateo 9:18-25; Marcos 5:21-43; Lucas 8:41-45.
3. Resucita a Lázaro. Juan 11:1-44.
4. Su Palabra vence a la muerte. Juan 8:51-52.
5. Quebranta los dolores de la muerte. Hechos 2:24.
6. La muerte no se enseñorea de Él. Romanos 6:9.
7. Termina con el aguijón de la muerte. 1ª Corintios 15:53-57.
8. Nos libra de la muerte. 2ª Corintios 1:10.
9. Quita la muerte y saca a luz la vida y la inmortalidad. 2ª Timoteo 1:10.
10. Destruye, con su muerte, al que tenía el imperio de la muerte. Hebreos 2:14.
11. Tiene las llaves de la muerte. Apocalipsis 1:18.

CRISTO ES DIOS EN SU MUERTE, RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN

1.- Es Dios en Su muerte

1. Por Dios es anticipada. Isaías 53:10; Daniel 9:26; Zacarías 13:7.
2. Por Dios es ordenada. Isaías 53:6. Lucas 22:22; Hechos 2:23; 3:18; 4:28.
3. Por Dios es aceptada. Mateo 20:28; Efesios 5:2; 1ª Tesalonicenses 5:9-10.

4. Como Dios, Cristo conoce de antemano la forma y el sentido de su muerte. Juan 12:32-33; 18:31-32.
5. Como Dios, Cristo tiene poder para morir o para eludir la muerte. Mateo 26:53; Juan 7:30, 8:20; Juan 10:17-18; Filipenses 2:7-8.
6. Como Dios, Cristo era y es Señor de la muerte. Romanos 14:9.
7. Como Dios, Cristo beneficia con Su muerte a toda la humanidad. Hebreos 2:9-10, 15.
8. La Tierra se conmovió por la muerte de Cristo, porque Cristo es el Dios autor de la Tierra. Colosenses 1:16; Mateo 27:45; Marcos 15:33; Lucas 23:44.
9. El sol se oscurece a la muerte de Cristo, porque Cristo es Dios. Sol de justicia. Malaquías 4:2; Lucas 23:45.
10. El velo del templo se rasga de arriba abajo a la muerte de Cristo, porque Cristo es el Dios que nos abre el camino a la eternidad. Mateo 22:16; Mateo 27:51; Lucas 23:45; Juan 14:6; Hebreos 10:20.
11. Las rocas se parten a la muerte de Cristo, porque Él es Dios, Roca perfecta y Roca desalvación. Deuteronomio 32:4; Salmo 89:26; Mateo 27:51.
12. Los sepulcros se abren a la muerte de Cristo, porque Cristo es el Dios vencedor del sepulcro y de la muerte. Oseas 1:14; Mateo 27:52; 1ª Corintios 15:55.
13. Los muertos resucitan a la muerte de Cristo, porque Cristo es el Dios de los vivos y todos viven en Él. Mateo 27:53; Lucas 22:38; Juan 11:25.

2.- Es Dios en Su resurrección

1. Como Dios, Cristo sabía que habría de resucitar. Mateo 12:39-40; Lucas 24:24-27; Juan 2:18-20.
2. Como Dios, Su resurrección estaba prevista por los profetas. Salmo 16:10; Isaías 53:10-12; 1ª Pedro 1:10-11.

3. Como Dios, Su resurrección fue presenciada por seres celestiales. Mateo 28:2-6; Marcos 16:4-7; Lucas 24:4-7; Juan 20:11-12.
4. La resurrección demostró que Cristo era y es Dios, con cuerpo de apariencia humana y naturaleza divina. Lucas 24:31, 36-37; Juan 20:26-29.
5. La resurrección demostró que Cristo era y es Dios, con pleno dominio sobre la vida. Juan 5:26; 10:17-18; 11:25.
6. La resurrección demostró que la eterna gloria de Cristo era y es gloria de Dios. Mateo 17:2; Juan 17:5; Romanos 6:4.
7. La resurrección demostró que Cristo es la Tercera Persona de la Trinidad Santa. Romanos 1:4, 8:11.
8. La resurrección demostró que la muerte, enemiga eterna del hombre, sucumbe ante el supremo poder de Dios en Cristo. Hechos 2:24.
9. La resurrección demostró que la autoridad de Cristo es autoridad de Dios. Mateo 28:18.
10. La resurrección demostró que Cristo, como Dios, es inmortal. Romanos 6:9; 1ª Timoteo 6:15-16; Hechos 13:32-37.
11. La resurrección demostró que Cristo, como Dios, está eternamente presente en el corazón de todos cuantos le aceptan. Mateo 28:20; Marcos 16:20; Hechos 19:9-10, 23:11; Colosenses 1:27.
12. La resurrección demostró que Cristo, en cuanto Dios, resucitará un día a todos los que creemos en Él. 1ª Corintios 15:13-22; 2ª Corintios 4:14.
13. La resurrección demostró que el poder de los apóstoles para hacer milagros en nombre de Cristo es poder de Dios. Hechos 4:10-11, 4:33.
14. La resurrección demostró que la eterna morada de Cristo es el cielo, junto al Padre, con quien es igualmente uno. Juan 10:30; Romanos 8:34; Efesios 1:20; Apocalipsis 1:18. **3.–**

Es Dios en Su ascensión a los cielos

1. La ascensión estaba en la mente de Dios. Salmo 24:7-10, 68:18 y 110:1 con Efesios 4:7-8.

2. La ascensión estaba en la mente de Cristo, en cuanto Dios. Juan 6:62, 7:33; 14:3, 12,28; 16:5, 28 y 20:17.
3. La ascensión confirmó su dignidad de Dios. Lucas 24:26, 50-51; Efesios 1:20-21.
4. La ascensión confirmó su autoridad de Dios. Hechos 1:8-9; 1ª Pedro 3:22.
5. La ascensión confirmó sus promesas de Dios. Juan 14:2-4, 17:24; Hebreos 6:17-20.
6. La ascensión confirmó la Trinidad de Dios. Juan 16:7-15; Hechos 1:8 y 2:33.
7. La ascensión confirmó su identificación con Dios. Juan 17:5; Colosenses 3:1.
8. La ascensión confirmó la redención llevada a cabo por Dios. Hebreos 9:11-12, 24-25.
9. La ascensión confirmó el establecimiento de la Iglesia de Dios. Efesios 1:19-23.
10. La ascensión confirmó su intercesión continua ante Dios. Romanos 8:34; Hebreos 7:26, 9:24.
11. La ascensión confirmó su preeminencia sobre los cielos de Dios. Efesios 4:19; Hebreos 4:14.
12. La ascensión confirmó su exaltación a la diestra de Dios. Hechos 5:30-31, 7:55-56; Hebreos 8:1.

CRISTO ES DIOS EN SU SEGUNDA VENIDA, EN EL GRAN JUICIO Y EN EL CIELO ETERNO

1.– Es Dios en su Segunda Venida

1. El Dios Padre anticipa la segunda venida de Cristo. Daniel 7:13 con Mateo 24:30.
2. El Dios Hijo la confirma Mateo 25:31; Juan 14:3.
3. El Dios Espíritu Santo la proclama. Apocalipsis 22:17.
4. Los seres celestiales la anuncian a los discípulos. Hechos 1:10-11.
5. La segunda venida de Cristo será “la venida del día de Dios”. 1ª Corintios 1:8; 2ª Pedro 3:12.
6. La segunda venida de Cristo será “la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios”. Tito 2:13.

7. La segunda venida de Cristo significará “la presencia del Señor” Dios. Hechos3:19-20.

► 98 ◀

8. La segunda venida de Cristo será la aparición del Señor Todopoderoso. Apocalipsis1:7-8; 16:14-15.

9. La segunda venida de Cristo será la manifestación de la “gloria del Padre”. Mateo16:27; 25:31.

10. La segunda venida de Cristo será “para dar retribución a los que no conocieron a Dios”. 2ª Tesalonicenses 1:6-10.

11. La segunda venida de Cristo se producirá “con voz de arcángel y con trompeta de Dios”. 1ª Tesalonicenses 4:16.

12. La segunda venida de Cristo supondrá “el reino de Dios venido con poder”. Marcos8:38, 9:1.

13. La segunda venida de Cristo significará la culminación de la salvación ofrecida por Dios. Hebreos 9:28; 1ª Pedro 1:5.

14. En la segunda venida de Cristo “cada uno recibirá su alabanza de Dios”. 1ª Corintios 4:5.

15. En la segunda venida de Cristo seremos semejantes a Dios. 1ª Juan 3:2.

16. En la segunda venida de Cristo serán “afirmados nuestros corazones... delante de Dios nuestro Padre”. 1ª Tesalonicenses 3:13.

2.– Es Dios en el juicio final

1. Se le llama juicio de Jehová. Salmo 9:7; 96:13.

2. Juicio de Dios. Eclesiastés 3:17; 12:14.

3. Justo juicio de Dios. Romanos 2:3, 5.

4. Todos los seres comparecerán ante Dios. Apocalipsis 20:12.

5. Cristo será el Juez. Juan 5:22, 27.

6. Se le llama tribunal de Cristo. Romanos 14:10; 2ª Corintios 5:10.

7. Dios juzgará por Cristo. Hechos 17:30-31; Romanos 2:16.

8. Dios será el Juez de todos. Hebreos 12:23.

9. Cristo será el Juez de todos. Mateo 25:31-46.

10. Dios juzgará a los vivos y a los muertos. 1ª Pedro 4:5-6.

11. Cristo juzgará a los vivos y a los muertos. 1ª Timoteo 4:1.

12. Dios abrirá los libros de la vida. Daniel 7:9-10; Apocalipsis 20:12-15.

13. Cristo abrirá los libros de la vida. Apocalipsis 3:5, 5:2-10, 13:8.

14. El libro de la vida está en manos de Dios. Apocalipsis 22:19.

15. El libro de la vida está en manos de Cristo. Apocalipsis 21:27.

16. Dios juzgará todas las acciones y las palabras de los humanos. Eclesiastés 11:9; Judas15.

17. Cristo juzgará todas las palabras de los humanos. Mateo 12:34-36.

18. Quien rechaza la Ley queda bajo el juicio de Dios. Romanos 3:19.

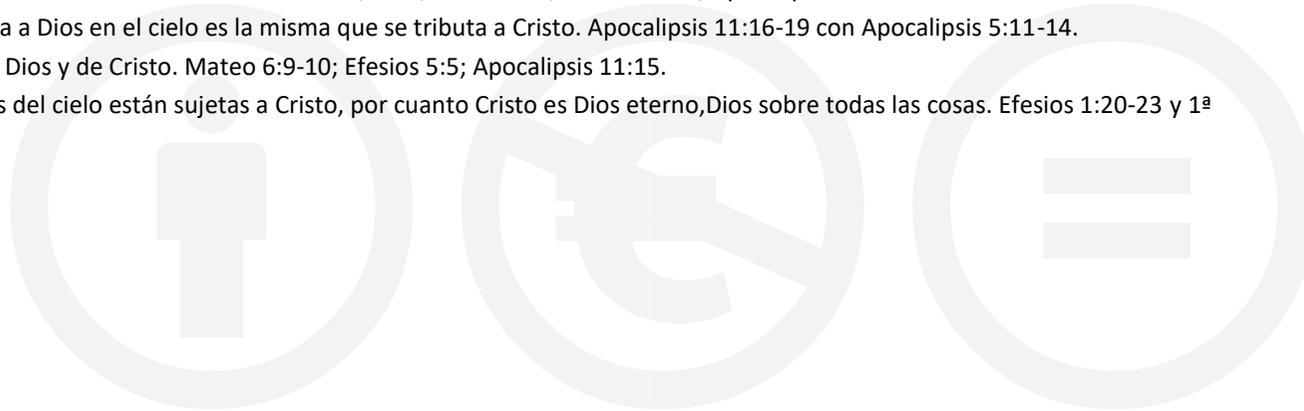
19. Quien rechaza la Gracia queda bajo el juicio de Cristo. Juan 12:46-48.

20. Cristo, como Dios, será el “Juez de vivos y muertos” en el juicio del gran trono blanco. Hechos 10:42.

21. Dios juzgará a Su pueblo. Deuteronomio 32:36 con Hebreos 10:30 y 2ª Pedro 2:4.
22. Cristo juzgará a Su pueblo. Mateo 7:23; 13:40-43.

3.– Es Dios en el cielo.

1. Cristo, como Dios, es Rey en el cielo. Isaías 6:1-5; Salmo 10:16 y 24:7-10 con Apocalipsis 19:11, 16; 17:14.
2. Cristo, como Dios, es luz en el cielo. Apocalipsis 21:23; 22:5.
3. Cristo, como Dios, es templo en el cielo. Apocalipsis 21:22.
4. La gloria de Dios en el cielo es la gloria de Cristo. Apocalipsis 21:10-11, 23-24.
5. El trono de Dios en el cielo es el trono de Cristo. Apocalipsis 22:1-3.
6. La potestad de Dios en el cielo es la potestad de Cristo. Salmo 68:32-34 con Mateo 28:18.
7. La voz de Dios desde el cielo es la voz de Cristo. Mateo 3:17, 17:5; Juan 12:28; Hechos 9:4-5; Apocalipsis 1:10.
8. La adoración que se tributa a Dios en el cielo es la misma que se tributa a Cristo. Apocalipsis 11:16-19 con Apocalipsis 5:11-14.
9. El reino de los cielos es de Dios y de Cristo. Mateo 6:9-10; Efesios 5:5; Apocalipsis 11:15.
10. Todas las potestades del cielo están sujetas a Cristo, por cuanto Cristo es Dios eterno, Dios sobre todas las cosas. Efesios 1:20-23 y 1ª Pedro 3:22.



Capítulo II *El*

Espíritu Santo en la Biblia

Dicen los Testigos de Jehová: “La idea que se tiene generalmente es que el Espíritu Santo es una Persona espiritual, la tercera persona de la ‘trinidad’ y que es igual a Dios y Cristo en poder, sustancia y eternidad... ¡Qué inconsistente es todo esto!” (Sea Dios Veraz, págs. 106-108)

EL ESPÍRITU SANTO ES DIOS ETERNO

1.– Posee los atributos de Dios

1. Es omnisciente como Dios. 2ª Corintios 2:10-11; Juan 14:26.
2. Es omnipresente como Dios. Lucas 1:35; Salmo 139:7.
3. Es omnipotente como Dios. Romanos 15:19; Zacarías 4:6.
4. Es eterno como Dios. Hebreos 9:14.

2.– Se le identifica con Dios

1. Jesús dice que “Dios es Espíritu”. Juan 4:24; y Pablo añaden que “el Señor es el Espíritu”. 2ª de Corintios 3:17.
2. Mentir al Espíritu Santo, según San Pedro, es igual que mentir a Dios. Hechos 5:3-4.
3. La resistencia contra el Dios altísimo en el desierto, Salmo 78:17, es interpretada por Esteban como resistencia contra el Espíritu Santo. Hechos 7:51.

4. El nuevo nacimiento, que el mismo apóstol Juan dice ser obra del Espíritu Santo en Juan 3:5-6, lo atribuye a Dios en 1ª Juan 5:4. Pablo, en Tito 4:4-5, confirma la intervención de Dios y del Espíritu en la regeneración del creyente.

▶ 100 ◀

5. La inspiración de la Biblia, realidad fundamental de la fe cristiana, es obra de Dios según San Pablo, 2ª Timoteo 3:16, y obra del Espíritu Santo según San Pedro, 2ª Pedro 1:21.
6. El poder para hacer milagros proviene de Dios según Hechos 19:11, y del Espíritu Santosegún Mateo 12:28.
7. El testimonio de la fe en el corazón del creyente le es dado por Dios, 1ª Juan 5:9, y por el Espíritu Santo, Hebreos 10:15.
8. El nuevo pacto de Jeremías 31:31-34, dado a conocer por Jehová en el Antiguo Testamento, se pone en boca del Espíritu Santo en el Nuevo. Hebreos 10:15-17.

3.– Se le dan nombres divinos

1. El Espíritu. Juan 3:6-8; Hechos 16:7.
2. Espíritu Santo. Juan 20:22; Hechos 1:8.
3. Espíritu de Dios. Génesis 1:2; Romanos 8:9; 1ª Pedro 4:14.
4. Espíritu de Jehová. Isaías 11:2, 63:14.
5. Espíritu del Dios vivo. 2ª Corintios 3:3.
6. Espíritu de Jehová el Señor. Isaías 61:1.
7. Espíritu del Padre. Mateo 10:20.
8. Espíritu de Hijo. Gálatas 4:6.
9. Espíritu de Jesucristo. Filipenses 1:19.
10. Espíritu de Cristo. Romanos 8:9.
11. Espíritu de santidad. Romanos 1:4.
12. Espíritu Santo de la promesa. Efesios 1:13; Hechos 2:33.
13. Espíritu de verdad. Juan 14:17; 15:26; 16:13.

14. Espíritu de vida. Romanos 8:2.
15. Espíritu de sabiduría y de inteligencia. Isaías 11:2.
16. Espíritu de consejo y de poder. Isaías 11:2.
17. Espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Isaías 11:2.
18. Espíritu de gracia. Hebreos 10:29; Zacarías 12:10.
19. Espíritu eterno. Hebreos 9:14.
20. Espíritu de juicio y Espíritu de devastación. Isaías 4:4.
21. Espíritu Consolador. Juan 14:26; 15:26.

4.– Tiene símbolos divinos.

1. La Paloma, símbolo del Espíritu Santo, Mateo 3:16 y Juan 1:32, es también símbolo de la presencia de Dios con el hombre. Génesis 8:11; Salmo 55:6.
2. El aceite, figurado en la unción de Cristo por el Espíritu Santo, Lucas 4:17 y Hechos 10:38, representaba una parte importante en el culto al Dios del Antiguo Testamento. Éxodo 27:20; Levítico 14:17.
3. El viento, que en Juan 3:8 simboliza la vida, la actividad y la obra interna del Espíritu Santo, es igualmente imagen que se usa en el Antiguo Testamento para indicar la potencia de Dios. Ezequiel 37:5-10.
4. El fuego, a través del cual se manifestó el Espíritu Santo en el primer Pentecostés después de la resurrección de Cristo, Hechos 2:3, señala en el Antiguo Testamento el poder de la Palabra y el del Espíritu de Jehová. Jeremías 23:29; Éxodo 3:2-6; Malaquías 3:2-3.
5. El agua. Fue Cristo quien comparó al Espíritu Santo con ríos de agua viva. Juan 7:37-9. El simbolismo de la imagen está en perfecta armonía con la declaración de Jeremías 2:13, donde se presenta a Dios como “fuente de agua viva”.

EL ESPÍRITU SANTO ES DIOS PERSONAL

1.– Tiene sentimientos personales

1. Ama. Romanos 15:30.
2. Conoce. 1ª Corintios 2:10-11.

3. Se ofende. Efesios 4:30.
4. Clama. Gálatas 4:6.
5. Ayuda. Romanos 8:26.
6. Se enoja. Isaías 63:10.
7. Habla. Hechos 21:11; Apocalipsis 2:7, 11, 17, 29.
8. Intercede. Romanos 8:26.
9. Piensa. Romanos 8:27.

2.– Tiene cualidades personales

1. Da testimonio. Juan 15:26.
2. Enseña. Juan 14:26.
3. Guía. Romanos 8:14.
4. Se puede blasfemar contra Él. Mateo 12:31.
5. Se le puede mentir, Hechos 5:3.
6. Se le puede afrentar. Hebreos 10:29.
7. Se le puede tentar. Hechos 5:9.
8. Mantiene comunión con el creyente. 2ª de Corintios 13:14.
9. Tiene poder y dominio propio. 2ª de Timoteo 1:7.
10. Se le puede invocar. Ezequiel 37:9.

3.– Realiza una obra personal

1. El Espíritu Santo es el Creador del Universo material. Génesis 1:2; Job 26:13; Salmo 3:6; Isaías 40:12-13.
2. El Espíritu Santo es el Creador de la vida humana. Génesis 2:7; Job 33:4; Salmo 104:930.
3. El Espíritu Santo es el autor de la profecía. 2º Samuel 23:2; 2ª Pedro 1:21.

4. El Espíritu Santo controla, dirige y guía a los patriarcas y jueces de la antigüedad. Génesis 4:38; Éxodo 35:30-31; Números 11:16-17; 27:18; Jueces 3:10; 6:34; 11:25; 11:29; 1º Samuel 10:6; 19:20.
5. El Espíritu Santo convence al mundo de sus pecados. Juan 16:8-11; Hechos 2:33-37; Hechos 10:44-48.

EL ESPÍRITU SANTO ES PARTE DEL DIOS TRINO

1.– La Trinidad en los textos del Viejo Testamento

1. El Espíritu participa junto a Dios en la obra de la creación. Génesis 1:2, Job 33:4; Salmo 104:29-30.
2. El empleo, por Dios mismo, de la primera persona del plural evidencia su existencia endistintas Personas. Génesis 1:26; 3:22; 11:7.
3. El propio nombre de Dios, Elohim, en hebreo, aparece en plural en las páginas del Antiguo Testamento. Génesis 35:7; Josué 24:18-19. *Elohim* no es Dios, sino Dioses. La pluralidad en la unidad divina muestra la Trinidad, toda vez que el Dios de la Biblia es uno. Éxodo 20:1-3; Deuteronomio 6:4; Mateo 4:10; Marcos 12:29.
4. La triple bendición sacerdotal de Números 6:24-26 es indicación de la Trinidad en Dios.
5. Se menciona a las tres Personas de la Trinidad con igualdad de atributos: **El Padre:** Isaías 63:16; Malaquías 2:2-10. **El Hijo:** Salmo 2:7-9; Proverbios 30:4; Isaías 9:6. **El Espíritu Santo:** Génesis 1:2; Isaías 61:1; 63:10.
6. Jehová Dios; Su Palabra, que es el Verbo, y el Espíritu aparecen unidos en Salmo 33:6. (“Aliento”, de algunas versiones, es “Espíritu” en otras.)
7. La proclamación triple de la santidad de Dios en Isaías 6:3 señala la doctrina de la Trinidad. Véase también Apocalipsis 4:8.

2.– La Trinidad en los textos del Nuevo Testamento

1. En Mateo 3:16-17 figuran las tres Personas de la Trinidad. El Padre, hablando desde el cielo; el Hijo, en las aguas del Jordán; el Espíritu Santo, en forma de paloma entre el cielo y la tierra. Véase también Marcos 1:10-11 Lucas 3:22.
2. La forma bautismal enseñada por Cristo a sus discípulos incluye a las tres Personas de la Trinidad. Mateo 28:19.
3. En el anuncio de la Encarnación las tres Personas de la Trinidad aparecen unidas. Lucas 1:35.
4. En el breve pasaje de Lucas 4:18, “El Espíritu del Señor está sobre mí”, se menciona la Trinidad. Quien habla aquí es Cristo, citando la profecía. Por el Señor se refiere a Dios Padre.
5. En la promesa del Espíritu Santo de Lucas 24:49 están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
6. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, también llamado Consolador, están identificados en Juan 14:16 y 26.
7. Las tres divinas Personas se mencionan en el capítulo siguiente, Juan 15:26.
8. Y otra vez, las tres, en Juan 16:7, 10, 13-15.
9. En el primer gran discurso del apóstol Pedro está presente, sin dudas de ninguna clase, la doctrina de la Trinidad. Hechos 2:33, 38-39.
10. Ante el concilio de sacerdotes judíos, San Pedro menciona nuevamente a las tres Personas de la Trinidad. Hechos 5:30-32.
11. Padre, Hijo y Espíritu Santo, en absoluta unidad, son mencionados otra vez por Pedro en el discurso pronunciado en casa de Cornelio. Hechos 10:28, 33, 34, 38, 42-48.
12. San Pablo dice a los romanos que la justificación del creyente es obra de la Trinidad. Romanos 5:1-5.
13. Más clara que el agua de los riachuelos está la doctrina de la Trinidad contenida en Romanos 8:9, 11, 14-17. Espíritu Santo, Espíritu de Dios y Espíritu de Cristo son aquí una sola y misma Persona.

14. Como lo son también en Romanos 15:15-16 y en 15:30, donde Pablo ruega a los creyentes de Roma en nombre de las tres Personas divinas.
15. El Señor de Gloria, que es el Hijo; Dios, que es el Padre; y el Espíritu de Dios, que es el Espíritu Santo, se mencionan conjuntamente en 1ª Corintios 2:8-11.
16. Nuestro cuerpo es de Dios, del Hijo, que nos ha comprado “por precio”, y del Espíritu Santo que mora en nosotros. De nuevo, aquí, la Trinidad. 1ª Corintios 6:19-20.
17. Radiante, como luz solar, está la Trinidad en 1ª Corintios 12:4-6. El Espíritu en el versículo 4, el Hijo en el 5, y el Padre en el 6.
18. En 2ª Corintios 1:21-22 el escritor sagrado une a las tres Personas de la Trinidad en la salvación del creyente.
19. San Pablo bendice a los corintios en nombre de la Trinidad. 2ª Corintios 13:14.
20. Los tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidos en una sola Persona, están en el pasaje de Gálatas 4:4-6.
21. En un corto versículo, que es una emocionante oración de San Pablo a favor de los creyentes en Éfeso, están unidas las tres Personas de la Trinidad. Efesios 1:17.
22. En el capítulo 2 de la misma epístola Pablo continúa enseñando la doctrina de la Trinidad, sin nombrarla. Las tres Personas están en Efesios 2:18: “Él”, Cristo; el Espíritu y el Padre. Y las tres aparecen de nuevo unos versículos más abajo, en Efesios 2:21-22.
23. En el siguiente capítulo Pablo insiste en la identidad esencial de las tres Personas que forman la Trinidad divina. Efesios 3:14-16.
24. Antes de terminar esta epístola, Pablo toca de nuevo el tema de la Trinidad. En Efesios 4:1-6, hablando de la vocación del cristiano, menciona en una sola y misma unidad al Espíritu, al Señor Jesús y al Dios Padre.
25. La regeneración del creyente fue obra de la Trinidad, según San Pablo en Tito 3:4-6.
26. El autor de la epístola a los Hebreos, convencido de la Trinidad, la presenta en un breve pasaje: Hebreos 9:14. Aquí están, unidos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
27. También lo están en Hebreos 10:29, para que no quede duda alguna sobre la creencia de los autores inspirados en la Trinidad.

28. El apóstol San Pedro, que ya nos ha hablado de la Trinidad en el libro de los Hechos, insiste en las epístolas. ¡Es imposible leer 1ª Pedro 1:2 y no creer en la Trinidad!
29. Aún vuelve sobre el tema antes de poner firma a esta epístola. Cristo, Dios y el Espíritu de Dios están presentes en 1ª Pedro 4:14.
30. San Juan nos ha hablado claramente de la Trinidad divina en su Evangelio. En su primera epístola, 5:6-9, define la doctrina con un texto que no admite réplica.
31. Algunos dicen que el texto anteriormente citado es una interpolación. En el dudoso supuesto de que así fuera, ¿en qué perjudica esto a la doctrina de la Trinidad? ¿Es también interpolación el pasaje de 1ª Juan 4:11-16, donde el mismo apóstol presenta al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en igualdad de Personas?
32. Judas, el apóstol hermano de Santiago, despide su breve epístola invocando sobre sus lectores a las tres Personas de la Trinidad. Lo hace por este orden: Espíritu Santo; Dios; Señor Jesucristo. Judas vv. 20-21.
33. En fin, los comentaristas de la Biblia suelen ver representaciones de la Trinidad en el primero y último capítulos del Apocalipsis. En el saludo a las Iglesias, Apocalipsis 1:16, y en la visión final, Apocalipsis 22:1. El “río limpio de agua de vida” que vio Juan saliendo del trono de Dios y del Cordero es símbolo del Espíritu Santo.

3.– La Trinidad en los textos comparados de la Escritura

1. En la visión de Isaías, el profeta vio “al Señor sentado sobre un trono”. Isaías 6:1. Aquí se refiere a Dios el Padre. Juan dice que Isaías vio a Cristo: Juan 12:41. Y Pablo atribuye esta visión al Espíritu Santo: Hechos 28:25. El profeta tuvo una clara visión de la Trinidad.
2. San Pablo dice que nuestro cuerpo es templo de Dios: 1ª Corintios 3:16; templo de Cristo, pues que Cristo mora en nosotros: Colosenses 1:27; y templo del Espíritu Santo: 1ª Corintios 6:19. Es decir, templo de la Trinidad.

3. Los dones espirituales son repartidos a los creyentes por Dios Padre: 1ª Pedro 5:10; por Dios Hijo: Efesios 4:11; por Dios Espíritu Santo: 1ª Corintios 12:11. Por la Trinidad.
4. La vida eterna es obra de Dios Padre: Romanos 6:23; es obra de Jesucristo el Hijo: Juan 10:28; es obra del Espíritu Santo: Gálatas 6:8.
5. Los mensajeros de Dios son inspirados, indistinta y conjuntamente por las tres Personas de la Trinidad. Por el Padre: Hebreos 1:1; por el Hijo: 2ª Corintios 13:3; por el Espíritu Santo: Marcos 13:11.
6. Nuestra comunión cristiana es con el Padre, con su Hijo Jesucristo, 1ª Juan 1:3, y con el Espíritu Santo, Filipenses 2:1. Tenemos comunión con la Trinidad.
7. En su peregrinación por el desierto, los judíos tentaron a Dios. Éxodo 17:7. En las citas que se dan de este incidente en el Nuevo Testamento se menciona a Cristo: 1ª Corintios 10:10, y al Espíritu Santo: Hebreos 3:7. Los israelitas provocaron a la Santa Trinidad.
8. La resurrección de Cristo fue obra del Padre: 1ª Corintios 6:14; obra del propio Hijo: Juan 2:19; y obra del Espíritu Santo: Romanos 8:11 y 1ª Pedro 3:18.
9. El conocimiento de las verdades divinas nos viene a través de las tres Personas de la Trinidad: a través del Padre según Isaías 48:17 y 54:13; a través del Hijo según Lucas 21:15; y a través del Espíritu Santo según Juan 14:26.
10. En Éxodo 17:6 se describe el incidente de la peña en Horeb. El texto del Antiguo Testamento dice que sobre la peña estaba Dios. En la interpretación que Pablo hace de este texto dice que la roca espiritual de la cual bebían los israelitas era Cristo. 1ª Corintios 10:4. Y es el propio Cristo quien presenta al Espíritu Santo como fuente de agua viva, roca abierta en el corazón de Dios. Juan 7:38-39.
11. La obra de la Creación se atribuye en las páginas de la Biblia a Dios Padre: Génesis 1:1, Isaías 44:24; a Dios Hijo, Colosenses 1:16; Hebreos 11:3 (“Palabra” aquí es “Verbo”, según Juan 1:1); y a Dios Espíritu Santo, Isaías 40:12-13; Salmo 104:30.

EL ESPÍRITU SANTO ES EL DIOS DE LA IGLESIA

1.– Obra en el Fundador de la Iglesia

1. Obra en Elisabeth, en Zacarías y en Simeón. Lucas 1:41; 67; 2:25-27.
2. Anuncia a María el nacimiento de Cristo. Lucas 1:35.
3. Despeja las dudas de José. Mateo 1:20.
4. Está presente en el bautismo de Cristo. Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32.
5. Está presente en la tentación de Cristo. Mateo 4:1; Lucas 4:1.
6. Está presente en los milagros de Cristo. Mateo 12:28.
7. Está presente en la vida de Cristo. Lucas 4:17-18; Hechos 10:38; 1ª Timoteo 3:16.
8. Testifica acerca de Cristo. Juan 15:26; Hechos 2:33.
9. Está presente en la muerte de Cristo. Hebreos 9:14.
10. Está presente en la resurrección de Cristo. Romanos 1:4; 8:11.

2.– Obra en los apóstoles de la Iglesia

1. Reciben mandamiento por el Espíritu. Hechos 1:2.
2. Reciben poder mediante el Espíritu. Hechos 1:8; 1ª Tesalonicenses 1:5.
3. Son investidos del Espíritu. Hechos 2:1-21; Juan 20:22.
4. Son dirigidos por el Espíritu. Hechos 13:1-2; 8:26; 16:6-7.
5. Son puestos por el Espíritu Santo. Hechos 20:28.
6. Son guiados a la verdad de Dios por el Espíritu: Juan 16:13.
7. Son inspirados por el Espíritu. Hechos 15:28; 2ª Pedro 1:21.
8. El Espíritu testifica juntamente con los apóstoles. Hechos 5:30-32.
9. Les revela los grandes misterios de Dios. Efesios 3:5; 1ª Corintios 2:9-14.

3.– Obra en los miembros de la Iglesia

1. Efectúa en ellos el nuevo nacimiento. Juan 3:1-8.
2. Consuela a los creyentes. Juan 14:16.
3. Intercede por ellos. Romanos 8:26-27; Efesios 6:18.

▶ 104 ◀

4. Revela a los creyentes los misterios de Dios. 1ª Corintios 2:10-12; Efesios 1:17-18.
5. Son bautizados por el Espíritu en un solo cuerpo. 1ª Corintios 12:13.
6. Reparte dones a los creyentes. 1ª Corintios 12:11; Gálatas 5:22-23.
7. Son edificados por el Espíritu para morada de Dios. Efesios 2:22.
8. Por el Espíritu tienen entrada al Padre. Efesios 2:22.
9. Son el templo del Espíritu. 1ª Corintios 3:16; 6:19-20.
10. Son regenerados por el Espíritu. Tito 3:5; Juan 3:5.
11. Son santificados por el Espíritu. 2ª Tesalonicenses 2:13; 1ª Pedro 1:2.
12. Son liberados por el Espíritu. Romanos 8:2.
13. Son fortalecidos por el Espíritu. Efesios 3:16.
14. Son hechos hijos de Dios por el Espíritu. Romanos 8:14-16.
15. Son llenos del Espíritu. Efesios 5:18.
16. Son amonestados en nombre de Dios por el Espíritu. Hebreos 3:7; 10:15.
17. Son vivificados por el Espíritu. Juan 6:63; 7:38-39; 2ª Corintios 3:6.
18. Han de andar conforme al Espíritu. Romanos 8:4-6; Gálatas 5:16-18.
19. Conocen el amor de Dios a través del Espíritu. Romanos 5:5.
20. El Espíritu Santo produce en el creyente frutos espirituales. Gálatas 5:22-23; Romanos 14:17; 15:13.
21. El Espíritu obra a través de la Palabra. Efesios 6:17; Colosenses 3:16.
22. Obra mediante la oración. 1ª Corintios 14:15; Efesios 6:18; Judas 20.
23. El Espíritu Santo guía al creyente hacia la forma de adoración que agrada al Padre.
Juan 4:23-24; Filipenses 3:3.

Capítulo III

El alma en la Biblia

Dicen los Testigos de Jehová: “Los científicos y cirujanos han llegado a la conclusión de que el hombre es sencillamente el orden más elevado de la vida animal, poseyendo un organismo más complejo y capaz de ejercer facultades fuera del alcance de otras formas de vida animal. No han podido encontrar en el hombre ninguna prueba definitiva de inmortalidad. No pueden hallar evidencia alguna que indique que el hombre tenga un alma inmortal. (Sea Dios veraz, pág. 64.)

EL ALMA DEL HOMBRE

1.– El alma como naturaleza espiritual del hombre

1. El principio de vida espiritual en el hombre es obra de Dios. Génesis 2:7; Job 27:3; 33:4.
2. El hombre, además de cuerpo, es también alma y espíritu. Génesis 49:6; Isaías 26:9; Lucas 1:46, 47; 1ª Tesalonicenses 5:23; Hebreros 4:12.
3. Alma es la persona humana en plenitud de vida. Génesis 12:13; 1ª Corintios 15:45.
4. Alma equivale a vida física, intelectual, emocional, espiritual. Jueces 5:21; Ruth 4:15; 2º Samuel 11:11; Salmo 7:5; Ezequiel 18:4.
5. El alma del hombre es creación de Dios. Génesis 2:7; Isaías 57:16; Jeremías 38:16.
6. Es Dios quien da la vida al alma. Isaías 55:3; 58:11.
7. Perder el alma equivale a perder la vida. Génesis 35:18; 1º Reyes 17:21-23.
8. El alma expresa igualmente la personalidad espiritual y la voluntad invisible de Dios. Levítico 26:11, 30; 1º Samuel 2:35; Job 23:15; Proverbios 6:16; Isaías 1:14.

2.– El alma como elemento de relación entre el hombre y Dios

1. Dios aconseja guardar el alma con diligencia. Deuteronomio 4:9, 15; Josué 23:11.
2. El alma del hombre puede hallar a Dios si se lo propone con sinceridad. Deuteronomio 4:29; 2º Crónicas 15:12.
3. El alma del hombre debe amar a Dios con todas sus fuerzas. Deuteronomio 6:15; 10:12; Mateo 22:37; Marcos 12:30.
4. Se han de llevar las palabras de Dios en el alma. Deuteronomio 11:18.
5. Se ha de convertir uno a Dios con toda el alma. Deuteronomio 30:10; 1º Reyes 8:48; 2ª de Crónicas 6:38.
6. El hombre puede pecar contra su propia alma. Números 16:38.
7. Dios redime el alma del hombre. 2º Samuel 4:9; 1º Reyes 1:29; Job 33:28; Salmo 69:18.
8. El alma del hombre está en las manos de Dios. Job 12:10.
9. Dios salva el alma. Salmo 6:4; 35:3.
10. Dios sana el alma del pecado. Salmo 41:4.
11. Dios guarda el alma de sus santos. Salmo 97:10; 121:7.
12. Dios sacia el alma. Salmo 107:9.
13. Dios fortalece el alma. Salmo 138:3.
14. Dios ampara el alma. Salmo 141:8.
15. Dios saca el alma de la angustia. Salmo 143:11.
16. La Palabra de Dios es vida al alma. Proverbios 3:21-22; 19:16.
17. Pecar contra Dios es defraudar al alma. Proverbios 8:36.
18. El alma de los malos hallará el mal. Proverbios 13:2; 21:10.
19. Dios mira por el alma. Proverbios 24:12.
20. El alma de los malos amontona el mal para sí. Isaías 3:9.
21. La salvación del alma está en su descanso en Dios. Jeremías 16:16.
22. El alma encuentra su descanso en Cristo. Mateo 11:29.
23. La salvación del alma es más importante que los bienes del mundo. Mateo 16:26; Marcos 8:36.
24. Cristo vino para salvar el alma del hombre. Lucas 9:56.

25. La perdición eterna del alma puede ocurrir en cualquier momento. Lucas 12:13-20.
26. La fe en Dios es precisa para la preservación del alma. Hebreos 10:39; 1ª Pedro 1:9.

3.– El alma como centro de la personalidad del hombre

1. El alma ama. Mateo 22:37; Génesis 34:3; 1º Samuel 18:1; Cantares 1:7; 3:1-4.
2. El alma se entristece. Deuteronomio 28:65; Job 14:22; Mateo 26:38.
3. El alma se alegra. Salmo 35:9; 86:4; Proverbios 29:17; Lucas 1:46-47.
4. El alma sufre. Lucas 2:35.
5. El alma se turba. Salmo 6:3; Juan 10:24; 12:27; Hechos 15:24.
6. El alma se aflige. Levítico 16:29; Job 31:39; 2ª Pedro 2:8.
7. El alma se angustia. Génesis 42:21; Jueces 16:16; Job 19:2.
8. El alma siente fastidio. Números 21:5.
9. El alma desea. Deuteronomio 18:6; 1º Reyes 11:37; Salmo 10:3.
10. El alma se amarga. 1º Samuel 1:10; 30:6; Job 7:11; 27:2; Isaías 38:15.
11. El alma aborrece. 2º Samuel 5:8; Zacarías 11:8.
12. El alma se hastía. Job 10:1; Salmo 88:3.
13. El alma clama. Job 24:12; Salmo 42:1.
14. El alma se goza. Salmo 16:9; Proverbios 13:19; Isaías 61:10.
15. El alma se conforta. Salmo 23:3.
16. El alma se gloría. Salmo 34:2.
17. El alma siente sed de Dios. Salmo 42:2; 63:1.
18. El alma se abate. Salmo 42:5-6, 11; 43:5; 57:6; 119:25; Lamentaciones 3:20.
19. El alma se agobia. Salmo 44:25.
20. El alma confía. Salmo 57:1.
21. El alma reposa. Salmo 62:5; 116:7; Lamentaciones 1:16.
22. El alma bendice a Dios. Salmo 103:1-2; 104:1, 35.
23. El alma desfallece. Salmo 107:5; 119:81; Jonás 2:7.
24. El alma abomina. Salmo 107:18.
25. El alma se deshace de ansiedad. Salmo 119:28.
26. El alma alaba. Salmo 119:175; 146:1.

27. El alma espera. Salmo 130:5-6.
28. El alma se corrompe en el mal. Proverbios 6:32.
29. El alma se lamenta. Isaías 15:4.

30. El alma se deleita. Isaías 55:2.
31. El alma se humilla. Isaías 58:3.
32. El alma llora. Jeremías 13:17.
33. El alma se satisface. Jeremías 31:14, 25.
34. El alma yerra. Jeremías 42:20.
35. El alma se aleja de la paz. Lamentaciones 3:17.
36. El alma es responsable de la perdición de los impíos. Ezequiel 3:19-21.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

1.– Textos del Antiguo Testamento que la prueban

1. El hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, Génesis 1:26, y Dios es inmortal. 1ª Timoteo 1:17.
2. El aliento de vida que Dios insufló en el hombre, Génesis 2:7, es aliento de inmortalidad. 1º Reyes 17:7; Job 17:1; Hechos 17:25.
3. El árbol de la vida en el Edén de Dios simboliza la inmortalidad del hombre. Génesis 2:16-17; 3:22-24.
4. Morir, para los antiguos patriarcas, no era desaparecer en la tumba, sino “exhalar el espíritu”. Génesis 25:8; 35:29. Y el espíritu continúa viviendo tras la muerte. Eclesiastés 12:7; Hechos 7:60.
5. Job creía en la inmortalidad y estaba seguro de que vería a Dios tras la muerte. Job 19:25-27.

6. Job creía en la inmortalidad y esperaba descansar sus agotadas fuerzas en el más allá de Dios. Job 3:13-19.
7. David creía en la inmortalidad y esperaba ver luz en la luz de Dios. Salmo 36:9.
8. David creía en la inmortalidad y esperaba despertar de los muertos a semejanza de Dios. Salmo 17:15.
9. David creía en la inmortalidad y sabía que Dios redimiría su vida del poder del sepulcro. Salmo 49:16.
10. David creía en la inmortalidad y decía que sus tiempos eternos estaban en manos de Dios. Salmo 31:6, 15.
11. David creía en la inmortalidad y estaba seguro de morar eternamente en la casa de Jehová. Salmo 23:6.
12. David creía en la inmortalidad y proclamaba que la muerte de los santos es estimada a los ojos de Dios. Salmo 116:15.
13. David creía en la inmortalidad y sabía que tras su muerte sería “recibido en gloria” en el cielo de Dios. Salmo 73:24-26.
14. David creía en la inmortalidad y tenía confianza de que su alma no quedaría en el sepulcro. Salmo 16:10; 86:13.
15. David creía en la inmortalidad y vivía con la seguridad de que su alma sería librada de la muerte. Salmo 33:19; 56:13; 116:8.
16. David creía en la inmortalidad y sabía que la ayuda de Dios libraría su alma de morar en el silencio. Salmo 94:17.
17. David creía en la inmortalidad y sabía que Dios preservaría la vida del alma. Salmo 66:9.
18. Salomón creía en la inmortalidad y sabía que tras la muerte su espíritu iría al cielo. Eclesiastés 12:7.
19. Salomón creía en la inmortalidad y decía que el justo tiene esperanza en su muerte. Proverbios 14:32.
20. Isaías creía en la inmortalidad y estaba seguro de que Dios le salvaría del sepulcro y de la muerte. Isaías 38:18-20.
21. Isaías creía en la inmortalidad y sabía que los muertos siguen vivos en el Seol. Isaías 14:9-10.

22. Isaías creía en la inmortalidad y decía que los muertos creyentes entran en región de paz y descansan en sus lechos. Isaías 57:2.
23. Ezequiel creía en la inmortalidad y decía que los muertos hablan en el Seol. Ezequiel 32:21, 31.
24. Ezequiel creía en la inmortalidad y decía a gritos que Dios no quería la muerte espiritual del pecador, sino su vida gloriosa. Ezequiel 33:11.
25. Daniel creía en la inmortalidad y estaba convencido de que los muertos resucitarán, unos para vida eterna y otros para eterna condenación. Daniel 12:2.
26. Amós creía en la inmortalidad y exhortaba al pecador a prepararse para acudir al encuentro de Dios. Amós 4:12.

2.– Enseñanzas de los Evangelios y los Hechos

1. En la tierra pueden destruirnos el cuerpo, pero nadie puede matar el alma, que es inmortal. Mateo 10:28.
2. Cristo no prometería el reino de los cielos a quienes hacen la voluntad del Padre, si el alma no fuese inmortal. Mateo 7:21; 13:43; 25:34.
3. Cristo no destinaría a la condenación eterna a los incrédulos si el alma no fuese inmortal. Mateo 7:23; 13:42; 25:41.
4. Si las puertas de la muerte nada pueden contra la Iglesia de Cristo, es porque esta Iglesia se compone de miembros destinados a la inmortalidad. Mateo 16:18.
5. Si el camino que lleva a la vida eterna es estrecho, es porque se trata del camino a la inmortalidad. Mateo 7:14.
6. Si es preferible entrar mutilado a la vida eterna a no entrar conservando la perfección física, es porque la vida eterna, aquí, es sinónimo de inmortalidad. Mateo 18:8-9.
7. Si el alma no fuese inmortal, Cristo no diría que todo aquel que pierde la vida por causa de Él, la hallará. Mateo 10:39.

8. Prueba de que el alma es inmortal está en que Cristo pidió a los apóstoles que se regocijaron por hallarse sus nombres inscritos en el reino de los cielos. Lucas 10:20.
9. La inmortalidad del alma es probada en el contundente argumento de que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Lucas 20:38; Mateo 22:32; Marcos 12:27.
10. Si el alma no fuese inmortal Dios no tendría dominio sobre ella, como lo demuestra en Lucas 12:20.
11. Prueba de que el alma es inmortal está en que la hija de Jairo, muerta, recobró la vida cuando volvió su espíritu al cuerpo. Lucas 8:49-56.
12. Si el alma no fuese inmortal Cristo no nos animaría a trabajar por la comida que a vida eterna permanece. Juan 6:27.
13. Prueba de la inmortalidad del alma es que el creyente vivirá así como vive Cristo, es decir, eternamente. Juan 14:19.
14. Prueba de que el alma es inmortal es que habrá resurrección de muertos: de justos y de injustos. Juan 5:28-29.
15. Prueba perfecta de la inmortalidad del alma es la existencia de moradas en el cielo, donde Cristo habita, Hechos 1:10-11, y donde los creyentes han de habitar con él. Juan 14:1-4.
16. Quien cree en Jesucristo tiene vida eterna, en la eternidad del alma inmortal. Juan 5:24; 8:51; 10:28; 17:3.
17. La inmortalidad del alma queda probada en la superioridad del espíritu sobre la materia. Juan 6:63.
18. El alma es inmortal porque el pan vivo que descendió del cielo, Cristo, hace vivir para siempre a quien lo come. Juan 6:51.
19. El alma es inmortal porque todo el que cree en Cristo, aunque esté muerto vivirá. Juan 11:25.
20. El alma es inmortal por cuanto no puede corromperse. Hechos 2:27, 31.
21. El alma es inmortal porque Cristo será juez de vivos y de muertos. Hechos 10:42.

1. El alma es inmortal porque ha de seguir viviendo en la gloria venidera. Romanos 8:17-18.
2. Si no hay condenación alguna para los que están en Cristo Jesús es porque tienen almas inmortales. Romanos 8:1.
3. Si ni siquiera la muerte puede hacer separación entre Cristo y los que en Él creen es debido a la inmortalidad del alma. Romanos 8:38-39.
4. Si el alma pereciera con el cuerpo Pablo no alabaría a los que, “perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad”. Romanos 2:7.
5. Si no hay inmortalidad de vida somos seres dignos de compasión. 1ª Corintios 15:19.
6. Si no hay inmortalidad de vida, los muertos nunca resucitarán. 1ª Corintios 15:20-23, 32.
7. Si no hay inmortalidad de vida, tampoco habrá cuerpos espirituales. 1ª Corintios 15:40-49.
8. Si no hay inmortalidad de vida, nunca heredaremos el reino de Dios. 1ª Corintios 15:50.
9. Si no hay inmortalidad de vida, no habrá tampoco transformación de muertos creyentes. 1ª Corintios 15:51-52.
10. Si no hay inmortalidad de vida, el cuerpo de corrupción nunca será vestido de incorrupción, ni lo mortal de inmortalidad. 1ª Corintios 15:53-54.
11. Si no hay inmortalidad de vida, la muerte jamás será vencida. 1ª Corintios 15:55-57.
12. Si el alma no es inmortal, Pablo no diría que nuestro espíritu será salvo en el día del Señor. 1ª Corintios 5:5.
13. El alma es inmortal porque aunque el cuerpo se deshaga tenemos un edificio espiritual eterno en los cielos. 2ª Corintios 5:1-3.
14. El alma es inmortal porque llegará un día en que el cuerpo mortal será absorbido por la vida de los cielos. 2ª Corintios 5:4.

3.– Enseñanzas de las epístolas y el Apocalipsis.

27. Prueba de que el alma es inmortal es que Pablo estaba seguro de que Dios le preservó.
15. El alma es inmortal porque nuestra presencia en la tierra significa la ausencia del cielo. 2ª Corintios 5:6-9.
 16. La inmortalidad del alma se prueba en que el creyente regenerado se sentará un día en los lugares celestiales con Cristo. Efesios 2:4-6.
 17. Si Pablo consideraba la muerte como ganancia es porque estaba seguro de su inmortalidad. Filipenses 1:19-21.
 18. Si Pablo sabía que su nombre y los de sus colaboradores estaban escritos en el libro de la vida era porque tenía fe en la inmortalidad del alma. Filipenses 4:3.
 19. El alma es inmortal porque Dios ha dado al creyente vida juntamente con Cristo, Colosenses 2:12-13, y Cristo es inmortal. Apocalipsis 1:18.
 20. Prueba elocuente de la inmortalidad del alma es que a la Segunda Venida de Cristo los cuerpos transformados serán arrebatados para recibir al Señor en el aire. 1ª Tesalonicenses 4:17.
 21. Si el alma no fuese inmortal nuestra comunión con Dios quedaría interrumpida con la muerte, cosa que no ocurre. 1ª Tesalonicenses 5:10.
 22. Prueba de que el alma es inmortal está en el consejo de Pablo a los creyentes de Tesalónica en el sentido de que no se entristezcan por sus muertos como los que no tienen esperanzas. 1ª Tesalonicenses 4:13.
 23. Dios quiere que todos los hombres sean salvos. 1ª Timoteo 2:3-4. Y si el alma no es inmortal, ¿de qué van a ser salvos?
 24. Prueba de que el alma es inmortal es que Jesús “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio”. 2ª Timoteo 1:10.
 25. Prueba de que el alma es inmortal está en que Dios juzgará a los vivos y a los muertos. 2ª Timoteo 4:1; 1ª Pedro 4:5.
 26. Prueba de que el alma es inmortal es que Pablo esperaba obtener una corona de justicia que le sería dada por el Señor “en aquel día”. 2ª Timoteo 4:6-8.

varía para su reino celestial. 2ª Timoteo 4:18.

28. Si no fuese el alma inmortal no sería tan horrendo caer en las manos del Dios vivo. Hebreos 10:31.
29. Si no tuviésemos un alma inmortal Santiago no afirmaría que el cuerpo sin el espíritu está muerto. Santiago 2:26.
30. Pedro esperaba recibir una corona incorruptible de gloria en el más allá, lo que prueba la inmortalidad. 1ª Pedro 5:4.
31. El alma es inmortal porque Dios nos tiene reservada en los cielos una herencia incorruptible, incontaminado e inmarcesible. 1ª Pedro 1:3-4.
32. El alma es inmortal porque un día alcanzaremos la salvación que tenemos preparada. 1ª Pedro 1:5-9.
33. La inmortalidad del alma está implicada en la posesión de la vida eterna que tenemos en Cristo. 1ª Juan 5:11-13.
34. Si no tuviésemos un alma inmortal no se nos exhortaría a la fidelidad doctrinal para ser premiados en el cielo con vestiduras blancas. Apocalipsis 3:5.
35. Si no tuviésemos un alma inmortal no se aseguraría la entrada en el cielo a los inscritos en el libro de la vida. Apocalipsis 21:27; 20

SUPERVIVENCIA DEL ALMA TRAS LA MUERTE

1.— Enoc

1. Vivió en íntima comunión con Dios. Génesis 5:22, 24.

2. Vivió durante 365 años. Génesis 5:23.
3. Tuvo testimonio en vida de haber agradado a Dios. Hebreos 11:5.
4. No murió como los demás mortales: “fue traspuesto para no ver muerte”. Hebreos 11:5.
5. “Desapareció”. Génesis 5:24.
6. No desapareció hacia lugares desconocidos: “Lo traspuso Dios”. Hebreos 11:5.
7. Fue llevado vivo donde van todos los creyentes inmediatamente después de morir a la presencia del Padre: “desapareció porque le llevó Dios”. Génesis 5:24. Si el alma no sigue viviendo después de la muerte, ¿dónde llevó Dios a Enoc?

2.– Elías

1. Fue arrebatado en un carro de fuego. 2º Reyes 2:11.
2. Sin pasar la experiencia de la muerte, al igual que Enoc, “subió al cielo en un torbellino”. 2º Reyes 2:11.
3. Los profetas amigos de Eliseo creían que “el Espíritu de Jehová” lo habría dejado caer en algún monte o en algún valle. 2º Reyes 2:16.
4. Pero Eliseo estaba convencido de que Elías había sido arrebatado al paraíso, no al sepulcro. 2º Reyes 2:17-18.
5. Si Elías no hubiese seguido viviendo después de su arrebatamiento, Malaquías no habría hablado de su regreso, “antes que venga el día de Jehová”. Malaquías 4:5.
6. Si el alma quedara en el sepulcro juntamente con el cuerpo, los contemporáneos de Jesús no habrían esperado el regreso de Elías. Mateo 11:14; 16:14; 17:12; Marcos 8:28; 9:13; 6:15; Lucas 9:19; Juan 1:21.
7. Si el alma quedara en la misma tumba que el cuerpo, el ángel del Señor no habría dicho a Zacarías que Juan el Bautista aparecería “con el espíritu y el poder de Elías”. Lucas 1:17.
8. En fin, si el alma y el cuerpo quedaran en la tumba, Elías no habría aparecido, en el cielo de Dios, junto a Moisés, en la transfiguración del Señor. Mateo 17:3; Marcos 9:4; Lucas 9:30.

3.– Samuel

1. Samuel murió y fue sepultado en Ramá. 2º Samuel 28:3.
2. Saúl pretende hablar con Samuel, aun sabiendo que había muerto. 2º Samuel 28:7; 11.
3. La pitonisa de Endor vio a Samuel, aunque el cuerpo del profeta estaba en la tumba. 2º Samuel 28:12.
4. Saúl entendió también que el aparecido en el más allá era Samuel. 2º Samuel 28:14.
5. Samuel habló con Saúl, aun cuando su cuerpo había muerto y estaba enterrado. 2º Samuel 28:15.
6. Saúl, desde la tierra, respondió a Samuel y le hizo partícipe de sus angustias. 2º Samuel 28:15.
7. Samuel, desde el más allá, confirma su personalidad. Se trataba realmente del profeta. 2º Samuel 28:16-19.
8. Saúl fue presa del temor por las palabras de Samuel. 2º Samuel 28:20-23.
9. La sentencia de Samuel contra Saúl se cumplió literalmente. 2º Samuel 31:1-6.
10. Si el alma no siguiera viviendo inmediatamente después de la muerte, Samuel no habría aparecido en el más allá. 2º Samuel 28:14.
11. Si el alma no continuara viviendo tras la muerte, Samuel no se hubiese inquietado en el más allá por la consulta de Saúl. 2º Samuel 28:15.
12. Si no continuara viviendo el alma tras la muerte del cuerpo, Samuel no habría dicho a Saúl estas dramáticas palabras: “Mañana estaréis conmigo, tú y tus hijos”. 2º Samuel 28:19. ¿Dónde quiere decir “conmigo”? ¡Samuel no estaba en la tumba, sino en el paraíso!

4.– El niño de David

1. Muere el niño que David tuvo con la que fue mujer de Urías. 2º Samuel 12:18-19.
2. Dijo David tras la muerte del niño: “Yo voy a él, mas él no volverá a mí”. 2º Samuel 12:23.
3. ¿Dónde estaba el alma del niño muerto? ¿En la tumba? Cristo dijo que de los niños es el reino de Dios. Marcos 10:14; Lucas 18:16.

4. Allí, al reino de Dios, al cielo, a la gloria esperaba ir David tras su muerte. Al encuentro del niño. Salmo 73:24-26. Esto sería imposible si el alma no siguiera viviendo tras la muerte.

5.– La transfiguración

1. Jesús se fue con tres de sus discípulos a un monte alto. Mateo 17:1.
2. Mientras oraba con ellos se transfiguró su rostro, sus vestidos y todo su cuerpo. Mateo 17:2; Marcos 9:3; Lucas 9:29.
3. Moisés, que había muerto, apareció en el más allá. Mateo 17:3; Marcos 9:4 Lucas 9:30.
4. Elías, que había sido arrebatado al cielo, en el cielo apareció juntamente con Moisés. Mateo 17:3; Marcos 9:4; Lucas 9:30.

▶ 110 ◀

10. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar desde el que siguen sintiendo
5. Moisés habló con el Señor; Elías habló con el Señor. ¡Y ninguno de ellos estaban en la tumba! Mateo 17:3; Marcos 9:4; Lucas 9:30.
6. Elías y Moisés hablaron concretamente de la partida, sufrimientos y muerte de Jesús en Jerusalén. Lucas 9:31.
7. Los tres apóstoles vieron a los personajes del Antiguo Testamento y oyeron lo que hablaban con Jesús. Lucas 9:32; 18. 2ª Pedro 1:16.
8. Si el alma no sigue viviendo después de la muerte, ¿cómo es que Elías y Moisés, arrebatado el uno y muerto el otro, aparecieron conscientes en lo alto del monte donde Jesús oraba?

9. Si no se sigue conservando la personalidad espiritual tras la muerte, ¿cómo supieron los apóstoles que aquellos eran Elías y Moisés?
10. Si el cuerpo y el alma quedan en el sepulcro, ¿mintió Jesús? ¿Mintieron los apóstoles?

6.– El rico y Lázaro

1. No se trata de una parábola, sino de un hecho real explicado por Cristo, puesto que el personaje principal tiene nombre propio: Lázaro. Lucas 19:20.
2. Aun cuando fuese parábola, la lección permanece invariable, puesto que la parábola tiene por misión declarar las cosas escondidas de Dios. Mateo 13:35.
3. Dos hombres, uno rico y el otro pobre. Lucas 16:19-21.
4. Los dos murieron y fueron sepultados. Lucas 16:22.
5. El alma del pobre no quedó en la tumba. Fue llevada por los ángeles al seno de Abraham, esto es, al paraíso. Lucas 16:22.
6. El alma del rico no quedó en la tumba. Fue al hades, o lugar provisional de los muertos donde sufren los que mueren sin fe. Lucas 16:23.

▶ 111 ◀

7. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar desde el que siguen viendo. Lucas 12:23.
8. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar desde el que siguen hablando. Lucas 16:24.
9. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar desde el que continúan implorando misericordia. Lucas 16:24.
- sed. Lucas 16:24.
11. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar donde sienten el tormento. Lucas 16:24.

12. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar donde continúan teniendo conciencia de sí mismos. Lucas 16:25.
13. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar donde conservan la memoria. Lucas 16:27.
14. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar donde siguen conservando el sentimiento de culpabilidad. Lucas 16:28.
15. ¡Los muertos no quedan en la tumba! Van a un lugar donde siguen contemplando la dureza del corazón humano. Lucas 16:30.
16. Si los que mueren creyendo no empezaran a gozar en la presencia de Dios inmediatamente después de morir, Abraham no hubiese aparecido en el cielo. Lucas 16:22-23.
17. Si los que mueren creyendo no empezaran a gozar en la presencia de Dios inmediatamente después de morir, Lázaro no habría estado en el seno de Abraham. Lucas 16:22.
18. Si los que mueren sin creer no empezaran a sufrir inmediatamente después de morir, el rico no habría sentido el tormento de las llamas. Lucas 16:24.
19. Si los que mueren sin creer no empezaran a sufrir inmediatamente después de morir, el rico no hubiese sentido tan honda preocupación por sus hermanos. Lucas 16:27-31.
20. Si tras la muerte no hubiese otra vida, Cristo no habría explicado este singular pasaje a sus discípulos. Lucas 16:19.

7.– El ladrón en la cruz

1. Fue crucificado junto a Jesús. Lucas 23:33.
2. Reprendió a su compañero de fechorías, también crucificado. Lucas 23:40.
3. Admitió la inocencia de Jesús. Lucas 23:41.
4. Pidió a Jesús que se acordara de él en Su Reino. Lucas 23:42.
5. Cristo le prometió el paraíso. Lucas 23:43.

6. Si el alma no continuara viviendo inmediatamente después de la muerte, Cristo no habría dicho a este malhechor convicto: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Lucas 23:43.

8.– Textos del Apocalipsis

1. Si el alma no continuara viviendo en el más allá después de la muerte, el Apocalipsis no diría que los que mueren en el Señor son “bienaventurados”. Apocalipsis 14:13.
2. Si el alma no continuara viviendo después de la muerte, el Apocalipsis no diría que los muertos en el Señor descansan de sus trabajos en el más allá de Dios. Apocalipsis 6:11; 14:13.
3. Si el alma no continuara viviendo después de la muerte, el Apocalipsis no presentaría a los muertos redimidos por Cristo vestidos de ropas blancas en el cielo. Apocalipsis 7:13-14.
4. Si el alma no continuara viviendo después de la muerte, no diría el Apocalipsis que los muertos en Cristo sirven al Señor día y noche más allá de la tumba. Apocalipsis 7:15.
5. Si el alma no continuara viviendo después de la muerte, no diría el Apocalipsis que los muertos en Jesús son guiados en la otra vida a fuentes de aguas vivas. Apocalipsis 7:15.
6. Si el alma no continuara viviendo después de la muerte, no diría San Juan que vio “a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios”. Apocalipsis 20:12.
7. Finalmente: si el alma no continuara viviendo después de la muerte no diría San Juan que él mismo vio, por revelación divina, “las almas de los que habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios”. Estas almas no estaban en la tumba con los cuerpos, sino “bajo el altar” del cielo. No hablaban con el sepulcro ni con los gusanos: “Clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor?” Apocalipsis 6:9-11.

9.– Otros textos de la Escritura

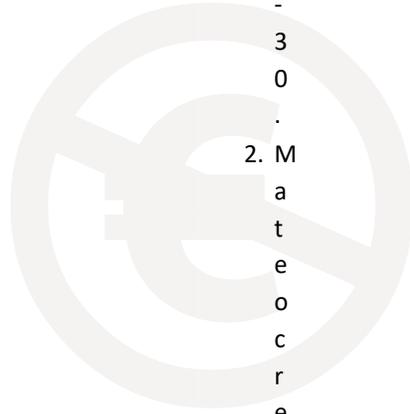
1. J
o
b
c

r
e
í
a
q
u
e
e
l
a
l
m
a
s
i
g
u
e
v
i
v
i
e
n
d
o
d
e
s
p
u
é



s
d
e
l
a
m
u
e
r
t
e
y
d
i
c
e
q
u
e
D
i
o
s
h
a
b
l
a
a
l
h
o

m
b
r
e
“
p
a
r
a
a
p
a
r
t
a
r
s
u
a
l
m
a
d
e
l
s
e
p
u
l
c
r



o
”
·
J
o
b
3
3
:
2
9
-
3
0
·
2. M
a
t
e
o
c
r
e
í
a
q
u
e
e
l
a

I
m
a
s
i
g
u
e
v
i
v
i
e
n
d
o
d
e
s
p
u
é
s
d
e
l
a
t
u
m
b
a



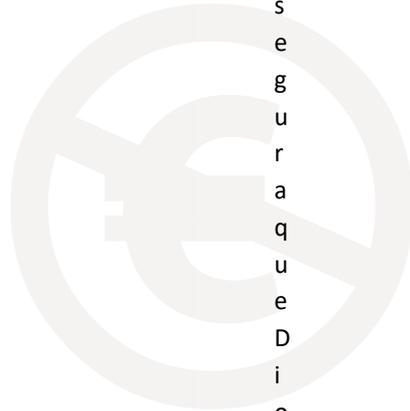
y
d
i
c
e
q
u
e
l
a
s
p
u
e
r
t
a
s
d
e
l
a
m
u
e
r
t
e
n
a
d
a

p
u
e
d
e
n
c
o
n
t
r
a
l
o
s
m
i
e
m
b
r
o
s
d
e
l
a
l
g
l
e
s



i
a
d
e
l
S
e
ñ
o
r
.
M
a
t
e
o
1
6
:
1
8
.
3. M
a
r
c
o
s
c
r
e

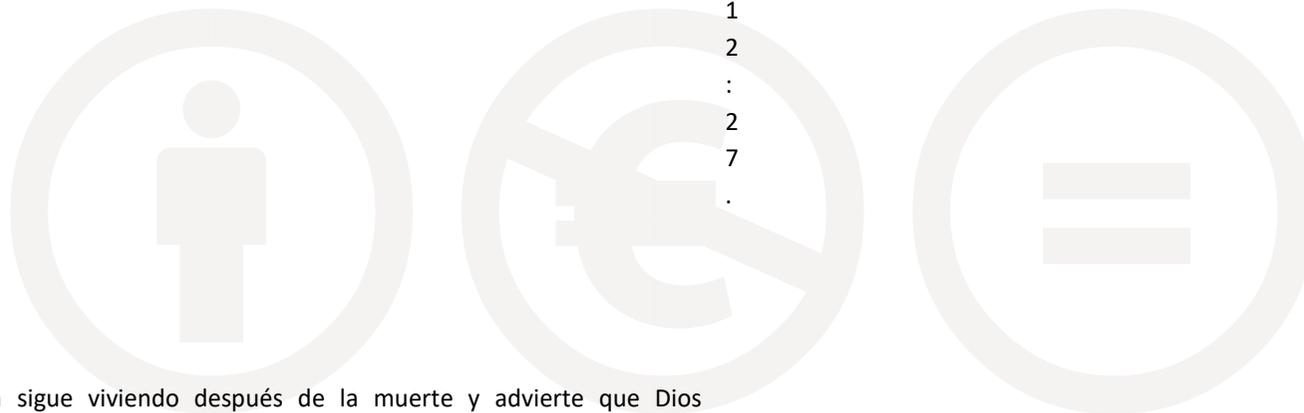
í
a
q
u
e
e
l
a
l
m
a
s
i
g
u
e
v
i
v
i
e
n
d
o
d
e
s
p
u
é
s
d



e
l
a
m
u
e
r
t
e
y
a
s
e
g
u
r
a
q
u
e
D
i
o
s
e
s
D
i
o
s
d
e

v
i
v
o
s
,
n
o
d
e
s
e
r
e
s
m
u
e

r
t
o
s
.
M
a
r
c
o
s
1
2
:
2
7
.



4. Lucas creía que el alma sigue viviendo después de la muerte y advierte que Dios puede llevarse el alma del hombre en el momento más inesperado. Lucas 12:20.
5. Juan creía que el alma sigue viviendo después de la muerte y dice que todo aquel que cree en Cristo, aunque esté muerto, vivirá. Juan 11:25.
6. Esteban creía que el alma sigue viviendo después de la muerte, y al morir apedreado dijo: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Hechos 7:59.
7. Pedro creía que el alma sigue viviendo después de la muerte, porque afirma que Cristo “predicó a los espíritus encarcelados”. 1ª Pedro 3:19.

8. Pablo creía que el alma sigue viviendo después de la muerte, porque decía que partir del cuerpo, es decir, morir, significaba estar con Cristo, “lo cual es muchísimo mejor”. Filipenses 1:21-23.
9. El autor de la epístola a los Hebreos creía que el alma sigue viviendo después de la muerte, porque “la congregación de los primogénitos”, “los espíritus de los justos”, como llama a los que han muerto en la fe de Cristo, viven en el cielo, en la Jerusalén celestial. Hebreos 12:22-23.
10. Yo creo que mi alma seguirá viviendo después de la muerte de mi cuerpo, porque la Biblia me dice que ni siquiera la muerte me puede apartar del amor de Dios en Cristo Jesús. Romanos 8:38-39.



CUARTA PARTE

Epistolar

Carta amiga a un Testigo de Jehová

“Vuélvete, y haz volver a tus hermanos”
(2º Samuel 15:20).

Amigo:

¿Me dejas llamarte así? No empleo esta hermosa palabra de manera superficial. Sé a lo que compromete la amistad. Y acepto sus implicaciones. En realidad, yo creo haber empezado a darte pruebas de mi amistad desde que me puse a escribir este libro. No lo he escrito para hacer dinero ni para ganar fama. No necesito ni lo uno ni lo otro. El objeto final del libro que tienes en tus manos eres tú; solamente tú. Para ti lo he pensado, para ti lo he escrito, a ti te lo dirijo.

Una de las preguntas más inquietantes en la historia del hombre es, según creo yo, la que Dios hizo a Adán después de la caída. Dejando oír su voz entre los árboles y las plantas del huerto, “Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?”

Adán estaba escondido. Se veía desnudo. Había pecado. Tenía miedo.

En mi voz tiembla la misma pregunta, que mi pulso escribe con seguridad: ¿Dónde estás tú?

Me estoy refiriendo a tu postura religiosa. Eres Testigo de Jehová, bien, de acuerdo, pero ¿seguro que sabes dónde estás metido?

Puede que tus relaciones con la Sociedad de los Testigos no lleguen más allá de la congregación local. Conoces la calle, el número y el piso donde hay un salón del Reino. Sabes qué días y a qué horas se celebran las reuniones; te gusta el ambiente religioso que se respira en ese salón; te agradan las personas que lo frecuentan; te sientes a gusto.

Pero ¿has pensado en lo que hay más allá del salón que tú frecuentas? ¿Has investigado quiénes hay detrás, delante y al frente de la Sociedad? Estás adherido a una de la más complicadas organizaciones que existen hoy en el mundo religioso. Tú no sabrás mucho acerca de sus dirigentes, pero ellos sí que saben de ti, porque te controlan y te dirigen por medio de máquinas electrónicas desde las oficinas centrales de la Sociedad en Nueva York. Creo que ya te he dicho bastante sobre esto en el capítulo de la primera parte de este libro.

Formas parte de una institución religiosa cuyo credo se compone de negaciones. Puede que lo sepas, pero también puede que no; que no te lo hayan explicado y que estés, sin proponértelo, igual que los samaritanos, adorando lo que no sabes ni conoces.

Donde estás metido no creen en la interpretación literal de la Biblia; no creen en la Trinidad de Dios; no creen en la divinidad del Espíritu Santo; no creen que Cristo es Dios; no creen en la inmortalidad del alma; no creen en la existencia del infierno; no creen en la organización de la Iglesia según el Nuevo Testamento; no creen en la patria; no creen en la obediencia que debemos a los poderes constituidos; no creen en la salvación tal como está planteada en el Nuevo Testamento; no creen en ayudar al prójimo mediante transfusiones de sangre; no creen en la existencia de un cielo eterno para todos los redimidos...

¡Todo! Niegan todo lo que Cristo afirmó y sus apóstoles enseñaron. ¿Sabías esto? Si no te merecen confianza mis palabras, investiga por ti mismo y me darás la razón. Plantea preguntas concretas y exige respuestas igualmente concretas. Que no te respondan con evasivas, que no pretendan liarte con versículos de la Biblia, porque en esto son unos maestros. Que digan sí o no, sin añadiduras y sin comentarios a tus preguntas.

El credo que te han enseñado se compone de negaciones, pero ¿te has puesto a pensar con detenimiento en las afirmaciones de ese credo tuyo? ¡Te hacen creer cada cosa que ni en las tribus de África! ¡Ni en las leyendas de “Blancanieves” te piden que creas las historias que te cuentan los señores de Nueva York!

Porque este es otro cantar. Aunque tú veas a los dirigentes de la congregación local y trates sólo con ellos, la realidad es otra. Tú estás dirigido por personas que no hablan tu idioma, que no conocen tu mentalidad, que nada saben de tu historia, que no sienten a Dios como tú. Y no me digas que exagero. ¡No exagero! Cuando tú te reúnes en el salón del Reino, la parte más importante del culto consiste en la meditación de *La Atalaya*. Y esos artículos de *La Atalaya*, que te sirven de base religiosa y de guía espiritual, no han sido escritos por los “siervos” de tu congregación local, sino por los señores que trabajan en las oficinas de Nueva York. Ellos lo han pensado para ti, porque hasta el derecho a pensar te niegan.



¿De verdad, de verdad que sabes dónde estás? Te has amarrado a una forma de vivir tu vida religiosa que te puede hacer mucho daño, a ti y a los tuyos. Daño en el cuerpo y en el alma.

¿Y por qué estás ahí? ¿Por qué te has hecho Testigo de Jehová? ¿Vivías sin Dios, necesitabas una religión? Pero, ¡hombre, has ido a escoger la religión que menos tiene de Dios! ¡La que más enseñanzas de hombres contiene! Ahí, entre los Testigos, Dios no puede estar contento contigo; de ninguna manera. Si vivías sin Dios, todavía continúas casi sin Él, porque te hacen negar todo lo que Dios aprueba. Da un paso más y busca la verdad de Dios. No te será difícil.

¿Que te desengañaron los dirigentes de tu religión? ¿Que tenías quejas contra el sacerdote católico de tu parroquia o contra el pastor protestante de tu iglesia y decidiste el cambio?

Esto no es justo. La gran mayoría de vosotros, los Testigos, habéis arribado a la Sociedad empujados por los ministros religiosos de vuestras anteriores creencias. Porque os desengañaron con su conducta, porque no se os metían en la cabeza muchas cosas de las que hacían y decían.

Puede que éste sea tu caso. Y créeme que no te culpo a ti del abandono, sino a ellos que no supieron cuidar tu vida espiritual. Pero ni siquiera esto es motivo para el cambio. Hay que distinguir entre el hombre y las creencias. Los hombres pueden defraudarte, te defraudarán también ahí, donde estás ahora, porque son hombres tan de barro como los demás. Pero las creencias están por encima de los hombres.

No seas tú de los que ponen su confianza en los hombres. Es cierto que el comportamiento de ellos influye; es cierto que están llamados a darte ejemplo; es cierto que deben ayudarte en la fe, no hundirte; pero también es cierto que si ellos fracasan en estos deberes el tuyo es evitar que te afecten espiritualmente, porque por encima de ellos está Dios y es Dios, en definitiva, quien ha de salvarte. Y si ellos caen y te defraudan, piensa que tu deber no es abandonarlos en el barro y cambiarte a otra religión, sino rehacerte tú y ayudar a ellos. Porque al cambiar no traicionas al hombre, sino al Dios que está por encima del hombre.

Pudo ocurrir que los Testigos llegaran a tu vida en un momento crítico. Vivías sin Dios y querías poner fin a esta situación; o acababas de sufrir un fuerte desengaño en tu anterior religión; o empezabas a interesarte por la lectura de la Biblia. En este estado de incertidumbre, desencantos y deseos llamaron a tu puerta o te invitaron unos amigos. Fueron amables contigo,

asististe a una reunión, te cautivó el ambiente, descubriste la Biblia; troncada, pero tú eso no lo sabías. Comparaste a aquellos hombres con los ministros de la religión que hasta entonces habías practicado, y salieron ganando. Decidistes quedarte allí, sin hacer más averiguaciones, aceptando sus normas, obedeciendo sus mandatos, ignorando las muchas imposiciones que pesan sobre ti.

Pero ¿qué haces ahí? Esta misma pregunta se la hizo Dios a Elías cuando el profeta, con miedo parecido al de Adán, se escondió en una cueva del monte Horeb huyendo de la amenaza de una mujer. Permíteme que insista: ¿Qué haces ahí, en esa Sociedad que tantas veces ha cambiado de nombre? ¡Vuelve en ti, recapacita y huye en cuanto puedas! Sin dudarlo ni un momento: ¡Huye!

Estás empleando tu tiempo en una obra que no es de Ellos, que no tiene la aprobación de Dios, que no conduce a Dios.

Estás dando tu dinero a una organización que lo emplea para extender sus dominios en la tierra; para aumentar sus riquezas en países extranjeros al tuyo, para continuar edificando inmuebles cuyas escrituras de propiedad están a nombre de cuatro o cinco jefes.

Te estás sacrificando, es muy posible que con una gran dosis de sinceridad por tu parte, por una causa que no es la de Cristo. No es una causa celestial, sino terrena, humana, vacía.

Estás adorando a Dios a través de una larga lista de intermediarios humanos, hombres que se interponen entre Dios y tu alma, que se cuelan como intrusos en lo más íntimo de tu ser y te dicen lo que has de hacer y lo que has de evitar en tus relaciones con Dios.

Estás imponiendo a tu vida unas limitaciones que Dios no aprueba ni los demás te agradecen. Sólo para dar satisfacción a quienes te han impuesto estas cargas.

Estás entrando en conflicto con las autoridades de tu país, con la sociedad en la cual vives, con tus compañeros de trabajo, con tu propia familia. Y si lo hicieras porque Dios te lo manda, bien, serías bienaventurado. Pero no. Esos sacrificios no te valen ante los ojos de Dios, porque no es Dios quien te los exige.

Tus jefes me llamarán gentil, dirán que soy enemigo de Jehová por contarte estas cosas, así. Te dirán que Satanás ha entenebrecido mi mente, que soy de los “esclavos malos”, que seré destruido en el día de Jehová. Y no. Nada de eso.

Soy cristiano, amo a Dios con toda mi alma, tengo la seguridad de la salvación dentro de mí, te escribo con una gran serenidad en mi corazón, aunque también con la energía que Dios me dio.



Si alguien te dice que soy enemigo de Jehová, no lo admitas. Soy amigo de Dios y quiero ser amigo tuyo.

Sal de ahí. Sal antes de que te líen más. Sal antes de que te sea más difícil salir.

Sal si es que quieres ser, de verdad, un auténtico testigo de Jehová.

Sal si quieres agradar a Cristo y hacer Su voluntad.

Sal si estimas en algo la salvación de tu alma.

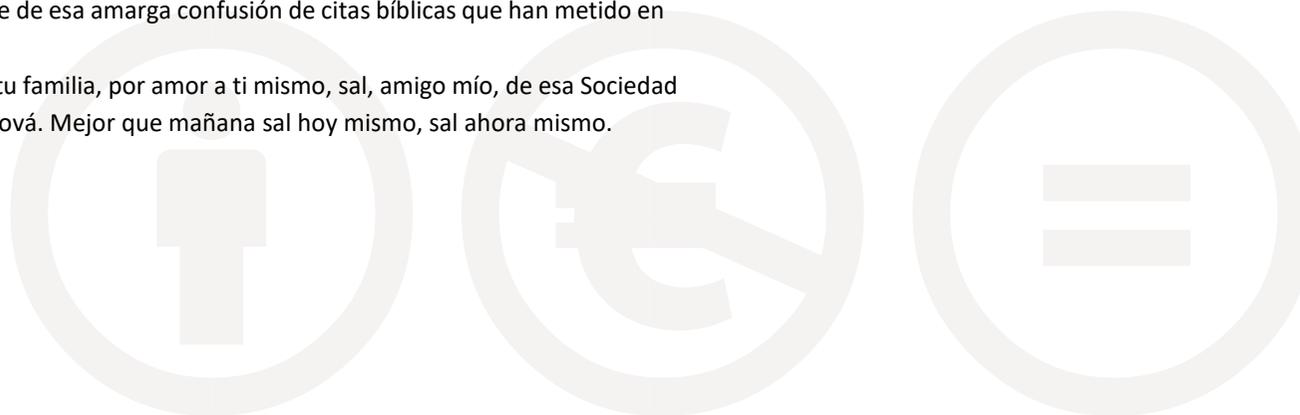
Sal si quieres un día ver a Dios en la eternidad.

Sal si quieres ser una persona libre en todos tus actos.

Sal si deseas adorar a Dios en espíritu y en verdad, alegremente, libremente.

Sal si quieres limpiar tu mente de esa amarga confusión de citas bíblicas que han metido en ti.

Por amor a Dios, por amor a tu familia, por amor a ti mismo, sal, amigo mío, de esa Sociedad que se hace llamar Testigos de Jehová. Mejor que mañana sal hoy mismo, sal ahora mismo.



Carta amiga a uno que quiere hacerse Testigo de Jehová

“No te apresures a irte”
(Eclesiastés 8:3).

No. Si aún tienes la gran suerte de no ser Testigo de Jehová, no te apresures a irte de donde estás. Piénsalo bien. ¿Por qué te quieres hacer Testigo? ¿Qué es lo que te atrae de esa Sociedad?

Tú ya tienes una religión, ¿no? Antes de abandonarla ruego que te hagas dos sencillas reflexiones: Primera: “¿Qué es lo que no me gusta en mi religión hasta el punto de querer abandonarla?” Segunda: “¿Qué tiene la Sociedad de los Testigos que yo no posea ahora, en el sentido religioso?”

Ya lo he escrito por algún otro lugar de este libro y me disculpo contigo por repetirlo. La gran mayoría de las personas que ingresan en los Testigos en países como los de la Europa católica y América latina lo hacen por disconformidad con la doctrina o por desengaño ante algunas actitudes personales de determinados ministros religiosos. Pero tu anticlericalismo, si existe, no debe conducirte a una postura extrema. El hombre es hombre en todas partes. Si alguno te ha defraudado piensa que ya tiene en el cielo quien le juzgue. Y piensa también que el otro hombre, el que te va a ministrar el culto en la Sociedad de los Testigos, si es que cometes la torpeza de entrar, es tan hombre, tan expuesto al fraude y al defraude como el otro a quien culpas de tu vacío religioso. No irás a creer que los “siervos” dirigentes de los Testigos están hechos de trozos de santidad o de corazones de ángeles. Son tan de carne y sangre como los demás. Y como los demás, también llevan dentro de ellos esas fatídicas pasiones que batallan contra el alma. Si te molestan un poco en leer la historia primitiva de los Testigos, aunque es bien joven, podrás apreciar las luchas internas de sus dirigentes y los golpes bajos que se han venido dando en sus ambiciones de mando.

Y si el descontento tuyo no es el hombre, sino la doctrina, entonces menos motivos tienes para el cambio. Puede ocurrirse que desconozcas las doctrinas de tu propia Iglesia y te cojan indefenso; pero documéntate, entérate bien de lo que crees y luego compara. Descubrirás que la teología de tu Iglesia es más cristiana y hasta más de Jehová que la de los Testigos.

Estos Testigos tienen un olfato especial para detectar a los miembros de las Iglesias evangélicas. En un sentido prefieren éstos a los católicos. No para convencerles, sino para discutir con ellos, que es a fin de cuentas lo que les gusta. Con los miembros de la Iglesia católica, que por lo general no están muy duchos en la Biblia, los Testigos prefieren hablar de historia de la Iglesia y de los compromisos que ésta tiene con los Estados. Repiten los cuatro pasajes que han leído en *Sea Dios veraz* o en *La Atalaya* y atacan sin piedad.

A los miembros de las Iglesias evangélicas los ataques van contra su Biblia y contra la supuesta profesionalidad del pastor. ¡Vigila! Harán lo posible por liarte citándote versículos de aquí y de allá, sin conexión alguna. Se escaparán por los cerros de Úbeda cuando los aprisiones en un tema concreto. Se revolverán entonces contra tu congregación, contra los dirigentes y hasta contra ti. Si eres miembro de una Iglesia evangélica, ¿por qué quieres cambiar? ¿Por qué vas a hacerlo? ¿Crees que te van a tratar ellos mejor de lo que hacen en tu Iglesia? Entérate primero. Te impondrán muchas más obligaciones de las que te atan a tu congregación y te exigirán bastante más de lo que ahora te exigen.

Si es cuestión de doctrina, no van a mejorar la que ahora crees y practicas, sino todo lo contrario. Te harán creer cosas tan absurdas como inútiles para la fe. En cualquier caso, te aconsejo que te documentes bien antes de dar un paso que pueda causarte trastornos religiosos. Si necesitas la ayuda de tu pastor no vaciles en pedírsela. Él te explicará lo que tal vez por tu escaso conocimiento de la Biblia tú no entiendas.

No creas, no creas jamás que en la Sociedad de los Testigos vas a ser más feliz que en tu Iglesia católica o protestante. Al principio hasta podrá parecerle que sí. Pero poco a poco irás notando amargura en tu alma. Ellos no conocen la fuente de la felicidad espiritual. Y al no conocerla no te la pueden brindar.

Ésta es mi opinión. Si perteneces a uno de los grandes grupos cristianos; si eres católico, anglicano, ortodoxo, o miembro de alguna Iglesia protestante, tu doctrina es más cristiana y está más en consonancia con la Biblia que lo que puedan ofrecerte los Testigos. Si eres indiferente en tu propia religión, si no la estudias, ni la crees, ni la vives, no digas entonces que te cambias porque con ellos sientes “algo distinto”. Eso mismo, que no es “distinto”, puedes sentirlo si te consagras a Dios en tu propia Iglesia. Porque no irás a decir que el “Jehová” de los Testigos es distinto al Dios que tú ya tienes. Y si es el mismo Dios, puede hacerte sentir todo lo



que tú desees, porque dice la Biblia que Dios no da el Espíritu por medida, ahí, donde estás, en la religión que ya tienes. Si ahora sientes vacío de Dios en tu alma la culpa no es de Él, ni de la religión, es tuya; única y exclusivamente tuya. Haz la prueba.

| Carta amiga a uno que quiere hacerse Testigo de Jehová

▶ 117 ◀

Puede ocurrir que tú no seas religioso, sino ateo, o indiferente a la cuestión religiosa. Y puede ser que esté despertando tu interés hacia Dios a través de los Testigos de Jehová.

Ve con pies de plomo. Anda todo lo despacio que puedas. Piénsalo muchas veces antes de dar el paso definitivo. Sería una lástima que, decidido a abandonar tu ateísmo, cayeras en los lazos de esa organización. Sería algo así como salir de Guatemala para entrar en Guatepeor.

Mi consejo no es que permanezcas en el ateísmo, de ninguna manera. Sin fe es imposible agradar a Dios. Y el que no cree ya es condenado. A Dios lo necesitas como al aire que da vida a tus pulmones. Puedes vivir sin Dios, o malvivir, pero si llegas sin Dios a la muerte, al otro lado de la tumba te espera una sorpresa desagradable, amarga como el fracaso del héroe.

Pero no te quedes con ese Dios pequeño, misterioso, confuso, contradictorio; no te quedes con esa desfiguración de Dios que te ofrecen los Testigos. Camina unos pasos más hacia el verdadero y único Dios de la Biblia. Lo encontrarás con poco que indagues. No estás lejos de Él. Ni Él de ti. En Él te mueves, y vives, y eres. Él te ha hecho, a ti y a todo el linaje humano, de una sola sangre. Él está a la puerta de tu corazón y llama. Te pide entrada. Y al propio tiempo, para no defraudarte, te invita a que participes del gran banquete espiritual que te ofrece.

Si se están despertando en ti inquietudes religiosas que antes no tenías, prosigue la búsqueda. No te pares ahí, entre los Testigos. Cometerías una gran equivocación. No ganarías mucho espiritualmente.

Tu ateísmo de ahora te priva del cielo, pero los Testigos te dejan igualmente en la tierra.

Tu ateísmo dice que tanto el cuerpo como el alma se quedan en la tumba, y a la tumba también lo destinan los Testigos. Ellos no tienen la llave que abre las puertas del más allá. Aún no la han encontrado.

El Cristianismo que te presentan los Testigos, puedes convencerte por ti mismo estudiando sus libros, es un Cristianismo racionalista, sin alma y sin vida. Y su espiritualidad es un materialismo a lo religioso. Siendo ateo niegas a Dios, pero tampoco lo afirmas siendo Testigo. No, desde luego, al Dios y Padre del Señor Jesucristo.

¡Qué carta tan larga! Es la llamada carta del soldado, ¿verdad? Ya termino. El hombre y el misterio nacieron juntos y juntos caminarán hasta el final de los tiempos. Nuestras acciones aquí son muchas veces tan incomprensibles como el temblor de la nube o las ondulaciones del mar. A pesar de todas las advertencias de Dios para que el hombre no se estrelle contra el muro

de la condenación eterna, lo hace. No sé decirte si el misterio está en sus acciones o en el hecho mismo de que se estrelle. O quizá, quizá el misterio esté en la desobediencia. En ese no querer oír a Dios y hacer todo lo contrario de lo que Él manda. Y si el hombre se porta así de misterioso

y de desobediente con el propio Dios, ¿qué puedo esperar yo de estos consejos en los cuales he puesto toda mi alma?

Mi último gesto al terminar este libro consiste en lavarme las manos y declararme limpio de culpa ante tu posible condenación, si persistes en ir a Dios por caminos torcidos. He cumplido con el mandamiento de Ezequiel capítulo tres. He amonestado al justo y he amonestado al impío. Lo he hecho lo mejor que he sabido y podido. He librado mi alma, aunque lo que he escrito ha sido por amor a la tuya.

Cargo sobre Moisés la responsabilidad de escribir las palabras finales. Quiero que te repita a ti lo que dijo a los israelitas poco antes de morir. Lee:

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deuteronomio 30:19).

APÉNDICE

Las falsas predicciones del señor Rutherford

Mi constante investigación en la literatura producida por los Testigos de Jehová ha sido últimamente premiada con el hallazgo de un libro editado en castellano (muy malo, por cierto) y escrito por el señor José Franklin Rutherford, sucesor de Russell y segundo gran jefe de los Testigos. Se trata de un libro raro, que actualmente está fuera de circulación, pues los Testigos abominan de él, ya que deja a su segundo jefe en el más lamentable de los ridículos y pone en evidencia sus falsas dotes proféticas.

Se titula el libro: *Millones que ahora viven no morirán jamás* y consta de 120 páginas. Tiene un prólogo firmado por G.G. Driscoll en Santa Mónica, California, el 17 de mayo de 1920. El libro fue editado en 1921 por la Asociación Internacional de los Estudiantes de la Biblia (Testigos de Jehová) en Brooklyn, Nueva York. Yo lo conseguí de un anciano predicador del Evangelio, Miguel Zúñiga, mejicano residente en Texas. Este buen cristiano ha conservado el libro como oro en paño. Una emisora de Televisión local le pidió en cierta ocasión que lo mostrara a los televidentes y les leyera aquellos pasajes en que Rutherford profetizaba la resurrección de Abraham, Isaac, Jacob y de otros personajes del Antiguo Testamento en el otoño de 1925, hecho que, naturalmente, no se produjo.

El contenido de *Millones que ahora viven no morirán jamás* forma parte de un importante discurso pronunciado por Rutherford en 1918. En cuanto a la fecha exacta y el lugar en que este discurso fue pronunciado por vez primera, no coinciden las versiones de los propios Testigos. El libro *Los Testigos de Jehová en el propósito divino* afirma, en la página 100, que el discurso fue pronunciado por primera vez en California, el 24 de febrero de 1918 “con resultados excitantes”. En la página 279 de *¡Babilonia la grande ha caído!*, los Testigos mantienen la misma

fecha y concretan que la ciudad de California donde Rutherford pronunció el discurso fue Los Ángeles. Pero en la página 315 del libro *Capacitados para ser ministros* se afirma que el discurso “histórico” –así se le califica– fue pronunciado el 24 de marzo de 1918, en la Academia de Música de Brooklyn, ante tres mil personas.

Aunque esta contradicción carece de importancia real, quiero dejar constancia de la misma.

El libro, lo he dicho, ha sido retirado de la circulación por los mismos líderes de los Testigos de Jehová. No quieren que los nuevos convertidos al movimiento conozcan los tremendos fallos bíblicos de los fundadores. Para ellos, lo que se dijo en 1918 no vale para 1974. Es así como suelen proceder los Testigos. Hablan y escriben sin sentido bíblico, sin consideración a la Escritura Sagrada, y cuando comprueban que se han equivocado, retiran lo dicho y lo escrito y continúan con nuevas exploraciones en el texto bíblico, siempre por los

mismos senderos errados; no sujetándose a la Palabra de Dios, sino haciendo que la Palabra se acomode a su particular forma de pensar.

Un breve análisis de los más destacados pasajes de este libro nos revelará los tremendos errores de interpretación profética cometidos por el señor Rutherford, segundo presidente de la organización Testigos de Jehová. Veámoslo.

EL FRACASO PROFÉTICO DE RUSSELL

No hay peor sordo que aquel que no quiere oír, dice el refrán. Tropezar contra una piedra puede ser accidente, pero dar patadas intencionadamente hasta querer abrir un agujero en la roca, esto ya es tozudez. Especialmente si la roca es irrompible. Se expone uno al ridículo y a partirse el pie.

El fundador de los Testigos de Jehová, Charles Taze Russell, había estado proclamando por escrito y de palabra desde los inicios del movimiento en 1884 que Cristo regresaría a la Tierra el 1 de octubre de 1914. Russell falleció el 31 de octubre de 1916 sin que nada pasara. En 1914 ocurrió todo lo contrario de lo que Russell y demás Testigos de Jehová habían estado anunciando. Ellos proclamaron la paz y en su lugar vino la guerra, la terrible Primera Guerra Mundial, que se inició en 1914 y duró hasta 1918.

Parece que el señor Rutherford no quedó del todo conforme con el fracaso de su antecesor. Y lo justificó echando mano de la Biblia y diciendo que aun cuando Cristo no había venido en 1914, aquella fecha había marcado el principio del fin del mundo.

¿Dónde apoyó semejante idea? Aquí: En el capítulo 24 de Mateo tenemos un discurso del Señor Jesucristo en el que se profetizan los acontecimientos que habrían de tener lugar antes de la destrucción de Jerusalén (hecho ocurrido el año 70 de nuestra era) y los que tendrán lugar antes del fin del mundo.

El versículo 8 de este capítulo dice así: “Y todo esto será principio de dolores”. La cita vino de perla al señor Rutherford, quien la usó para decir que 1914 marcó este “principio de dolores”, o principio del fin del mundo, como le llama él, o también el final del tiempo de los gentiles. Así lo escribe en el libro que estoy comentando, *Millones que ahora viven no morirán jamás*.

Dice en la página 14: “Así, pues, definitivamente, vemos que los tiempos de los gentiles terminaron en el otoño de 1914”.

Página 15: “Así se nos suministra otra evidencia de que 1914 marca el principio del fin del mundo (o edad), porque Jesús claramente dijo: “Estas cosas principio son de dolores” (Mateo 24:8).

Página 16: “Esto no significa el fin del disturbio, pero, de acuerdo con las Palabras de Jesús, significa que el mundo anterior terminó en 1914 y que el proceso de remover los gastados sistemas está ahora en progreso, como acto preparatorio para la inauguración del Reino del Mesías”.

Página 33: “Por más de cuarenta años el fundador de esta Asociación, el Pastor Russell, un fiel cristiano, proclamó a la gente tanto de palabra como por medio de la prensa y de sus libros, que 1914 marcaría el fin de los tiempos de los gentiles; que el mundo empezaría a terminar en esa fecha, y que el Reino del Mesías vendría poco tiempo después”.

Quiero que el lector tenga en cuenta un dato que considero importante: Cuando Russell empezó a “profetizar” que Cristo volvería a la Tierra en 1914, lo hizo basándose en unos cálculos realizados sobre pasajes del Antiguo Testamento, mayormente de Ezequiel y Daniel. No tuvo en cuenta para nada el texto de Mateo 24:8. Este texto fue usado exclusivamente por Rutherford para justificar el fracaso de Russell. Es así cómo emplean la Biblia los Testigos. Cuando una cita no les vale, echan mano de otra. ¡Hay tantas!

En segundo lugar, el texto de Mateo 24:8, “Y todo esto será principio de dolores” se refiere a los preludios de la destrucción de Jerusalén. Los acontecimientos catastróficos que en ese pasaje se anticipan tuvieron un cumplimiento histórico antes del año 70, fecha en que el emperador romano Tito sitió y destruyó Jerusalén. Nada se dice en este texto, absolutamente

nada se dice sobre el final del tiempo de los gentiles ni el principio del fin del mundo. El uso que el señor Rutherford hace de este pasaje es un claro abuso de la Escritura.

Por otro lado, en los veinte siglos que llevamos de Cristianismo se ha venido hablando siempre del fin del mundo y de la segunda venida de Cristo. Los tesalonicenses y los primeros cristianos que murieron mártires de su fe creían que Cristo volvería en el curso de su propia generación y que el mundo acabaría al día siguiente. Centenares, miles de cristianos de imaginación tan calenturienta como la del señor Rutherford han venido diciéndonos, desde el alborar del cristianismo, que entrábamos en la tribulación de los últimos tiempos, que el mundo acabaría en cuestión de años. Y todos ellos quedaron expuestos al mismo ridículo y fueron objeto de la misma burla que los señores Russell y Rutherford. No se puede jugar con la Palabra de Dios.

INSTAURACIÓN DEL NUEVO ORDEN

Rutherford, con el dogmatismo y absolutismo que le caracterizaba y que han heredado los Testigos de Jehová, insistía en que el fin “legal” del mundo ocurrió en 1914, añadiendo que el supuesto nuevo mundo sería instaurado en el curso de la generación que a él tocó vivir. He aquí cómo lo expone en la página 11 de su libro *Millones que ahora viven no morirán jamás*:

“Nos proponemos probar en este argumento que el orden social de cosas, el segundo mundo, terminó legalmente en 1914, y que desde ese tiempo ha estado y está desapareciendo; que el nuevo orden de cosas está entrando y tomando su lugar; que dentro de un definido período de tiempo el viejo orden será completamente erradicado y el nuevo orden estará en completo dominio; que estas cosas tomarán lugar dentro del tiempo de la presente generación y que, por lo tanto, hay millones de gente ahora viviendo en la tierra que las verán tomar lugar, a quienes será ofrecida vida eterna, y quienes sí la aceptan sobre los términos ofrecidos y obedecen esos términos, no morirán jamás.”

Hay que ser extremadamente ingenuo o redomadamente pillo para hacer tales afirmaciones.

Rutherford dijo que un imaginario “segundo mundo” terminó legalmente en 1914, cuando en realidad lo que ocurrió fue todo lo contrario: no terminó nada, sino que empezó una nueva era en la historia de la guerra, del horror, de la muerte.

Rutherford anunció que en el curso de su generación un nuevo orden de cosas dominaría la Tierra y la gente sería más feliz. Cuando escribió estas palabras Rutherford contaba ya cincuenta y dos años. Murió veinte años después, el 8 de enero de 1942. Por entonces, el mundo estaba envuelto en otro grave conflicto: la Segunda Guerra Mundial. ¿Era ésta la paz anunciada por Rutherford, éste el nuevo orden de cosas? Sus profecías dan pena. Como profeta no pudo ser más malo.

MILLONES QUE NO MORIRÍAN JAMÁS... ESTÁN MUERTOS

Tanto en el párrafo anteriormente citado como en otros que aparecen en el mismo libro, Rutherford vaticinaba que millones de personas vivientes cuando él escribía, no morirían jamás. Esto, que lo dice por vez primera en la página 11 del libro que vengo comentando, lo repite en otros pasajes del mismo.

Página 80: Basados sobre el argumento que hasta aquí hemos presentado, o sea, el de que el viejo orden de cosas, el viejo mundo, está terminando y siendo hecho a un lado; que el nuevo orden de cosas está siendo introducido, y que 1925 presenciara la resurrección de los antiguos Patriarcas y Profetas y el comienzo de la reconstrucción, es razonable la conclusión de que millones de gente que ahora están en la tierra aún se encontrarán en ella en 1925. Luego, fundándonos en las promesas presentadas en la Palabra Divina, tenemos que llegar a la positiva e indispensable conclusión de que millones que ahora viven no morirán jamás. Por supuesto que esto no significa que todos han de continuar viviendo, puesto que algunos entonces se negarán a obedecer a la ley divina; pero aquellos que hayan sido malos y se decidan a vivir piadosamente y obedezcan la justicia, “el tal conseguirá la vida de su alma. Por lo mismo que considera y se vuelve de todas sus transgresiones que ha cometido, ciertamente vivirá; no morirá” (Ezequiel 18:27-28).

Página 87: Puesto que el antiguo orden está pasando, y el nuevo orden ya está aquí, con plena seguridad podemos declarar el mensaje de que millones de los que ahora viven en la tierra tendrán una oportunidad para alcanzar la vida eterna, y los que obedezcan, nunca morirán, sino que serán restaurados y vivirán felices, disfrutando en la tierra eterno gozo y paz.

Vamos a proceder por orden a un análisis breve de estos pasajes del señor Rutherford. La Biblia enseña que todo ser humano ha de morir una vez (véase Hebreos 9:27). Me estoy refiriendo a la muerte física, que es una consecuencia del pecado (véase Romanos 5:12 y 6:23). Las dos únicas excepciones a este veredicto de muerte la constituyen, de un lado, Elías y Enoc, personajes importantes del Antiguo Testamento, que fueron arrebatados al cielo sin pasar por la experiencia de la muerte (véase 2º Reyes 2:11 para Elías y Génesis 5:24 con Hebreos 11:5 para Enoc) y, de otro lado, los cristianos que vivan en la tierra cuando se produzca la segunda

▶ 120 ◀

venida de Cristo. Estos cristianos, según Pablo, serán arrebatados hacia las nubes para recibir al Señor en el aire (véase 1ª Tesalonicenses 4:17).

Exceptuando estos dos casos, todos los seres humanos hemos de morir; por eso se nos llama mortales. Tras la muerte nos aguardan dos lugares perfectamente definidos en toda la Biblia, muy especialmente en el Nuevo Testamento: un lugar de gozo en la presencia de Dios y otro lugar de sufrimiento alejados de Dios. (Entre los muchos textos que establecen esta indiscutible verdad bíblica, si el lector lo desea puede leer Lucas 16:19-31.)

Ahora bien: ¿qué nos dice el segundo gran jefe de los Testigos de Jehová en los pasajes transcritos?

Primero: Que los patriarcas y profetas del Viejo Testamento resucitarían en 1925, coincidiendo con la restauración de un nuevo orden de cosas. Ya volveré al tema de esta inventada resurrección patriarcal. Prosigamos ahora.

Segundo: Que como consecuencia de la resurrección de los patriarcas y profetas y el establecimiento del “nuevo orden de cosas” las personas piadosas, las que obedecieron la justicia divina, las que él encuadra en el texto de Ezequiel 18:27-28 y que ocupaban la tierra por entonces, es decir, en 1918, fecha en que Rutherford pronunció el discurso que contiene el libro, ¡no morirán jamás!

Tercero: En el párrafo de la página 87, Rutherford insiste repetidamente en la misma idea, que millones entre los que por entonces estaban vivos no morirían, sino que serían restaurados y vivirían felices en la tierra.

Cuarto: Todo esto lo afirma Rutherford con una seguridad que estremece; seguridad que a unos indigna y a otros hace reír. Porque el hombre llama a esas peregrinas teorías suyas

“positiva e indispensable conclusión”. Esto no debe extrañarnos, porque los Testigos son así de contundentes en sus desvaríos doctrinales.

Lo que le ocurría a Rutherford es que el hombre creía –o quería hacerlo creer– que en ese año de 1925 se produciría el fin del mundo. Por eso afirmaba que millones de seres que por entonces vivían no morirían jamás.

Es cierto que muchos millones de seres que vivían en 1920 aún continúan vivos; pero morirán, porque parece ser que a este mundo le queda cuerda para largo. En cambio, me gustaría que los Testigos me presentaran a esos otros millones que en 1920 tenían cincuenta años o más y que ahora deberían pasar del siglo. ¿Dónde están? ¿Han muerto o no? ¿Dónde está el propio señor Rutherford? Así es todo entre los Testigos de Jehová. Pura fantasía.

REJUVENECIMIENTO DE LOS ANCIANOS

Anticipándonos a la actual guerra científica contra la vejez y cuando nada se sabía sobre los métodos de la doctora Aslan para prolongar la juventud, Rutherford profetizó en 1918 que los ancianos serían restaurados a su primitivo vigor juvenil durante el tiempo de la llamada “restauración”. Leamos sus propias palabras:

Página 80: “Cuando lleguen los tiempos de la restauración, sin duda habrá muchos en la tierra que estarán bastante avanzados de edad y casi listos para la tumba. Pero los que sepan del gran sacrificio de rescate y que acepten al Rescatador, volverán a los días de su juventud; serán restaurados a la perfección de cuerpo y mente, y para siempre vivirán en la tierra”.

Página 82: “De esta manera, al comenzar la restauración, una persona de setenta años gradualmente será restaurada a la condición de buena salud física y balance mental. El Señor le enseñará cómo y qué comer, y algunas otras cosas relacionadas con su mejor modo de vivir; pero sobre todo aprenderá la verdad, qué pensar y la manera de fijar su atención en las cosas santas. Y por el gradual proceso de restauración será ayudado por el Gran Mediador a levantarse, y será restaurado a los días de su juventud, y nunca verá la muerte”.

Anatole France decía que la vida sería intolerable si nos quitaran la capacidad de soñar. Pero es que hay sueños y sueños. Los del señor Rutherford, como sus propios escritos revelan, sobrepasan todas las fronteras de la imaginación. Lo suyo no era locura nocturna, como ocurre con los soñadores reales, ni tampoco se dejaba llevar por las fantasías azules de los poetas, no; lo del señor Rutherford era delirio profético, manía por la caprichosa interpretación de la Biblia. ¡Y el pobre hombre no daba una!

Porque la supuesta restauración, según él mismo explica en otros pasajes de este libro que ya he citado, comenzó en 1925. Y ningún anciano de esa fecha ha sido restaurado. No hay una sola persona en el mundo de hoy que en 1925 contara setenta años de edad y que permanezca viva, joven y fuerte. Los que en 1925 tenían setenta años, en 1975 deberían tener ciento veinticinco años. ¿Cuántos hombres y mujeres de ciento veinticinco años gozan ahora de “buena salud física y balance mental”? Los Testigos no contestarán a esta pregunta. Para ellos es más fácil aprenderse cuatro textos del Antiguo Testamento y andar confundiendo a los que ni conocen la Biblia ni la historia de los Testigos. En el arte de esquivar lo que no pueden razonar, son maestros. Pero así, cualquiera es maestro de cualquier cosa.

▶ 121 ◀

LA RESURRECCIÓN DE LOS PATRIARCAS

A este punto me referí en párrafos anteriores. Pero voy a ampliarlo aquí. En la página 80 de su libro, Rutherford predecía la resurrección de los patriarcas para 1925. No es, con todo, la única referencia a esta hipotética resurrección, nuevo fruto de su fantástica imaginación. En el libro *Millones que ahora viven no morirán jamás* hay dos alusiones más al mismo tema. Helas aquí:

Página 72: “Lo más indispensable de entre las cosas que deben ser restauradas es la vida a la raza humana, y como quiera que hay varias citas que sin lugar a duda indican la resurrección de Abraham, Isaac, Jacob y otros fieles de tiempos antiguos, y que éstos gozarían del primer favor, podemos esperar que el año de 1925 presenciara el regreso de estos fieles, saliendo de la tumba plenamente restaurados a la perfección humana y constituyéndoseles en representantes legales, y visibles, del nuevo orden de cosas en la tierra...”

Página 73: “Como ya lo hemos indicado, el gran cielo de jubileos terminará en 1925... Por lo tanto, podemos confiadamente esperar que 1925 marcará el regreso de Abraham, Isaac, Jacob y los fieles profetas de la antigüedad, especialmente los nombrados por el apóstol en Hebreos, capítulo 11, y vendrán a ser perfectos seres humanos...”

Quien lea estos pasajes y continúe creyendo en el sistema profético de los Testigos de Jehová, o es un ingenuo sin remedio o es que su fe en el hombre desborda todos los límites de

lo razonable. El señor Rutherford escribía que varias citas de la Biblia le autorizaban a predecir la resurrección de los patriarcas para 1925. Este despropósito lo afirmaba, sin lugar a dudas, convencido de una infalibilidad que atacaba en otros. Lo que jamás pudo el señor Rutherford, ni pueden sus seguidores actuales, es decirnos en qué lugar de la Biblia se encuentran tales citas. Si Dios no da por inocente a los que toman en vano Su Nombre y Su Palabra, a los Testigos les espera una dura condenación.

Tan creído estaba Rutherford de que los patriarcas volverían a la Tierra en 1925, que mandó construir un palacio en el lugar más soleado de California, en San Diego, con la esperanza de que fuese habitado por estos personajes del Antiguo Testamento. Dicho palacio, al que puso por nombre “Casa de los Príncipes”, costó entonces 75.000 dólares. Rutherford esperó pacientemente hasta 1930, y puesto que los patriarcas no llegaban se decidió a ocuparlo él mismo. Los periódicos americanos se burlaron de lo lindo. Después de su muerte, ocurrida en 1942, los Testigos decidieron vender el palacio, convencidos de que los patriarcas no irían a invernar a San Diego de California. Pero guardaron silencio sobre los errores y las inexactitudes proféticas de su segundo presidente general.

¿NUEVA FECHA?

Tras los rotundos fracasos proféticos de los dos primeros presidentes de los Testigos de Jehová, Russell y Rutherford, el tercer presidente, Natan H. Knorr, actualmente en el ejercicio de su cargo, ha sido más prudente y no se ha arriesgado a anunciar nuevas fechas sobre el fin de los tiempos actuales ni sobre la instauración de lo que ellos llaman “el nuevo orden de cosas”.

Con todo, la literatura reciente de los Testigos viene apuntando con insistencia hacia el año 1975, que ya tenemos encima.

Los Testigos de Jehová aceptan la cronología del arzobispo anglicano Jaime Ussher, muerto en 1656, según la cual el hombre apareció en la Tierra cuatro mil cuatro años antes de Cristo. Esto, en contra de las muchas pruebas científicas que conceden una antigüedad bastante más avanzada a la raza humana.

En la revista *Despertad*, que los dirigentes de los Testigos redactan y publican quincenalmente en su cuartel general de Brooklyn, decían el 8 de abril de 1969: “Según cronología bíblica confiable, Adán y Eva fueron creados en 4026 a. de la E.C.

Del otoño de 4026 a. E.C. a 1 a. E.C.4.025 años
1 a E.C. a 1 E.C.....1 año
1 E.C. a 1969 E.C.1.968 años Total
hasta el otoño de 19695.994 años

Según esto faltarían sólo seis años más desde el otoño de este año de 1969 para completar 6.000 años cabales de historia humana. Ese período de seis años terminaría en el otoño de 1975. ¿Significa esto que la evidencia ya dada positivamente señala a 1975 como el tiempo para el fin completo de este sistema de cosas? (Además de la revista citada puede verse el libro *Vida eterna en libertad de los hijos de Dios*, versión española publicada por los Testigos en 1966, págs. 26 a 35.)

▶ 122 ◀

Como se ve, los líderes de los Testigos, escarmentados, ya no afirman, sino que interrogan. En el mismo número de la revista *Despertad* añaden: “Puesto que la Biblia no declara específicamente esto, ningún hombre puede decirlo.”

¡Por fin se rinden a la evidencia “y admiten que no están autorizados a hablar donde la Biblia calla”! Pero ¿qué hacen con Russell y con Rutherford? Si la Biblia no declara específicamente cuándo se ha de producir el fin del mundo; si ante el silencio de la Biblia ningún hombre puede hablar, ¿por qué no condenan las falsas profecías de sus dos primeros presidentes? ¿Por qué siguen las enseñanzas de hombres que adulteraron la Palabra de Dios, que ilusionaron vanamente a multitudes, que defraudaron espiritualmente a miles de seres en su mayoría ignorantes? Qué bien les viene aquí a los dirigentes de los Testigos esta cita de Isaías: “Pueblo mío, los que te guían te engañan, y tuercen el curso de tus caminos” (Isaías 3:12).

Pero lo cierto es que aun cuando no se atreven a declararlo en público, los Testigos viven en la creencia de que el otoño de 1975 marcará el fin o el principio del fin en el actual orden de cosas. Todos esos cálculos, estudios cronológicos y comparaciones entre los supuestos 6.000 años de historia humana y el jubileo judío, no es trabajo que se toman en vano. Ellos creen y esperan. Si nada pasa, como nada pasará, se sentirán íntimamente defraudados, pero no se expondrán –¡otra vez!– a la vergüenza pública.



Lo curioso y lo contradictorio en los líderes de los Testigos es que mientras sueñan con un nuevo cielo y una nueva tierra ideales, en esta tierra que pisan todos los días se afirman y se rodean de las mayores comodidades posibles.

Su revista *La Atalaya*, en el número correspondiente al 1 de octubre de 1973, trae una amplia descripción de los nuevos edificios en construcción en las grandes extensiones de terrenos que poseen en las afueras de Nueva York. Nuevas residencias para internos, más plantas purificadoras de agua, otras cuatro gigantescas máquinas de imprenta, más vacas para leche, más gallinas para huevos, más cerdos para carne, más de otras muchas cosas. Todo ello pagado con el dinero que les llega de los distintos países del mundo.

Si esperan un nuevo ciclo, si sueñan con una nueva tierra, ¿por qué los líderes se rodean aquí de tantas comodidades? ¿Por qué se dicen Testigos de Jehová y viven en su cuartel general de Nueva York como viven los paganos materialistas a quienes sólo interesa este suelo?

REFLEXIONES FINALES

No quiero cerrar este capítulo sin unas reflexiones a modo de conclusión, centradas en el libro que he venido comentando, *Millones que ahora viven no morirán jamás*, escrito por el segundo presidente de los Testigos de Jehová.

Los Testigos que a principios de siglo leyeron este libro y lo creyeron, fueron completamente defraudados. Ellos confiaban en el señor Rutherford, le creían, le tenían por profeta. Pero si el señor Rutherford se equivocó entonces, o si mintió a sabiendas, o si resultó ser un falso profeta y errado intérprete de la Biblia, ¿qué garantía tienen los Testigos de Jehová hoy? ¿Cómo puede cabeza humana en esta tierra aceptar unas creencias religiosas que están basadas en la mentira, o, en el mejor de los casos, en el error? ¿Qué garantía moral me ofrece a mí una organización cuyo segundo gran jefe miente o comete tamaños errores de interpretación? Si lo que escribió hace cincuenta y tres años un hombre de tanto prestigio entre los Testigos como el señor Rutherford resultó falso, ¿cómo sé yo que lo que me escriben ahora los sucesores de este señor para que lo acepte como verdad religiosa no es también falso? ¿Por qué he de seguir yo sus interpretaciones de la Biblia, si esas interpretaciones han demostrado ser falsas? Si me han engañado en un tema tan importante como el que trata el libro, ¿no me estarán engañando en todo lo demás? ¿Y quieren estos señores que deje yo la infalible Palabra de Dios y que acepte en su lugar los folletos y libros tan tremendamente contradictorios que ellos escriben y publican en Brooklyn, Nueva York?

No, señores Testigos de Jehová: Por amor a Dios y a Su Verdad, no. No quiero que llaméis a mi puerta dispuestos a soltarme el kilómetro de citas bíblicas aisladas y confusas que os han ido metiendo en la mente una a una, centímetro a centímetro. Lo que quiero es que dejéis de jugar a taumaturgos baratos, que miréis la verdad de frente, hasta bañaros en su luz, y que me expliquéis por qué Rutherford, vuestro segundo gran jefe, cometió tantísimos errores al interpretar la Biblia a su aire y capricho. Y por qué no escribió otro libro pidiendo perdón a las miles de personas que creyeron en él y fueron engañadas.

Y digo más: Soy como un niño despierto en esta noche de calma y no dejaré de escribir hasta que haya cantado otras verdades. Luego me iré tranquilo a la cama, como los pájaros felices, piando mi alegría a la luz de la madrugada.

Digo que si Rutherford no acertó en su interpretación de la Biblia, quedó desautorizado por ella y por Su Autor. Fue durante veinticinco años un guía indiscutible de los Testigos, pero

un guía ciego en el conocimiento y en la interpretación de la Palabra de Dios al que todavía, hoy, siguen multitud de seres tan ciegos como él, que andan peligrosamente por el camino ancho hacia la perdición final.

La voz del Apocalipsis a los habitantes de la gran Babilonia, diciéndoles “salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados” (Apocalipsis 18:4), es una llamada clara de Dios para quienes ya están en la esclavitud de esta organización y una advertencia para aquellos que se sienten tentados a entrar. Quiera el Espíritu Santo, Tercera Persona en la Trinidad divina, obrar con Su poder en las almas engañadas y sacarlas de las tinieblas humanas en que están sumidas a la auténtica luz del Evangelio de Cristo.